

HQÑ™

# María de Castro

*No Mires*



María  
de Castro

*No Mires*

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 M.D. G. Castro  
© 2015 Harlequin Ibérica, S.A.  
No mires, n.º 62 - marzo 2015

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-6122-0  
Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. El duque](#)

[Capítulo 2. María](#)

[Capítulo 3. Reencuentro](#)

[Capítulo 4. Nocturnidad](#)

[Capítulo 5. El marqués](#)

[Capítulo 6. El pobre Manuel](#)

[Capítulo 7. La marquesa](#)

[Capítulo 8. Cádiz](#)

[Capítulo 9. La cacería](#)

[Capítulo 10. Hortensias, rosas y otras flores](#)

[Capítulo 11. Una cena y una cita](#)

[Capítulo 12. Paseos a media noche y confidencias bajo la ventana](#)

[Capítulo 13. Adivina quién](#)

[Capítulo 14. Conejos, perdices y otras piezas](#)

[Capítulo 15. Criaturas nocturnas](#)

[Capítulo 16. De amores y otros pecados](#)

[Capítulo 17. Hay que mirar bien](#)

[Capítulo 18. El perro del hortelano](#)

[Capítulo 19. El cazador cazado](#)

[Capítulo 20. Pretendientes](#)

[Capítulo 21. Visitas nocturnas](#)

[Capítulo 22. Una boda y un desmayo](#)

[Capítulo 23. María descubre al asesino](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Prólogo

*Cádiz, Cortijo de Valleflorido, junio de 1800*

—¡No mires!

Dos palabras, una frase escueta con un solo significado y un recuerdo que le reverberaría en la cabeza durante el resto de su vida. El muchacho hizo caso de la advertencia, al menos por esa vez, y continuó andando con paso ágil manteniendo la mirada al frente.

Ese día de verano, la mañana apenas había despuntado y el silencio casi les rodeaba por completo. No se oía más que el canto de algunos pájaros madrugadores en los cúmulos de brezo que rodeaban la enorme casa de campo, de la que habían salido hacía menos de un cuarto de hora.

Solo se escuchaba eso y el caminar, a ratos acelerado, de su perseguidora.

El niño no paró la marcha, siguió los consejos que él consideraba mucho más acertados por venir de alguien conocedor del ambiente extraño que ahora lo rodeaba. Haciendo oídos sordos a la presencia a sus espaldas, caminó durante otros quince minutos. Hasta que se adentraron en el pinar justo antes de que los iluminaran los primeros rayos del día que amanecía.

—Sigue sin detenerte —continuó martilleando la voz aflautada del otro muchacho, que caminaba a su lado con la elegancia desgarbada de un niño de doce años—. No te gires ni intentes mirar de reojo; si ve tu debilidad, jamás podrás librarte de ella. Hazme caso, Carlo, nada ni nadie podrá hacer que regreses al mundo de los humanos después de que ella te haya devorado con su mirada...

La risa de Carlos resonó en el silencio que inundaba el amplio bosque de pinos, incapaz de aguantar la retahíla de bobadas que salía de la boca de su mejor amigo.

—¿Acaso es una bruja, Andrés? ¿O quizás se trata de esa Medusa de la que nos hablaron en clase de historia...?

—Tú ríete, Carlo —Andrés intensificó el uso del nombre sin la «s», enfatizando el ceñido acento andaluz que tanto cautivaba a su amigo—. Pero no digas luego que no te avisé. Te engañará con su aspecto inocente, y entonces, cuando menos lo esperes...

—¡Carlo! ¡Carlo! ¡Carlo! —repetió, por enésima vez, la voz a sus espaldas.

El muchacho paró su avance unos segundos, dejando que su amigo se adelantara unos pasos. Andrés, lastrado con algunas de las trampas para pájaros que pensaban colocar esa mañana de agosto, no pareció percatarse. Carlos enderezó los músculos de la espalda, hinchó los pulmones de aire y, sin soltar la carga de tres jaulas de madera, de poco más de un palmo cada una que él mismo llevaba de igual forma entre los brazos, se dispuso a girar hacia la voz, que en esos momentos volvía a repetir su nombre de manera lastimera.

—¡No! Ni lo pienses siquiera, evita que vea tus ojos, no observes su sonrisa sin dientes o... —insistió el muchacho del pelo rizado que, por unos segundos, soñó con haber conseguido su objetivo: tal vez Carlos resistiera un día más el martirio que los acosaba continuamente.

Si no todo un día, al menos media jornada.

O solo media mañana si era pedir demasiado. Eso era lo único que le había rogado a aquella tortura que a él mismo lo perseguía desde hacía cuatro años: que los dejara solos unas horas. Pero al parecer sus ruegos, y en especial los consejos dados a su amigo, habían caído en el saco más destrozado y roto que jamás había visto. Como se había temido, el muchacho iba a sucumbir.

Carlos permaneció recto, dudando entre la mirada casi aterrorizada que le devolvía Andrés y el leve murmullo a sus espaldas, que volvió a pronunciar su nombre, esta vez con el más leve de los ronroneos.

—Carlo...

Ni un movimiento en todo el esbelto cuerpo del muchacho de casi trece años. Nada que hiciera suponer a su interlocutora que estaba al borde del precipicio, justo a una pulgada de caer en sus redes.

—Carlo...

¿Lloraba?

La espalda de Carlos se estremeció. La mirada de Andrés se hizo suspicaz, mientras ponía los ojos en blanco en un gesto de incredulidad.

—Son solo unos minutos —insistió Andrés—. Si logramos llegar al borde del muro, estaremos libres. Ella no puede saltar —afirmó con entusiasmo, en un último intento de evitar el desastre que se avecinaba.

—No creo que ella esté segura de eso... —dijo Carlos, justo antes de ver como Andrés comenzaba a correr. Sin acabar de decidirse, y tras el abandono patente de su amigo a su propia suerte, él mismo inició una carrera frenética en su persecución.

Corrieron tres, cinco, siete minutos, y en ningún instante volvieron el rostro. El esfuerzo por la carrera le hizo jadear nervioso mientras trataba de no perder la espalda de su compañero. Carlos no conocía el bosque como Andrés, y era consciente de que le sería fácil acabar desorientado si, como creía que era capaz, adelantaba la zancada sensiblemente más corta y pesada de su amigo.

—¡Más rápido!! —le gritó —Vas a tener que perder muchas libras de ese trasero gordo, Andrés, o no crecerás cuando des el estirón.

—¿Quién dijo esa burrada, Carlo? Mi aya dice que soy un muchacho sano, y que cuando crezca seré alto y delgado como padre... —jadeó entrecortadamente el chiquillo, a la vez que se erguía sobre sí mismo, intentando mantener el paso y disimulando la falta de resuello.

—Mientras no acabes bajo y regordete como tu aya...

—Si logramos llegar al muro, te haré tragar tus palabras... —Andrés simuló un gesto ofendido.

La risa de ambos muchachos, a ratos histérica, les hizo perder un tiempo precioso que su perseguidora aprovechó para alcanzarlos cuando aún no habían pasado al otro lado del muro.

La pared, de casi dos hombres de altura, rodeaba toda la hacienda manteniendo los terrenos privados de los dueños lejos de los campos de cultivo; en su mayoría viñedos, olivos y alcornoques centenarios, a los que sí accedían los temporeros cada verano. Construida de gruesas piedras desiguales, que habían sido apiladas y encajadas unas sobre otras sin apenas argamasa, el muro permitía ser escalado con facilidad, al menos por un par de muchachos sanos y fuertes.

Andrés, algo cargado por un exceso de peso típico de la preadolescencia, resopló al llegar al extremo superior y se paró apoyando cada pierna a un lado de la pared. Retiró los negros rizos que el sudor le había pegado a la frente y observó, casi con envidia, al ágil muchacho que escalaba rápidamente tras él. Carlos sí parecía haber comenzado a dar ese estirón del que tanto hablaban los mayores; delgado como un junco, pero fibroso y fuerte, su amigo perfilaba las formas de lo que parecía iba a ser un hombre excepcional.

—¡Muévete deprisa! —Antes de continuar hablando, Carlos miró un segundo hacia su espalda, lo justo para comprobar qué era lo que le había retenido en su subida—. ¡Me ha cogido un pie, Andrés! Salta de una vez y déjame espacio.

—¡Carlo!

De nuevo su nombre, y esta vez el lloro era mucho más evidente. El corazón de Carlos, excesivamente blando para un muchachote de su tamaño, se contrajo ante el sollozo.

—Lo sabe, ella lo sabe... —murmuró Andrés, mientras se disponía a saltar al otro lado del muro y descansaba recuperándose de la carrera que acababa de dar.

—¿Qué es lo que sabe? —Carlos aún alternaba la mirada, inquieto, entre su amigo y la mano que seguía apretándole el tobillo, incapaz de ignorar los sollozos que partían del pequeño y escualdo cuerpo tras ese brazo.

—Sabe que eres débil.

—¡Yo no soy débil...! Soy mucho más alto y fuerte que tú y...

—No esa debilidad, tonto. Ha visto cómo tus primos te pisotean sin que hagas nada por defenderte...

—Simplemente me han dado algún golpe; pero soy fuerte y puedo aguantar. Además, solo me golpean los pequeños y tienen menos edad que yo y...

—Y son tres, salvajes y malcriados... arrojados por el matón de su hermano Gustavo, el odioso de tu primo heredero del ducado, ¡Puaj!

El simulacro de escupir acompañó las palabras de Andrés, mientras Carlos, finalmente derrotado por el llanto a sus espaldas, alargaba el brazo elevando y sosteniendo junto a su pecho el pequeño cuerpo, ya agotado, de la niña.

—¡Ven, Gitana!, o acabarás perdiendo los pocos dientes que te quedan en esa caverna que tienes por boca —dijo, señalando con la barbilla la encía sin incisivos frontales de su carga.

—¿Y encima hablas con ella?

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Dejar que tu hermana se caiga desde aquí arriba? ¿No ves que está llorando? Tu aya nos matará si algo le pasa a la niña.

—Sabría bajar... tal como ha sabido subir —Andrés se sintió forzado a recalcar su punto de vista antes de comenzar el descenso hacia el otro lado de la pared.

—Sí, pero con algún hueso roto... —gruñó Carlos.

Luego, observó a la menuda criatura mientras la sujetaba haciendo que, como él, colocara una pierna a cada lado del muro para facilitar su estabilidad. Los siete años de la chiquilla, frente a sus trece, le parecieron entonces un abismo tan insalvable que se sintió casi como un padre. Cansado de verla sorber con hipidos, acabó por alargarle el sucio pañuelo que llevaba al cuello para que se sonara la llorosa nariz. Con un último suspiro, la niña retiró el tejido y, con terror, miró el espacio que la separaba del suelo y de su propio hermano que ya se encontraba erguido al otro lado.

—¡A ver cómo bajas de ahí, María! Que sepas que no pienso ayudarte. No quiero que me pinches con esa cantidad de huesos que tienes cuando caigas sobre mí, Flaca —le espetó Andrés desde el suelo.

Los enredados rizos negros de la niña se agitaron desafiantes ante la mirada desaprobadora de su hermano. Luego, dirigiendo la profunda mirada negra al objeto de su devoción, mostró en todo su esplendor la cara tiznada.

—¿Carlo?

La pregunta sonó con una voz tan conmovedora que el muchacho no pudo evitar pegarla contra su torso, impidiendo que siguiera contemplando la altura a la que se encontraban. La abrazó, mientras se entretenía estudiando la forma de bajarlos desde esa altura sin que ninguno acabara magullado.

—No te preocupes, nunca dejaré que te pase nada, Gitana.

—Acabas de firmar tu sentencia, Carlo. Ya no te librarás jamás —profetizó Andrés.

# Capítulo 1

## El duque

*Madrid, verano de 1815*

Carlos solía pasar la vida en silencio. No era hombre dado a hablar demasiado, especialmente si no tenía mucho que decir. Se había sentido agobiado durante la infancia por la presencia de sus cuatro hermanas mayores quienes, quitando raras ocasiones, nunca le habían dirigido la palabra salvo para reñirle; realmente sí que le habían gritado más de una vez por colocar sus soldados de plomo sobre alguna labor de costura especialmente delicada, o sus manos, no excesivamente limpias, en sus carísimos vestidos. Pero por el contrario, siempre hablaban entre ellas en un constante runrún de conversaciones intrascendentes, en las que la frase más manida invariablemente era «papá hubiera querido...», «papá hubiera dicho...».

El Carlos adulto sonreía recordando esos momentos, consciente de que «papá», si no hubiera muerto en aquella desgraciada mala caída del caballo, jamás habría querido o dicho nada porque, si había alguien que mostrara sus sentimientos o hablara menos que Carlos, ese era su difunto padre.

Ser el sexto en la línea de sucesión de un ducado no era gran cosa. Aunque, a decir verdad, sonaba bastante bien si el numeral se decía con la suficiente rapidez. Él siempre hablaba lento, pero paradójicamente decía la palabra «sexto» con inusitada velocidad, y solo en las contadas ocasiones en las que alguien le preguntaba expresamente por el dichoso ducado de Azahara.

No se trataba de falsa modestia, ni lo impulsaba la vergüenza. Le importaba un verdadero pimiento el susodicho título, pero le molestaba que siempre preguntaran por sus expectativas de alcanzar el altísimo grado nobiliario. Eso le obligaba a tener que dar explicaciones y detalles y, por tanto, decir más de dos palabras seguidas.

Bien, pues «cero» era siempre su directa, precisa y corta respuesta.

Las posibilidades de acabar siendo duque teniendo a sus cinco robustos, jóvenes y sanísimos primos, y a su tío el duque, por delante en la línea sucesoria eran nulas.

Casi las mismas posibilidades que habían pensado los detractores de Napoleón que tenía este de regresar de su prisión en la isla de Elba y volver a levantar a sus seguidores contra el resto de Europa.

Bueno, a veces hay que apostar por el caballo más lento. Quién sabe si durante la carrera los cielos vomitarán piedras o los suelos se abrirán bajo las poderosas pezuñas de los favoritos, y el último penco acabará ganando la carrera.

Como un jamelgo afortunado se sintió Carlos Ramírez de Aristrarán y Rivas pocos instantes después de que el notario llamara a su puerta preguntando por el décimo duque de Azahara.

—Se confunde, caballero —corrigió Carlos al letrado, ante la mirada atónita del hombre al comprobar que el joven elegante, aunque a medio vestir, portando los aristocráticos rasgos de la familia ducal, le abría por él mismo la puerta—. El título es noveno duque de Azahara, y mi tío no vive aquí.

Mientras hablaba, señaló fastidiado la modesta residencia en la que vivía: con tan solo una cocinera, dos sirvientas y un viejo mayordomo, sordo y cojo, al que siempre debía sustituir abriendo la puerta si no quería que sus visitas se marcharan ante la impasibilidad del hombre. Estaba convencido de que sería evidente, para cualquiera con dos dedos de frente, que, pese a la digna apariencia de su hogar, un grande de España no viviría en semejante lugar.

—No me confundo. Se parece usted a su tío como dos gotas de agua, mucho más de lo que lo hacían sus rubios y difuntos hijos.

—¿Difuntos? —la mirada anhelante de Carlos hizo recular un par de pasos al notario—. ¿Quién de mis primos ha fallecido?

De acuerdo, esa panda de vagos borrachos no era santo de su devoción; pero caramba, al menos del más pequeño de ellos tenía algunos buenos recuerdos.

Bien, seamos precisos: buenos, buenos, lo que se dice buenos... Lo acertado sería decir que no tenía tan malos recuerdos, o experiencias relevantes relacionadas con palizas, chanzas y bromas pesadas de su parte. Principalmente porque, al ser casi diez años más joven, el muchacho no había tenido posibilidades de frecuentar los mismos colegios e institutos que él, ni siquiera los mismos lugares de juego o fiestas en verano, como habían hecho el resto, hasta contar cuatro, de sus hermanos.

Carlos agitó la cabeza recriminándose sus pensamientos. Al fin y al cabo, la familia era la familia y había que darle su lugar. Aunque cierta parte de ella se mereciera acabar en el pozo más profundo de sus recuerdos.

—¿Cuál de ellos ha fallecido, caballero? —volvió a preguntar, esforzándose en pronunciar con una entonación dolida.

—Lo siento, mi señor... Pensé que la noticia ya habría llegado a Madrid... En Sevilla no se habla de otra cosa desde hace días...

Mientras pronunciaba sus excusas el hombre, de unos sesenta años, delgado y algo encorvado, giraba entre sus dedos el sombrero de copa que había retirado de su cabeza.

—¿Y bien? —insistió Carlos a la vez que, involuntariamente, imitaba los gestos nerviosos del anciano y remetía en la cintura de sus pantalones los faldones de la larga camisa de lino blanco que cubría su torso.

—Todos ellos, señor... todos ellos.

—¿Todos mis primos han fallecido?, ¿los cinco?, ¿cómo?, ¿cuándo?

—Hace seis días... Al parecer, sus primos dejaron encendida una copa de picón [\[1\]](#) en el pabellón de caza donde dormían... Mala combustión, ya sabe... Una muerte desafortunada, aunque suave e indolora, gracias a los cielos...

—Pase, pase... —habló Carlos, notando por fin su falta de amabilidad, el lugar inapropiado para tan importante conversación y el aspecto desarrapado de su propia persona—, le ruego que me espere en este salón —dijo, indicando una puerta que permanecía abierta y daba paso a una estancia iluminada con lámparas de aceite—. Pediré que le traigan café mientras me visto.

El anciano se dejó conducir dócilmente por él.

—¡Cielos, pobre tío Gustavo! Por supuesto viajaré inmediatamente hasta Sevilla para estar con él. En estos momentos el dolor debe ser...

—Me temo que en estos momentos su tío no siente dolor...

—Bien, eran ciertamente molestos, pero no creo que su padre... —Carlos detuvo la frase cuando se encontró con el gesto compungido del letrado. El hombre agitaba la cabeza con negativa resignación mientras se persignaba formando la señal de la cruz sobre su rostro y pecho—. ¿Quiere decir que mi tío...? ¿Que él también...? No.

No, no, no.

*Granada, junio de 1800 (unos años antes)*

—No, no, no ¡No puede ser! —Carlos se notó mareado, asqueado e indefenso mientras miraba a su madre y a sus cuatro hermanas que cosían junto al amplio ventanal. Sintiendo temblar, sacudió la cabeza con determinación y escrutó la hermosa cara de la marquesa, su madre—. No lo puedes decir en serio.

Él y su hermano pequeño, Marcos, se encontraban de pie en la lujosa sala de costura del carmen [\[2\]](#) de Fuentedulce, en una de las múltiples casas de los marqueses de Monteferro. Desde el salón, la habitación se abría hacia un amplio mirador que permitía contemplar la Alhambra. Las cinco mujeres pasaban allí las horas muertas desde que, hacía cuatro meses, la familia había instalado allí su hogar provisional. El quinto marqués de Monteferro, y padrastro de sus cuatro hermanas, entre los dieciséis y veinte años, y del propio Carlos, de trece, tenía intereses en la recogida de la aceituna y el procesado de aceite de oliva y había decidido que prefería tener a la familia

cerca mientras duraba la producción.

Realmente, el hombre hubiera preferido moverse acompañado solo de su preciosa mujer y su único hijo, el pequeño y guapísimo Marcos, heredero del título. Pero había tenido que cargar con la molesta presencia de sus hijastras y del joven Carlos por exigencias de su esposa, una lozana mujer casi treinta años más joven que él.

El niño estaba tan alterado que ni notó que al hablar agitaba los brazos, en un gesto de soberbia desobediencia, mientras el quinteto de mujeres los observaban. Tampoco notó la sùbita preocupación en la cara del chiquillo a sus espaldas, que lentamente sacudía la cabeza negando sus propias palabras.

—No, Carlos, mamá no bromea —la sentencia de su hermano de nueve años hizo a Carlos girar bruscamente el rostro. El muchacho, tan elegante como él pese a su corta edad, volvió a remarcar su gesto de negación —lo dice mamá, y cuando ella dice algo sabes que tenemos que obedecer —Aseguró, repitiendo las palabras que tantas veces había oído a su propio padre y, sin duda, tratando de asegurarse un punto más en la más que dilatada cuenta que ya tenía con él.

Y es que, a Marcos no le hacía falta siquiera abrir la boca para encantar al resto del mundo, su increíble aspecto exterior le aseguraba una rendición incondicional con solo pestañear.

—Me alegro que estés tan bien educado y tan de acuerdo conmigo, Marcos. Porque el tío Gustavo ha pedido también tu presencia en Cádiz... ya sabes que hay chicos de tu edad. Pasareis allí todo el verano —la sonrisa de madurez desapareció de súbito del rostro del muchacho más pequeño, tornándose en el amago de un puchero ante las palabras de la marquesa.

—¡No, no, no, mami!, que vaya solo Carlos... Yo tengo pesadillas y te llamaré por la noche, ya sabes lo latoso que puedo ser. No, está claro que debe ir solo él. ¿No querrás molestar a la tía Carina, verdad? Seguro que...

La marquesa contuvo la sonrisa que acudió a sus labios ante las palabras de su hijo menor que, paradójicamente, estaba destinado a ser el futuro marqués de Monteferro, cuando el padre del niño, y segundo esposo de la mujer, falleciera.

—No te apures, me conmueve tu preocupación por tía Carina, pero tu hermana Aurora irá con vosotros. Ella se ocupará de cualquier necesidad que tengáis.

Al unísono, ambos niños giraron el asustado rostro hacia la figura espigada y rígidamente sentada a su derecha. Vestida por entero de gris plomo, la mujer casi se camuflaba con el tapizado del sillón en el que, más que sentarse, parecía que había sido clavada.

Decir que Aurora era un callo era quedarse muy corto. A sus veinte años, era la mayor y más soltera de las hermanas Ramírez de Arístarán; una auténtica bruja a la que ni siquiera la verruga en el lateral de la boca se le había negado. Nadie se explicaba cómo la hermosísima marquesa, famosa en medio Madrid por su belleza, había engendrado tal espécimen.

Si bien era cierto que ninguna de las hijas de la mujer había heredado su gracia y elegancia, en la mayor se habían concentrado los defectos. Fea como su abuelo y seca como su padre, decían las malas lenguas; y con el bigote de su tío Gustavo, el duque, añadían los más perversos. Bien, se ve que la mujer portaba con orgullo y empaque el mostacho familiar, ya que, a pesar de la continua insistencia de su madre, no era demasiado dada a eliminar de su rostro tal velluda distinción.

—Ya verás como «el marquesito» vuelve reformado —aseguró la áspera muchacha, sin apenas mover un ápice la abertura entre sus labios.

Esa forma de hablar helaba la sangre del incauto oyente, algo que ella conocía a la perfección y usaba sin piedad. La casi silbada frase hizo que ambos muchachos volvieran a estremecerse. Si algún adjetivo, además del evidente referido a su parca belleza, acudía a la mente de cualquier observador que la viera, este era sin duda: siniestra.

O al menos eso pensaban sus hermanos pequeños.

—Yo... no... voy... con... ella —aseguró el llamado marquesito, recalcando cada palabra, y exponencialmente enfadado después de oír el adjetivo despectivo con el que sus hermanas solían calificarlo. A pesar de su corta edad, el niño era consciente de que aquella cuadrilla de muchachas le hacía pagar a él los celos que les provocaban el trato y cariño especial que le dedicaba su padre, el actual marqués.

—No se hable más —sentenció su madre, levantándose de la silla y dejando caer a los pies la labor que había ocupado sus manos las últimas horas—. Id a vuestros cuartos y preparad una bolsa de juguetes y libros, yo ordenaré que empaqueten vuestras ropas. Os vais mañana.

—Pero... —la voz de Carlos pareció volver a la vida por unos segundos, para acabar desapareciendo cuando la diminuta mano de Marcos se enterró en la suya, haciéndolo callar con el gesto.

—Vamos —dijo Marcos, dirigiéndose al otro muchacho con resignación, consciente de que de nuevo luchaban una batalla perdida.

Salieron tratando de mantener la espalda erguida. No les darían a sus hermanas ni una pista sobre la derrota y el terror que asolaban sus corazones ante la noticia.

—¡Bocazas! —le espetó al pequeño, nada más salir de la habitación y en cuanto dejaron de oír la cancioncilla guasona que parecían tararear sus otras tres parientes —»Que vaya solo Carlos...» —lo imitó, afinando la voz—. Ya hablaremos en Cádiz.

—No podemos ir a casa del tío Gustavo, Carlos. Además, allí no estará mi padre para defendernos. ¡Y es todo el verano! Los rubios nos volverán a patear el culo...

—¿Nos? —parado ante el pequeño, Carlos le hizo enfrenar la mirada—. Dirás que me patearán, aunque... ya eres lo bastante grande. Igual este año reparten la candela más equitativamente.

—No vas a dejar que lo hagan, ¿verdad? —sollozó, elevando el rostro hacia su hermano mayor—. No vas a dejar que me hagan daño, Carlos.

Carlos suspiró. A pesar de andar siempre a la greña, peleándose por los mismos soldados de plomo y las mismas piezas de construcción, solo con oír su lastimera voz, bajaría por él hasta el infierno. Pero allí parado, viendo los enormes ojos color whisky del hermoso heredero, Carlos no tuvo más remedio que decir la verdad.

—Tendrán que pasar por encima de mi tumba para llegar a ti, Marcos —aseguró, poniendo las palmas de las manos en ambos hombros del niño y agachándose hasta que sus propios ojos se nivelaron con las expresivas profundidades ámbar de los de su hermano—. Este año vamos a vencerlos. ¿Recuerdas el chico del colegio de Madrid del que te hablé? Andrés es vecino de los rubios... y los odia. Este año seremos al menos tres, no les será tan fácil acabar con nosotros, ya verás.

[1] Carbón vegetal muy menudo utilizado para los braseros.

[2] En Granada, quinta de recreo con huerto o jardín.

## Capítulo 2

### María

*Ciudad de Cádiz, septiembre de 1816*

María tenía ante sí un grave problema.

En realidad, ella no había pretendido ser tan brusca con el anciano don José Anselmo Gandulfo, nada menos que el actual conde de Ricard. Pero evidentemente lo había sido y, según todos los indicios, ahora estaba frente al cadáver, aún caliente, del hombre.

—Está muerto —se dijo a sí misma, empleando absurdamente la voz, ya que se encontraba totalmente sola en la salita de recibir de su propia casa; o más bien en la puerta de la salita, porque aún sujetaba entre sus dedos la hoja de madera medio abierta.

Armándose de valor, pateó con cuidado las enclenques piernas del hombre, para abrirse paso hasta el interior de la habitación y dejar cerrada la puerta a sus espaldas, asegurándose de que nadie los molestara; ni a ella ni a su difunto pretendiente.

—Esta vez la has liado bien, María. Te has cargado al viejo verde... ya ves: un cadáver, totalmente muerto —volvió a comprobar la falta de reacción del anciano, golpeando levemente, procurando rozar lo mínimo los anticuados calzones de gamuza del hombre con sus delicados zapatos de tela—. Absolutamente tieso...

Ella estaba segura de que no era más que un cadáver. Innegablemente había demasiada sangre en el suelo, bajo la cabeza del anciano y sobre la mullida alfombra de la sala. Una lástima, especialmente por la carísima moqueta, que seguramente quedaría totalmente inservible.

En cuanto al hombre, bueno, no es que le enorgulleciera ir matando personas, pero aquel espantajo llevaba acosándola varios meses y, al fin y al cabo, era lo bastante mayor como para ser su abuelo.

Ahora solo había que agacharse y comprobar que no respiraba.

Negó con la cabeza. No lo haría, de ninguna manera; lo cierto es que le daba igual si respiraba o no. No pensaba acercarse mucho más al cuerpo. Ya había soportado sus manos sobonas en demasiados bailes.

—Bien, tal vez solo tengo que salir de aquí y fingir que no he sido yo quien ha abierto bruscamente la puerta empujando al incauto hacia atrás. ¡Quién iba a pensar que tendría tan mala suerte!

María agitó la mano con fastidio. Aquella no debía ser más que otra tarde normal con el anciano: «Toma un café con él y sonríe, María. Es lo único que tienes que hacer». Eso, estrictamente hablando, era lo que le había pedido su hermano; aunque la cosa se había alargado primero a una semana, luego, a dos y ¡ya llevaba dos meses de tardes perdidas esquivando los achuchones del conde!

No lo haría más, se acabó, ni siquiera por el interés de toda la familia. Lo había decidido una semana atrás. Ni la posibilidad de comprar la poderosa y rentable naviera del anciano era justificación suficiente para lo que tenía que soportar.

Andrés, como hombre que era, pensaba que con que ella agitara las pestañas tendría al viejo en sus manos. Pues lo había conseguido. Aunque más que él en sus manos, parecía haberse convertido en una costumbre tener las del viejo sobre ella.

Así que, decidida a lanzar sus indirectas de forma contundente, había tornado en un ataque frontal la molesta costumbre del conde de esperarla tras la puerta de la salita para sorprenderla agarrándola por la cintura. Ya llevaba cuatro días seguidos consiguiendo que el hombre acabara tumbado sobre la alfombra al abrir de improviso y con toda la fuerza que podía la puerta, justo en el instante en que lo escuchaba colocarse tras la madera.

Las otras veces la caída solo había conllevado un culazo sobre la alfombra, lo suficiente para bajarle la libido al anciano, al menos durante unos minutos.

Esta vez no había habido tanta suerte.

¿Quién iba a pensar que alguien iba a dejarse olvidada la carretilla de acarrear la leña, fabricada en duro hierro, en medio de la habitación? Y que la cabeza del hombre daría con tanta precisión sobre una de sus ruedas.

—Demonios —musitó, sorprendiéndose a sí misma y dándose un ligero toque de desaprobación en los labios.

Hacia más de dos años que no maldecía como un carretero. Era una señorita y debía comportarse como tal en todo momento, aunque no hubiera ningún testigo de sus trasgresiones.

Negó con la cabeza dejando de reprenderse en silencio. ¡Qué más daba si maldecía! Ciertamente, en este caso la ocasión lo merecía.

—¡Maldición! —la nueva increpación, mucho más elevada de tono, salió de sus labios antes de poder evitarlo, acabando con su muda regañina sobre su forma de hablar cuando notó que la puerta que daba al pasillo, y que ella acababa de cerrar, parecía empezar a abrirse.

De un solo gesto, se colocó de espaldas a ella evitando con el peso de su cuerpo que el intruso pudiera abrirla del todo. Necesitaba pensar, encontrar una explicación o una solución antes de enfrentarse a nadie.

Unos segundos de tira y afloja, apretando el trasero contra la madera y sujetando el pomo con la mano izquierda. Aunque con escasa fuerza, el intruso parecía decidido a entrar en la estancia.

—¿Quién anda ahí? ¿María, eres tú?

Por unos instantes el pecho de María recobró el ritmo normal al reconocer el timbre de voz de su hermana pequeña.

—¡Vete, Anabel! Déjame sola unos minutos...

—¿Qué te ocurre? Sé que ha venido el conde y he bajado para estar contigo —susurró la muchacha al otro lado de la puerta, en el convencimiento de que la sordera del anciano no le permitía escucharlas—. Deja que te acompañe, mañana hablaremos seriamente con Andrés. Ya verás cómo esto se acaba y el viejo no vuelve a molestarte.

—No... no... no será necesario. No... no... no creo que lo haga. No... no... no molestará más, créeme...

—¿Por qué tartamudeas? ¡María, abre! —insistió de nuevo, empujando con todas sus fuerzas.

—¡Vete!, te aseguro que es lo mejor...

Haciendo palanca con sus pies, María contrarrestó el envite de Anabel.

—No me iré.

—Hazme caso... es mejor que no entres.

—María, voy a quedarme hasta que decidas salir.

—Bien, tú lo has querido... —dijo, abriendo la puerta lo suficiente para que la delgada Anabel la atravesara, volviendo a cerrarla inmediatamente.

—¡Demonios! —aunque, al contrario que María, ella sí sabía comportarse la mayoría del tiempo como la señorita que era, nunca había sido una mojigata y, en ocasiones, su lenguaje se parecía demasiado al de su hermana.

Ocasiones como aquella, en la que un anciano y respetable conde permanecía despatarrado a sus pies, destrozando la alfombra más cara de la propiedad.

—¿Está...? —preguntó con un tono que sonó a afirmación.

—Tieso como una mojamá[3], créeme. Lleva cinco minutos sin mover ni un músculo.

—Bueno, no es que se moviera demasiado antes. Al menos no si el premio no era tantearte el trasero...

—¡Anabel!, esto es serio. Creo que lo he matado, yo...

—¿Le has dado un garrotazo por fin?

—No, no seas burra. Se ha caído al abrir la puerta... Quiero decir que estaba tras la puerta y yo lo he tumbado al abrirla...

La risa histórica de Anabel cortó las palabras de María.

—No sé qué te hace tanta gracia.

—Lo que dirán de ti: la asesina de pretendientes... Ya lo eras desde que el anciano Giles muriera víctima de una alferecía[4] después de ver tu escote en la fiesta de verano de...

—No seas boba. Ya sabes que fue él quien insistió en bailar cuando apenas podía respirar. No tengo la culpa de que el ataque se le produjera mientras bailaba conmigo...

—Y miraba fijamente tus ingentes atributos femeninos... según los testigos.

—¡Patrañas! Merceditas llevaba un escote mayor y nadie dijo nada.

—Merceditas es tan plana como un tablón, María... dejemos eso ahora. La cuestión es: ¿qué haremos con el conde?

—Enterrarlo, supongo, o al menos que lo hagan sus familiares...

—Sí, eso será fácil. Lo difícil será recuperar la que era la alfombra preferida de mamá.

—¡Pero iré a la cárcel!

—¡No lo has golpeado, María! Ha sido un accidente, y aunque es cierto que habrá habladurías, nadie podrá acusarte de asesinato.

Anabel se adentró observando toda la escena, depositó los guantes de paseo que se acababa de quitar sobre la mesa central, y se giró a contemplar de nuevo el cadáver.

En ese momento, los ojos de él la miraron.

—¡Ahhhhhh! —de la boca de Anabel salió un fuerte alarido, mientras reculaba hacia la pared llevándose al pecho ambas manos.

—¡Santo Jesús!, está vivo... —María aclaró lo innecesario.

—¡A-Ayuda! —jadeó el hombre con un hilo de voz, aún estirado sobre el suelo.

—¡No te quedes parada, Anabel! ¡Corre! Llama a los criados y que avisen al doctor. ¡El conde se ha tropezado y ha caído sobre la carreta de leña! Solo, él solito. ¿Es que no lo ves?

—Sí, claro, él solo ha tropezado y ha caído sin que nadie lo haya tocado... Es evidente que la mala suerte ha acompañado al hombre... ¡Ahora mismo! —gritó la muchacha, mientras abandonaba la habitación ante la mirada airada de su hermana.

—¡Ahhh, mi dulce tesoro! La mujer más hermosa de Andalucía... —dijo el anciano con un lamento sofocado, carraspeando y asiendo con la palma de una de sus manos su cabeza ensangrentada—. Veo que te ha asustado ver a tu amado en tan penosas circunstancias —luego, alargó la otra mano hasta que sus escuálidos y blancos dedos alcanzaron los de la muchacha, que no acertó a retirar la mano con la suficiente rapidez—. Lo sabía, siempre he sabido que eras todo bondad y dulzura. ¡La única mujer que dejaría entrar en mi corazón...! ¡Nunca te dejaré marchar!

—¡Ay, cielos!, ¡Ay, cielos...! —murmuró la muchacha, mientras sus ojos buscaban con impaciencia el origen de las voces que ya empezaban a resonar en el amplio pasillo.

*Cádiz, junio de 1800, Cortijo de Valleflorido (unos años antes)*

El cortijo gaditano del duque de Azahara era una amplia propiedad cobijada en la ladera de la cuenca de un río de montaña. Con el paso de los milenios, el río había horadado el paisaje creando un amplio remanso en el que las aguas quedaban embalsadas de forma natural formando un pantano. Tanto el río como las laderas y montes de los alrededores quedaban bajo el dominio del duque, y eran utilizados como coto de caza y zona de recreo estival para la excelentísima familia.

Cada verano, una legión de sirvientes, traídos en su mayoría de las localidades cercanas, eran dirigidos con mano firme, y desde hacía más de veinte años, por la señora doña Mercedes, la gobernanta del cortijo y ama suprema mientras la duquesa estaba ausente. Doña Mercedes, su esposo el guardabosques, y cinco personas más, habitaban perennemente el lugar con el único propósito de mantener las instalaciones listas para ser usadas en cualquier instante. La mujer daba gracias a los cielos por la llegada, hacía más de tres lustros, de la ahora duquesa de Azahara. A pesar de su recio acento extranjero, la mujer era bastante amable y, sobre todo, avisaba por carta unas semanas antes de aparecer por el cortijo, cosa que nunca había hecho la antigua señora y madre del actual duque.

Doña Carina, la hermosa duquesa, era una valquiria de origen sueco con cabello rubio platino y ojos grises que, según los amigos más cercanos a la familia, había helado más que encendido el corazón del robusto duque, don Gustavo. Sin embargo, nada de la felicidad o supuesta desdicha de la pareja salía a la luz. Quienes los conocían aseguraban que entre ambos no existían chispas de amor de ningún tipo. De hecho, ambos cónyuges llevaban en realidad vidas totalmente separadas salvo en escasas y sonadas ocasiones.

Cariño y ternura puede que no hubiera, pero lo cierto era que la pareja había sido bendecida con gran facilidad procreadora y, en cada una de las escasas visitas que el duque regalaba a su mujer, esta quedaba preñada de inmediato. Así, el heredero y los repuestos habían sido asegurados de forma eficiente y múltiple por doña Carina, la duquesa.

El hijo mayor de la pareja, de nombre Gustavo, en honor a su padre, contaba quince años, le seguían sus tres hermanos, trillizos de once, y el pequeño, de cuatro. Una legión de rubios vikingos que, como si de una horda de invasores se tratase, asaltaban la tranquilidad del cortijo cada verano, ante la pasividad de su madre y la desesperación de doña Mercedes.

El verano de 1800 no iba a ser muy diferente de los anteriores, tal como comprobó pronto la gobernanta. La duquesa llegó acompañada de sus cinco hijos, dos sobrinos y la hermana mayor de ambos. Los chicos invitados parecían refinados y realmente educados comparados con sus primos. La duquesa trató de presentarlos a la gobernanta intentando elevar el tono por encima de la algarabía que formaban sus propios hijos.

—Esta es la señorita Aurora Ramírez de Aristarán y estos caballeros son sus hermanos, don Carlos Ramírez de Aristarán y don Marcos Benedetti, el heredero del marquesado de Monteferro —pudo decir por fin la duquesa, dirigiéndose a la gobernanta con su recio acento cuando los muchachos rubios desaparecieron, escaleras arriba, dejando a las tres mujeres y a los jóvenes invitados en el hall de entrada de la enorme casa de campo—, son sobrinos de mi marido, y pasarán con nosotros el verano.

—Encantada —saludó de forma concisa la áspera muchacha, con aspecto de institutriz, que le habían presentado como señorita Aurora.

—Señora... —dijo el más pequeño de los muchachitos, haciendo una leve inclinación de cabeza y esbozando una enorme sonrisa en el rostro más bonito que la mujer había visto en su vida—. He oído que en estas sierras hay jinetas y corzos. Nunca he visto esos animales, ¿sabe? Mi padre, que es un gran cazador, dice que los corzos son peligrosos a los ciervos, así que no tengo tantas ganas de ver uno, pero las jinetas... él no ha conseguido explicarme lo suficiente y en los grabados no se ven bien. ¿Ha visto usted alguna? ¡Ah!, por cierto, mi hermano y yo estamos encantados de conocerla —añadió, extendiendo la mano en un gesto tan simpático que, la normalmente sería Mercedes, soltó una carcajada.

—Sí, sí, alguna sí que he visto... muy bien, muchacho. ¿Y tu hermano el heredero del marquesado no habla?

—Se equivoca, señora, él —dijo, señalando al niño silencioso que apenas había inclinado la cabeza en señal de saludo— es el sexto heredero del ducado de Azahara. El próximo marqués de Monteferro seré yo.

—Y seguro que también serás el hombre más perseguido por las muchachas dentro de veinte años, jovencito —dijo, agachándose hasta ponerse a la altura de sus ojos. La mujer quedó por unos segundos prendada de la belleza extraordinaria de aquellos iris color ámbar amarillo—. ¿Te gustan el chocolate caliente y los churros[5]?

—¡Me encanta!, y a Carlos también, ¿no es cierto, Carlos?

—Sí —Oyó, por fin, decir al muchacho más alto.

—Bien, pues tú, Marco, y tú, Carlo, comeréis hasta reventar; y dejaremos que esos primos vuestros corraen por la planta alta.

—Perdone, señora —la corrigió el más jovencito—. En realidad es Carlos y Marcos.

—Eso he dicho, ¿no?: Carlo y Marco —repitió, recalcando el acento gaditano.

—Bueno, supongo que durante el tiempo que estemos aquí será así —dijo con resignación Marcos, mientras seguían a la mujer acompañados por su tía.

La cocina del cortijo era el lugar más acogedor y menos elegante que habían visto los niños. Construida con un techo alto decorado con gruesas vigas negras que soportaban ladrillos de barro cocido, la estancia estaba presidida por una enorme mesa fabricada en madera de olivo. Al fondo, ocupando todo el lateral, la inmensa chimenea cobijaba el hogar y la zona de almacenaje de carbón y leña.

Aquellos churros estaban demasiado deliciosos para dejar nada. Así que los muchachos permanecieron sentados en la amplia y rústica cocina y comieron hasta saciarse, mientras sus equipajes eran diligentemente deshechos por los empleados del cortijo, y sus primos guerreaban en los alrededores. Casi habían acabado con el último de los platos recién frito, cuando un hombre apareció en la puerta de la cocina en la que ambos niños merendaban acompañados por la gobernanta y la cocinera.

—Ya he acabado de cortar la leña, señora —dijo, dirigiéndose a la gobernanta. Era un hombre de mediana edad, delgado y fibroso, con el rostro moreno y curtido por el sol; tenía el pelo, negro y relativamente largo, peinado pulcramente hacia atrás con ayuda de algún tipo de aceite.

—Pase Luis. Siéntese y meriende con nosotros. Le presento a los señores Marco y Carlo; el sobrino del señor duque y el próximo marqués de Monteferro, nada menos. Este caballero es el señor Luis Esparrín. Pediré que fríen otro plato de churros. Aquí los señoritos han acabado con cuatro ellos solos —habló, señalando a los dos niños que involuntariamente limpiaron sus bocas con los puños de las camisas, en un intento de retirar los restos de azúcar que les habían quedado en las comisuras de los labios.

—Está visto que cuando hay hambre todos somos iguales... —señaló el hombre, ante el gesto poco elegante de los muchachos—. ¡Coman, coman ustedes! ¡Qué honor! nunca me había sentado en una mesa con comensales tan ilustres —bromeó con los niños—. Le vuelvo a agradecer que me permita quedar estos días, doña Mercedes. La pata del burro aún tardará en curar y no me gustaría forzar a la bestia.

—No es nada, hombre. Ya le he dicho que la señora es una persona muy amable y, de todas formas, ninguno de los muchachos que vinieron del pueblo cortó esa leña tan eficientemente como lo ha hecho usted.

—Puedo, si le parece adecuado, salir mañana a buscar tagarninas; aún no ha hecho demasiado calor y posiblemente encuentre suficientes para un buen guiso.

—¡Muchas gracias! Una gran idea. A doña Carina le encantan los potajes[6] de ese tipo; siempre dice que no hay cosas tan sabrosas en su tierra. Las haré con huevos y pan, aunque tendremos que preparar algo diferente para los señoritos, al menos para los rubios, estos dos parecen capaces de comer cualquier cosa. ¿No es cierto, muchachos? —preguntó a los dos chiquillos, que aún intentaban tragar con un sorbo de chocolate los últimos trozos de churros.

Así, el hombre, que en un principio solo había llegado al cortijo para ofrecer su mercancía de quincallas[7] de zinc y barro, miel y artesanía de figuras esculpidas en madera, permaneció en el cortijo más tiempo del previsto. Doña Mercedes, a cambio de su ayuda en el caserío y de que recolectara algún fruto de temporada para acompañar las comidas, le procuró un lugar en el establo y comida para el burro que le acompañaba; y sobre el que el hombre, que se dedicaba a la venta y trueque de todos los pequeños utensilios y miel que transportaba, cargaba todas sus pertenencias. A él mismo le permitió compartir una pequeña habitación con el mozo de las cuadras, un jovencito de quince años que cuidaba los elegantes caballos que habían traído el coche de la duquesa desde el domicilio habitual de los duques en Sevilla hasta Cádiz.

El Cortijo de Valleflorido lindaba con el de Las Madroñeras, propiedad de los Montes de Ossa. Ambas fincas compartían el acceso a la importante fuente de agua, aunque la propiedad real del pantano perteneciera al ducado. Al contrario que los nobles dueños del primero, la familia Montes de Ossa no poseía trato ni distinción nobiliaria alguna, sin embargo eran una de las familias más ricas e influyentes de la provincia de Cádiz.

El cabeza de familia, don Andrés Montes de Ossa y Giles, era cargador de Indias[8] afincado en la ciudad de Cádiz. Había heredado una extensa fortuna y propiedades de su padre y este de su abuelo, así hasta tres generaciones atrás que emparentaban con el segundo virrey[9] de Nueva España. Lejanísima conexión con la nobleza española que la familia se encargaba de mantener presente en las mentes de todos sus conocidos.

La familia Montes de Ossa estaba compuesta por el hijo mayor de doce años, de igual nombre que su padre, y dos hijas pequeñas: María del Pilar, de siete, y Ana Isabel, de casi dos. No había madre de familia, ya que esta había fallecido dando a luz a un cuarto hermano varón, que por desgracia no sobrevivió a su madre.

Los jóvenes Montes de Ossa acudían cada verano a pasar las vacaciones en Las Madroñeras, mientras su padre aprovechaba el buen tiempo para viajar a América y organizar el comercio de todo el siguiente año.

Así pues, sin padre ni madre que los gobernara y vigilados tan solo por su vieja aya, una tía abuela hermana de la madre de su padre, los más mayorcitos, Andrés y María del Pilar, campaban a sus anchas por los terrenos de ambos cortijos.

Aquel año Andrés tenía motivos para sonreír. No solo compartiría los amplios terrenos con los rubios matones Ramírez de Aristarán, sino que había descubierto que casualmente su mejor amigo en el internado de Madrid, donde ambos estudiaban, era pariente de ellos y estaría allí ese verano.

Tuvo que esperar cuatro eternos días antes de encontrarse a solas con el muchacho, que paseaba por la orilla del río a unas doscientas varas[10] de la casa principal de Valleflorido.

—¡Carlo!

El chico andaba distraído arrojando piedras a la superficie del río, que el embalse volvía extrañamente tranquilo y cristalino, y apenas notó su presencia antes de gruñir asustado al oír su nombre a solo unos pasos.

—¡Andrés! Casi me matas del susto. Llevo una hora intentando desprenderme de los rubios y por poco muero pensando que me habían encontrado.

—Bueno, lo siento, de veras te comprendo. Yo también he logrado desprenderme de la pesada de María —Andrés caminó hasta acercarse a un palmo del otro muchacho—. ¿Y tu hermano? Oí en el cortijo que la duquesa había venido con dos sobrinos y, por la descripción que hacían de uno de ellos, supuse que no podías ser tú.

—No, es Marcos, claro... algún día se ahogará enredado en su propia lengua... Ese niño habla hasta con los perros...

—Se ve que no conoces a María...

—¿María? —repitió Carlos.

—Mi hermana mayor, la pequeña Anabel apenas habla, ¡gracias a los cielos! Por desgracia María se ha empeñado en enseñarle y temo que lo está consiguiendo a una velocidad increíble, no sé qué será de mí con dos como ella.

—Pensé que habías dicho que tu hermana se llamaba Pilar...

—María del Pilar de Santa Isabel, concretamente, mi madre era Pilar —oyó decir a una suave aunque diligente voz a sus espaldas—. Sin embargo, yo también lo fui hasta que ella murió el año pasado. Desde entonces mi padre empezó a llamarme María. Lo cierto es que yo lo prefiero. No me gusta que me confundan con mi madre, aunque dicen que era una de las mujeres más bonitas de Cádiz.

Carlos y Andrés giraron hacia la voz observando a la muchachita que se acercaba. Con un gesto de derrota, Andrés volvió el rostro pretendiendo ignorarla.

—No la mires —advirtió a su amigo.

—¿Así que tú eres el heredero del marqués de Monteferro? Realmente había pensado en otra cosa, mi aya dice que eres un chico guapo y simpático.

Carlos miraba asombrado a la morena criatura que se acercaba; casi le parecía increíble que aquella voz modulada, clara y perfectamente educada, aunque con fuerte acento andaluz, saliera de esa chiquilla delgada en extremo, despeinada y sucia que lo miraba.

—Siento decirte que te ha sobrevalorado... No es que seas feo, realmente me pareces hasta guapo. Pero no creo que nadie se quede prendado de ti al primer vistazo, como me había asegurado ella; además eres muy alto y pareces más viejo de ocho años... ¡Si casi tienes bigote! —acabó empuñándose junto a él para tocar con la punta

de los dedos la línea ligeramente oscura que coronaba su labio superior.

—¡Ese es Marcos! —dijo el muchacho, reculando un paso para evitar seguir en contacto con las yemas de la niña.

—Ya me parecía que no podías ser tú —sentenció la chica, dejándolo olvidado y girándose para enfrentarse a su hermano—. Quiero que me presentes al otro, Andrés, al guapo heredero. Este es demasiado viejo para mí, y demasiado moreno.

—Tú no eres precisamente una rosa blanca, María —dijo Andrés, señalando su rostro bronceado por el sol—. Bueno, márchate, ya ves que aquí no está lo que buscabas —pretendió acabar con aquella conversación, maldiciéndose al instante por haber caído de nuevo en su red y haberle contestado cuando se había prometido no volver a hablar con ella hasta que acabaran las vacaciones. Erróneamente o no, había decidido que ignorarla era la única manera de librarse de su molesta y continua compañía.

—Yo volveré a tener la piel blanca y suave en cuanto deje de tomar el sol. Ya lo haré cuando quiera atrapar un marido rico, mientras, me da igual; pero él... —señaló a Carlos— él es moreno de verdad, casi como un gitano.

—Bien, ya que no te gusta mi amigo ni te gusto yo, vete por donde has venido, Flaca, y déjanos en paz.

—Yo no he dicho que no me guste —dijo, volviendo a posar la vista en el muchacho, esta vez recorriéndolo con una mirada apreciativa que desmentía su verdadera edad —de hecho, creo que me quedará con él. El otro tiene una edad muy parecida a la mía y dicen que habla demasiado. Además, siempre dirán que es más guapo que yo, con él no tendré problemas; es bastante guapo para gustarme, pero no excesivo como para que digan que no lo merezco. La aya dice que su padre tenía dinero y propiedades. De hecho, creo que papá ha dispuesto una cuantiosa dote para mí misma y varias haciendas y barcos. No tendremos problemas de dinero y, como ves, no competiré conmigo en cuanto a ingenio...

—¡Oye niña, yo! —explotó por fin Carlos, para luego cerrar la boca dejando un pesado silencio y a los otros dos niños esperando que terminara de hablar.

—Te lo dije, ni siquiera acaba las frases. Ven, Carlo —habló la chiquilla, tomando la mano del sorprendido muchacho, que no acertó a desprenderse del agarre— daremos una vuelta y nos conoceremos un poco. Mi aya dice que antes de casarme tendré que conocer a mi marido paseando, hablando y tomando la merienda con él, y este... —señaló a su hermano, que, pasmado, miraba la escena —este... él nos vigilará de lejos y será mi acompañante; ya sabes que una señorita no puede comprometer su buen nombre.

—¡María, déjanos en paz! —gritó Andrés, mientras de un golpe deshacía el contacto de sus manos—. Estás realmente como una cabra. Vuelve a la casa si no quieres que me chive a la aya, y tú —señaló a su amigo, que permanecía impassible observando la escena mientras una leve mueca, que no acababa de ser sonrisa, aparecía en sus labios—, no te acerques a mi hermana. Mientras padre no esté yo me ocupo de ella y, aunque se supone que es demasiado pequeña, mi padre afirma que haría pecar a un santo con su insistencia. No sé qué quiere decir realmente eso, pero no voy a permitir que tú seas ese santo.

Cuando ambos muchachos se apartaron de ella dejándola olvidada, ligeras lágrimas comenzaron a aparecer en los ojos de María.

—No es justo, yo no tengo amigos aquí, y tú puedes jugar con todos los rubios, él es mío.

—¡Busca al guapo, Flaca! A él lo vi yo primero. ¿Qué haces, Carlo? —casi chilló cuando comprobó que su amigo se apartaba de él para acercarse de nuevo a la niña, arrodillándose junto a ella para susurrarle algo en el oído.

Andrés no oyó lo que su amigo decía, pero, con envidia, comprobó que las lágrimas se tornaban en una sonrisa de fascinación en el rostro de su hermana.

—¡Hasta pronto, Gitana! —lo oyó decir, mientras se apartaba de María.

—¿Qué le has dicho? —preguntó intrigado.

—Nunca confesaría algo así al hermano de la mujer con la que voy a casarme... —dijo entre carcajadas—. ¡Vamos! He visto donde guardan los rubios sus mejores tirachinas.

—No digas que no te lo advertí. Has cometido el mayor error de tu vida. Si no quieres que nuestras vacaciones sean una pesadilla, no vuelvas a mirar atrás cuando oigas que ella te llama, ignórala y, por supuesto, no le cuentes secretos.

[3] Atún salado y secado al sol, al aire o al humo.

[4] Enfermedad caracterizada por convulsiones y pérdida del conocimiento.

[5] Pasta de harina y azúcar frita en forma cilíndrica estriada.

[6] Guiso hecho con legumbres, verduras y otros ingredientes que se come especialmente los días de abstinencia.

[7] Conjunto de objetos, generalmente de metal y con escaso valor, como tijeras, dedales, imitaciones de joyas, etc.

[8] Comerciante que ejercía su actividad comercial con las llamadas Américas (América del sur y central) importante y exportando productos.

[9] El virreinato de Nueva España fue una entidad territorial integrante del Imperio español, establecida por la Corona durante la etapa de su dominio en el Nuevo Mundo, entre los siglos XVI y XIX.

[10] Medida de longitud que se usaba en distintas regiones de España con valores diferentes, que oscilaban entre 768 y 912 mm.

## Capítulo 3 Reencuentro

Aranjuez, 24 de diciembre de 1816

Carlos recordó de nuevo la mañana de hacía dos días: Retama, el bayo que había montado los últimos cinco años, se había encabritado de improviso mientras atravesaba uno de los carriles que lo llevaban desde su casa de campo hacia el centro de Madrid. Por fortuna, la caída no fue a mayores al poder sujetar al animal en el último momento, antes de que este se precipitase por el lateral del camino, en una bajada con casi la altura de un hombre adulto. Solo el jinete se despeñó al foso. Él se rompió un hueso al caer en mala postura sobre el brazo derecho, pero el animal se salvó de lo que podía haber sido una caída fatal.

Casi sería capaz de decir que su recién adquirido título de duque traía mala suerte. Eso al menos había pensado hasta que le ocurrieron los dos últimos incidentes. Lo cierto es que desde hacía un año la mala suerte parecía acompañarle más habitualmente de lo razonable. Sus allegados no dejaban de achacar dicha secuencia de infortunios a la casualidad y, a la vez, a estar siempre con la cabeza ocupada en miles de cosas y no mirar por dónde caminaba. Él intentaba no desmentir esa opinión, no había motivos para preocupar a la familia sin tener datos fundados.

Pero la caída del caballo y el anterior tropezón en las escaleras abarrotadas del teatro, tras escuchar la ópera, lo tenían algo preocupado. No se consideraba un hombre torpe; montaba desde los cinco años y siempre miraba dónde ponía cada pie. Además, solía pasar casi media jornada realizando algún tipo de actividad física, ya fuera nadar en verano, practicar esgrima o ayudar a sus braceros a retirar el tronco caído de un árbol, con lo que su cuerpo estaba acostumbrado a moverse con agilidad. No, no era la torpeza lo que lo obligaba en los últimos tiempos a visitar más al médico que a su propia madre.

—Tienes que ayudarme, Carlo —la voz de su amigo lo distrajo de sus pensamientos devolviéndolo al lugar donde se encontraba.

Si no hubiera oído la misma frase cientos, incluso miles de veces, tal vez hubiera sucumbido ante la mirada desesperada que invariablemente seguía a la petición. Pero la situación le producía tal sensación de *déjà vu* que pensó que no merecía la pena ni contestar. Por tanto, se limitó a arquear sus bien delineadas y amplias cejas negras.

—¿Me oyes? —insistió el hombre más bajo.

Carlos se entretuvo volviendo a observar a su amigo de toda la vida. Andrés había cambiado, no se parecía en nada al muchacho gordinflón y torpe que un día corriera con él por los campos de Cádiz. Sus mejillas, antaño rellenas y coloradas, habían alcanzado la plenitud y los rasgos alargados de un hombre que casi estaba en la madurez.

Con cerca de treinta años, el joven que estaba ante él era, después de su perfecto hermano Marcos, uno de los hombres de rasgos más elegantes y atractivos que había visto; y eso le dolía a su vanidad masculina. Él, aunque más alto y visiblemente más fuerte, no tenía ni la elegancia ni la simpatía que hacían de Andrés una golosina para cualquier mujer.

Aún maldiciendo el ramalazo de coquetería que lo asaltaba, observó la imagen de ambos en el espejo que ocupaba la pared de la amplia sala de baile del Palacio de Marte, la elegante residencia de la familia del conde de Monteverde. La pulida superficie le devolvió las imágenes de dos hombres elegantemente vestidos para el baile de Navidad que se estaba celebrando. Solo el cabestrillo que sujetaba su brazo, lastimado por su reciente e inexplicable caída del caballo, rompía la distinción de su atuendo de gala.

Cientos de velas y lámparas de aceite reverberaban en la lujosa estancia, rebotando de una a otra pared. La cena y el baile posterior eran los acontecimientos más esperados de los últimos años en Aranjuez. Un final ansiado para 1816; el adiós a un año y la bienvenida a una nueva reina [\[11\]](#) y a un periodo de cambios, o al menos, a miles de deseos de ello.

Andrés, superando cualquier norma de etiqueta escrita, vestía pantalones y chaqueta blanca, rompiendo de forma atrevida el negro uniforme que el resto de los invitados, incluido el propio Carlos, llevaban con discreta elegancia.

«No soy realmente tan feo», recapacitó el hombre más alto, sin pensar por un segundo que pecaba de inmodestia, «el problema es acercarse a un cisne cuando no eres más que un elegante aunque discreto halcón».

Carlos estiró el abdomen haciendo que la diferencia de altura entre ambos hombres, de poco más de tres pulgadas, pasara a ser de casi seis.

«Bien, buena semejanza», caviló, observando la levemente larga y estrecha nariz que reinaba sobre su propio rostro. «Un halcón de pico largo y afilado... Aunque, para él tendré que buscar otro ave, los cisnes tienen un pico muy grande». Sus pensamientos se demoraron un poco mientras sus ojos recorrían la graciosa y casi respingona nariz de Andrés. «¿Un jilguero, quizás?, ¿o un canario blanco?», rectificó observando el color níveo de la ropa de su amigo. «Puede ser. Aunque, ciertamente no creo que mi nariz sea excesivamente larga, tal vez la definiría simplemente como algo extensa o dilatada en el espacio...». Volvió a reflexionar, observando de nuevo su propio rostro.

—¿Hay alguna forma humana de que dejes de admirarte en ese espejo y me hagas caso, Carlo?

—Perdona, creí haberme manchado la chaqueta con los restos de esas aceitunas que... —retirando la vista bruscamente del origen de sus pensamientos, giró hacia el claro y fino rostro de su amigo.

«Ni siquiera le quedaron señales de la escarlatina», pensó para sí mientras, involuntariamente, pasaba los dedos sobre su frente, donde el rebelde mechón que le caía evitaba a cualquier observador inoportuno posar la mirada sobre las cicatrices que la enfermedad había dejado sobre su piel. Cinco, y aunque había que acercarse a menos de un palmo de su rostro para notarlas, él las tenía perfectamente identificadas y clasificadas; incluso una vez, quince años atrás, llegó a ponerles nombre hasta que se le cayeron. Afortunadamente los olvidó en un par de días. Ya le llevaba demasiado tiempo intentar recordar los nombres de pila que había dado a cada una de las tres pecas que adornaban su mejilla derecha.

—¿Decías? —preguntó a su amigo en un gesto inconsciente, utilizado cada vez que perdía el hilo de una conversación.

—Digo, que gracias a Dios ya has vuelto de Londres. ¡No sabes cuánto te he echado de menos estos años! Y sobre todo desde que dejamos la universidad.

—¡Ah, claro! —respondió—. Yo también a ti.

Luego, sonrió. Porque realmente no estaba acostumbrado a decir más de tres palabras seguidas, ¡y había dicho seis!

—Bueno, veo que cada vez es más difícil hacerte hablar... Evidentemente escogieron bien tu labor durante la guerra: espía. Verlo todo y no decir nada. Y no, no te molestes en rebuscar, no tienes ninguna mancha de aceituna sobre la chaqueta... En cualquier caso, no se notaría con un paño tan oscuro —añadió Andrés, agitando la fina mano, cubierta de anillos, frente a la chaqueta de su amigo.

—¿Decías?

—Te decía que tienes que ayudarme, Carlo.

—Ya sabes que yo, bueno...

«Haré lo que pueda por ti». Como de costumbre, Carlos no terminó la frase, se limitó a observar el rostro de su amigo mientras las palabras, que no acertaban a salir de su boca, aparecían claras en su mente: «eres mi amigo, uno de los pocos amigos de verdad que tengo; y para eso están los amigos, para ayudarse cuando las ocasiones lo demandan, sin preguntar y sin cuestionar, sin...». No paró de pensar, mientras permanecía mudo observando a su interlocutor. Tal vez algún día aprendiera a abrir la boca y comunicarse con el mundo exterior. Por el momento, sabía que Andrés se conformaría con su discreta frase y con el gesto de su rostro.

—No hace falta que digas más, Carlo. He aprendido a entender lo que tus ojos me dicen y tu boca no acierta a expresar. Debes tener a las damas locas con ese pico de oro...

—Yo...

—Vale —levantó el brazo, antes de que su amigo extendiera el punto suspensivo exageradamente para acabar finalmente, como era habitual en él, cerrando la boca sin decir una palabra más—. No digas nada.

—Pero...

—Es suficiente.

—Bien.

—Bueno.

—Eso creo.

—De verdad, ahora comprendo por qué era tan agradable ir contigo de pesca o a cazar pájaros, es evidente que no espantabas las presas con tu cháchara...

Ambos dieron por finalizada la conversación y, de forma sincronizada, giraron hacia la entrada de la sala, aún a medio llenar en ese momento, por la que continuaba el flujo incesante de invitados. Postura silenciosa en la que se mantuvieron los siguientes cinco minutos.

—Es María —suspiró finalmente Andrés, sin poder sujetar su lengua—. Esa chica va a matarme. No sé qué hacer con ella.

—Cásala.

—¿Casarla? —la súbita pregunta hizo sonar un gallo en la garganta de Andrés—. Casarla, dirás más bien. Por eso necesito tu ayuda. Si hay alguien capaz de hacer que una presa caiga en la trampa, eres tú. Necesito tu paciencia y tu conocimiento del terreno, y del animal en cuestión...

—¡Es tu hermana, Andrés!

—Es mi pesadilla desde hace veinte años. Casi ha cumplido los veinticinco. Una solterona renegadora es lo que acabaré teniendo que soportar si no logro casarla este año.

Carlos agitó la cabeza en gesto negativo, recordando a la muchacha flaca y desharrapada que acudió a su mente. Seguramente no hubiese mejorado mucho en los ocho años que llevaba sin verla. María Montes de Ossa y Andrades probablemente fuese un palo de escoba desmochado con faldas.

Sí, una tarea titánica era aquella de pretender buscarle novio a la muchacha.

—¿Puedes creer que es imposible encontrarle un marido?

—¿Has pensado en mi hermano, el marqués?

—Bueno, lo cierto es que he pensado en cualquier varón, incluso en el guardabosques. Sí, he pensado en Marco, a ella siempre le ha parecido encantador y «el hombre más guapo sobre la faz de la Tierra» —imitó la voz meliflua de una mujer impresionada.

—Ya sabes que ella no habla así —lo corrigió Carlos, ante su intento de hablar como una dama delicada.

—Cierto, ella más bien parece una pescadera... De cualquier forma, aprecio demasiado a tu hermano y, aunque supongo que cada cual tiene que cargar con una cruz, su ceguera ya cumple de sobra ese cometido. No lo voy a lastrar con ese demonio.

Carlos agitó de nuevo la cabeza pretendiendo reflejar sorpresa. Aunque parco en palabras, sus gestos continuaban siendo los de un hombre educado, y no podía decirle claramente a su mejor amigo que su hermana estaría mejor encerrada en un convento de clausura y con voto de silencio a ser posible. Aquella cotorra incorregible era capaz de arrancarle una frase desesperada al mismísimo santo Job<sup>[12]</sup>.

—Aumenta la dote, de ese modo...

—De verdad estás extraño desde que te nombraron duque, Carlo. Ahora no hablas, pero tampoco escuchas. ¿Quieres que aumente su dote?, ¿para qué demonios?

—Hombre, las penas con pan... —Carlos detuvo la frase cuando la cabeza de Andrés giró en sentido negativo acompañada de un gesto de impaciencia—. Supongo que el problema no es encontrar pretendientes.

—¿Problema? ¡Problema! Cada día debo recibir a una docena de ellos, y dejar que coman a mi costa dos o tres al día... ¡No sabes las peticiones de matrimonio que ha rechazado ya esa descarada! No sé...

—¿Cómo...? —exclamó Carlos, aunque su interlocutor ya casi lo había olvidado, perdido en sus propios pensamientos.

—Este año es el definitivo. La haré casarse con el próximo que me pida su mano o yo acabaré con... Bien, por eso te necesito.

—No necesito esposa yo, bueno, aunque no lo descarto en el futuro, un futuro muy, muy lejano... Realmente creo que es deber de un duque; ya sabes todo eso de buscar un heredero varón, perpetuar la familia... Pero, en fin, aún tengo que conocer a fondo el ducado y controlar las tierras; mejorar las cosechas es ahora mi principal objetivo. Mis arrendatarios han sido abandonados durante años por los antiguos duques que ostentaron el cargo antes que yo. La tierra es como una mujer exigente a la que no puedes dejar de atender. De hecho, he hablado con un ingeniero que me ha propuesto una solución que igual te parecería...

—De acuerdo, veo que ahora sí que hablas —con un gesto de la mano, Andrés volvió a llamar la atención de su amigo—. Ahorra saliva, no quiero que te cases con ese pequeño monstruo, no le haría algo así a mi mejor amigo.

—Ah, entonces ya te escribiré el nombre del ingeniero para que hables tú mismo con él.

—He de viajar al norte de África. Este año no podré estar cuando empiece la primavera y proliferen las fiestas. Voy a cambiar de táctica y enviarla a Cádiz. En Madrid ya ha rechazado a todos los hombres disponibles entre los quince y los setenta años...

—¿Quince?

—Te sorprenderías de lo enamoradizos que son esos muchachos imberbes cuando ven un trasero bonito... —la mano izquierda de Andrés se posó en el brazo derecho de Carlos—. Hazlo por mí, sé que este año irás a Cádiz. Llévala a todas las fiestas, obras de teatro, óperas y salidas al campo que puedas; busca algún incauto y haz que ella caiga en sus redes como un pez resbaladizo.

—No creo que yo sea, en fin, no soy adecuado para ello, y mis hermanas son mucho mayores, y la marquesa no creo que acepte actuar de acompañante.

—¿Qué me dices de Aurora? Seguro que tu hermana mayor no te negará algo tan sencillo cuando se lo pidas. Al fin y al cabo la mantienes como a una reina y nunca le pides nada a cambio.

—Es cierto, pero ya sabes cómo es ella. No le gustan las fiestas ni el teatro y...

La melodiosa risa de mujer que resonaba en la entrada captó por completo la atención de Carlos haciendo que callara. Reconocería ese sonido en medio de un bullicio en el zoco de Tetuán. Giró la cabeza hacia el conocido timbre.

—¡Dios santo! —las palabras salieron en un jadeo de la garganta de Carlos sin casi atravesar su boca.

Andrés dejó de decir lo que estaba pensando, y que Carlos evidentemente no iba a oír, para seguir la mirada de su amigo, con curiosidad por saber qué era tan espectacular como para hacer que un hombre tan seco como Carlos casi perdiera el aliento. La mirada de Carlos lo llevó hasta la mujer que acababa de entrar, y que permanecía parada en lo alto de los escalones que bajaban hasta la entrada principal del salón.

—¡Dulce Jesús! —coincidió con un jadeo propio Andrés, mientras Carlos giraba con brusquedad la cabeza hacia él.

¡Cielos! La famosa capacidad para recordar rostros, que tan buen servicio había hecho a Carlos en su labor como espía contra Napoleón, le había fallado. Evidentemente, el ser increíblemente hermoso, la diosa deslumbrante que bajaba las escaleras franqueada por media docena de pisaverdes no podía ser María. Era imposible que su hermano se hubiera sorprendido al verla, no habían pasado, como en el caso de él, ocho años desde la última vez que la viera.

—¡La Flaca ha vuelto a bajar el escote del vestido! —añadió Andrés, tirando por tierra cualquier posibilidad de duda que Carlos hubiera tenido, y haciendo que desde ese momento, y para el resto de la noche, sus ojos fueran irremediabilmente atraídos por ese punto concreto de la anatomía de la mujer.

Un punto ciertamente colmado de altas y redondeadas curvas.

El patito feo se había convertido en un hermoso cisne. La mujer era una verdadera visión. El cabello seguía tan largo y ondulado como Carlos lo recordaba, pero ahora el color azabache brillante solo hacía resplandecer la pálida piel que antaño se había vuelto cetrina al permanecer perennemente oscurecida por el sol. Su rostro, en el pasado tan conocido y suavemente bonito, aunque demasiado delgado, había cobrado una belleza andaluza devastadora. Y su figura... la mirada se le deslizó sobre el cuerpo espléndidamente delineado por el atrevido vestido rojo sangre.

No, definitivamente no era ninguna escoba.

—No puedo permitir que rechace a un hombre por vigésima vez —se quejó Andrés.

—¿Veinte?

La conversación cesó cuando la muchacha, arrastrando a la mitad de su guardia pretoriana, caminó directo hacia ellos.

—¡Hermanito! —María se dirigió a Andrés, paseando tan solo la vista levemente sobre el hombre alto parado a su derecha.

—Flaca... —contestó Andrés con un ligero golpe de cabeza.

—¿No viajabas a Málaga? No pensé encontrarte aquí esta noche.

—Ya lo veo, has vuelto a ponerte un vestido de una talla menos...

—Sí, tal vez, aunque el tuyo parece encajar a la perfección con el decorado navideño... De hecho, me deslumbra ese blanco immaculado... Bonito color has escogido, casi podemos buscar una zanahoria y un par de botones y colocarte como muñeco de nieve en el jardín principal.

—¡María! —el amenazante gesto de Andrés hacia su hermana fue detenido de súbito por el brazo de Carlos. Ya conocía demasiado a aquellos dos y eran capaces de lanzarse a las manos delante de lo más granado de España.

—¡Hola, Carlo! —María desvió la vista de su enfurecido familiar hacia el hombre que había permanecido en silencio observando la lluvia de indirectas—. ¿O debería decir excelencia?

—Excelentísimo señor sería lo adecuado, aunque Carlos me va bien, gracias —él mantuvo el gesto, tratando de que la mirada fija de la mujer no le produjera el inevitable cosquilleo; ella era de las pocas personas capaces de obligarlo a abandonar su perpetuo silencio por el simple hecho de mantenerle la mirada; era eso, o desviar la suya, y eso sería lo último que haría—. No te había conocido. Estás... estás... estás más... gorda.

—Y a ti te ha crecido la nariz, Carlo.

Él sonrió derrotado, porque ella evidentemente había notado su mentira.

—Vaya, Gitana, veo que no has perdido el lustre elegante —susurró el hombre en el oído de la muchacha, aprovechando los cinco segundos en los que Andrés se distrajo al girar el rostro hacia una espléndida joven que atravesaba la puerta del salón para descender las escaleras.

María parpadeó nerviosa, intentando apartar la súbita sensación de calor en tan sensible zona.

—¡Ah! —suspiró exageradamente Andrés, volviendo la atención a la pareja un segundo después de que los labios de Carlos abandonaran la oreja de María—, por fin una belleza que no es de mi familia. Empezaba a creer que todos, salvo yo, eran afortunados en esta fiesta... Ser el hermano de las chicas más guapas es una suerte que no le deseo a nadie. Felizmente, ahí llega mi oportunidad. Ven, Carlo, preséntanos, he oído que conoces a esa maravilla de señorita Carmen Martínez.

Un instante antes de dar el primer paso, el gesto de Carlos se vio detenido por el roce de los dedos de María sobre su levita. Un roce ligero aunque intenso, haciendo que el calor de sus yemas le llegara hasta la piel a pesar de las capas de paño.

—¿Y tú, querido?, ¿aún conservas las «joyas» de la familia? Creo recordar que tenías cierta propensión a ¿descuidarlas? —dijo, empujándose hasta casi rozarle el hombro, mientras sujetaba el cabestrillo del hombre con la mano libre.

Soltándose de su contacto, la muchacha se adelantó a su propio paso siguiendo a Andrés, dejándolo admirar el contoneo de sus bien proporcionadas y delineadas caderas.

Al parecer, el espinoso cardo borriquero[13] se había metamorfoseado en una hermosa rosa, pero, evidentemente, seguía conservando todas y cada una de sus púas.

*Cádiz, junio de 1800, Cortijo de Valleflorido (unos años antes)*

Cada tarde, al caer el poderoso sol del verano andaluz y tras una dura jornada de recoger y cortar leña o recolectar productos silvestres, Luis Esparrín, el buhonero, se dedicaba a tallar figuras de animales. Provisto de una pequeña mesa, improvisada a partir de dos viejos taburetes y un deteriorado tablón de madera, además de una deslustrada silla sevillana de enea, el hombre se sentaba al fresco en el patio trasero del cortijo.

Carlos y Andrés acostumbraron, durante esos días, a observar anonadados como iban surgiendo las figuras a partir de un tosco trozo de madera de pino: primero solo los esbozos, luego, patas y cabeza, hasta acabar perfectamente cincelados cada uno de los atributos de los animales.

El hombre les contó que cuando era un muchacho había trabajado en un taller de imaginiería como aprendiz, y que su ilusión era dedicarse por entero a esa ocupación después de ir de un lado a otro conociendo un poco el país.

Era tal la abstracción de los niños en aquellos días que permanecían ajenos a las maquinaciones de sus jóvenes enemigos.

Mientras que en el interior de la casa, los rubios procuraban que sus travesuras, especialmente destinadas a sus primos y a su molesto vecino, no se notaran; fundamentalmente, en previsión de que doña Mercedes que, a diferencia de su propia y tranquila madre, sí conocía la naturaleza salvaje y a ratos cruel de los muchachos, los castigara. No así ocurría en el exterior; allí la cuestionable autoridad de la gobernanta apenas extendía sus garras y los niños podían campar a sus anchas sin nadie que coartara sus maniobras.

Copias casi exactas de su madre, los duquesitos eran cinco personajes regordetes y rubios cual ángeles de Rubens, especialmente los trillizos, a los que solo doña Carina y su hermano mayor eran capaces de diferenciar, y que, a pesar de su beatífico aspecto, tenían cierta facilidad para idear las más sibilinas de las acciones.

El día más señalado del verano fue la última tarde de junio, tras una agotadora jornada en la que los termómetros debieron rondar los treinta y siete grados, algo inusual en esa zona tan próxima a la sierra. Quizás fuera el calor excesivo, el incipiente viento que comenzaba a cobrar fuerza, o simplemente esos rabos de lagartijas y colas de ratón que dicen gobiernan las mentes de los niños traviesos, lo que harían inolvidable, por decirlo suavemente, la jornada.

María no debió volver a salir sola, claro que no; pero su incesante búsqueda de un lugar donde ser acogida y tratada como una igual, la impulsaba a desobedecer a la anciana aya y escapar por la ventana del cuarto de los juguetes para perseguir a Andrés y Carlos. La tía abuela tardó esa tarde demasiado en dormir, y a la pareja de niños mayores, que era su objetivo, tuvo demasiado tiempo para perderla de vista. La niña esperó pacientemente mientras la mujer cabeceaba en la mecedora bajo los rayos que entraban por la ventana. Sigilosa, aguardó hasta comprobar que ni un terremoto despertaría a la anciana y se encaramó al alfeizar. Por fortuna, el calor había obligado a la mujer a abrir los postigos en busca de frescor; una suerte, ya que la vieja contraventana necesitaba una buena dosis de grasa en las bisagras. De un salto, acabó agachada al otro lado; afortunadamente, el cuarto de los niños estaba en la planta baja del cortijo. Desde allí no tuvo más que correr en dirección a los problemas.

De lo poco que le había hablado su hermano Andrés, puesto que el muchacho se empeñaba con ahínco en ignorar su presencia, María había deducido que los rubios no eran de fiar: «no dejes que se metan contigo», «no hables con ellos, ya lo haré yo», y sobre todo, «nunca, nunca hagas lo que te digan».

Pero ahora, sin recordar muy bien cómo ni por qué se habían desarrollado los acontecimientos que la llevaron al momento en el que se hallaba, se encontró a sí misma allí de pie, parada en medio de la amplia cuadra del cortijo de Valleflorido; no comprendiendo cómo aquellos rollizos de pelo de paja la habían convencido para hacer lo que se proponía. Y no había vuelta atrás.

Aunque no todo era culpa de los rubios. Lo cierto era que María nunca había necesitado demasiado impulso para dejarse llevar. Se bastaba ella sola para idear cualquier tipo de diablura, y bien que lo sabían su padre y su desesperada aya.

Los chiquillos, incluido Gustavo, el casi zangón[14] del heredero, esperaban escondidos tras las pacas[15] de heno a que ella actuase. Mientras, enfrente, para aumentar si era posible su terror, la esperaba el burro pardo del buhonero.

El animal, aunque era bastante más pequeño que un caballo, sobrepasaba a la chiquilla en algún palmo. Parecía un ejemplar viejo y aparentemente resabiado que, ella sospechaba, sería capaz de arrearle una buena coza si no se andaba ligera en su misión. La mirada negra rojiza del equino la hizo dudar unos instantes, obligándola a girarse hacia la salida de la cuadra. Pero antes de dar un par de pasos de huida, los cuerpos anchos de dos de los trillizos le impidieron la retirada. Los niños, con un gesto poco delicado, la impulsaron de nuevo hacia el interior del establo.

«Bien, María», se dijo a sí misma, si hay que hacerlo, hay que hacerlo... y pronto, luego, corre... y no vuelvas a creer nada de lo que ellos te digan».

En dos pasos, atravesó hacia el cubículo en el que se encontraba el animal armada con la pequeña faca que le había dado Gustavo. Observó la situación, haciendo un

soberano esfuerzo por apartar los ojos del animal, que a ella misma no le quitaba la vista de encima. Sobre la pared, al fondo y tras el burro, colgando en un oxidado clavo, estaban las alforjas y el bocado del borrico, y a tres escasos pasos, también suspendido por una cuerda, un odre fabricado en piel de cabra repleto de miel, su objetivo.

Pese a que sabía que el tiempo apremiaba, la presencia del animal la mantenía fija en la puerta sin decidirse a actuar. Pero, al girar la cabeza presa de las dudas, la mirada impaciente de los rubios la incitó a continuar antes de enfrentarse a sus reproches.

Casi rozando el lomo del burro, atravesó el establo, alargó la mano armada y, tras varios intentos para clavar la punta, por fin, de dos tajos rajó el pellejo de cabra, que comenzó a verter su caro contenido en grandes goterones sobre los restos de paja amontonados en el suelo.

Accionados por un resorte invisible, los cuatro niños rubios acudieron entre empujones y chillidos de alegría a colocar sus bocas bajo la improvisada fuente de miel. La masiva entrada de cuerpos en un recinto tan pequeño asustó al burro, que reculó hacia un extremo, dejando a María retenida entre él y la pared, sin casi espacio para respirar.

En unos instantes el caos se adueñó de lugar. El equino comenzó a rebuznar alarmado por el griterío y la invasión de su, de ordinario, tranquilo espacio. La niña chilló en réplica a la algarabía y al miedo. Y, como respuesta a los sonidos de pasos que atravesaban el patio, los niños, en parte saciados de dulce y con el camino despejado por el burro, huyeron de la cuadra con pasmosa rapidez.

Una mano salvadora jaló de la ropa de María, sacándola de entre las patas del asno mientras la chiquilla aún gritaba.

—¡Deja de dar esos alaridos, María! Ya te ha oído todo el cortijo.

Como si hubiera oído la voz del propio Mesías, la muchacha se relajó con las palabras de Carlos, que todavía la sujetaba por el cuello del vestido.

—Yo no he sido —negó descaradamente, aun cuando el cuchillo permanecía entre sus dedos.

—No, ya lo veo. Ahora dame eso y nos iremos antes de... ¡Cuidado!

El muchacho movió bruscamente a la niña colocándola tras él en el mismo instante en que el animal, perdida la paciencia, lanzaba una coz. La maniobra fue lo bastante rápida como para salvar la cabeza de la chiquilla, pero inútil a la hora de evitar el doloroso golpe sobre la ingle del muchacho, que cayó al suelo doblado de dolor, portando entre sus dedos el arma del delito, aun chorreando gruesos goterones de miel.

Cuando Aurora, seguida de cerca por doña Mercedes, apareció en la puerta, solo quedaban María, aún atrapada entre la pared y el animal; Carlos, agachado en un rincón retorciéndose de dolor mientras se apretaba entre las piernas; y Gustavo que, siendo aun a su edad más ancho que alto, era demasiado goloso como para permitir que el dulce cayera desperdiciado sobre el suelo y mantenía su boca, ya rebosante, bajo el caño de miel.

—¿Qué es este desastre, Carlo...? —consiguió decir doña Mercedes, todavía jadeando por la carrera—. ¿Gustavo? ¡Gustavo! Aparta de ahí de una vez.... —habló, separando al muchacho del pringoso manjar, mientras trataba inútilmente de salvar parte del producto, doblando el pellejo sobre sí mismo—. ¡Qué desastre, cielos!

Aurora, en medio de aquel desaguisado, alcanzó a tomar la mano de Carlos y levantarlo sobre sus temblorosas piernas, aún resentido por el golpe.

—Mejor nos vamos de aquí, caballere —lo increpó y, agarrándolo por los hombros, lo empujó hacia el exterior—. Buscaremos algo para evitar que las joyas de la familia acaben como un par de melones.

—¡Él no ha sido, señora! —dijo la niña, en la que apenas había reparado la muchacha, justo antes de que ambos hermanos abandonaran el establo—. He sido yo.

—Ya sé que él no ha sido, pero el muy tonto siempre acaba cargando con las culpas. Ahora... —añadió, susurrando al oído de la niña— no digas nada más, no confieses, ni una palabra, esperemos que castiguen a esos delincuentes albinos.

Afortunadamente, no hubo que lamentar víctimas. Luis, el buhonero, recibió unas buenas monedas por la mercancía perdida de parte de la duquesa, que era mujer de pagar oro a cambio de tranquilidad. De la intervención de María en el asunto nadie habló; incluso Carlos mantuvo el silencio, a pesar de las compresas de agua fría y los emplastos de hierbas que le obligó a soportar Aurora sobre sus partes nobles.

No se puede decir lo mismo del susto del pobre burro, que tras verse rodeado de niños alborotados y acorralado contra un rincón en el establo, tuvo que recibir más de un varazo para volver a salir a la calle tras el soponcio pasado. Ni tampoco de Gustavo, cuyo vientre se vació como una fuente durante cuatro días seguidos y ni siquiera las cucharadas de aceite que Aurora, con el permiso de doña Carina, le administraba con puntualidad inglesa cada seis horas, pudieron contener.

Doña Mercedes sospechaba, aunque nunca diría nada sobre ello, que la muchacha disfrutaba mientras hacía su labor de enfermera voluntaria. Y es que, pese a la temprana edad del muchacho, este tenía la peculiaridad de no despertar demasiada simpatía por parte de nadie que se cruzara en su camino.

Así que esas persecuciones de final anunciado, mientras Gustavo, vistiendo tan solo la larga camisola de dormir para evitar que sus rápidas idas y venidas al retrete tuvieran consecuencias sobre sus calzones, corría delante de Aurora y su inseparable cucharada milagrosa, era lo mejor del día para la veterana gobernanta. La insistencia de la mujer le permitía conceder cierta ventaja al muchacho para atraparlo sin piedad en cuanto se distraía un segundo.

Dos tardes después, Carlos creyó ser víctima de un espejismo cuando su mirada se cruzó con la de Aurora, justo en el instante en que esta obligaba al muchacho rubio a tragar una nueva dosis de jarabe, y la mujer le devolvió una sonrisa seguida de un guiño.

Conmocionado, Carlos agitó la cabeza antes de volver a enfocar la vista en su hermana que, de nuevo, portaba el mismo gesto pétreo de siempre.

—¿Has visto eso? —preguntó a su amigo Andrés.

—¿Que si he visto qué?

—Nada, nada... No lo creerías ni aunque lo hubieras visto tú mismo.

[11] Fernando VII, rey de España, se casa con su sobrina, María Isabel de Braganza, infanta de Portugal.

[12] Personaje bíblico sometido a una opresiva prueba por Satanás con autorización de Dios y cuya dignidad y temple para salvar la adversidad es usado por muchos credos religiosos como un ejemplo de santidad, integridad de espíritu, paciencia y fortaleza ante las dificultades.

[13] Cardo borriquero: *Onopordumacanthium*, también se llama: Alcachofa borriquera, ansarina o toba. Posee un tallo cubierto por espinas fuertes, ampliamente alado, áspero, densamente piloso, con pelos blancos por todas partes.

[14] Muchacho alto, de poca gracia y que anda ocioso, teniendo ya edad para poder trabajar.

[15] Fardo o lío, especialmente de lana o de algodón en rama, y también de paja, forraje, etc.

## Capítulo 4 Nocturnidad

*Aranjuez, 5 de enero de 1817*

Las fiestas en el Palacio de Marte se alargaban de ordinario más de una semana; esta, en concreto, iba a ser la que acabara con el record de los últimos cien años, extendiéndose hasta alcanzar una duración de casi veinte días. María estaba verdaderamente hastiada de las continuas comidas multitudinarias, los bailes hasta casi el amanecer y las tardes de café y cotilleos continuos que llevaba soportando. Especialmente cuando ella se sabía protagonista de un elevado porcentaje de ellos.

Ser una «solterona» de veinticuatro años no era una novedad. Montones de muchachas habían sido descartadas de las filas del matrimonio por diversas razones, entre las que predominaban la falta de belleza física, la deficiencia intelectual o algún menoscabo físico, ya fuera cojera, ceguera, abundancia o, en algún caso extremo, falta completa de cabello y vello corporal.

También quedaban eliminadas para el matrimonio las muchachas que habían perdido su buen nombre, las excesivamente charlatanas o las que no podían decir dos palabras seguidas; aquellas que comían en exceso o que eran tan ligeras que apenas se sostenían en pie; las excesivamente altas o las muy bajas, aunque esto último se podía perdonar si el marido en cuestión tampoco alcanzaba la altura media y la muchacha, al menos, tenía un tamaño adecuado para procrear.

Por último, había que acudir a la cuestión monetaria; a las guapas se les podía perdonar no aportar demasiado al matrimonio. ¡Ah!, pero las feas o poco agraciadas dependían de la generosidad de sus padres para encontrar un esposo dispuesto.

Cuando no cabías en ninguna de esas clasificaciones y seguías soltera a los veinte, la gente empezaba a murmurar; a los veintidós, pasabas a ser el bicho raro de la sociedad; con veinticuatro, o eras una descocada que pisoteabas a los hombres que se postraban a tus pies o tenías algo que ocultar; algo que solo un marido en la noche de bodas podría descubrir.

María no sabía si agradecer o no la ausencia de su hermana. Su presencia la habría obligado a aparecer en todas y cada una de las actividades previstas sin haber podido esgrimir sus continuos, reiterados y, por supuesto, inventados dolores de cabeza. Anabel, tal vez afectada por la situación comprometida en la que al parecer se encontraba su hermana, estaba empeñada en encontrar marido antes de cumplir los veinte.

María no tenía ninguna objeción que hacerle a su hermana en tal decisión, a no ser que el sueño de la querida Anabel pasaba por casarla a ella primero. Por alguna estúpida razón, le parecía una ingratitud casarse antes que su hermana mayor, que le llevaba más de cuatro años.

¿Qué iban a decir las cotillas? Era el argumento que esgrimía Anabel cuando María trataba de convencerla de que ella no tenía el menor interés en encontrar un marido en un futuro muy cercano.

El hecho real era que María ya había deseado casarse con un hombre de una manera casi poco saludable, una sola vez en su vida y durante más tiempo del que su orgullo le permitía reconocer. Y aquello solo había conducido, a la inexperta jovencita que era en aquel entonces, a un montón de desengaños, uno tras otro, y a llorar la ausencia de su amado durante más de un lustro<sup>[16]</sup>.

Durante todos los días de su vida, María recordaría con certeza cuando posó por primera vez la vista sobre el que sería por el resto de su infancia, y parte de la adolescencia, el objeto de sus sueños. Siempre, a lo largo de aquellos veranos, y a pesar de que todos se empeñaran en afirmarle lo contrario, creyó que aquel muchacho alto y delgado le estaba destinado. Si es cierto que nuestros deseos pueden hacerse realidad ansiándolos con ahínco, está claro que todo lo que María soñó de niña le estaría destinado en su futuro de una u otra forma.

Casi todo se le puede perdonar a una chiquilla de solo siete años, pero María puede que sobrepasara los límites cuando acudió cada día durante tres años a la iglesia a rezar a San Antonio, que tenía fama de casamentero, murmurando cincuenta veces seguidas el nombre de su amado. O cuando compró aquel muñeco de trapo, lo vistió con un trozo de la camisa robada al muchacho y lo tuvo bajo su almohada dos noches de luna llena, tal como la hechicera gitana, que le leyó la buena ventura en la feria de Azahara, le aconsejó.

Por fortuna, con un esfuerzo que le había costado más de cinco meses y muchas más noches, había logrado apartarlo de su pensamiento hacía menos de dos años, y casi había olvidado que el hombre existía y respiraba en el mismo mundo que ella.

O al menos eso es lo que había creído María hasta la noche de Navidad de hacía dos semanas; hasta el instante mismo en el que él había vuelto a aparecer en su vida. Más alto, más guapo y más duque que nunca.

Está claro que hay que tener cuidado con lo que se desea, puede que un día lo consigas. Aunque en ese momento hayas llegado a la conclusión de que ya no lo quieres.

La tarde previa al día de Reyes de 1817, María había estado preparando los últimos regalos: dos chalecos, que ella misma había bordado para su elegante, aunque ligeramente extravagante, hermano, y un precioso camafé con una miniatura de sus fallecidos padres para Anabel. Este último regalo tendría que esperar hasta que la muchacha volviera de visitar a la tía Rosa, hermana de su madre, que vivía en una casa situada en la sierra de Madrid.

Sentada en la amplia habitación del Palacio de Marte, donde había dormido los últimos quince días, aún oía a intervalos las pisadas de sus compañeros de ala. Los condes de Monteverde habían intentado superar con creces tanto la duración como la afluencia de invitados en esa fiesta, con casi cincuenta personas que habían permanecido en el lujoso y recién remodelado edificio comiendo, bebiendo y durmiendo durante más de dos semanas.

Ella no había bajado a cenar esa noche, pidiendo solo un consomé y un par de trozos de queso que le había llevado una de las empleadas del conde, y de los cuales ya había dado buena cuenta; pero el resto de los invitados habían ampliado la fiesta hasta hacía pocos minutos, y en esos momentos se retiraban a sus respectivos aposentos. Por el bajo de la puerta le llegaban fragmentos de conversaciones intrascendentes y saludos de despedida.

En poco más de un cuarto de hora se hizo el silencio. La mayoría de las luces se apagaron. Tan solo un par de candelabros encendidos, que los criados del conde se encargarían de apagar en menos de una hora, seguían luciendo en el pasillo.

El enorme reloj de péndulo de la escalera comenzó a tocar las campanadas que daban paso a la medianoche. María, tapada con el cobertor de la cama y aún envuelta en su bata de invierno, se arrebujó durante unos minutos más en el cómodo asiento orejero situado frente a la chimenea encendida. La noche era demasiado fría como para querer abandonar el lugar y meterse entre las frías sábanas.

Cuando la última campanada sonó, el ruido de pisadas surgió tras el silencio dejado por el repique. Pasos apresurados.

Luego, con inesperada brusquedad, alguien golpeó su puerta con impaciencia. Una, dos veces. Convencida de que no se trataba de un error, María se levantó con pereza del sillón, ajustándose la bata sobre la cintura. Un segundo antes de sujetar el pomo, vio como este era girado desde fuera y la puerta se abrió violentamente mientras el cuerpo de un hombre alto interrumpía en el cuarto, tambaleándose al caminar.

—¡Ayúdame! —dijo con un hilo de voz—. ¡Me han atacado!

María no hizo que el intruso repitiera el pedido. Aún sin ver demasiado bien su rostro, le tiró de la manga hasta hacerlo entrar del todo en el dormitorio y miró hacia el exterior, manteniendo medio cuerpo en la habitación.

Inútil, la oscuridad era incluso mayor en el pasillo, los criados debían haber acabado de apagar los candelabros. Oyó pisadas aceleradas acercándose y no esperó mucho más; cerró la puerta pasando el cerrojo hasta el final y se giró para enfrentarse, cara a cara, con el hombre que permanecía erguido en medio del dormitorio. No distinguía más que levemente su silueta, dibujada por el único foco de luz procedente de las brasas, casi apagadas, de la chimenea.

En un par de pasos, y ante la mirada atónita de la muchacha, el hombre se dejó caer como un fardo sobre su cama, dejándola con la boca abierta de asombro. Casi estaba a punto de protestar cuando llamaron a la puerta.

De un solo gesto, María agarró el grueso cobertor, que había usado para forrar el frío sillón de piel de vaca, y cubrió casi al completo el cuerpo sobre el colchón. Con gran esfuerzo, logró tapar las largas piernas que habían quedado suspendidas en el aire desde las pantorrillas; luego caminó hacia la puerta, un instante antes de que volvieran a golpearla. Sin apresurarse demasiado, recorrió el cerrojo y abrió lo justo para mirar al exterior.

—¿Sí? —preguntó al hombre situado al otro lado de la puerta mientras fingía un bostezo poco elegante.

No sabía muy bien qué había esperado ver. Pero la cara bonachona del bajito y rechoncho mayordomo de los condes no era la imagen del asesino despiadado que había esperado.

—Usted perdone, señorita. Creí oírla gritar.

—No, yo no he gritado, ni llamado ni nada en absoluto. De hecho, dormía hasta que usted golpeó mi puerta —mintió, aun sin saber muy bien por qué.

—Siento mucho haberla despertado, señorita —continuó el hombre—, pero anda por ahí un caballero que está bastante borracho y tememos que se meta en alguna habitación. Ha entrado tan rápido en el palacio que no hemos podido acompañarlo a su propio dormitorio. Lamento confesarle que al parecer es uno de los invitados del conde... un invitado poco escrupuloso, me temo.

—¡Qué horror! No entrará aquí, ¿verdad?

—No se apure, señorita. Colocaré un hombre en el descansillo junto al reloj, y grite si oye algo o tiene miedo. Siento las molestias. Buenas noches.

—Buenas noches —añadió ella, cerrando de un golpe la puerta y girando indignada hacia el cuerpo sobre la cama.

¡Borracho! Realmente su facilidad para meterse en las situaciones más inconvenientes no tenía límites. Primero casi mata al conde de Ricard y ahora dejaba entrar a un hombre bebido en su habitación.

—Si logro salir de esto sin un escándalo, prometo volver a oír la misa del pesado de don Roque los domingos por la mañana, en lugar de esperar a la más corta de la tarde que da don Miguel. Al menos durante el próximo mes, bueno, mes y medio —susurró en voz baja y mirando hacia el techo cruzado de gruesas vigas con las manos sobre el pecho. Luego, caminó hasta colocarse junto a la cama.

—¡Levántese y salga inmediatamente! —gritó al cuerpo tumbado con la voz más áspera que logró modular.

No obtuvo ninguna respuesta. Así que se armó de valor para acercarse al cuerpo y echar un vistazo bajo el cobertor. El hombre parecía seguir en la misma postura, bocabajo, en la que había caído unos minutos antes; inmóvil, casi dormido. Con bastante brusquedad, tiró de su pie derecho primero; después, de la mano que caía sin vida al lado de su cadera; y, por último, subió hasta zarandearle el hombro. No hubo respuesta.

—Como una auténtica cuba de vino —murmuró en voz alta—. Voy a tener que llamar a Andrés y resignarme a oír sus quejas, porque yo sola no te movería ni una pulgada de esta cama, y no pienso dejarte ahí hasta mañana. ¿Qué es eso?

La muchacha caminó hasta la chimenea para encender una de las lámparas de aceite que había en la habitación, y volvió hacia el hombre. Tal como había sospechado, una mancha de sangre le cubría el costado y empezaba a ensuciar las sábanas.

Empleando toda la fuerza de la que era capaz, logró girarlo lo suficiente para localizar el origen de la herida, posiblemente entre las costillas. Un suspiro de sorpresa se le escapó cuando el perfil del hombre quedó iluminado por unos segundos; a pesar de la palidez mortal, totalmente diferente a su color moreno habitual, el rostro aristocrático y perfectamente cincelado del duque de Azahara fue claramente distinguible.

—¡Carlo!, ¡Carlo, Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

El silencio volvió a responderle. Sin pensarlo mucho más, María salió del dormitorio en dirección al de su hermano, apenas una puerta más allá. No tuvo que explicarle mucho antes de que el hombre la acompañara de regreso.

—¡Cielos, Carlo! —susurró él, nada más abrir la puerta—, ayúdame a darle la vuelta, María, hay que ver esa herida.

Sin esperar mucho más, Andrés cerró la puerta a sus espaldas en cuanto su hermana le precedió entrando en la habitación.

—¿Dónde estaba? Hace días que no ha venido por el Palacio. De hecho, pensaba que no era uno de los invitados de los condes, ya que no lo he visto desde el día de Navidad.

—Sí, estaba invitado, pero tenía asuntos importantes en Madrid y ha estado yendo y viniendo; como has estado tan enferma la mayoría de las noches no habéis coincidido en las cenas.

—¿Y por qué ha venido a mi cuarto?

—No iba a tu cuarto, boba. Debe haberse confundido de puerta, buscaba mi ayuda. Ya me dijo que si algo así ocurría, tratara de ocultarlo todo lo posible.

—No lo entiendo, ¿por qué querría ocultar que lo han atacado? —mientras hablaba, los dedos de María se movían rápidos, desnudando el torso del hombre que sujetaba su hermano elevándolo por la cintura. Con bastante dificultad, debido al cabestrillo que aún portaba en el brazo, le retiró la estrecha chaqueta y la camisa, cuyo blanco estaba cubierto de escarlata. Tal como pensaba, tenía una fea herida en el costado, bajo la última costilla.

—Este es el cuarto o quinto «accidente» que ha sufrido desde que asumió el ducado.

—¿Intentan matarlo?

—¿Tú qué crees, María?

—¿Pero por qué?

—Eso tratamos de averiguar, con poco éxito hasta ahora.

—¿Habéis avisado a las autoridades? El intento de asesinato de un grande de España no creo que sea una cosa para tomarse a la ligera.

—Aquí, mi amigo, ha insistido en pensar que todo se debía a la casualidad y no quiere alarmar a su querida madre y a sus hermanitas. El muy tonto prefiere morir antes de disgustar a la marquesa. Trae agua y rompe alguna camisa para hacer una venda. Voy a sacarlo de aquí y llevarlo a mi dormitorio. El doctor Garzón está durmiendo en esta misma ala y es amigo común; iré a llamarlo en cuanto lo deje acostado en mi cama. Ayúdame a despertarlo, no creo que entre los dos podamos moverlo, es demasiado grande.

María acercó un paño de agua fría a la frente de Carlos, que en pocos instantes se movió y abrió los ojos.

—¿María? —preguntó el hombre con sorpresa.

—La próxima vez que quieras entrar en mi dormitorio avísame, no puedo recibir a un hombre con rulos en el pelo —bromeó ella, señalando los rizadores que aún le colgaban a ambos lados de su cara.

—Estás herido. De alguna forma has llegado a la habitación de María, pero no podemos dejarte aquí o tendría que retarte a duelo mañana al amanecer... o lo que es más horrible, obligarte a casarte con ella. ¡Ay! —Andrés se quejó, ante el pellizco que le propinó su hermana en el muslo derecho—. Tenemos que moverte, Carlo, hablaremos en mi alcoba.

—De acuerdo. Y —añadió, dirigiéndose a María— la próxima vez que decida entrar en tu dormitorio, me aseguraré de que no invites también a tu hermano.

[16] Espacio de cinco años.

## Capítulo 5

### El marqués

Con cinco años, Marcos Benedetti era un muñeco vivaz, espabilado y precioso; con diez se convirtió en un niño alto, perspicaz, educado y que hacía desear seguir mirándolo para recrear la vista. A sus veintiséis años, el marqués de Monteferro era un hombre que hacía girar la cabeza y mantenerla en esa posición hasta que el incauto observador tropezaba contra el primer obstáculo.

De inteligencia y encanto superior, culto, refinado y atento, provocaba suspiros en las jovencitas, anhelos en las ancianas y deseos en cualquier mujer entre doce y ochenta años que posara la vista en él.

Rico, alto, fuerte, moreno y guapo hasta gritar; Marcos solo tenía un defecto que lo alejaba una milésima de ser el hombre perfecto: era completamente ciego.

Como suele suceder con aquello que siempre hemos tenido, Marcos no valoró lo maravilloso que era mirar el mundo hasta que cumplidos los quince años empezó a perder la visión. Sus ojos, esos que no habían sido más que un punto de color sobre su rostro, un adorno de ámbar amarillo en una cara ya de por sí excepcional, pasaron de ser un simple valor añadido a su aspecto a convertirse en un órgano vital que le permitía apreciar la belleza del mundo que le rodeaba, el principal vehículo de comunicación con el resto de la humanidad y su vía de escape sumergido en un libro de interesante lectura. Una joya impagable.

Tal vez hubo un comienzo, un día en el que despertó y, de pronto, parte del mundo que había existido el día anterior desapareció. La pérdida fue en aumento, dejando su campo visual reducido progresivamente, día a día, mes a mes, año a año, hasta que la oscuridad lo cubrió todo.

Al parecer se trataba de una vieja herencia familiar, tan de los Monteferro como el propio marquesado. Una enfermedad que había aquejado a varios de sus antepasados, incluido su propio tío abuelo. La fortuna había preservado intactos los ojos de los primogénitos de los Monteferro hasta ese momento; Marcos era el primer marqués ciego que accedía al título cuando la visión ya le había abandonado por completo.

Durante sus primeras etapas, Marcos, sus padres y hermanos buscaron con ahínco cualquier cura posible para la enfermedad. Consultaron a decenas de médicos, sanadores, curanderos e incluso algún charlatán con ánimo de embaucar. Por fortuna, ni la familia ni el enfermo eran tan incultos ni estaban tan desesperados como para probar curas poco profesionales.

Ya que no pasó de ser vidente a ciego de la noche al día, el cuerpo y los sentidos alternativos de Marcos se fueron acomodando y agudizando con la ceguera progresiva, demostrando que la adaptación al entorno es una poderosa fuerza de la naturaleza. Su familia, sus criados, su casa y toda su vida, sufrieron un cambio que a ratos le pareció dulce, cuando las cosas que antes carecían de importancia fueron tornándose fundamentales.

El sonido del canto de un pájaro en la mañana, el gotear del agua de lluvia sobre el alfeizar de una ventana o la voz melodiosa e inteligente de una muchacha fea, cobraron un nuevo valor en la cabeza de Marcos. No había noches ni días, solo silencio y ruidos; no existía viejo o nuevo, solo experiencia e ignorancia. Sus manos y sus oídos le fueron conectando al mundo, mientras los colores fueron quedando tan solo en el recuerdo, cada vez más descoloridos, hasta tornarse en un monótono tono gris.

Como último recurso, su padre, una semana antes de morir hacía tres años, le había obligado a prometer que viajaría a oriente, donde alguno de sus amigos le había relatado la existencia de una cura milagrosa para su enfermedad. Obligado por la promesa, Marcos partió con dos criados solo una semana después de enterrarlo. Estuvo casi ocho meses en el extranjero, sin que ninguno de sus hermanos, ni siquiera su inseparable Carlos, supieran su paradero. Regresó dos semanas antes de Pascua, tan ciego como se había ido, pero mucho más maduro y acompañado de un oriental llamado Huan, que desde ese momento sería sus ojos y su sombra.

Tanto como su vista, la paciencia de Marcos ante las reglas de la sociedad también se redujo, aunque no tanto como para desaparecer por completo, en especial por respeto a su familia. Fueron sus hermanas las más reacias a entender que su solicitado y magnífico hermano pasara de tontear con las más hermosas muchachas a preferir hablar con las feas, entradas en años o gorditas. Ante sus expresiones de sorpresa y hasta de queja, Marcos siempre sonreía.

—Yo no veo nada feo en ellas —solía recordarles— me guío por su voz y porque digan al menos dos frases con sentido. No me interesa el aspecto ni la edad que tengan.

—Pero, no serás capaz de casarte con una muchacha que al menos no sea bonita, ¿verdad, hijo? —le recordaba su madre—. Debes fiarte del criterio de tus hermanas y del mío propio. No puedes desperdiciarte de esa manera. Tus hijos podrían no ser agradables a la vista si...

—Por lo que entiendo, ¿son más tolerables para ti los nietos lerdos que los feos?

—Bueno, no quise decir eso exactamente, solo que, verás...

—No te apures, madre. Te prometo que nunca me casaré con alguien que no apruebe mi hermano Carlos.

—¿Tu hermano?, ¿por qué no tu madre?

—Porque, con todos mis respetos, tú no podrías imaginarte cómo sería acostarte con una mujer determinada como lo haría mi hermano. Créeme cuando te digo que seguiré con gusto su criterio en la materia. De cualquier forma, no creo que me case en el próximo lustro, no te apures.

*Madrid, enero de 1817*

Cada músculo, cada tendón y cada trozo de piel estirada al máximo le martilleaban, haciéndole recordar que estaba vivo y rodeado de vida, aunque él no alcanzara más que a imaginarla.

Con el torso desnudo, a pesar del frío que golpeaba en los cristales del enorme invernadero, caminó directo hacia la mesa centrada en la amplia y casi vacía estancia. Con mano ágil, atrapó un trozo de lienzo de hilo y se lo pasó por los hombros retirando parte del sudor que le cubría.

—Hoy ha trabajado duro, señor.

—No tanto como debiera, Huan.

Marcos se giró levemente hacia la voz, no necesitaba hacerlo ya que le bastaba el oído para ubicarlo. La sutil diferencia en la densidad del aire a su alrededor, el leve aumento de calor a su izquierda que le indicaba la presencia de un ser vivo muy próximo a él, eran suficientes. Pero, como si realmente pudiera verlo, los ojos entrenados y disciplinados se mantuvieron fijos en los de Huan, calculando exactamente dónde tenía que fijar su vacía mirada. Una maniobra tan bien ejecutada que nadie podría adivinar que era inútil.

—Aún pierde la fijeza en el ojo derecho, señor. Debe esforzarse en evitar que ruede sobre sí mismo, no enfocará mejor aunque lo intente. Que su cabeza no le dé esa orden a un órgano que se esforzará en hacerlo sin éxito, produciendo solo desazón en usted y poder para quien le observa. Piense antes de mover la cabeza, busque a su interlocutor, pero no pretenda verlo, siéntalo con el resto de su persona. Casi lo ha dominado.

—Sabes que tengo mucho que aprender.

—Y muchos años por delante para hacerlo. Ahora, volvamos a hacer esos ejercicios. Vaya hacia la estera y no vacile cuando lo haga. Que el bastón sea parte de usted, pero no lo mueva a diestro y siniestro; límitese a mantenerlo adelantado unos palmos. Es muy joven, su cuerpo reaccionará con suficiente rapidez cuando lo necesite.

El marqués caminó recto, tal como el otro hombre le indicaba. En la mente de Marcos, la figura de un varón bajo de ojos rasgados, piel cetrina y delgado, acudía a él cada vez que oía su voz. Era lo más que podía hacer para evocar una imagen que nunca había visto y que jamás comprobaría.

La madera le ayudó a imaginar lo que le rodeaba; de forma suave la agitó, mientras caminaba tanteando justo antes de dar el siguiente paso, pero sin perder el ritmo que tendría un hombre con la visión completa. En sus manos, el largo bastón de ébano con empuñadura de platino no era tan solo una prótesis que extendía sus miembros, sino un arma letal.

Ya en el centro de la lona, Marcos estiró las piernas envueltas en los amplios pantalones bombacho de algodón, se agachó manteniendo unas semicuclillas y esperó el ataque de su maestro; asalto que sabía sería brusco, intenso e impredecible. Como cada día, le esperaban tres horas más de intenso ejercicio. Luego, se sentaría ante su escritorio y controlaría su extenso patrimonio con ayuda de un secretario y su propia y poderosa capacidad para hacer cálculos mentales. Más tarde, tal vez caminaría hacia las cuadras, para acariciar a cada uno de los caballos de su amplia y magnífica cuadra. Y después, quizás se permitiera el lujo de soñar con montarlos de nuevo.

La mañana de ejercicios fue más corta de lo previsto cuando el hombre que había citado se presentó con seis horas de antelación. El sonido de los golpes en la puerta de cristal y madera vibró en todo el recinto distrayéndolo por unos instantes. Y provocando que la patada de Huan, que de ordinario hubiera evitado sin problemas, golpeará con fuerza sus costillas, haciéndolo doblarse sobre sí mismo.

—¡Demonios, Huan! —espetó casi sin aliento, aún inclinado de dolor—. ¿Acaso quieres dejarme inválido además de ciego?

—Fue mi pierna la que golpeó, señor, pero la culpable fue la cabeza que no acertó a esquivarla. No cargue a otro con sus errores.

—Cierto, el error fue mío y del que ha golpeado ese cristal —la barbilla de Marcos se adelantó, señalando la puerta del invernadero—. Ve y comprueba quién es el culpable.

—El culpable sigue estando delante de mí, marqués. No siempre y en cualquier situación lo rodeará el silencio y un enemigo predecible. Si se distrae, volverá a ser ciego.

—¿Nunca me darás la razón, Huan?

—¿Acaso es ese mi cometido en esta casa, señor?

—¡Abre la puerta! —dijo Marcos entre sonrisas—, aunque supongo que tampoco es ese tu cometido —añadió, mientras el otro hombre se apartaba, trasteando con el pestillo de la entrada.

—¡Señor! —la voz del hijo de quince años de la cocinera, que trabajaba llevando y trayendo recados para la casa, le llegó clara.

—¿Qué quieres? Ya he dicho bastantes veces que no me podéis molestar cuando estoy en el invernadero —la voz de Marcos aún dudaba entre la severidad que le debía a su título de marqués y la sonrisa que le provocaba el descaró de su empleado oriental.

—Cierto, señor, pero don Pedro ha insistido en que es urgente. El hombre de Cádiz que esperaba ha llegado, y dice que hay nuevos acontecimientos —añadió el muchacho a modo de justificación, buscando con la mirada el gesto aprobatorio de Huan.

El recado de parte del mayordomo alertó a Marcos; solo don Pedro, el mayordomo, y el fiel Huan estaban al corriente de la importancia de lo que debía tratar con el hombre de Cádiz. Así que caminó hasta la silla en la que descansaba un grueso kimono claro y se cubrió con él, para salir a continuación por la puerta en dirección a la casa antes incluso de atárselo a la cintura. En pocos minutos, se encontró ante la presencia extraña.

Debido a su ceguera, Marcos siempre procuraba que todo lo que rodeaba su mundo privado estuviera perfectamente delineado y claro en su mente, desde el mueble más voluminoso al jarrón de nardos que la criada colocaba cada domingo de mayo en la entrada principal de la casa. Nadie movía un cuadro ni una alfombra más allá de unas pulgadas sin su consentimiento. Marcos era informado del color, tamaño y posición exacta de cada objeto. Así como del nombre, edad y condición física de cada empleado. Oía sus voces, podía olerlos y distinguir sus pasos de entre una veintena de personas. Por eso, la sensación ante el desconocido fue casi desagradable cuando entró en la biblioteca.

Don Pedro, el grueso mayordomo de más de sesenta años que ejercía su oficio desde que lo contratara como mozo el abuelo de Marcos, abrió la puerta con la suficiente presteza para que este no tuviera que refrenar el paso. Con decisión, el joven atravesó la amplia entrada y caminó hasta situarse a tres pasos del intruso.

—¿En qué puedo ayudarle? —interrogó al hombre parado frente a él—. Le esperábamos dentro de unas horas.

—Dígale al marqués que he de hablar con él directamente, ya se lo he explicado al otro sirviente —la voz era modulada y profunda, sin ser agudosa destilaba mando.

—Yo soy el marqués —le aclaró Marcos.

—Lo siento, señor —respondió el hombre con el tono suavizado, aunque solo una octava —me dijeron que el hombre al que tenía que ver era ciego.

—Y lo es —Marcos seguía dirigiendo la mirada hacia los ojos que sabía con absoluta certeza en ese momento lo observaban asombrados—. Eso no quiere decir que no le vea —en unos pasos más, Marcos se colocó al otro lado del escritorio que presidía la elegante sala recubierta de madera oscura—. Tome asiento caballero —dijo a su interlocutor, señalando la silla al otro lado de la mesa—. Huan, pide a Pedro que nos traigan café, y ofrece a nuestro visitante un cigarro.

—Perdone la intromisión, don Marcos. Vengo directamente de la casa de postas, pero no he querido perder el tiempo y aguardar para llegar en hora. Hace tres días hubo otro... accidente —añadió tras titubear unos instantes, mirando al sirviente oriental.

—No se preocupe, Huan es de mi entera confianza, puede hablar en su presencia con toda libertad; de hecho, le agradecería que lo hiciera, sus ojos son los que ven el mundo por mí.

—De acuerdo, como usted desee. Gracias —añadió, tomando un cigarro de la caja que Huan le ofrecía—. No se moleste en encenderlo, no soy fumador, pero me gusta tenerlo en las manos y llevarlo a la boca aún sin prender. Bien, marqués, como le decía, su hermano tuvo otro encontronazo hace unos días. Esta vez han sido algo más arriesgados, intentaron atacarlo cuando caminaba por la Plaza de la Villa. Afortunadamente, yo mismo estaba allí, me había disfrazado en el interior de un coche de punto<sup>[17]</sup>, como si fuera un simple cochero, y le ayudé a defenderse. Me temo que en este caso iban a por todas.

—¿Ha resultado herido de gravedad? —preguntó Marcos, mientras se erguía en la mesa sobre las palmas de las manos y contenía el aliento esperando la respuesta del otro hombre.

—No, no se apure. Un par de dedos rotos y una puñalada entre las costillas que no afecta a ningún órgano —Marcos volvió a sentarse, respirando de nuevo—. Supongo que no lo invalidarán mucho, salvo para cabalgar en unas semanas. Algo que nos vendrá bien, mis hombres se quejan continuamente de la humedad que afecta a sus huesos debido al empeño de su hermano en salir a cabalgar antes el alba.

—Y galopar como un poseso, supongo. Típico del duque, y eso que no sospecha que lo vigilamos; en caso contrario les costaría seguirle la estela, se lo aseguro.

—¿Ha pensado lo que le dije de informarlo de la situación?

—Ya lo intenté después del segundo accidente. A pesar de ser un hombre cabal e inteligente, suele ser descuidado con su propia persona; si los hechos hubieran sucedido al revés, me habría encerrado en una torre y desechado la llave.

—¿Qué haremos entonces? Temo que es crucial actuar cuanto antes. El asesino se está impacientando y empieza a perder el cuidado, lo que lo hace menos predecible y mucho más peligroso.

—Déjeme pensarlo, le informaré en cuanto lo tenga todo planeado, pero creo que ha llegado el momento de ofrecerle un farol que no podrá rechazar —Marcos se levantó de nuevo—. Tómese el café con tranquilidad, Huan le acompañará. Yo prefiero ir a bañarme, como ve no estoy vestido para recibir a nadie —dijo, señalando el exótico kimono blanco que llevaba mientras se dirigía hacia la puerta de la biblioteca—. Vuelva a la casa de postas y espere mis noticias, inspector Rodríguez.

—Muy bien.

[17] Coche de alquiler.

## Capítulo 6

### El pobre Manuel

*Cádiz, mediados de junio de 1800, Cortijo de Valleflorido (unos años antes)*

Si a alguien habían apaleado, vejado e insultado los rubios con más saña a lo largo de los años que al propio Carlos, ese era el pobre Manuel. Y gracias a la no demasiado accidental última caída de bruces del muchacho sobre la mayor y más caliente boñiga de vaca del cortijo, el adjetivo pobre siempre acompañaba el nombre de pila de Manuel. Desde entonces sería ya, para todos los testigos del evento y por el resto de su vida, conocido como Pobremanué.

Pobremanué no era gordo ni bajo ni especialmente poco dotado intelectualmente; ni siquiera era feo; ni su familia carecía de dinero ni él había sido maldecido con un cabello color zanahoria o una piel pecosa. No, nada de eso, se podía afirmar que era simple y llanamente un chico normal, del montón, totalmente corriente. Un chico que pasaría desapercibido hasta el aciago día en que tropezó con su primo Gustavo y su panda de rubios matones.

Pobremanué tenía más o menos la edad de Carlos, intermedia entre Gustavo y sus trillizos y casi excelentísimos hermanos. Para su desgracia, pese a haber nacido dos meses antes que Carlos, era hijo de tercer hijo, y por tanto quedaba a la cola de todos y cada uno de sus primos, incluido el propio Carlos, para optar al ducado familiar. Cosa que su madre le recordaba insistentemente desde que tenía uso de razón.

Pobremanué era buen estudiante, amable en el trato con los compañeros y cuidadoso con los animales. Fue monaguillo durante años en la iglesia del pueblo de Azahara. Cada domingo y fiesta de guardar, cogía su blanquísima sotana y caminaba feliz hacia el templo, lloviera o hiciera frío.

No mentía y cantaba como los ángeles en el coro de la iglesia. Tal dechado de virtudes parecería capaz de comerse el mundo si no fuera por el pequeño defecto que lo acompañaba: tenía mala suerte.

Lo que se dice una suerte penosa. No es que fuera gafe; el mal, por lo general, no le caía a ningún incauto que pasara por su cercanía, ni siquiera a aquellos que pertenecían a su familia. Simple y llanamente se lo quedaba él mismo.

Suerte, o más bien carencia de ella, que según su madre había heredado de su padre: tercer hermano en un parto múltiple de trillizos; lo que no sería demasiado importante si no fuera porque aquella carrera por salir a través del canal de parto conllevaba un orden de nacimiento aparejado a la sucesión de un ducado. Su madre siempre le había recriminado un exceso de pereza al padre de Pobremanué; pereza reflejaba en cuanto actividad realizaba y que, según ella, lo había dominado incluso a la hora de nacer.

Así pues, cualquier posibilidad acabó reduciéndose casi a la nada cuando el heredero, y virtual vencedor en la carrera, acabó por demostrar ser un prolífico procreador de varones robustos y sanos. Y el segundo de los trillizos terminó apuntillando sus opciones cuando engendró un varón, tras cuatro hijas, en una esposa que llevaba casi cuatro años sin dar a luz, solo dos meses después de que Pobremanué viniera al mundo.

Ante la insistencia del duque don Gustavo, nadie se explica bien por qué razón, de que aquel verano fueran unas vacaciones familiares en las que todos los primos Ramírez de Aristrán convivieran en el cortijo, Pobremanué fue enviado por su padre a pagar penitencia soportando a los rubios.

Seguramente, si hubiera llegado al caserío al mismo tiempo que Carlos y Marcos, el frente común de los aliados contra las hordas bárbaras se hubiera fortalecido, pero la tardanza le hizo un flaco favor. Cuando apareció por el cortijo diez días después que ambos hermanos, se sintió un intruso en el grupo ya establecido y formado por Carlos, el pequeño Marcos, Andrés y el apéndice al que este llamaba la Flaca, su hermana pequeña.

Fue precisamente esta última quien decidió que al grupo aliado le vendría bien la distracción que supondría la nueva presencia en el cortijo y, con menor o mayor premeditación, María procuró frustrar los intentos de Pobremanué de entrar en el grupo.

La segunda tarde de la tercera semana, y Carlos estaba seguro de que ese era el momento concreto porque llevaba la cuenta exacta de los días que restaban de su condena de dos meses y un día en el cortijo, apareció en escena el perro.

Y habría que decir EL PERRO, con mayúsculas, porque la bestia era el mayor can que habían visto los ojos del muchacho: un enorme macho de mastín canela al que solo la falta de melena lo diferenciaba de un león.

El perro, faltaría más, era de los rubios. A los que seguía como un cachorro, meneando la cola y dejando que le hicieran todo tipo de diabluras con inmensa paciencia.

Claro que sus primos no lo sabían, y los rubios se encargaron de atemorizar a los invitados contándoles espeluznantes historias sobre la bestia que tenían encerrada en los establos.

—Tiene los ojos inyectados en sangre y la boca le babea continuamente. Oí decir que desde que nació bebió sangre en lugar de leche. Unos buhoneros gitanos lo robaron de una camada del Palacio Real y lo adiestraron para matar. Puede arrancarle la mano a un hombre adulto de un solo mordisco —contaba Gustavo, el mayor de los rubios, ante la mirada atenta y aterrizada de sus primos más jóvenes—. Y dicen que ya ha matado y comido a más de un niño vagabundo. ¿Habéis visto la mano del jefe de cuadras?

Los niños, reunidos en el porche trasero de la casa, habían intentado hasta ese momento disfrutar de la abundante merienda que la cocinera les había preparado. Estaban situados alrededor de una rústica mesa, fabricada con una antigua piedra de molino, y sentados sobre cajas de madera de las utilizadas en la recogida del corcho.

—¿Y dices que los dedos que le faltan se los comió el perro? —preguntó intrigado y angustiado Pobremanué, haciendo a un lado la porra<sup>[18]</sup>, aún chorreando el chocolate caliente recién mojado y que estaba a punto de introducir en su boca, pero que de repente dejó de parecerle tan apetitosa.

—De-un-bo-ca-do —silabeó Gustavo, mientras tomaba el dulce que el niño había descartado y lo introducía en su propia boca de una sola vez.

—Pues yo le he oído decir al jefe de cuadras que él era carpintero y se los cortó con una sierra —añadió Marcos, que había permanecido inusualmente silencioso al otro lado de Pobremanué.

—¡Tonterías! —vociferó uno de los trillizos, tal vez Alfonso, Ramiro o Sancho, cualquiera de los reyes castellanos; de hecho, les era indiferente a sus interlocutores saber su nombre concreto, ya que los tres eran indistinguibles para todos —eso lo cuenta para no asustar a los niños pequeños, no podrían dormir pensando en que la fiera lograra escapar de su cubículo.

—¿Y por qué nadie ha matado a ese animal? Mi padre le hubiera pegado un tiro en la cabeza hace tiempo —sentenció el práctico Marcos.

—¡Tú no entiendes, niño! —insistió Gustavo, molesto ante los argumentos del perspicaz chiquillo y la falta de réplica por parte de los trillizos—. No se puede jugar con la brujería. Los buhoneros no solo adiestraron a la bestia, sino que la protegieron con varios hechizos. Cualquiera que mate al animal pasará a ser una bestia asesina el resto de su vida.

—Sí, sí —asintió otro de los rubios, lanzándose con rapidez a seguir la historia comenzada por su hermano mayor— una bestia asesina que ansiará beber sangre para sobrevivir. Solo podemos encerrarlo en las cuadras bajo muchos cerrojos y rezar para que no escape.

Las palabras fueron seguidas de una señal de la cruz y un sonoro beso sobre las puntas de sus dedos.

El resto de los niños, perfectamente entrenados en las enseñanzas de la iglesia católica apostólica romana, imitaron el gesto con mayor o menor convicción.

Justo antes de la caída de la tarde, y tras dos horas de aterradores relatos, cada vez aderezados con mayores y más espeluznantes detalles morbosos, los niños se separaron para bañarse antes de la cena. Andrés y María volvieron a su casa por el sendero que unía ambas edificaciones, paseo que no les llevaría más de un cuarto de hora.

Perfectamente organizados en su anarquía, los rubios repartieron sus tareas con el fin de maniobrar en la más absoluta impunidad y con la mayor celeridad y eficacia.

Uno de los trillizos, fingiendo un acercamiento amistoso a Pobremanué, se ofreció a acompañarlo en su baño semanal, compartiendo la misma tina de barro que era

colocada cada tarde de viernes en la parte trasera de la cocina, donde era fácil calentar, al menos hasta templar un poco, el agua fría que caía desde la montaña y era usada en el cortijo.

Marcos y Carlos compartirían a su vez otra tanda de baño, igual que hacían los otros dos trillizos. Por ser el más voluminoso, al menos a lo ancho, Gustavo tenía el privilegio de gozar de la tina para él solo.

De alguna forma, los rubios acabaron tomando los primeros puestos en la cola del baño, y Marcos y Carlos fueron los últimos en sumergirse en el agua templada de una de las dos únicas tinas que se usaban para tal fin.

Carlos meditó los extraños acontecimientos de la tarde, y casi sabía con seguridad que su hermano pequeño, al que el cerebro solía funcionarle con bastante rapidez, también lo hacía. Era demasiado sospechosa esa prisa por meterse en el agua que sus primos habían mostrado esa tarde en concreto; la obligación del baño solía ser una lucha de poderes que cada semana acostumbraba a costarles a los rubios un par de tirones de oreja por parte de doña Mercedes; y en especial, daba que pensar la insistencia en que Pobremanué, al que o ignoraban o martirizaban alternativamente, lo hiciera con ellos.

—Traman algo —como siempre, fue Marcos quien expresó en palabras lo que ambos pensaban—. No me gusta —añadió, irguiendo el cuerpo para comenzar a salir del agua.

—No —agregó escuetamente Carlos, mientras le seguía alargando la mano hasta la silla en la que reposaban los trozos de tela para secarse—. ¡Vístete rápido! Llevan mucho tiempo solos con él, y a pesar de ser un zoquete, las comparaciones hacen que Pobremanué sea nuestro primo preferido; no vamos a dejarlo solo, ya lo ha estado demasiado tiempo.

Casi sin secarse, ambos niños se vistieron introduciéndose en las ropas, al tiempo que corrían hacia el exterior. Los ruidos en el patio trasero les dieron la pista de hacia dónde se debían dirigir.

Al salir, el desastre ya había comenzado. Los rubios rodeaban a su potencial víctima. Uno de ellos delante, gritando, aparentemente horrorizado de lo que iba a suceder.

Al frente, armado con un largo cayado, Gustavo parecería ser el paladín defensor para cualquiera que viera la escena desde el punto de vista de Pobremanué, que situado en el centro era incapaz de ver a sus otros dos primos rubios: el primero, arrastrando al inmenso perro hacia el patio, aunque oculto tras un viejo carro de cargar madera; y el segundo, mostrando una jugosa longaniza justo detrás del chiquillo moreno.

—¡La bestia ha escapado! —gritaba Gustavo—. ¡Ha roto a cabezazos las maderas de la puerta y ha mordido con los dientes la cadena de hierro que lo sujetaba a la pared!

—¡Uno de los obreros ha recibido un bocado en el cuello! —aseguró el trillizo que estaba a la vista, sujetando su propia garganta en un gesto de terror—. Yo mismo he visto el reguero de sangre. ¡Va a matarnos a todos!

—¡Manuel, debes correr y salvar tu vida! Yo os defenderé, mi deber como futuro duque es dar la vida por mis familiares y obreros —se ofreció el heredero.

En pocos segundos los acontecimientos se precipitaron:

El perro, aún oculto tras el carro, olisqueó el jugoso embutido y tiró de la cuerda que lo sujetaba hasta liberarse; apartándose de su dueño, corrió en dirección a su sabroso objetivo.

Pobremanué, incapaz de decidir qué dirección tomar para salvarse del animal, vaciló sobre sus piernas de derecha a izquierda, sin dejar de mirar en ambas direcciones, acabando por no moverse ni un palmo de donde se encontraba.

Carlos y Marcos, parados frente a la escena, observaron como el perro trotaba hacia el niño sin detenerse ante tan insignificante obstáculo que le impedía atrapar el premio que el rubio muchacho, situado a sus espaldas, agitaba en constante provocación.

Aun sin acertar a ver más que la mancha inmensa que caía sobre su persona, Pobremanué soltó el alarido más espantoso que se había oído por aquellos lugares en cientos de años.

Tal fue el grito que aún retumbaba en el aire segundos después de haber sido silenciado por la caída del muchacho, de espaldas sobre el duro suelo, bajo el peso del torpe y enorme animal, que no acertaba a recuperar la verticalidad.

Ante el espanto que denotaba el chillido, evidentemente fruto de alguien en un estado próximo a la muerte o a la locura, doña Mercedes, la cocinera, tres empleados, la señorita Aurora y hasta la impávida doña Carina acudieron al lugar.

Armándose de valor, Carlos tomó el primer canto que encontró a su paso, mientras se acercaba al perro y al niño, que aún permanecían enredados en el suelo, y apartó al animal de una pedrada en los amplios cuartos traseros.

El perro, con un chillido de asombro y miedo, más que de dolor por el guijarro, acertó a levantarse del niño y escapar asustado; aún sin saber bien que había ocurrido y olvidándose del premio, en forma de longaniza, que el rubio gamberro se había ocupado de ocultar metiéndola en un cubo de agua situado a la derecha de dónde permanecía parado observando la escena y disimulando, como si no hubiera formado parte de toda la trama.

—¿Estás bien, Manuel!? —preguntó Carlos, en cuanto se acercó al asustado muchacho, que aún permanecía boca arriba sobre su espalda y con los ojos apretados de pavor—. ¡Levanta! —casi le ordenó mientras tomaba su mano— esos desgraciados te la han vuelto a jugar. No te preocupes, ese supuesto asesino no es más que una bestia torpe y bonachona que buscaba comer un trozo de embutido.

—Ya, lo sé —mintió Pobremanué, aún sin comprender bien lo que Carlos le explicaba—. Ya me había dado cuenta... Yo...

—¡Se ha meado! ¡Se ha meado! ¡Se ha meado de miedo! —cantó uno de los trillizos, ante la risa de sus hermanos—. ¡Se ha meado! —insistió.

Pobremanué solo atinó a mirar el rostro de Carlos y comprobar su mirada de lástima para saber que era cierto. Sin esperar mucho más, se acabó de levantar y abandonó el lugar abochornado, dolorido y mojado.

Por supuesto, la broma no se dejó sin castigo. Los rubios fueron desterrados a sus cuartos, aún riéndose de Pobremanué por el camino, para el resto de la noche y parte de la mañana siguiente; y la cocinera amenazó con racionarles la cuota de postres durante toda una semana. Pero nada podría acabar con la sensación que acompañaría por muchos días al muchacho humillado, que pasó a ser si cabe mucho más huraño e introvertido que antes.

Evidentemente, la penitencia impuesta fue del todo ridícula e inútil como escarmiento; para nada evitó futuras gamberradas y, de hecho, aquellas horas encerrados juntos en sus alcobas no hicieron más que hacer pensar a los zagales en futuras actuaciones. De tal forma que, tan solo dos días después, los rubios habían vuelto a montar su teatro para cazar con el mismo sistema a un nuevo incauto.

Esta vez, el escenario fueron las escaleras de entrada a la puerta principal del cortijo, donde María se había sentado a la espera de que su hermano y Carlos volvieran de las cuadras.

—¡Corre, María! ¡No dejes que se te acerque! —gritó Gustavo, poniendo voz de terror y acercándose de frente a la chiquilla para iniciar la nueva representación.

A unos cinco pasos, dos de los tres gemelos empujaban al perro hasta su próximo objetivo mientras el tercero mostraba de nuevo un trozo de longaniza a la espalda de la víctima, sin que esta se percatara de su presencia.

Ante el asombro de los cuatro niños, la chiquilla no solo no les hizo ningún caso, sino que permaneció sentada en los escalones de entrada a la casa mientras el enorme chucho se le aproximaba al galope. Una, dos, tres zancadas sin que María llegara a mover ni un músculo.

A veinte pasos, Carlos, procedente de las cuadras, contemplaba la escena acongojado de terror.

Sabía que el perro no había atacado realmente a Pobremanué, pero no estaba seguro de que no le hiciera daño a alguien tan diminuto simplemente por el hecho de caer sobre ella; aquellos burros de sus primos no eran conscientes de que María era demasiado pequeña.

En unas pocas zancadas, se aproximó hacia la niña y el perro, empujando a dos de sus primos en el camino. Sin lograr llegar, pese a sus esfuerzos, antes de que el chucho le bloqueara por completo la visión del cuerpo de María.

—¡No te muevas, María! —gritó, aunque conteniendo la voz para no asustar al animal—. No lo toques, deja que yo lo aparte.

El muchacho paró en seco cuando, de repente, el perro ladró, aulló, gruñó y salió corriendo, todo en una fracción increíblemente pequeña de tiempo, sin atender a razones ni a las llamadas asombradas de sus jóvenes dueños.

—¿Qué te pasó, Gitana? —preguntó, arrodillado ante la muchachita que empezaba a sollozar con labios temblorosos—. ¿Te ha mordido?

—No, no, yo...

—¿Te ha pisado? —mientras hablaba, el muchacho tanteaba la piel desnuda de las piernas de la niña en busca de cualquier herida—. ¿Te arañó con las patas, María?

—No, no, es que yo...

—¿Qué le has hecho a mi perro, niña? —increpó el mayor de los rubios a la espalda de Carlos—. ¿Le has pegado?

—¡No la pongas más nerviosa, Gustavo! ¿No ves que está llorando? —girándose, Carlos se enfrentó al muchacho de mayor edad, aunque levemente más bajo que él

—. ¿Qué quieres que le haga alguien tan pequeño a esa bestia tuya?

—Di, ¿qué le has hecho a mi perro? —insistió, intentando vislumbrar a la niña por encima del hombro de Carlos.

—No ves que ella no le ha hecho nada —Carlos se giró de nuevo hacia María, ante el rostro receloso de Gustavo—. Bueno, tal vez. ¿Le has pellizcado, María?, ¿le has tirado del pelo?

—No, no, yo, yo... yo solo le apreté las bolitas.

Media hora más tarde, finalmente agotado y cansado de discutir inútilmente con Gustavo, Carlos logró escabullirse del lugar del delito y envió a María a la cocina de doña Mercedes, donde sabía que estaría a salvo de futuros vandalismos, al menos durante las próximas horas. Luego, salió a caminar por el bosque.

El sendero, repleto de árboles en los que anidaban multitud de gorriones, le debía haber llevado de vuelta en menos de quince minutos. Sin embargo, si algo había que le hiciera perder la noción del tiempo en mayor medida que pescar, era trepar a los árboles para contar huevos de pájaro. El muchacho había trepado por unos diez troncos en los últimos cuarenta minutos.

Carlos, encaramado en un viejo acebuche, volvió a anotar mentalmente los que llevaba vistos en toda su vida: exactamente cuatrocientos setenta y ocho huevos, incluyendo los cuatro que tenía al alcance de la mano; o al menos ese era el número desde que había aprendido a contar.

—Hora de volver —se dijo a sí mismo en voz alta— mejor bajamos, echamos una meada, y a casa a comer...

Con cierta desgana, se decidió por fin a empezar el descenso desde lo alto del árbol. Aun antes de pasar a la segunda rama de bajada, observó su alrededor. Los nidos le habían distraído durante la última media hora y había olvidado vigilar su retaguardia. Un error fatal cuando de los rubios se trataba, y la desagradable evocación de la última mala experiencia de Pobremanué así se lo hizo recordar, haciendo que en un acto reflejo se agitara con un escalofrío de miedo.

—Tranquilidad —se dijo un instante después, ya rehecho de su instante de terror—. No hay nadie en mucho a la redonda. Los rubios aún deben estar recuperándose del fracaso de su broma, tardarán unas horas en idear la próxima gamberrada.

Convencido de su propio argumento, Carlos reanudó el descenso volviendo a preguntarse, esta vez en silencio, por qué le era tan fácil hablar cuando lo hacía consigo mismo y era prácticamente incapaz de entablar una conversación con un semejante a menos que no tuviera otra opción.

En pocos instantes, las botas del muchacho tocaron la endurecida tierra de arenisca. Todavía pensando en su incapacidad para conversar de cosas intrascendentes, el niño se dispuso a orinar junto al acebuche del que acababa de descender mientras, cual Manneken Pis<sup>[19]</sup>, se distrajo afinando la puntería y acribillando a la incauta mariposa que se había posado en las hojas de un laurel silvestre.

—Pues en realidad no es tan larga, y además no veo nada del tamaño de melones...

La súbita voz hizo que Carlos se manchara las botas en su afán de recoger sus partes nobles, aún goteando, en el interior de los calzones.

—¿Qué demonios haces aquí, María?

—Seguirte, claro. Pero me has visto hace rato, llevas hablándome media hora —le dijo la niña, mientras aparecía de entre los árboles a su derecha.

—¡No te he dicho una palabra! Y no sabía que estabas ahí, yo no me hubiera sacado mi...

—¡Has dicho que íbamos a mear! —le dijo la chiquilla, casi emitiendo un grito lloroso—. Te he oído perfectamente. Yo lo he hecho detrás de esos arbustos —añadió, señalando a su derecha—. La verdad, ya tenía ganas. He preferido que no me vieras mientras lo hacía, mi aya dice que las señoritas deben ser pudorosas. Pensé que tú serías como Andrés, él no me ha dejado nunca verle su cosita, me he llevado una sorpresa cuando lo has hecho sin pedírtelo —la niña continuó hablando sin notar que el color de Carlos iba pasando progresivamente del blanco al verde, para acabar rojo como la grana.

—¡Yo no he hablado contigo, no te he dicho que mees y no te he enseñado nada! ¿Me oyes? —en dos pasos se situó ante ella—. Y si le dices una sola palabra de esto a tu hermano, tu aya o tu padre te estrangulará con mis propias manos...

—¡Lo sabía! —gritó la chiquilla, volviendo a desconcertarlo—. ¡Sabía que eras capaz de hablar más de seis palabras seguidas! Aunque Andrés, que dice conocerte muy bien, decía que no —argumentó, ignorándolo mientras se encaminaba por el sendero en dirección a la casa—. A partir de ahora no le creeré nada. ¿Sabes que dice que tu cosa es grande y peluda? Bueno, algo de pelo...

—¡Calla, María! —renegó el muchacho, andando a zancadas mientras, con la cara encendida, recordaba observando sus botas salpicadas.

—Y que el burro te había puesto los, las... vaya... no me acuerdo como las llamó, como melones. ¡Melones! ¿Te imaginas llevar melones colgando? Yo creo que...

—¡Calla, María! Estamos llegando a la casa —insistió el muchacho, observando a la pareja de empleados de su tío que se acercaban desde la entrada del edificio principal en dirección a las cuadras, y con los que se cruzarían en unos instantes.

—¡Pelotas! Dijo que tenías las pelotas como melones —gritó ella a solo unos pasos de los hombres mientras sujetaba al muchacho por el antebrazo—. Menos mal que me has enseñado tu cosa, así le podré decir que no es tan larga como dice y que...

La frase quedó oculta bajo la mano de un abochornado Carlos al tiempo que la elevaba y cargaba como un saco en dirección al edificio. Carlos caminó rápido y con la mirada fija en el suelo evitando cruzarla con la que, suponía, sería la asombrada y escandalizada de los operarios.

[18] Porción alargada de masa frita semejante al churro, pero más gruesa.

[19] Manneken Pis ('niño que orina') conocida estatua de bronce situada en el centro histórico de Bruselas (Bélgica).

## Capítulo 7

### La marquesa

*Madrid, residencia del duque de Azahara, mayo de 1817*

La marquesa de Monteferro era una mujer de cincuenta y pocos años, alta, delgada y aún bastante hermosa. No hacía ni quince años, hacía tragar saliva a cuanto varón pasase a su lado y, aún a su edad, la mitad de la población masculina contemplaba asombrado el paso enérgico, erguido y seguro de la señora.

Su nombre de pila, ese que pocos habían vuelto a utilizar desde que se casó con el marqués de Monteferro, era Susana. La antigua Susana Rivas había sido una muchacha vivaz, ocurrente y simpática. Por desgracia, fue casada en primeras nupcias con don Carlos Ramírez de Arístarán y Lara, un riquísimo hombre de negocios hijo del duque de Azahara que le llevaba más de veinte años, y que era duro como una piedra de afilar.

No es que maltratara a la joven, simplemente para él no existía más allá de ser una cara bonita que colgar del brazo y una criadora de hijos. Susana tuvo la mala suerte de parir cuatro hijas antes de obtener el deseado varón, lo que le costó una cara cada vez más despótica y despreciativa por parte de su marido.

Aunque don Carlos había casi ignorado a su esposa, siempre había tenido trato amable y hasta a veces cariñoso con todos sus hijos. Era hombre de pocas palabras y naturaleza seria que heredaría su único hijo.

Cuando don Carlos murió en un accidente tras una caída del caballo a la edad de cuarenta y nueve años, Susana se encontró siendo una viuda muy rica, sin haber cumplido los treinta, y con cuatro hijos a su cargo.

Susana pudo escoger entre vivir su vida libre de toda atadura, buscar el amor y casarse con un hombre de una edad parecida a la suya, o ser una marquesa. Fue esta última su decisión, tomada fría y especulativamente y sin permitirse un minuto de duda. Quería e iba a ser una marquesa, así que buscó al marqués adecuado.

Enrico Benedetti, el marqués de Monteferro, fue el hombre elegido. El marqués había pasado sus primeros cuarenta años de vida destrozando corazones a su alrededor. Las viejas matronas aseguraban que de joven hacía latir el corazón de cualquier mujer, aunque fuera una monja de clausura; y ninguno de aquellos pilares de la sociedad tenía el valor de negar haber estado enamorada del atractivo marqués italiano al menos en algún momento de su vida. Enrico, reticente a abandonar su soltería y aún poseedor de una belleza que hacía suspirar a ancianas y jóvenes, decidió, a sus cincuenta y siete años, buscar esposa y heredero. En Susana encontró una viuda joven, muy hermosa y que había demostrado ser una buena mujer para dar a luz hijos sanos. Así que en menos de tres meses, y tan solo un año después de la muerte de su primer marido, Susana pasó a ser la marquesa de Monteferro.

Pero Susana no encontró lo que buscaba en ese segundo matrimonio. Con sorpresa, en lo que no era más que una transacción comercial en la que ella cedía su matriz para gestar el próximo marqués a cambio de un título vitalicio, acabó por encontrar un amor que superaba las trabas del tiempo. El marqués demostró ser un hombre inteligente, ameno, atento, cariñoso y un gran amante, convenciendo a Susana de que lo que había vivido con su anterior marido no era más que una farsa en todos los sentidos. Por desgracia, el estado de felicidad absoluta no duró lo que ella hubiese deseado y el hombre murió de forma natural próximo a cumplir los ochenta, dejando a su esposa de nuevo viuda y con la sensación de haber perdido el corazón con su marcha.

La marquesa nunca volvió a plantearse un nuevo matrimonio. Se contentó con pretender arreglar los de sus hijos; y a desesperarse especialmente cuando su primogénita, la más inteligente y capaz de sus hijas, se conformó con su soltería y su fealdad; mientras las más pequeñas, pese a ser hermosas comparadas con Aurora, no pasaban de cazar a dos comerciantes catalanes bien situados y a un banquero guipuzcoano.

Así, la antigua Susana que un día llorara la noche previa a su boda con Carlos Ramírez de Arístarán y Lara, desapareció para dar paso a la mujer elegante, delgada, alta y aún muy hermosa, que se mantenía sentada frente a María en la amplia sala de tarde de la residencia de los Ramírez de Arístarán en Madrid.

Sí, la misma mujer que la miraba como si estuviera observando una cucaracha que acabara de atravesar el bajo de la puerta de la alacena.

La mujer no se levantó cuando su hijo, acompañado por la pareja de invitados, atravesó la puerta de la sala. Se limitó a depositar lentamente su diminuta taza de café sobre el plato de fina porcelana y apartar el gato atigrado que reposaba en su regazo.

—Hijo —saludó con desgana mientras con premeditación repasaba el atuendo de la muchacha que venía con la visita.

La marquesa no tenía nada reprochable que decir de la indumentaria de María, ni de su aspecto, totalmente adecuado en cuanto a color, tejido y confección; ni siquiera su cabello, pulcra y elegantemente recogido, daba pie a ningún comentario. Ni la belleza de las facciones claras y de expresivos ojos, tan negros como su cabello, permitía una crítica. Tampoco la familia de la que procedía la muchacha había sufrido escándalos recientes o pérdidas de su extenso patrimonio. Hasta el joven agraciado que era su hermano, y que en ese momento permanecía de pie junto a ella, se libraba de ser tachado de jugador, bebedor o mujeriego.

No, María Montes de Ossa era perfecta en todos los sentidos.

Por eso a la marquesa le daban taquicardias cada vez que la veía.

Especialmente como ahora, a menos de un palmo de su magnífico hijo mayor. Lo cierto es que aún habría sido peor si se hubiera atrevido a posar los ojos sobre el marqués de Monteferro; entonces tal vez sí que hubiera sacado a empujones de allí a esa descarada.

—Madre —Carlos atrajo la vista de la marquesa, logrando que el pesado silencio, que se había mantenido durante más tiempo de lo socialmente aceptable, acabara. El hombre era consciente de la mirada escrutadora que había recibido su invitada, pero, como siempre, prefería obviar las actuaciones poco afortunadas que solía tener su progenitora cuando había una mujer joven a su alrededor—. Ya veo que te ha gustado el vestido de mi invitada...

—¡Ah, sí!, María, ¿verdad? Toma asiento, querida, y dime dónde has encontrado ese estampado en particular. De hecho, llevo meses buscando algo parecido para sustituir esas cortinas.

—Madre...

—¿Sí, querido? ¡Ah! comprendo —levantándose de su asiento, la mujer indicó a la pareja de visitantes los asientos frente a ella—. ¡Qué falta de cortesía! Siéntense, por favor, señor Montes de Ossa, señorita Montes de Ossa. ¿Les apetece un café y unas pastas? La señorita tiene aspecto de gustar de los dulces...

—Gracias, marquesa —atajó Andrés, sujetando la mano de María antes de que esta hablara más de la cuenta y ordenándole callar con el gesto—. Hemos merendado en casa. Nos hemos encontrado al duque en el paseo y solo lo acompañábamos para saludarla a usted y presentarle nuestros respetos. Volvemos mañana a Cádiz y tenemos mucho que preparar. ¿No es cierto, María?

—¡Por supuesto! Volver a colocar mis vestidos sobre los rieles de las ventanas me llevará toda la tarde, así que no podré comer más que tres platos de natillas y media docena de bollos antes de acos...

—¡Vamos, María! Señora...

En dos pasos, Andrés salió de la estancia sin quedarse a mirar el rostro progresivamente rojo de la marquesa, arrastrando de la mano a su hermana, que bufaba en el camino.

—¡Muérdete la lengua, María! Ella es la marquesa, la madre de mi amigo y la señora de la casa, y si dice que vas vestida como una cortina, te callas y le sonríes —le dijo nada más salir de la habitación, parándose y mirándola a los ojos justo en el vestíbulo de entrada.

—¡Y un cuerno! —contestó María, dejándolo pasmado y con la boca a medio cerrar, mientras abría ella misma la puerta ante el atónito mayordomo que no acertó a llegar antes que ella. Con paso enérgico, María comenzó a descender la escalera hacia la calle.

—¡María! —los pasos más largos de Carlos adelantaron a Andrés hasta situarse dos escalones por debajo de la muchacha, deteniendo su avance— siento este recibimiento —dijo, mirándola directamente a los ojos—. Mi madre es algo especial, pero no es un ogro, aunque a veces ciertamente lo parezca...

—He cambiado de opinión, Carlo. No creo que sea buena idea quedarnos en tu casa este verano. No necesito ir a ninguna fiesta ni a la ópera, volveré a Cádiz con mi hermana. Ella es joven y podrá pasar sin hacer vida social hasta julio, cuando regrese Andrés.

—Es Aurora la que nos acompañará, no la marquesa, María —añadió Carlos, tomando su mano—. Y aunque ella también vendrá en muchas ocasiones, no voy a dejar que te apabulle. Aunque creo que le será muy difícil volver a hacerlo, te defiendes muy bien de las garras de Susana.

—¿Susana?

—Sí, así es como la llamamos cuando deja de comportarse como una marquesa y saca las uñas de gata. ¿Sabes que ese es el nombre que ella misma le ha puesto a ese bicho enorme que la acompaña a todas partes?

—No me sorprende... —añadió con una risa la muchacha.

—Bien, vamos a volver y voy a decirle que he decidido ser vuestro acompañante en ausencia de Andrés y que ella hará lo que yo diga y, aunque no le voy a pedir que no discutáis, sí le aseguraré que no mediaré entre ambas y que se aguantará si la gatita desvalida acaba siendo una leona.

—¿Gatita desvalida, Carlo?

—Bueno, ella no te conoce como yo...

## Capítulo 8

### Cádiz

*Cádiz, en el teatro, junio 1817*

María tuvo que salir del palco para respirar unos instantes y decidir si mataba a aquella descarada o simplemente le hacía comer, una a una, cada pluma de la enorme y horrible boa<sup>[20]</sup> rosada que llevaba al cuello. ¡Por todos los cielos! ¿Y a la marquesa le había parecido una cortina su precioso traje de paseo?

Estaba visto que madre e hijo tenían igual mal gusto en cuanto a ropa y mujeres, ya que él había reído y embromado con la coqueta tontaina toda la noche mientras la marquesa sonreía de oreja a oreja observando la escena.

Gracias a los cielos, Anabel se había quedado en casa víctima de un leve enfriamiento. Sin duda hubiera disfrutado viendo como, de nuevo, los celos le roían las entrañas. Iba a matar a Andrés por obligarla a soportar esa tortura día tras día, porque aquella no era ni la primera ni la última cazadora de duques que se le tiraba a los pies, a los brazos o a cualquier otra parte de su anatomía. Y no era una frase hecha.

Llevaba la cuenta de los resbalones, tropezones y desmayos amañados para caer en los brazos de uno de los solteros de oro de la temporada en Cádiz, y casi había empezado a sentir vergüenza de sus paisanas ante aquel descarado despliegue de medios. Veintidós en total, contando con el traspies de la chica de la boa al entrar en el palco; la mujer había trastabillado y caído, no encima de la marquesa o del tío abuelo de ochenta años que los acompañaba, ni sobre el calvo capellán sentado a su izquierda, sino directamente en el regazo de su excelencia, ¡mira que suerte!

Luego, solo había tenido que fingir un desfallecimiento, por el golpe, claro, y la imposibilidad de mantenerse sobre las piernas para recrearse en la suerte y acabar presentándose ella misma.

Entre tanto, nadie prestó atención a la aburrida ópera en alemán mientras la muchacha rubia, guapa como un ángel, todo hay que decirlo, distraía a la concurrencia con su simpático deje andaluz.

Así que allí estaba María, asomada al primer piso del edificio, justo la parte del teatro que había sido construida en piedra antes de añadir dos pisos más de madera, y donde estaban las butacas y balcones más caros. Tomando el fresco, respirando profundamente y decidiendo qué hacer.

Porque tenía que hacer algo o iba a reventar. Realmente no había mucho que pensar; ya sabía lo que debía o mejor lo que quería hacer. Su parte maligna le estaba susurrando justo en ese momento la solución y, como de costumbre, se negaba a acallarla. Esa María retorcida tenía la virtud de aparecer en los momentos más inoportunos, y especialmente siempre que Carlos andaba cerca.

Ahora se empeñaba en que debía bajar a la cantina del teatro, comprar un par de jarras repletas hasta el borde de limonada fría, regresar, sufrir la mala fortuna de tropezar justo en la entrada y, siguiendo la misma trayectoria de la muchacha, vaciar el contenido de ambas sobre sus cabezas; preferiblemente justo en el momento en el que los dos las juntaran por enésima vez para hacerse una nueva confidencia privada.

Apoyándose sobre la baranda que daba a la calle, sacudió la cabeza alejando aquellos pensamientos poco cristianos. Observó el ir y venir de viandantes, todavía regodeándose en la detallada escena que se había formado en su mente. Regarlos con el zumo sin duda le proporcionaría un par de minutos de satisfacción, pero acabaría con su propio vestido manchado y le daría una nueva arma a la queridísima marquesa para tacharla de torpe. No, sería mejor fingir que le daba exactamente igual si el duque se beneficiaba a aquella boba delante de su madre, su venerable tío abuelo y el mismísimo capellán don Anselmo; así la marquesa se cocería en su propia salsa.

Estaba segura que doña Susana Rivas había evitado cargar contra la muchacha rubia porque la veía a ella, a María, como un rival mucho más peligroso; o si no, no entendía esa abierta guerra que mantenía con ella. Sí, definitivamente la marquesa le tenía miedo, y creía intuir a qué y por qué.

—Bien, marquesa, es evidente que no tengo ningún futuro con el duque. Pero tú, mi querida señora, no tienes ni idea de eso... y me voy a ocupar de que sudas sangre hasta el momento en que te des cuenta —dijo en alto a nadie en concreto mientras volvía al palco.

Caminó con paso firme hasta la entrada. Desde allí, podía ver a Carlos, de nuevo conversando con la tal Magdalena o Matilda o Macarena, de la boa.

—¡Carlo! —lo llamó, acercándose las manos al pecho y llamando la atención sobre aquel punto en concreto de su anatomía que nunca fallaba en su propósito de distracción—. Creo que me encuentro mal.

Su eterno paladín no la defraudó, levantándose como un resorte y acudiendo para sujetarla por la cintura. Si algo había aprendido de sus paisanas durante esos días era a tambalearse lo justo antes de caer en los brazos del hombre.

—¿Te has mareado? Verdaderamente hace mucho calor aquí dentro —dijo el duque con rostro realmente preocupado. Para su regocijo, María comprobó que no se trataba de una fingida preocupación como la que había demostrado con las últimas veinte muchachas.

—Sí, pero debe ser la humedad... y este corsé que se ha empeñado tu madre en que use... aprieta demasiado. ¿Me acompañas a casa para que puedas soltármelo? Digo... pueda yo aflojármelo —rectificó ante la cara pasmada del hombre fija en los pechos blancos que subían y bajaban rítmicamente a pulgadas de sus ojos.

—Avisaré a mi madre...

—No, pobre... creo que ha encontrado muchas coincidencias con esa muchacha. Me sabría mal separarlas.

—Al menos la informaré y nos iremos enseguida, pediré a mi tío que la lleve de regreso.

—Gracias, querido —añadió ella exageradamente alto en honor al público que, mirándolos desde el interior del palco, hacía unos instantes que observaba con fijeza las confidencias de la pareja.

Carlos Ramírez de Arístarán, duque de Azahara, estaba sentado tras el enorme escritorio de roble de la magnífica y bien abastecida biblioteca de la casa de campo, alquilada por su familia junto a la playa de Cádiz. Aunque la residencia estaba situada en los exteriores, apenas cinco minutos de un agradable paseo a pie la separaban de la puerta de tierra, situada en la recia muralla defensiva, que daba paso al centro de la ciudad.

El hombre se había cambiado los pantalones de verano, cómodos y holgados, por otros más elegantes para el almuerzo, aunque no había tenido compañía, ni creía que la tuviera en las próximas horas ya que su madre, Aurora y sus dos invitadas habían salido de compras. Pero si algo le había inculcado su serio padre durante los escasos cuatro años que convivió con él, era mantener siempre la elegancia a la hora de sentarse en una mesa y rezar en agradecimiento antes del primer bocado.

En sus manos, la pluma giraba indecisa mientras contemplaba la correspondencia aún sin abrir amontonada en el otro extremo del escritorio. Sobre el apoyo de cuero de su escritorio, reposaba la más de docena y media de invitaciones que acababa de redactar. No tenía mucho más que hacer con ellas: cerrar, lacrar y ordenar que fueran enviadas.

Invitaciones para un total de treinta y tres asistentes. Con fortuna, la persona que pretendía acabar con su vida estaría entre ellos. Eso al menos habían supuesto Marcos y Andrés cuando le plantearon la idea de preparar una encerrona en un lugar que pudieran controlar totalmente. A él no le parecía tan genial como a sus socios, pero bien era cierto que los ataques hacia su persona habían ido en aumento en los últimos meses, y no se le ocurría otra manera de acabar con aquello que no fuera enfrentarse al asesino o pasarse el resto de la vida con un par de matones por niñeras.

Tal vez fue esa conclusión la que lo había llevado a tomar una decisión impulsiva, cosa inusual en él, pocos días antes: había aceptado la idea de celebrar una cacería multitudinaria en su cortijo de la Sierra. Él nunca asistía a cacerías y, por supuesto, nunca había organizado una acompañada de fiestas campestres y un montón de invitados a los que atender. Le era difícil imaginar una forma más absurda de pasar dos semanas.

Marcos le había asegurado que era una oportunidad única y que lo podrían aprovechar para, además, pasar algo de tiempo juntos, jugando al ajedrez y pescando con Andrés, que se uniría a ellos la segunda semana, a su regreso de África. Eso esperaba, porque después de haber incluido a todos sus sospechosos, la marquesa, emocionada por la oportunidad que se le presentaba de alternar en sociedad en su propio terreno, se había dedicado a invitar a un buen montón de pasmarotes y cotillas. Por lo tanto, parecía que le aguardaba una compañía original y una conversación intrascendente en el mejor de los casos. Eso sí, creía que iba a poder aprovechar para pescar y, siempre que no encontrara disponible a Marcos, sabía que María le proporcionaría una charla cuando menos inteligente y divertida.

—No creo que sea fácil conseguir que el maestro deje todos sus encargos por el capricho de una muchachita —la voz enérgica de su madre despertó a Carlos del letargo en el que había caído después de cerrar y lacrar la última de sus invitaciones y comenzar a leer su propia correspondencia—. Ni sueñes que lo conseguirás, ya lo intenté yo misma la última vez que vine a Cádiz y no conseguí más que adelantar un par de años la realización del encargo.

—Pues creo que quizás con un poco de insistencia, y de eso mi hermano sabe bastante. Le pediré uno para mi cumpleaños del año próximo, y así lo tendré para las Navidades...

—¿Qué pedirás, María? —preguntó Carlos, observando a las cuatro mujeres que acababan de entrar mientras trataba de evitar un nuevo bostezo en la puerta de la biblioteca.

—Esta ilusa cree poder convencer al maestro Esparrín de que aplace todos sus encargos y le haga un Belén para las próximas Navidades —aclaró la marquesa.

—¿El miniaturista?

—¡Ah! ¿Lo ves tontita? Hasta Carlos, que no distingue un Salzillo<sup>[21]</sup> de un tocón de madera, conoce al maestro —apuntilló la marquesa—. ¡Tres años llevo esperando la Inmaculada Concepción para el salón de mi casa de Granada! Y aún tendré que aguardar turno un par de temporadas más, tal como has oído que él me decía cuando hemos pasado por su taller.

—Que usted no lo haya conseguido no significa... —se defendió la muchacha.

—De acuerdo, sigue pensando así, igual tu hermano consigue que tus nietos lleguen a jugar con ese Belén maravilloso por el que has preguntado —sugirió la mujer con sorna.

—¿Sería posible un momento de tregua entre ambas? —propuso el hombre, cada vez más agotado por la tirantez entre ambas.

—Por supuesto, querido, en cuanto ella —contestó, señalando a María— se suba a dormir la siesta tendrás tu momento de tregua —acabó por decir la marquesa, mirando desafiante a las muchachas ante ella.

<sup>[20]</sup> Prenda femenina de plumas y en forma de serpiente, para abrigo o adorno del cuello.

<sup>[21]</sup> Francisco Salzillo y Alcaraz (1707–1783). Escultor español, considerado como el más representativo imaginero del siglo XVIII español y uno de los más grandes del Barroco.

## Capítulo 9

### La cacería

Cádiz, 5 de julio de 1817

El ambiente en el elegante carruaje del duque de Azahara podría tildarse de denso y claustrofóbico. María no recordaba haber pasado tanto tiempo sentada junto a una persona tan evidentemente agresiva con ella como la marquesa; y el reducido espacio que se obligaban a compartir no ayudaba a mejorar la sensación de angustia. Por fortuna, el viaje desde Madrid lo habían realizado en su propio carruaje, ya que Andrés las había acompañado, a ella y a su hermana Anabel, hasta Cádiz. Ya en la ciudad, el hombre había continuado camino hacia África embarcando en un navío de su propiedad. La noche antes de partir, Andrés las había dejado en la residencia que el duque había alquilado en la ciudad. Habían sido dos semanas de teatro, ópera y paseos por la playa o por la Alameda de la localidad, que María habría disfrutado inmensamente si no hubiera sido por la constante y molesta presencia de la otra mujer.

La cosa había pasado realmente a mayores cuando, tras la noche en la ópera, María había renunciado a la tregua que había intentado mantener desde el principio y pasado a un ataque frontal directo contra la madre de Carlos. Entonces fue cuando desapareció lo que quedaba de la elegante marquesa y apareció Susana Rivas, arañando y mordiendo como una fiera cada vez que ella se acercaba a su hijo mayor; cosa que María había propiciado cuanto había podido y disfrutado a cada instante por partida doble, conociendo de antemano que el propio Carlos sospechaba cual era la razón de que ella últimamente lo manoseara continuamente en presencia de su madre.

Tal era el ataque de rabia de la marquesa que María se preguntaba cada mañana si no encontrarían a la mujer envenenada y muerta sobre la cama tras haberse mordido su propia lengua.

Però el viaje desde la ciudad de Cádiz hasta el Cortijo de Valleflorido estaba siendo una verdadera tortura para María y, sospechaba, para la marquesa y su hijo; este último totalmente consciente de las chispas que saltaban entre las dos mujeres.

Según sabía María, la idea de la cacería, que empezaría en un par de días y se alargaría durante los próximos quince, había sido de Marcos y fue secundada inmediatamente por Carlos. Al principio, le pareció una decisión extraña viniendo de un hombre que, desde que ella lo conocía, había sido amante de los animales; y que la peor tropelía que le había visto cometer contra un ser vivo era cazar pájaros, atrapándolos en jaulas de madera durante no más de unas pocas horas, para volverlos a soltar tras observar detenidamente sus plumajes; o trepar a los árboles en busca de nidos para contar huevos, con el daño máximo de producir un susto terrible en la incauta madre de los polluelos en potencia. María sospechaba que tal vez el hombre trataba de entretener a su madre invitando a unas cuantas parejas amigas y a varios de sus familiares más cercanos y, así, diluir los roces entre ellas dos.

Solo Anabel, estratégicamente situada entre ambas contendientes, se atrevía a mostrar algún signo de normalidad, incorporándose a intervalos para mirar por la ventanilla el paisaje, o emitiendo algún comentario acerca del tiempo, el camino, o la estupenda merienda que había preparado para ellos la cocinera del duque. Incluso la caustica y severa Aurora había intercambiado algunas frases en el afán de hacer menos denso el aire en el interior del vehículo.

La marquesa, rígida sobre su asiento y con la mirada fija al frente, practicaba ese aspecto de sofisticado aburrimiento que tan fácilmente manejaba, limitándose a hablar con su hijo, sentado junto a su hermana mayor en el asiento opuesto.

—¿Estás seguro de que es sano viajar tanto tiempo de forma tan apretada? Este sofoco y esta humedad de por sí solos son lo bastante insoportables como para añadir un viaje hacinados como animales de granja...

—Si recuerdas, te ofrecí un coche para ti y Aurora, madre.

—¿Y dejar que viajes solo con dos muchachas solteras? ¡Qué escándalo! —respondió la marquesa con aire ceñudo.

—No sé qué piensas que voy a hacer con dos muchachas, ya sean solteras o no...

—A tu edad eres tan iluso como un chiquillo, Carlos —dijo la mujer, inclinándose hacia delante mientras agarraba con su mano la rodilla del hombre y hacía como que susurraba; aunque en realidad hablaba lo suficientemente alto para que el resto de los ocupantes la oyeran con total claridad—. El problema es lo que alguna muchacha piense que puede hacer contigo...

—¡Madre!

—Bien, hijo —añadió, volviendo a su postura rígida sobre el asiento—, allá tú, aunque mi deber, como madre, es librarte de atenciones innecesarias...

Carlos bufó, intentando encontrar palabras livianas para hacer silenciar a su indiscreta progenitora sin provocar un escándalo en el diminuto habitáculo. Decidiendo que nada de lo que dijera o hiciera haría suavizar la rudeza de las insinuaciones de su madre, optó por callar y pedir humildemente perdón más tarde a sus insultadas invitadas; y en ese momento estaba seguro del nivel de la ofensa a juzgar por la mirada de odio que le dirigió la normalmente discreta y agradable Anabel.

Evitó cruzar la vista con María, pues suponía que si se atrevía a hacerlo, acabaría convertido en piedra como si fuera una víctima más de Medusa[22].

Ciertamente el calor del verano, unido al minúsculo espacio, era sofocante, y él hubiera dado un buen puñado de monedas por permitirse el lujo de salir de allí y montar a Retama, que cabalgaba alegre y libre de tensiones familiares atado tras la carroza. Pero esa idea era imposible e impensable; no dejaría solas a aquellas dos con tan solo la vigilancia de Aurora y Anabel. La primera, estaba seguro, se limitaría a oír con sorna y media sonrisa el despellejamiento mutuo; mientras la segunda se partiría de risa durante el encuentro y él tendría que limpiar la sangre tras la contienda.

Carlos esperaba que durante las jornadas de la recepción campestre que se había molestado en preparar las disputas cesasen. Si no tenía razón y aquella guerra en ciernes pasaba a mayores, se temía que tendría que acabar por mandar a su madre de regreso a Madrid, cosa que sabía muy bien no le iba a hacer ninguna gracia a la mujer. Pero la palabra dada a su amigo le impedía librarse de la muchacha.

Bien, también tenía que reconocer que la nueva María le había sorprendido muy, pero que muy gratamente; así como su costumbre de pegarse a él en cualquier ocasión, rozándole con ese cuerpo exuberante. Él se dejaba hacer, al fin y al cabo la mujer era un bombón por el que suspiraba medio Madrid y todo Cádiz, como bien había comprobado en los últimos días; y ciertamente lo tenía muy divertido e inusualmente contento, o mejor dicho excitado, con sus maniobras para fastidiar a su madre.

No sabía si aquello convenía a su salud mental, pero por el momento los coqueteos no habían pasado a mayores y le apetecía alargar un poco más el juego. No, estaba claro que si en el futuro alguien sobra de los extremos de aquel triángulo, no sería ni él mismo ni la preciosa gaditana.

Estaba empezando a fraguar lo que le diría a la chica para arrancarle una mirada de deseo, en lugar de la frialdad que sabía le aguardaba tras la última ofensa de su madre, cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta de entrada del cortijo de Valleflorido.

Durante el último año, Carlos había mandado reformar todo el viejo caserón. Realmente no entendía la razón de aquello, pues no es que la hacienda le trajera ningún tipo de buenos recuerdos. El cielo sabía que aquellos cuatro o cinco veranos, obligados por su madre a compartir cada hora del día con los difuntos rubios (el señor los tuviera en su gloria si lograron escapar de las garras de Satanás, que seguro los esperaba a todos a las puertas del mismo pabellón donde fallecieron), fueron los más horribles de su vida. Pero no había podido evitar querer volver al lugar. Tal vez solo pensara que cambiándolo a su gusto lograría exorcizar de allí a los antiguos dueños.

Él mismo ayudó a la marquesa a bajar del coche mientras un par de empleados se acercaban presurosos a ofrecer sus brazos a las mujeres más jóvenes. La puerta se abrió en cuanto subieron los dos primeros escalones de la entrada de la residencia. Doña Mercedes, que parecía no haber cambiado desde que la viera por primera vez hacía casi diecisiete años, esperaba en el umbral restregándose las manos, visiblemente alterada. Carlos supuso que la mirada fría de su madre no presagiaba nada bueno en la mente de aquella mujer que la veía por primera vez. También comprendió que su propio aspecto, rígido y serio, no ayudaría a contener el nerviosismo de la

gobernanta. Tras la mujer comenzó a aflorar una delgada y espigada silueta masculina.

Si alguien se merecía llevar la barca que atravesaba el río Aqueronte más que el propio Caronte[23], ese debía ser el hombre que en esos momentos atravesaba la puerta de entrada al caserío que daba nombre al cortijo.

El hombre era solo apenas más alto que la media, pero la excesiva delgadez y el hecho de vestir pantalones y chaleco de rayas verticales, unido a su presencia repentina en los escalones de entrada junto a la rechoncha gobernanta, le hacían parecer bastante más alto.

De mediana edad, cabello gris escaso y ojos hundidos en un rostro ceniciento, su gesto adusto hizo que Carlos retrocediera involuntariamente un par de escalones cuando al elevar el rostro se encontró de súbito con su presencia. Se habría caído si María, que caminaba justo detrás, no lo hubiese retenido agarrándolo por el codo.

—¡Cielos! —jadeó él con sorpresa, en parte causada por la impresión de haberse tropezado con ese rostro difícil de olvidar y que en alguna otra ocasión, no demasiado lejana en el tiempo, estaba seguro de que ya había visto.

Forzó una sonrisa de disculpa hacia su falta de equilibrio y trató de disimular el hecho de haberse sorprendido por el aspecto poco agraciado del hombre; algo realmente poco masculino cuando las cuatro mujeres que le acompañaban apenas habían pestañeado ante la presencia del extraño. Carlos giró su rostro ligeramente para evitar mirar directamente los ojos del hombre, temiendo una expresión de reproche.

—Casi me caigo —recalcó lo innegable, enfrentando en su lugar la bonita cara de la mujer sujeta a su brazo, y sin poder refrenar la sonrisa de éxtasis que acudió a sus labios en respuesta a tal visión.

—¡Ay, Carlo! Debes andar con más cuidado, querido —comentó María en alto, situándose más cerca y enlazando los dedos del hombre entre los suyos, aparentemente con la intención de evitar que perdiera de nuevo el equilibrio. Y, por supuesto, regodeándose en la mirada de odio de la marquesa—. Eres un hombre tan importante... ¡No puedes volver a tener otro accidente! Por lo menos, no antes de que nos dejes un heredero —provocó pícaramente.

—Excelentísimo señor, bienvenido a Valleflorado —habló el hombre sobre las escaleras, rompiendo el tenso silencio que había quedado tras las palabras, exageradamente altas, de María—. Mi nombre es Mariano, y he sido contratado por su secretario en Cádiz como mayordomo del cortijo y para dirigir el funcionamiento interno de sus posesiones en la región. Si me permite el sombrero —sin esperar permiso, la mano ágil del hombre casi arrancó de cuajo el sombrero del duque—. Como usted ya sabe, ella es el ama de llaves, o como se suele decir por estos lugares, la gobernanta del cortijo, doña Mercedes —añadió, señalando a la que, ahora que Carlos la veía de cerca, era una mujer a la que los años solo habían servido para endulzarle el rostro.

—¡Encantada, su excelentísima señoría! —se apresuró a exclamar la mujer en alto, acompañando las palabras con una brusca y torpe reverencia, aunque realmente amplia, realizada en dirección al duque—. ¡Excelentísima señora duquesa! —repitió el movimiento, inclinándose ante una sorprendida María.

El espontáneo gesto y las palabras de la mujer fueron seguidos de un tenso silencio que casi se podía cortar. Luego, María, algo abochornada por quizás haberse sobrepasado en la actuación previa, soltó la mano de Carlos; Carlos miró a su derecha, evitando el rostro de su madre y encontrándose con la sonrisa torcida de su hermana. Aurora sofocó una risotada ante la carcajada histérica de Anabel, que quedó silenciada por las palabras tajantes, altas y lapidarias de la marquesa.

—No hay ninguna duquesa, yo soy la única señora de la casa y soy marquesa. Espero que no lo olvide, señora. ¡Entremos y librémonos de este sol cuanto antes!

Luego, caminó, erguida cuan alta era, casi arrasando a la incrédula gobernanta a su paso hasta adentrarse en la casa; y dejando a la mujer pensando en si tendría suerte y se abrirían los cielos para comenzar el juicio final en ese mismo instante, o por el contrario iba a tener que enfrentarse a la ira de la señora marquesa.

Afortunadamente, el día acabó por ser medianamente tranquilo. Tomaron un almuerzo ligero antes de subir a descansar y disfrutar de una siesta previa a la merienda. María y Anabel fueron alojadas en las mejores habitaciones del cortijo; por supuesto descontando las de la marquesa, que se reservó para ella el dormitorio principal. Carlos optó por reservar para él y su hermano Marcos dos alcobas más pequeñas, pero con vistas a la represa que formaba el río, situadas en uno de los pasillos transversales de la vivienda y que les garantizarían mayor tranquilidad e intimidad para reunirse y discutir sobre sus pesquisas.

El caserío era de robusta piedra, construido en su mayor parte a principios del siglo anterior, salvo las dos alas que pertenecieron en origen a dos pabellones de caza. Dichos pabellones fueron edificados aparte cincuenta años antes y habían sido adosados recientemente por un pasillo que, aunque con dificultad y falta de finura arquitectónica, había unido ambos edificios al cuerpo principal del cortijo. Era en una de esas alas nuevas donde se habían preparado las habitaciones más acondicionadas y cómodas, disponiendo de un par de retretes comunes en el pasillo. Incluso había una lujosa sala de baños forrada en madera, que había mandado llevar doña Carina desde su tierra natal.

La habitación, de tres por tres varas de tamaño, albergaba en su centro una enorme bañera redonda, en la que cabían al menos seis personas sentadas. Hasta allí llegaba el agua procedente de las cercanas sierras, directamente de la fuente natural que surgía en la parte trasera del cortijo en verano, o tras ser previamente calentada en las cocinas, nutridas por ingentes cantidades de leña, durante el invierno. También disponía de un sofisticado sistema de producción de vapor caliente desde una estufa que se alimentaba con piedras recalentadas con carbón vegetal; para producir el vaho, las piedras eran rociadas con agua en forma de lluvia desde unos depósitos colocados en alto.

Carlos llevaba más de quince años deseando darse el lujo de meterse en aquella sala de baños sin tener que esquivar a sus primos los rubios o a la señora doña Mercedes, así que lo primero que hizo esa tarde fue ordenar que le prepararan la habitación, una jarra repleta de zumo de limón endulzado con miel y un par de toallas; y que por supuesto nadie lo molestara.

Mariano observaba sonriendo las pantorrillas de la mujer encaramada en la última balda de la alta escalera de la biblioteca, a más de dos varas de altura. Era una mujer delgada y aparentemente severa si el plano color gris de su falda decía algo de su carácter. Posiblemente por encima de los treinta a juzgar por la falta de cuidado que ponía en tapar sus piernas, claramente visibles bajo las faldas desde su posición en el suelo, y cubiertas tan solo hasta las rodillas por ropa interior; pues no llevaba medias ni calcetines de ningún tipo. Dio un par de pasos hacia ella con objeto de prestar ayuda, y sorprendido fijó la mirada en las elaboradas puntillas de color rosa brillante que sobresalían de lo que supuso debían ser los pololos más escandalosos que había visto en su vida; sí señor, dignos de la más cara de las cortesanas. Quedó pasmado ante aquella revelación: la mujer parecía ser una loba bajo un disfraz de institutriz que ciertamente estaba muy conseguido. No pudo evitar mirarla de arriba abajo, aunque era consciente de que ella se había detenido en hacer lo que fuera que estuviera haciendo sobre la escalera, y que posiblemente lo observaba por el raballo del ojo.

—¿Le ocurre algo? —oyó pronunciar con severidad sobre su cogote, en ese momento agachado aun contemplando los increíbles bajos de la mujer—. ¿Ha perdido alguna cosa?

—¿Necesita ayuda? —dijo, despegando los ojos de la inusual ropa interior y observando la cara de la mujer. Los grandes ojos de ella lo miraron con interrogación en lugar de la esperada severidad. Efectivamente, hacía mucho que había pasado los treinta, y su cabello castaño había empezado a tornarse gris en las sienes, dónde se estiraba recogido hacia la nuca con gran tirantez. Todo en ella era delgado: labios, nariz... no había nada suave salvo los enormes y expresivos ojos grises. Ni siquiera había pecho, o al menos el vestido abrochado hasta la barbilla no permitía apreciarlo. La recordó vagamente que ella era, con diferencia, la menos agraciada.

—No, gracias —acabó diciendo, como si le costase trabajo hablar.

—Deje que la ayude a bajar de ahí —dijo él, alargando la mano hasta rozar su tobillo —ponga el pie justo aquí. Tranquila. Déjeme ayu...

—¡No me toque! —exclamó ella, golpeando su mano con el diminuto zapato.

—No la estoy tocando. Es decir, solo la estoy tocando con... ¡Ay, maldición! Con intención de ayudarla —aquel minúsculo zapato impactó directo en su barbilla—.

De acuerdo. ¡Pártase usted sola la cabeza, señora!

—Señorita —lo corrigió ella, mientras descendía hasta situarse justo a su lado, mirándolo desafiante—, señorita Aurora Ramírez de Aristarán, la hermana del duque y... no estoy acostumbrada a que los hombres me manoseen.

—¡Nadie lo hubiera dicho, señorita! —respondió él, elevando el tono de una forma que sabía era irreverente tratándose de la hermana de su empleador, y

demostrándole claramente que sabía lo que ocultaban sus faldas.

—¿Intenta insinuar algo? —la mujer se acercó, pretendiendo amenazarlo con el gesto de su rostro.

—Nada, señorita, no soy más que el mayordomo de este caserío. ¿Qué quiere que le insinúe a un Ramírez de Aristarán?

—Bien.

—Que tenga buena tarde, señorita... Tire de la campana si desea alguna cosa —añadió el hombre, mientras abandonaba la biblioteca.

—Eso haré... cuando necesite un hombre para hacer algo que yo no pueda por mí misma, cosa... cosa que no creo haya ocurrido jamás —la voz de Aurora fue tan seca que si le hubieran acercado una chispa, habría prendido como paja.

Tropezándose con el airado mayordomo que salía de la habitación, Carlos, con el pelo aún húmedo, entró en la estancia buscando a su hermana.

—Ya le he dicho que no necesito nada, salga de aquí o...

—¿Te ocurre algo, Aurora? —preguntó un asombrado Carlos ante el inusitado arranque de ira que vio en los ojos de su hermana. Ella era seca, dura y en muchas ocasiones ácida como un limón, pero no recordaba haberla visto enrojecer como en ese momento—. ¿Te ha dicho algo inconveniente ese hombre?

—¿A mí? —la mujer señaló su propia persona—. ¿Crees que algo inconveniente y tu hermana pueden ir en la misma frase?

—Bueno, yo...

—Era solo una diferencia de opiniones, no te preocupes. Estoy acostumbrada a tratar con servidumbre que pretende ponerse al nivel de los señores...

—De cualquier forma si ocurre de nuevo, no dudes en informarme. Ese hombre saldrá de esta casa con una palabra tuya...

—No será necesario. Mañana me habré olvidado de él —dijo, volviéndose de nuevo hacia la estantería repleta de libros—. Y él lo habrá hecho en solo dos minutos —añadió entre dientes.

Para Carlos estaba claro que, a pesar de ser el primer día en que aquellos dos se veían las caras, las chispas del enfrentamiento que se avecinaba amenazaban con cegar los ojos de los incautos presentes en la disputa. Carlos supuso desde ese momento que ambos lucharían a muerte, aunque solo fuera por el honor de ser el personaje más siniestro de toda la cacería.

—Necesito que me ayudes con nuestra madre —pidió él cambiando de tema. El rato de relax en la bañera le había hecho reflexionar—. No podemos permitir que siga insultando a nuestras invitadas. He dado mi palabra a su hermano de que estarían bajo mi protección y ni siquiera puedo protegerlas de las ofensas de mi propia madre...

—Esa es una lucha difícil... a Susana no le gusta la competencia —dijo la mujer, recuperando su semblante sereno y el punto de sardónico humor que su hermano había aprendido a apreciar en los últimos años—. No soporta que nadie le eclipse en ninguna situación y esas dos muchacha lo hacen con tan solo existir.

—No entiendo qué rivalidad puede haber entre ellas. A no ser que la marquesa pretenda casarse con el pesado del conde de Ricard y comprenda que este ha puesto sus ojos en María.

—No son los ojos del conde los que le preocupan...

—No te entiendo —añadió él, deteniéndose para peinarse los negros y húmedos cabellos frente al pequeño y redondo espejo, adornado con una cornamenta de corzo que colgaba en una de las paredes de la sala.

—Ya, ahora eres tonto, y ciego por lo que veo. No voy a recrearte las orejas con lo que ya sabes.

—Aurora, prefiero que me hables y me digas lo que piensas sin ningún acertijo de por medio.

—¿Lo que pienso? Bien. Susana está molesta porque intuye que muy pronto va a dejar de ser la señora de la casa de Ramírez de Aristarán, y que quien la va a sustituir no es una tierna corderita.

—¿María?

—María, y no te hagas el sorprendido.

—¿Y de dónde ha sacado ese absurdo? No me voy a casar en un futuro próximo, y menos aún con alguien tan... tan... inconveniente como María Montes de Ossa. Afortunadamente su hermano solo me ha pedido que le busque un esposo, no que me case con ella. Y es lo que me voy a limitar a hacer.

—Ya veremos —añadió su hermana, mientras abandonaba la habitación.

Tres minutos después, Carlos aún observaba su rostro en el desvaído espejo, preguntándose sobre lo que realmente estaba sintiendo. No, no había nada que pensar en profundidad, le había hablado a Aurora con sinceridad. No precisaba aún de una esposa y, desde luego, menos de una que no podía mantener la boca cerrada y que era una fuente de escándalos allá por donde caminaba. Cuando lo necesitara buscaría a alguna muchacha callada y sencilla, una buena madre para sus hijos y una duquesa para sus arrendatarios; pero sobre todo a alguien que no hiciera pensar en camas y cuerpos desnudos con solo verla. «¿Verdad?», se preguntó a sí mismo.

*Cádiz, Cortijo de Valleflorido, 7 de julio de 1817*

Como toda la casa, el vestíbulo era mantenido en casi completa oscuridad gracias a las persianas, fabricadas con esteras de esparto, que cubrían cada una de las ventanas y puertas del edificio; eso, y las gruesas piedras, que conformaban las paredes del recio edificio, parecían las únicas formas de mantener un retazo del fresco de la noche en el interior del edificio durante las horas diurnas del verano andaluz, caluroso y a veces sofocante. Eran las cuatro de la tarde cuando el portón del caserío se abrió, proyectando un halo de luz, procedente del cegador sol del mediodía, sobre el suelo, y convirtiendo el fresco y sombrío pasillo de entrada en la puerta hacia el caluroso averno del exterior.

El mayordomo, don Mariano, se adelantó acelerando el paso para ofrecer la bienvenida al caballero que entraba en ese instante.

Pese al calor que debía reinar en el exterior, el marqués de Monteferro vestía pulcramente con camisa, pañuelo, pantalones y chaqueta oscura. Dos pasos detrás del joven, que solo se guiaba con ayuda de un largo bastón de empuñadura plateada que apenas hacía oscilar frente a sus pasos, caminaba su inseparable acompañante, Huan.

Ambos hombres charlaban en voz baja mientras entraban, pero solo el más alto se permitió continuar su camino sin tener que frenarse ante la súbita oscuridad del interior. Entonces las puertas del cortijo volvieron a cerrarse y el lugar recuperó su sombrío frescor. Unos segundos después, el duque, seguido de una algarabía de mujeres, surgió entre risas desde el comedor situado a la izquierda del amplio recibidor.

—¡Ah, mi niño bonito! —gritó la marquesa un segundo antes de acabar en los brazos de Marcos.

—Pues sí que es bonito el niño... —cuchicheó Anabel al oído de María, cuando en último lugar abandonaron el comedor donde habían estado almorzando—. Hace años que no lo veía, lo recordaba muy guapo, pero...

—¡Calla, boba! Te ha dejado sin aliento, ¿verdad? Pues cierra la boca y deja de jadear, ya me odia bastante la marquesa como para que pongas tus ojos en el... niño bonito, vamos a acabar saliendo de aquí delante del trabuco de tu señoría —susurró entre risas María.

—Vamos, Marcos, Mariano se ocupará de que lleven todo a tu dormitorio. Tal como me sugeriste la última vez, he procurado colocar al... esto... señor... don Huan, en una alcoba adecuada próxima a la tuya, espero que no tengas nada que objetar —explicó la marquesa con cierto resquemor mientras acompañaba a su hijo tomándolo por el brazo en un gesto que evidentemente era innecesario, pues el hombre se movía con entera soltura pese a su ceguera y no parecía gustar demasiado de ese tipo de atenciones para con su persona.

—Te lo agradezco, madre —añadió el hombre— y por supuesto Huan también. No hace falta que camines a pasitos cortos, conozco perfectamente la casa y, si no habéis puesto ningún mueble en medio de algún pasillo, sabré andar yo solo.

—¡Oh, por supuesto! Solo pretendo abrazar un rato más a mi pequeño, no servirte de lazarrillo.

—¡Huan! —llamó el marqués al hombre que lo acompañaba, que rápidamente abandonó su lugar junto a la pared, en el que había permanecido discretamente desde su entrada—. Ocupate por favor de Sultán. No creo que aguarde muy pacientemente en el carruaje.

—¿Has traído a esa fiera, Marcos? —preguntó Carlos, extendiendo la mano para saludar al otro hombre.

—El siempre me acompaña, ya lo sabes... —Marcos adelantó la suya hasta encontrar la de su hermano.

—Pues te informo que «la otra Susana» también ha venido, ¿qué crees que habrá esta vez, pelea o romance? —añadió, susurrándole en el oído para evitar ser escuchado, especialmente por su madre, parada en esos momentos a escasos tres pasos.

—Bien, romance, por supuesto... sabes que siempre que puedo me inclino por el romance —añadió con sorna Marcos—. ¿A quiénes pertenecen esos olores tan apetecibles, Carlos? —continuó, girándose hacia las muchachas, paradas aún en la entrada del comedor—. Distingo a mi Aurora; querida, ese olor a limón te hace inconfundible, pero ¿azahar y lilas?

—Supongo que se pueden describir así. ¿Te acuerdas de las señoritas Montes de Ossa? —Carlos acompañó a su hermano hasta situarlo frente a las mujeres.

—Por supuesto, aunque han pasado algunos años... un placer. María y Anabel, ¿cierto? Si son tan hermosas como huelen, no me explico cómo mi hermano las presenta aún como señoritas y no como señoras de alguien muy afortunado.

—Sigues siendo un príncipe entre los hombres, Marco —María acompañó sus palabras con una sonrisa hacia los ojos que parecían seguir viéndola tan claramente como hacía unos años.

—Bueno, supongo que te ha llegado la noticia, he perdido algunas facultades con la edad. Afortunadamente he mejorado en otras muchas. ¿Y usted, señorita Anabel?, ¿qué ha sido de su vida?

—Muy bien, señor, tan soltera como hace unos años —la voz de Anabel sonrió en los oídos del hombre.

—Situación que supongo cambiará muy pronto —añadió él.

—Bien, hijo, creo que debes subir a descansar y retirar todo el polvo del camino —cortó su madre antes de que la conversación tomara a su entender cauces más profundos—. ¿Subimos a tu habitación? Las señoritas Montes de Ossa deseaban ver las preciosas hortensias azules de tía Carina. Pediré a doña Mercedes que las acompañe. ¿Nos vemos a la hora de la cena?

La mujer, sin esperar respuesta, se dirigió hacia la escalera, arrastrando prácticamente a su hijo, que suspiraba y se dejaba guiar con resignación hacia arriba, seguidos de un par de sirvientes que en ese momento cargaban dos baúles.

—Yo no voy a ver las dichosas flores, María. Me duele la cabeza de aguantar los dientes apretados frente a la marquesa —dijo Anabel, un instante después de que la pareja empezara a perderse en el recodo del primer descansillo.

—No te apures, ya te acostumbrarás y... me alegro un poquitín de que la señora reparta sus puyas... Aunque siento que esta vez te haya tocado a ti. Bien, Carlo, ¿me enseñarás esas extrañas flores azules? —añadió, tomando a Carlos por el brazo y elevando la voz lo suficiente para que llegara al último rincón de la casa y, por supuesto, a la pareja que subía la escalera.

—Un placer, ¿vamos? —él aceptó con una sonrisa, comenzando a andar hacia la entrada.

Antes de acabar de salir por la puerta del cortijo, la pareja se detuvo para observar el carruaje que llegaba en esos momentos.

«Un nuevo invitado», pensó María, admirando la evidente calidad del vehículo. Uno de los mozos que trabajaba rastrillando la entrada de malas hierbas dejó su azada y se acercó con el fin de abrir la puerta del carruaje. María reprimió un gesto de sorpresa ante la imagen del hombre joven que descendió.

Aunque no era lo que se dice un hombre absolutamente guapo, tuvo que confesarse que su aspecto general era muy agradable; todavía no tendría los treinta, con el semblante serio y algo moreno. Poseía una mandíbula angulosa y decidida que le recordó al hombre parado junto a ella, los ojos de un dorado avellana y el cabello, que tal vez necesitaba un recorte aunque no pasaba por ser tan largo como el de Marcos, pero sí igual de oscuro, ligeramente rizado. Estaba a punto de preguntar a Carlos por la visita cuando la voz de la marquesa sonó a sus espaldas.

—¡Ah, Manolito, querido! ¡Cuánto tiempo sin verte! —cacareó la mujer, acercándose al hombre con inusitada agilidad, para acabar por lanzarse a sus brazos—. ¿Y tus adorables hermanas y madre?

Carlos y María se miraron con un destello de humor cuando estuvo claro que María reconocía por fin al hombre.

—¿Pobremanué? —inquirió ella, susurrándole al oído.

—Pobremanué —afirmó Carlos.

—¿Ahora es Manolito? Este hombre no alcanzará nunca la dignidad rodeado de tu familia. ¡Por todos los cielos! ¡Si casi he pensado durante unos segundos pedirte que me lo presentases porque me ha parecido guapo!

—¿Y ya no lo es? —le preguntó él con sorna, arqueando la ceja derecha.

—¿No es qué?

—Guapo, ¿ha dejado de ser guapo?

—Eso ya no tiene importancia... es solo Pobremanué y no podría pensar en él de otra forma. La visión de su cara en aquella boñiga de vaca destruiría cualquier momento romántico que pudiera imaginar. ¿Qué hace aquí?

—Bueno, a mi madre le ha parecido lógico. Al fin y al cabo es mi primo hermano... y mi heredero.

—¡Oh cielos! Da dentera pensar que la «felicidad» de alguien pueda depender de que tú la palmes.

—O de que yo tenga un hijo, como bien recordaste ayer... Así él dejaría de soñar con esa supuesta felicidad, ¿no crees?

—Eso suena mejor. ¿Qué tal la idea de poner cuatro o cinco hijos entre el título y tu primo?, ¿no te tienta? —preguntó ella, entornando los ojos sugerentemente mientras arrastraba la mano por el antebrazo del hombre.

—María, ¿coqueteas conmigo?

—Eres realmente perspicaz, querido, un hombre realmente inteligente, sí señor...

—Y tú una descarada... Vamos a ver esas hortensias de las que habló mi madre...

[22] Medusa (en griego antiguo Μέδουσα Médousa, ‘guardiana’, ‘protectora’) era un monstruo femenino de cabellos de serpiente, que convertía en piedra a aquellos que la miraban fijamente a los ojos.

[23] Mitología griega: barquero del Hades, el encargado de guiar las sombras errantes de los difuntos de un lado a otro del río Aqueronte.

## Capítulo 10

### Hortensias, rosas y otras flores

—Nunca hubiera dicho que él era Pobremanué...

—¿Aún sigues pensando en mi gallardo primo? —aunque pretendía ligereza, María notó algo de aspereza en el tono de Carlos—. Se diría que todos los hombres que me rodean son demasiado guapos para competir...

—¿Vas a competir por algo, querido? —inquirió ella con sorna, mientras una risa chispeante y delicada brotaba de sus labios.

—Aún he de decidirlo, pero veo que la lucha puede ser desigual contra tal cantidad de lozanos contrincantes.

¿Estaba bromeando o lo decía en serio? ¿De verdad estaba tan ciego que se veía menos atractivo que su hermano o su primo? María no estaba muy segura; lo que sí tenía claro es que, si bien Marcos siempre atraía en primer lugar la mirada de las mujeres y la mayoría desearían casarse con él para adorarlo el resto de sus vidas, muchas de esas mujeres, de noche en sus camas, no soñaban solo con una maravillosa velada de amor con el guapo marqués. No señor, tenía claro que cualquiera de ellas daría una fortuna por meterse en la cama del serio, fascinante, guapísimo y misterioso duque de Azahara; y no era precisamente el título lo que las volvía locas.

Los ojos oscuros de la mujer trataron de discernir hasta qué punto él creía realmente lo que decía. Durante un segundo rozó la esperanza de que hablara en serio; si era así, tal vez no estuviera todo perdido para ella...

María agitó la cabeza rechazando sus razonamientos, aquello era volver atrás, a la muchachita enamoradiza y tonta que había sido y que tanto había sufrido. No, se acabó, no retrocedería ni un paso, no tenía la intención de volver a perder el corazón en una batalla perdida. Decidida, echó a andar por el sendero en dirección a la trasera de la casa, apartándose de él unos pasos.

—¡Vamos, Carlo!, llévame a ver esas maravillosas flores azules.

Las zancadas de él, mucho más largas, le permitieron alcanzarla antes de que llegara al final del camino.

—Ven, tenemos que atravesar esta cancela —dijo, tomándola de la mano y haciendo que sus dedos descansaran en la curva de su brazo, reteniéndola en esa postura para no volver a soltarla mientras retiraba la puerta, que rechinó sobre sus goznes.

—¡Fíjate, ahí hay rosas de té amarillas! —dijo ella, señalando un frondoso arbusto que trepaba salvaje sobre el tronco de un enorme castaño, procurando obviar el hecho de que volvía a tenerlo tan cerca.

—Otra de las maravillas de doña Carina. Creo que esas las trajo de su país, y solo ese ejemplar consiguió adaptarse al lugar —dijo él, parándose unos instantes para contemplar el rosal.

Después, volvió a guiarla resiguiendo el estrecho sendero que bajaba en dirección al río embalsado. Mientras caminaban el ambiente se hizo más fresco, a pesar de la temprana hora de la tarde y del sofocante calor del día de verano. Los arbustos, cada vez más verdes y frondosos, pasaron a ser en su mayoría altos helechos.

—¿Ves aquel abeto de allí? —Carlos señaló un precioso y desubicado pino, totalmente diferente a los de copa redonda que abundaban en la costa de Cádiz— es un pinsapo. Al parecer en España solo se da en estas sierras; creo que también en el norte de Europa, pero tan al sur, solo en estas montañas.

—¿Y si lo plantan junto al mar?

—No lo he probado, pero intuyo que moriría rápidamente.

—¡Es precioso!

—Es cierto. Y ¿sabes?, llevo meses preguntándome por qué me empeñaba en recuperar y arreglar este lugar, y ahora sé la razón, tú me has dado la respuesta.

—¿Porque es precioso? —preguntó ella con un gesto totalmente carente de coquetería, lo que produjo un efecto diametralmente opuesto en él, acostumbrado a los mohines forzados de las mujeres que perseguían su título.

—En parte, y porque no solo me trae recuerdos de los rubios y sus jugarretas.

Por unos instantes volvió a perder la capacidad de hablar y miró fijamente los ojos casi negros de la muchacha. Lentamente la necesidad se apoderó de él; hambre por sentir aquella piel en sus dedos. Tenía que tocarla, acariciarla, y el leve roce de los delicados dedos enguantados sobre la tela de su chaqueta ya no era suficiente. Sin pretenderlo habló en voz alta, diciendo, por una vez en su vida, todo lo que pensaba.

—Quise rescatar la casa, recuperarla, para volver a vivir y recordar; para ser otra vez ese niño que no tenía preocupaciones, más allá de inventar nuevos juegos o una manera diferente de atrapar pájaros. Volver al ayer, a esos recuerdos felices... felices, en parte, porque en ellos estabas tú, María.

—Ah.

Fue la escueta respuesta de la mujer, que tragó su propia saliva y quedó muda; también por primera vez en su vida.

Carlos se acercó una pulgada, hasta rozar con los pantalones el vuelo de su vestido. Sintió que la palma de la mano le cosquilleaba, la apretó en un puño y, armándose de valor, la mantuvo estirada sobre su propio costado, conteniendo el impulso de levantarla hasta reposarla en el arco del hombro de la muchacha.

—¿Buscamos esas hortensias? —él mismo se sorprendió del tono ronco de su voz. Ella no habló, se limitó a asentir con la cabeza.

Carlos se permitió tan solo acariciar la mano enguantada que reposaba sobre su codo y se forzó a volver a caminar, guiándola de nuevo por el sendero.

—Aquí las tenemos —dijo él, señalando las increíbles flores.

—¡Oh, esto! Aunque me cueste darle la razón a tu madre he de decir que son maravillosas, y sorprendentes —balbuceó ella, intentando recordar para qué habían caminado hasta aquel rincón del cortijo—. No había visto ese tono de azul en ninguna flor. Sabía que había algunas de color lavanda, pero esto...

—He de revelar que es un truco... —confesó él, recuperando algo de la serenidad que había estado a punto de perder.

«¡Por todos los cielos!, piensa con la cabeza, Carlos», recapacitó el hombre mientras la muchacha se apartaba de su lado para contemplar los enormes ramos de hortensias azules. Se trataba de la hermana de su mejor amigo y tenía el encargo de buscarle un marido; no estaba allí para besarla locamente y tumbarla sobre los helechos, como había estado a punto de hacer. Definitivamente tendría que cortar de cuajo aquel coqueteo. María empezaba a ser demasiado peligrosa para su bien.

Y aquella postura, inclinada hacia delante y con el trasero apuntando hacia él, no hacía mucho por la labor.

—¿Y bien? —preguntó María, volviéndose de repente.

—¿Qué?

—¿Cuál es el truco?

—¿Truco? ¿Qué truco?

—Carlo, ¿te has dado otro golpe? —insistió ella con aire impaciente.

—¡Ah, el truco! —Carlos agitó la cabeza, apartando los pensamientos poco fraternales que acababan de asaltarlo, y agradeció a los cielos cuando el hilo de la conversación volvió a tomar su lugar—. Bien, el truco es enterrar hierros mohosos bajo la planta.

—¿Dónde están? —la muchacha volvió a girarse y esta vez, por fortuna, dobló las rodillas para tantear la tierra, alargando la mano para alcanzar debajo de la frondosa mata. Continuó buscando hasta que el ruido de algo rompiéndose la hizo enderezarse de un solo gesto—. ¡Ay, porras!

—¿Qué ocurre?

—He roto el cordón del vestido —aclaró, señalando, sin girarse, los lazos que ahora colgaban a su espalda.

—Permíteme que te ayude —su voz, profunda y levemente ronca, le llegó a la mujer tan cerca de la oreja que casi le rozó la piel. Ella apenas reprimió el gesto de estremecimiento.

Con manos temblorosas, Carlos atrapó los extremos del lazo. Tomó una rápida bocanada de aire antes de acercarse hasta rozarle la espalda con los dedos, y luchó

contra la repentina rigidez de sus manos. Muy despacio, procurando controlar el aceleramiento que de pronto asaltó su pecho, ató de nuevo los extremos de la cinta.

Carlos no apartó las manos cuando terminó, tampoco dio un paso atrás para devolver el espacio que había ganado, sino que permaneció tras ella, observando la elegante garganta. María notó que los dedos del hombre ascendían hasta tocar la piel desnuda de su cuello. Ella sintió cómo él se inclinaba, hasta que su boca se acercó, casi rozando el nacimiento del cabello retirado en un alto recogido, y permaneció allí.

María pensó que iba a entrar en ebullición si él no se apartaba pronto o acababa con aquello que había empezado. Le cosquilleaba todo el cuerpo, sentía cada pulgada del hombre tras ella, aunque el único contacto real estaba en las yemas de los dedos sobre el pulso de su garganta y el aliento sobre su cuello. Agitada por una convulsión involuntaria, lo único que le quedó fue cerrar los ojos y apretar las manos sobre la falda de su vestido para evitar el impulso que le gritaba que se reclinara sobre él, que se apretara hasta fundirse, que se volviera y lo besara desvergonzadamente.

—¿Carlos? —la voz de Aurora, descendiendo por el sendero hacia ellos, pareció devolverlos a la realidad, haciendo que se separaran en un único movimiento acompasado—. ¿Estáis ahí? La marquesa quiere que subas a recibir a los señores de Urquijo.

—Ahora vamos —contestó él, con un ronquido de desagrado—. No hace falta que bajas hasta aquí, el camino está algo resbaladizo por la humedad.

—Ella me ha dejado claro que debo volver contigo, querido —un gruñido poco elegante surgió de la garganta del hombre tras oír a su hermana.

—¡De acuerdo!, no hagamos esperar a Susana. ¿Subimos, María?

Dándole un último vistazo a las hermosas flores azules y exhalando un suspiro de insatisfacción, María volvió a tomar el brazo que el hombre le ofrecía.

Tras lavarse y ponerse una camisa limpia, ya que el agobiante calor hacía imposible llevar la misma todo el día, Carlos se sentó frente al espejo de la alcoba para que el barbero que había contratado doña Mercedes a instancias de la marquesa lo afeitara. Ese tipo de aseo lo solía hacer por él mismo, pero desde que había heredado el título su madre se empeñaba en que adoptara costumbres más aristocráticas. Él procuraba evitarlo siempre que podía, aunque en esta ocasión, suponiendo que el pobre hombre habría viajado hasta allí con la esperanza de ganar unas buenas monedas si él se dejaba hacer durante un par de semanas, decidió permitir que su madre lo controlara al menos mientras la tuviera cerca.

Bajó a la sala de lectura, el lugar que la marquesa había designado como centro de reunión de los señores invitados a la cacería. La elección se debió en parte a que la sala pertenecía al antiguo pabellón de caza y estaba profusamente adornada con motivos recurrentes entre los que se encontraban varias cabezas disecadas de jabalís, ciervos y toros de lidia.

Allí se encontró con el señor Urquijo y el conde de Ricard, además de con su hermano Marcos. Don José Gandulfo, el anciano conde, había llegado tan solo media hora después de los Urquijo y justo antes que el señor Martínez. Este último, acompañado de su rubia y empalagosa hija Carmen, Carmencita para los más conocidos. Los tres caballeros mayores siempre le habían resultado una compañía amena, aunque últimamente todos habían demostrado sus garras cuando él se había negado a hacerles partícipes de un negocio importante que había caído en sus manos. Sentado en uno de los rincones, repasando un antiguo Nuevo Testamento que la familia tenía como una joya adornando la mesa lateral, se encontraba don Anselmo, el capellán e íntimo amigo de la señora marquesa.

Había también un par de jóvenes de la edad de su hermano, con los que se había relacionado muy poco con anterioridad, aunque siempre había oído buenos comentarios sobre ellos. Supuso que la marquesa pretendía tener entretenidas de alguna forma a la señoritas Montes de Ossa, porque incluso él era capaz de ver que se trataba de jóvenes bastante agradables a la vista; siempre que te gustara mirar a un caballero, claro está.

El grupo formado por el grueso señor Urquijo, un hombre calvo de más de cincuenta años, don Antonio Martínez, también de mediana edad, y el conde de Ricard, le pareció que era la mejor opción para comenzar con sus saludos, ya que se trataban de los caballeros más veteranos. Caminó hacia ellos, dirigiéndose al resto de los presentes con un gesto de la cabeza, acoplándose en pocos segundos a la conversación; al menos como oyente, ya que, como era costumbre en él, no dijo más de dos palabras seguidas durante un buen rato.

Pensó, mientras se sumergía en la conversación, que quizás esa sería una forma fácil de pasar el rato: oír lo que otros decían y vigilar sus movimientos. Inmerso en sus pensamientos, tratando de no perder el hilo de la discusión que se desarrollaba junto a él, casi estuvo a punto de no notar la puerta que se abrió a su derecha.

Indudablemente, cuando la risa femenina reverberó en sus oídos, fue imposible ignorar a la persona que la acompañaba.

María, por supuesto, excesivamente divertida por lo que decía Pobremanué y muy, pero que muy, excesivamente pegada a su, al parecer, guapo primo. Su ánimo no se calmó demasiado, aunque sí descendió la ebullición en sus oídos, cuando comprobó que él no era el único que acompañaba a la mujer, sino que lo seguía un considerable grupo de caballeros, ninguno de los cuales parecía pasar de los veinticinco años. Y, si tenía que evaluar las carcajadas y los chistes fáciles que oía, ni uno solo de ellos demostraba tener dos dedos de frente.

Para acrecentar la puñalada en el estómago, escuchó la carcajada, eminentemente masculina, que soltó el hombre que agarraba el brazo de María tras oír lo que ella le susurró en el oído; risotada que fue coreada por todos sus acompañantes, hasta contar siete. Bien, al parecer todos los invitados de su madre habían llegado el día previsto, y todos ellos eran jóvenes, divertidos y no demasiado feos.

Por supuesto, todos hombres menos la señorita Carmencita Martínez; que ciertamente era una preciosidad, pero que, o se hacía realmente bien la tonta, o verdaderamente poseía el mismo espíritu e inteligencia de un higo chumbo.

—Parece que ya ha llegado casi todo el mundo —dijo uno de los hombres que charlaban junto a él— aunque creo que quizás haya que explicarle a la marquesa que, pese a que en una cacería los hombres vienen a cazar, es bueno equilibrar la balanza e invitar caras bonitas para las horas de relax. Principalmente para que no se desaten los ánimos si más de un varón va a la caza de la misma pieza —sorprendido, Carlos giró para comprobar que era su primo Manuel quien hablaba junto a él; y que parecía haberse desprendido de la señorita Montes de Ossa, en beneficio de uno de los hombres más jóvenes, añadiéndose al corro de caballeros ligeramente mayores.

—¿Qué has venido a cazar, primo? —inquirió Carlos, algo molesto por la alusión evidente a competir por la atención de María.

—Conejos, Carlos, ¿qué si no voy a cazar? —añadió el otro, observando con descaro a la muchacha morena.

—¡Manuel, como te...! —la mano de Marcos sobre el codo de Carlos refrenó la contestación poco mesurada del hombre. Carlos trató de serenarse; era extraño como lo había distraído la mera presencia de la mujer hasta el punto de no notar siquiera que su hermano se había colocado junto a él.

—¡Claro!, como todos —añadió el marqués sin soltar el brazo de Carlos— pero hay que tener cuidado en qué madrigueras se mete uno; te puedes encontrar que ya haya alguien cazando, y acabes tú mismo colgado en la pared, como las cabezas de esos pobres ciervos que nos rodean.

Por fortuna, en aquel momento, la señora Mercedes se asomó por la puerta anunciando que se serviría la cena en unos minutos y que todos deberían pasar al salón comedor.

—Bueno, primo —continuó hablando Pobremanué al lado de Carlos mientras avanzaban hacia la mesa—. No te veía desde el triste suceso de nuestros parientes. ¿Cómo te has adaptado al cargo? Sospecho que bien, a juzgar por cómo te mueves entre estas gentes y lo que he oído hablar de ti en Madrid. No te miento cuando te digo que tú serás mejor duque de lo que hubieran sido los rubios, sin excepción de ninguno de ellos; y tú lo sabes tanto como yo.

Sorprendido por lo que parecía un cumplido, Carlos giró el rostro hacia su pariente.

—¡Cuidate! No me apetece acabar siendo el undécimo duque de Azahara. Tengo planes para el futuro —continuó hablando el hombre.

—Eso haré, no te preocupes.

—Así lo espero, he oído que últimamente te ronda la mala suerte...

—¿Intentas decirme algo, Manuel?

—¿Salvo que tengas cuidado? No, nada.

—Bien —acabó Carlos, saludando con el gesto mientras se separaban hacia sus respectivos asientos.

—¿De verdad me lo estás diciendo en serio, María? —Anabel se levantó bruscamente de la cama en la que se encontraba sentada, para caminar nerviosa por la alcoba.

Habían subido hacía casi treinta minutos con intención de echar una siesta y escapar de las horas más duras de sol. Por supuesto, no habían pegado ojo ninguna de las dos. Y Anabel se temía que lo que le acababa de contar su hermana posiblemente la tendría despierta también toda esa noche; la revelación de María la había dejado completamente sorprendida.

—¿En serio me pides que dedique mi tiempo a encontrar un asesino mientras todos se divierten en las tertulias y juegos de cartas o cazando a esos pobres conejos indefensos entre las retamas?

—Lo cierto es que es eso lo que te estoy pidiendo —contestó María, aún sentada en el sillón desde donde había confesado sus sospechas e indagaciones de las últimas semanas.

Había tardado tiempo en decidirse a revelar todo el asunto, pero las cosas se le habían ido de las manos. No había previsto tantos invitados a la cacería y sus planes, de vigilar e indagar en los posibles motivos de cada uno de ellos para intentar atentar contra Carlos, se le habían venido abajo. Necesitaba un par de ojos y una buena cabeza más para ayudarla, y esos ojos y esa cabeza pertenecían sin lugar a dudas a su hermana Anabel. Al principio había estado algo reacia a contar con ella, aunque fuera la candidata ideal; Anabel era lista, rápida y discreta, y además siempre estaba dispuesta a meterse en cualquiera de los líos que ella ideaba; pero la posibilidad de estar involucrándola en una situación en la que podrían verse las caras con un asesino en potencia, la había refrenado.

—Estás como una verdadera regadera, ¿lo sabes? —el vuelo de la falda de Anabel acompañó el movimiento de la muchacha cuando esta detuvo su continuo ir y venir de forma brusca frente a su hermana.

—Tú puedes verlo así, pero está en juego la vida de alguien a quien aprecio y si tú no me ayudas...

—¡Ah, pero si me encanta! —casi gritó, parada ante ella y extendiendo los brazos hacia los lados—. ¡Un misterio para resolver y un asesino para meter entre rejas! —la mano de María se elevó pidiendo discreción al colocar el dedo índice sobre sus propios labios—. ¡Oh claro!, no sabemos quién puede ser él... o ella, y si nos puede oír. Tienes razón, ahora enséñame esa lista de sospechosos y dime a quién quieres que vigile primero —añadió mientras volvía a su lugar, sentada sobre el colchón de la cama de su hermana, y observaba expectante a la mujer frente a ella— y, por favor, dime que empiece por el impresionante marqués de Monteferro...

—Ya te he dicho que él no entra dentro de los sospechosos. Siento defraudarte, pero no tiene ni móvil, ni antecedentes de desavenencias con el duque; de hecho, creo que puede ser la persona que más lo aprecia.

—¡Oh, vaya! —Anabel se enderezó sobre sí misma, pensando unos instantes —...de cualquier forma no le quitaré la vista de encima, por si acaso...

—Ya contaba con eso —murmuró María —empezaremos por eliminar a los que no ganarían nada, al menos aparentemente, con la desaparición de Carlo —añadió —...y eso incluye a Marco.

—eso todavía nos deja el resto de la humanidad, ya que no podemos conocer qué negocios o qué trato han tenido con él —gruñó Anabel.

—Probablemente deberíamos comenzar con las personas que han acudido a la cacería —continuó María —me parece que si pretendiera asesinar a alguien, una actividad que me permita cargar con un arma con impunidad sería una oportunidad única. Y creo que Carlo ha invitado a muchas de las personas que más relación o intereses comparten con él.

—Bien, de cualquier forma tenemos que empezar por algo, y mientras estemos aquí en la sierra solo podremos investigar y vigilar a los que están cerca.

—¿Sabes cuántos invitados hay en total?

—No, pero estoy segura de que lo sabré cuando acabe la noche. Me ocuparé de que Carlo me cuente todo lo que sepa.

—Si la marquesa te permite acapararlo. Le he visto mucho interés en esa lacia de Carmencita Martínez.

—¡Ah, gracias a Dios que tú también te has dado cuenta! Pensé que yo era la única que me había percatado de la pobre sosa. Todos los hombres parecían encantados con su apariencia de Madonna de Rubens. ¿Es que nadie ha notado que cecea?

—No creo que nadie escuche ni una palabra de lo que habla —apuntilló Anabel—. Hay que reconocer que es bastante bonita.

—Sí, es cierto... y mejora sustancialmente con esa boquita de piñón bien cerrada.

—Creo que serás capaz de deshacerte de la señorita Martínez por ti sola e interrogar al duque. Podemos empezar por la familia y seguir por las personas que tienen negocios importantes con él. ¿Qué sabes del canal de riego en Guadalajara? —interrogó Anabel.

El canal era un proyecto de redes de abastecimiento de agua que permitiría convertir en fértiles zonas hasta ese momento resacas, aprovechando humedales existentes unos pocos kilómetros meseta arriba. Originalmente ideado por el abuelo del actual duque y su hermano, un afamado ingeniero, el proyecto había quedado relegado por su hijo Gustavo tras la muerte de este. Hacía unos meses, Carlos había tropezado con la documentación entre los papeles del ducado y había comenzado a interesarse en volver a ponerlo en marcha, en el convencimiento de que la obra podía generar grandes beneficios tanto a los inversores como a los habitantes de las tierras que pretendía convertir en aprovechables.

Poner en marcha la idea iba a costar una fortuna. Naturalmente, Carlos había insistido en asociarse inmediatamente tras consultar a sus asesores y hacer cálculos más exactos. Pero el rumor de que el proyecto estaba en marcha, y la posibilidad de los grandes beneficios que se esperaban, había corrido como la pólvora y muchos eran los interesados en formar parte del consorcio para sacar tajada. Por supuesto, Carlos había denegado la inmensa mayoría de las propuestas para quedarse con Marcos y Andrés como únicos socios.

—Bueno —comenzó a explicarle María— sé que hubo muchos defraudados cuando Carlo decidió cerrar el acceso de los socios. Hay quien dice que debió sacar públicamente la petición bajo el auspicio del Rey y esperar las mejores ofertas. Incluso hay quien piensa que es potestad del Rey retirar el permiso de construcción y ofrecerlo directamente al mejor postor.

—¿Sería eso posible? —se interesó Anabel, consciente de que si a alguien había confesado su hermano Andrés las intrincadas negociaciones esa era María, de la que el hombre recababa opinión para cualquier tipo de negocio familiar.

—No si el dueño de las tierras por la que pasaría el canal sigue siendo Carlo. Ya ha dejado bien claro a quien quiera oírlo que ese es su proyecto y solo se llevará a cabo en sus condiciones, asegurándose de que no se produzcan resultados indeseados.

—¿Qué tipo de resultados serían esos? Al fin y al cabo no es más que una zanja en la tierra...

—No lo creas, Anabel —explicó María, inclinándose hacia la muchacha—. Andrés dice que los estudios originales de Arturo Ramírez de Arístarán, el ingeniero, son muy claros con respecto a dónde y qué cantidad de agua se debe transvasar para mantener los humedales de los que se extraerán en buenas condiciones. Si se hiciera mal, se acabaría destrozando ese lugar, y creo que es una zona con una fauna y flora muy particular.

—Cualquiera que no fuera Carlo no tendría en cuenta si destrazan un lugar así, ¿verdad?

—Sobre todo si ese cualquiera está dispuesto a asesinar a un duque para conseguir sus propósitos.

—Entonces tendremos que averiguar quién deseaba con ahínco entrar en ese proyecto y se ha quedado en la calle.

—Además está el heredero —añadió María, aunque con cierto pesar.

—¿Pobremanué?

—Pobremanué —afirmó—. Realmente me duele decir esto, pero es el principal sospechoso mientras no encontremos otro móvil para el asesinato.

—Bien, es cierto que la muerte de Carlo y el acceso al ducado podrían ser la única forma de que Pobremanué enterrara, literalmente hablando, todo su pasado.

—Sí, me temo que sí, y que habrá que colocarlo en la cabeza de la lista.

—Trae papel.

—¿Ocultándote como un mirón en tu propia casa, Carlos? De verdad esa muchacha será tu perdición —murmuró el hombre, de nuevo hablando consigo mismo.

María volvía a comportarse de manera extraña. Ya la había observado en más de una ocasión durante aquella semana, algo que evitaba con todas sus fuerzas, pero que le era inútil refrenar. Lo cierto es que su vigilancia había empezado como una mera curiosidad y, para qué negarlo, interés masculino.

Ni siquiera en el coche de caballos que los había traído desde Cádiz, había podido dar una cabezada sin dejar de observarla bajo las pestañas entrecerradas. Realmente le había costado gran esfuerzo apartar los ojos de ella durante más de cinco minutos seguidos.

Gracias a los cielos, la presencia de la estirada de Aurora, que parecía no quitarle la vista de encima, había contenido la progresión peligrosa de sus pensamientos. Especialmente, mientras la muchacha se desperezaba como una gata en el asiento de enfrente, provocando que el escote de la recatada camisa blanca, perfectamente decente, amenazara con reventar las costuras.

Pero los instantes junto a las hortensias habían minado su autocontrol hasta dejarlo jadeante y nervioso durante cuatro jornadas.

Bien, lo cierto es que sus ojos volvían a ella una y otra vez, tratando de digerir que aquella belleza llena de curvas era su pequeña y flaca gitana. La cosa dejaba de ser difícil de imaginar cuando la muchacha abría la boca lanzándole indirectas, sin ningún pudor y con la misma puntería certera de antaño. Sí, era ella, la mirara por donde la mirara.

Por desgracia para él era evidente que había muchísimo que mirar.

Allí estaba ella, junto a la pared exterior del cortijo; de nuevo agachada bajo una ventana y observando, o rondando más bien, a alguno de sus invitados. Manteniéndose detrás de un árbol, Carlos permaneció a su vez vigilando a la chica. Era la tercera vez que la pillaba espiando a alguno de los habitantes del cortijo, y esa parecía ser su ventana favorita. Posiblemente porque daba a la sala de lectura, por donde, en algún momento del día, todos los invitados acababan por aparecer.

Esta vez espiaba al mayordomo, y de hecho lo había estado siguiendo casi todo el sábado y parte de ese domingo. Al principio Carlos había pensado que se trataba de un error suyo, o falta de apreciación por su parte. ¿Qué interés tendría una mujer como ella en alguien tan anodino y, para qué negarlo, feo como el pobre Mariano? El hombre ni siquiera tenía una conversación interesante. ¡Por todos los cielos!, más bien daba dentera escucharlo hablar sobre las arañas que vivían en las viejas vigas del cortijo.

Armado de paciencia, Carlos dio la vuelta al árbol y decidió ser tan sutil como ella; o mejor diríamos, tan descarado como ella. Dándole la vuelta al tronco, apoyó la espalda sobre el árbol y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, mientras se dejaba resbalar hasta sentarse en el suelo, justo frente a la ventana, y a menos de cincuenta pasos de la muchacha que vigilaba a través de la misma. Parecía que la espera sería larga.

María suspiró. Aquella era la mejor ventana para vigilar. Por desgracia, el alfeizar quedaba demasiado bajo y la obligaba a permanecer en cuclillas si no quería estropear definitivamente el caro vestido de seda rosa.

¡Condenada Anabel! Empeñada en que se casara pronto había insistido en prepararle ella misma todo el equipaje, ocupándose de escoger los vestidos más estrechos y escotados que tenía; todos por supuesto de hacía dos años, cuando estaba visiblemente más delgada y vestía como una chiquilla con colores pastel. Había tenido que coser costuras abiertas y lazos rotos casi cada día desde que habían llegado. Ya hablaría con ella seriamente cuando se la volviera a cruzar esa misma tarde.

Removiéndose sobre sus pies, acabó por descansar la rodilla derecha en el sucio terreno. A la prenda le quedaría un cerco difícil de limpiar, pero la vida de un hombre lo merecía; especialmente la vida del hombre que había ocupado sus pensamientos los últimos dieciséis años. Aguantaría un poco más y esperaba que Carlos se lo agradeciera en algún momento.

Mariano entró en la sala de lectura. Al hombre le costó un esfuerzo verdaderamente enorme no desviar la vista hacia la ventana. Sabía que ella estaría allí, como cada hora de los últimos dos días. Sonrió mirando hacia el suelo, y no elevó el rostro hasta que volvió a recuperar el aspecto anodino que caracterizaba al mayordomo.

Tenía que comprobar cada una de las licoreras del cortijo, y era una tarea aburrida. En realidad, cualquiera de las tareas que llevaba realizando las dos últimas semanas era aburrida. Allí no había nada que valiera la pena para alguien de acción como él. Pero, en fin, el trabajo era el trabajo, y el hombre que le había contratado le pagaría una verdadera fortuna cuando finalizara con éxito con lo que le habían pedido.

Así que, ¿por qué no distraerse un poco dándole algo que pensar a aquella aburrida señoritinga? No sabía muy bien qué buscaba la muchacha o qué podía hacer que una mujer como aquella, pasmosamente hermosa y evidentemente rica, tuviera algún interés en su persona. Y sin embargo, ahí estaba ella, de nuevo escondida, agachándose bruscamente cuando él giró juguetón hacia la ventana. Lo más divertido era que la chica parecía convencida de estar realizando realmente bien su labor de espía; lo que lo convertía a él, al menos a ojos de la muchacha, en alguien decididamente lerdo.

Desde el árbol de enfrente, Carlos sonrió. La mujer no tenía ni idea de cómo vigilar a nadie. Tampoco ayudaba mucho el amplio vestido con metros de tela alrededor de la cintura. Acabaría despeinada y llena de tierra si volvía a agacharse de esa manera. Él, que había pasado varios años trabajando en el anonimato para el gobierno español durante la guerra de Independencia, casi dejó escapar una carcajada ante la burda actuación de María. Por fortuna, estaba situado a la suficiente distancia como para que ella no llegara a oír el sonido de la risa ahogada que había salido de su garganta de forma involuntaria, antes de silenciarlo con su propio puño.

Carlos volvió a sonreír observando al hombre que en ese momento era objeto de su vigilancia. No entendía por qué ella no había elegido el árbol en el que él se reclinaba como lugar para espiar. Era evidente que su situación era mucho mejor, ya que dejaba ver el interior de la habitación hasta el suelo y el principio del corredor; y, por supuesto, su postura sentado, apoyado sobre el árbol, era mucho más descansada y producía mucha menor sospecha que la que ella se empeñaba en sostener.

No, realmente no tenía talento para el espionaje. Y apostaría su mejor caballo a que el mayordomo sabía perfectamente que lo miraba; eso, o el hombre era tonto de remate.

Aquello le hacía preguntarse qué andaba buscando con tanto ahínco entre sus invitados y entre su servidumbre. Desde luego, el mayordomo había pasado a ser su objetivo principal, ya que vigilarlo era prácticamente lo único que la había visto hacer durante los últimos dos días.

Era el mayordomo, Mariano era el asesino. María estaba completamente segura, o al menos el hombre tenía algo que ocultar. Aunque realmente eso mismo había pensado también del viejo conde de Ricard y de Pobremanué. Hasta la desaborida de Aurora tenía su cupo de sospechosa. Si bien, ciertamente María no entendía qué podría impulsar a la mujer a tratar de asesinar al único hombre que parecía dispuesto a mantenerla en el mayor de los lujos y sin pedir a cambio nada más que unas semanas de trabajar como carabina y «niñera» de su molesta persona.

«Bueno, tachemos a Aurora», pensó ella, volviendo a sentarse sobre sus tobillos y ajustando las amplias faldas bajo su trasero, en un afán de encontrar una postura algo menos incómoda. «Pero a los otros tres no los pienso descartar hasta encontrar al verdadero culpable». Luego, volvió a enderezarse «Una última mirada y pasaré a vigilar al próximo de la lista.» Lentamente fue elevándose sobre sus agotadas rodillas.

Mariano terminó de rellenar la última licorera de ponche y de nuevo miró hacia la ventana; no sabía qué esperar de la mujer y volvió a quedarse observando el amplio paisaje que se vislumbraba desde allí. Sentado al otro lado del camino, descubrió al duque apoyado sobre el tronco de un árbol; de forma sorprendente para un tipo tan serio, este le saludó con sorna levantando la mano derecha y moviendo los dedos de arriba abajo. Convencido de que el hombre contemplaba divertido a la mujer al otro lado, Mariano sonrió, devolviendo el gesto con la mano justo en el instante en que la bonita cabeza de rizos negros aparecía en su campo de visión durante menos de un segundo, para acabar desapareciendo con un quejido.

María cayó de rodillas, evitando en el último momento besar la tierra al estirar ambos brazos; y acabando en una postura totalmente impropia para una señorita, tenía que admitirlo, aunque la opción había sido esa o devolver la sonrisa al mayordomo y saludarlo a su vez.

¡Vaya por Dios, qué bochorno! La había descubierto. No solo cabía la posibilidad de haber hecho el mayor de los ridículos ante el principal miembro de la servidumbre, sino que muy posiblemente había sido descubierta vigilando al asesino. Con la cabeza martilleándole en la búsqueda de una solución imposible, María elevó el rostro hacia la ventana, encontrándose la cara seria, y al parecer muy preocupada, del mayordomo asomando por ella.

—¿Se ha caído, señorita? —dijo el hombre, con la mayor naturalidad y casi rezumando preocupación—. Deje que la ayude, esta tierra es muy resbaladiza tras la humedad de la noche.

—No, no hace falta —respondió ella, tratando de abandonar tan impropia postura por sus propios medios—. Gracias, Mariano, vuelva a lo que estaba haciendo. No he sufrido daños —finalizó, alejándose mientras trataba de conseguir que sus rodillas recuperaran la fuerza.

Dos horas más tarde, Anabel, sentada en el trozo de césped que crecía de forma natural delante de la puerta principal del cortijo, observaba sin hablar los apuntes que su hermana le iba pasando. Estaba reclinada sobre el acebuche que las cobijaba a ambas. La distancia con la entrada les aseguraba bastante intimidad para su

conversación, y la sombra creada por los árboles a esa hora de la tarde refrescaba el sofocante calor.

Llevaba media hora escuchando todas las pesquisas que María había realizado y, desde que la otra muchacha sacó la hoja de anotaciones número tres, ella había sufrido de remordimientos; luego, habían aparecido otras tantas páginas hasta un total de seis, escritas por ambas caras. Ahora tenía una sensación de inutilidad bastante importante, pues su propio resumen no ocupaba más de tres líneas. Lo cierto es que, aunque en un principio le había parecido una idea genial y divertida, le había resultado muy tediosa su labor detectivesca y había acabado durmiéndose en dos ocasiones; una, agachada detrás de uno de los sillones de la biblioteca; y otra, pensando en las musarañas, apostada junto al vano de la escalera.

Al parecer, su hermana María sí había aprovechado el tiempo.

—Me ha parecido que era preferible que pusiéramos nuestros descubrimientos en común antes de continuar —dijo María.

Anabel se levantó con dificultad, pues sus rodillas se habían acostumbrado a estar dobladas, para estirar las piernas antes de volver a sentarse, esta vez sobre el viejo tocón de un árbol talado. Desde donde se encontraban, podían oír a los sirvientes trabajando por todo el interior de la casa; a dos jardineros ocupándose de los parterres próximos a las blancas paredes, y a otro par de empleados cubriéndolas con cal en ese momento, ayudados de una larguísima escalera.

—¿Hay alguien de quien sospeches de forma más clara? —preguntó.

—No. Y eso me preocupa. Puede que estemos conviviendo con alguien que pretende matar a Carlo y no estoy más cerca de descubrirlo que hace una semana.

—Pero hemos acertado la lista de sospechosos. Por lo que veo, te has centrado en cinco: don Antonio Martínez, el señor Urquijo, Pobremanué, el conde de Ricard y ¿el mayordomo? —interrogó Anabel, asombrada por la última anotación de la lista—. Creía que habíamos hablado de reducir los sospechosos a aquellos con intereses en negocios con el duque, el canal o en heredar el ducado.

—A lo mejor se trata solo de un loco que quiere acabar con el dueño de la propiedad. ¿Te has preguntado si la muerte del anterior duque y sus hijos fue realmente un accidente? Porque si no fue así, yo no descartaría la mano de un empleado descontento.

—Pues bastante le tenían que adeudar para acabar con seis de un tirón.

—No bromees, esto es serio y te aseguro que ese individuo oculta algo. Lo he pillado varias veces haciendo cosas extrañas.

—¿Qué cosas? ¿Beberse el brandy del duque?

—En serio. Mira su informe —insistió, dándole una de las hojas escritas—. Fíjate: salidas a horas extrañas al jardín.

—Igual fuma y no quiere que lo vean.

—Se ha encontrado en dos ocasiones con alguien en uno de los pasillos, y han hablado en susurros —continuó María, sin hacer caso de la interrupción de Anabel.

—¿Te has preguntado si tiene un romance con alguna criada?

—¿El mayordomo? ¿Le has visto la cara?

—Mujer, ya sabes aquello de que el amor es ciego...

—Cierto, no lo había pensado; pero además debería ser sordo, porque al hombre no hay por donde cogerlo ni física ni socialmente hablando. ¡Qué tipo tan serio y rígido! Además, lo he visto deambular por los pasillos desiertos a altas horas de la noche...

—¿Y tú que hacías en esos pasillos?

—Bueno, a veces he tenido que aprovechar la noche para hacer mis indagaciones.

—¡María!, ¿no andarás sola por la casa? Sabes que es posible que estemos hablando de un asesino y, en cualquier caso, no estaría bien visto que te sorprendieran de noche por los pasillos, cualquiera podría pensar que vas a reunirte con alguien...

—¿Yo? —María no estaba convencida de que aquello fuese tan grave, pero se mostró de acuerdo con su hermana. Se negaba a dejar que la persuadiera de cesar sus pesquisas ya que, aunque no había avanzado demasiado, había acotado considerablemente el número de sospechosos—. Bien, no te preocupes, nadie me ha visto aún.

—Pues te ruego que dejes de salir de noche.

—De acuerdo, no te preocupes por eso. En cuanto a tus averiguaciones sobre el mayordomo, ¿has visto algo fuera de lo normal?

—Como no sea que habla demasiado con el marqués...

—¿Con Marco?

—Los he pillado un par de veces, no cuchicheando, más bien hablaban en clave. Pero no le des mucha importancia, ya sabes que a Marco le gusta reírse de todo el mundo; y ese hombre es tan serio que invita a la broma.

—De todas formas estaré pendiente. En cuanto a los otros sospechosos, solo he descubierto que Pobremanué estuvo en la ópera...

—¿Cómo lo has averiguado?

—Pues se lo pregunté, simplemente.

—¿Y si es el asesino? ¿No crees que sospechará de tu interrogatorio?

—¿De verdad crees que soy lerda, Anabel? Se lo he sonsacado después de hablar con él durante hora y media. Lo cierto es que me ha resultado un hombre muy agradable, nada parecido a lo que recordaba; por aquel entonces no lo soportaba mucho... Ni él a mí, para ser sinceros.

—Tengo otra información muy interesante.

—¿Ah, sí?

—He andado colándome a escuchar en las cocinas y en el cuarto de la plancha. No sabes lo que chismorean los criados cuando creen que los señores no los ven —Anabel desplegó su única hoja ante la mirada interesada de María—. Al parecer, los señores Urquijo han reñido en más de una ocasión. Su mujer lo acusa de disponer de muy poco dinero y él se defiende diciendo, y cito literalmente: «ahora debemos conformarnos con aparentar y gastar lo mínimo, como ya te he dicho, vendrán momentos mejores».

—Interesante. De hecho, se dice que los Urquijo han sido en el último siglo los fiadores número uno del rey. Y si ellos no tienen dinero, muy mal deben ir las cosas.

—Además, no son de la aristocracia. Los nobles siempre los han tolerado por su buen bolsillo, si se supiera que ahora solo lo tienen repleto de boquetes la caída sería dolorosa —aclaró Anabel.

—¿Lo bastante como para empujar a alguien hacia el asesinato?

—Es posible —Anabel siguió leyendo sus anotaciones—. Otro que no anda especialmente boyante es Pobremanué. Al parecer, uno de los criados le oyó hablar con Carlo acerca de las propiedades que tuvo que vender en Jerez durante la guerra.

—¡Ayyy, Manolito! Muy a mi pesar sigues ocupando el puesto número uno de sospechosos —se lamentó María con un suspiro—. ¿Qué me dices de Martínez y el conde?

—¿Tu pretendiente? Bien, pues además de ser un pesado con las muchachas del servicio, poco más he averiguado. Según he oído, el personal procura alejarse al máximo: es exigente, despótico y cascarrabias. No sé por qué lo has incluido, ese viejo está para pan migado y friegas de alcohol.

—¿Y Martínez?

—Estoy en ello, María. Esta noche intentaré hablar con su hija, a ver si ella me cuenta algo.

—Muy bien, volveremos a hablar mañana. Voy a escribir todo lo que me has dicho y a seguir con mis indagaciones.

—¿De día, María?

—Claro, ¿me crees tan loca como para salir por esos pasillos oscuros de noche?

—¿Quieres que te responda? —la sonrisa en la cara de la muchacha reconoció en silencio sus sospechas—. Ya lo suponía, ten cuidado.

## Capítulo 11

### Una cena y una cita

Cádiz, 12 de julio de 1817

La mesa estaba repleta de viandas, en su mayoría especialidades de la provincia, como carne de caza guisada y platos de temporada, además de alimentos selectos exclusivos para estómagos poco delicados, como caracoles en salsa o criadillas<sup>[24]</sup> de cerdo. Los más de treinta comensales, incluidos los señores de la casa, se reunían en torno a la amplia mesa fabricada de una única lámina de madera de baobab. El mueble había sido la cara y excéntrica fantasía del anterior duque, traída desde África en un barco que fue reformado ex profeso para ubicar en su bodega la larga tapa fabricada de una sola pieza.

Al frente, presidiendo la cena, se encontraba la señora marquesa, el alma de aquella noche en la que se celebraba su natalicio. Por supuesto, nadie sabía, ni se atrevía a preguntar, el número exacto de primaveras que llevaba la señora en este mundo. Eso sí, todos se afanaban en afirmar que fuera cual fuese ese número fatídico e innombrable, sin duda la señora parecía al menos diez años más joven.

La mujer se había rodeado del señor Urquijo y de su eterno servidor el Capellán don Anselmo. En el extremo opuesto se sentaba Carlos, franqueado por su hermano menor a la derecha y el conde de Ricard a la izquierda. María ocupaba el asiento contiguo a Marcos, junto a Pobremanué.

La señorita Carmencita Martínez disfrutaba de su posición privilegiada frente a María, a la que de vez en cuando lanzaba sus ya acostumbradas miradas de odio. María disfrutó presintiendo las atenciones no deseadas que iba a sufrir la muchacha por parte del viejo conde sentado a su diestra; bien que conocía ella la mano extremadamente larga y rápida de don José.

—He oído que casualmente hoy es también tu cumpleaños, ¿me equivoco? —la interrogó Marcos, justo entre el segundo y tercer plato de la opulenta cena.

—No, no te equivocas. Pero guarda el secreto, tu madre pensará que nació ese día precisamente para fastidiarla a ella —comentó María.

—Soy una tumba. ¿Cuándo llegará Andrés?

—En cuatro o seis días, si todo ha ido como esperaba, pretendía regresar en el mismo barco en que se fue. El capitán le aseguró que volvería a pasar por el puerto de Ceuta un mes después de haberlo desembarcado allí.

—Supongo que lo tendremos por aquí durante unos días.

—Así es, su intención era sumarse a la cacería. Al contrario que a Carlos, a él sí le gusta asesinar conejos —comentó ella con acento amargo.

—Veo que a ti tampoco te atrae ese deporte.

—¿Deporte? —contestó la muchacha, frunciendo la cara en un gesto que el hombre, aun con los ojos fijos en ella, no percibía—. ¿Correr tras unos pobres animales asustados te parece un deporte?

—Lo cierto es que nadie corre tras ellos. Pero esa puede ser buena idea, y mucho más equitativa. Mañana propondré a los cazadores que se olviden de las armas y corran para cazar con sus propias manos a las indefensas criaturas.

—Será divertido ver al conde de Ricard hacerlo —expresó la muchacha con sorna, susurrando junto al oído del marqués, que le devolvió la risotada.

—Quizás me porte mal y les suelte a mi gato. Seguro que alguno de esos viejos chochos no ve lo suficiente para distinguirlo de un conejo e intenta atraparlo. Se llevará una sorpresa. Es el animal más dócil que hayas visto, siempre que lo dejes dormir. Por cierto, ¿sabías que tengo un gato?

—¿Quieres darles gato por liebre? No me hablarás de ese monstruo de rayas que siempre lleva tu madre pegado a la falda, ¿verdad?

—No, claro, esa es Susana... Y no me preguntes por qué mi madre le ha puesto a una gata su propio nombre. Yo tengo un gato, Sultán, no has visto nada más hermoso en tu vida. Tiene el pelo largo y espeso, y dicen que es negro como la noche y de ojos anaranjados. Lo traje de Marruecos, cuando regresaba de mi viaje a Oriente. Tiene una cola que...

Sentado a la izquierda de ambos contertulios, Carlos no pudo evitar el ramalazo de celos que lo asaltó viendo la camaradería que parecían compartir aquellos dos. La marquesa se había empeñado en alejar a María de su lado y modificar la mesa a su antojo. Aunque, gracias a sus reticencias en acatar las órdenes de su madre, había conseguido mantenerla a solo a un asiento de distancia. Pero ¡caramba! La mujer podía haberla situado junto al conde de casi ochenta años y no al lado del guaperas de su hermano que, por supuesto, no había tardado ni un minuto en captar su atención con ese pico de oro y esa presencia.

Pegándose a su derecha, Carlos intentó oír la conversación de ambos, sin llegar a escuchar más que retazos de la misma, ya que cuchicheaban con las cabezas pegadas.

—Seguro que no has visto uno así en tu vida. Tiene este tamaño —dijo Marcos, reflejando el diámetro del apéndice gatuno con sus dedos pulgar e índice formando un arco sin cerrar.

—¡No puede ser tan grueso!

—Y muy largo, créeme. Te dejaré tocarlo y comprobarlo cuando quieras.

—¿Me dejarás acariciarlo? —la mujer acercó aún más la cabeza, hasta tener sus labios casi pegados a la oreja, para oír lo que el hombre le susurraba—. ¡Claro que sería capaz! Siempre me ha gustado hacerlo. Parece tan suave. ¿Me enseñarás cómo? ¡Qué dulce!

Nadie más que su madre, que tenía la habilidad de no perder detalle de su persona, notó el cambio en el rostro de Carlos. Aun reacio a creerlo, el hombre trataba de rechazar las imágenes poco razonables que se estaban formando en su mente sobre «eso» grueso, largo y suave que Marcos tenía, y María parecía tener tanto interés en tocar y acariciar.

Enfadado consigo mismo, se removió en el asiento unos instantes para acabar girándose hacia don José e iniciar una conversación sobre caballos, que, después de las mujeres, parecía ser lo único que interesaba al hombre.

—Háblame de los invitados, María; deja que sean los tuyos mis ojos —dijo Marcos, separándose un poco cuando comprobó que, aunque él no los veía, y hacía rato que los había olvidado, estaban rodeados de más de dos docenas de personas.

—Creí que habías aprendido a conocerlos por tus otros sentidos —la muchacha imitó el gesto del hombre recuperando una postura más erguida.

—Pero me apetece hacerlo también con los tuyos, háblame de su aspecto.

—Bueno, supongo que conoces a los mayores de hace unos años, solo están algo más arrugados y gordos que cuando éramos niños. Veamos. Los nuevos... empecemos por la chica de la temporada... la explosiva señorita Carmencita Martínez.

—¿La chica que cecea? ¡Vaya, qué sorpresa! Es curioso lo ciegos que vuelven los ojos a las personas. ¿Estás segura de que ella es la mujer de la temporada?

—Totalmente, y me alegra que hayas sido el primer hombre en ver que cecea.

—Y se come las erres —apostilló.

—¡Oh! Eso no lo había notado... solo que tenía el mismo nivel intelectual que una margarita.

—Un jaramago<sup>[25]</sup>, diría yo. ¿Así que es bonita?

—Rubia, cabello levemente ondulado por supuesto, nada de una mata ingobernable de rizos, y la piel blanca. ¡Ah, por cierto! Proporciones perfectas, elegante y sin excesos en ningún lugar, al menos visible. Y ojos azules como el cielo, rodeados de espesas pestañas... Una diosa, me temo.

—Pues no quieras saber cómo la había imaginado...

—Pues ella debe pensar que tú eres un auténtico pastel de chocolate, Marco, porque acaba de relamerse mientras te miraba... —María volvió a acercarse para susurrar. Con su gesto aprovechó para desafiar a la muchacha rubia que no les quitaba la vista de encima ni un segundo; si acaso apartaba los ojos lo mínimo, era para

dar un manotazo sobre los arrugados dedos del conde que retornaban a trepar, a intervalos, sobre las rodillas de Carmencita.

—¿Entonces sigo pareciendo apetecible?

—Más que nunca, y lo sabes, gamberro.

—¡Háblame del conde! —insistió él, acercándose para cuchichear—. ¿Es tan viejo como parece?

—Solo te lo diré si tú me hablas sobre cómo los sientes, cómo los percibes en tu cabeza; y si me cuentas qué sabes de cada uno de ellos —negoció María, pensando que quizás aquella era una buena manera de saber más de todas esas personas y filtrar de esa forma a sus propios sospechosos.

—¿Qué quieres saber de la señorita sensación del verano?

—Ella no me interesa demasiado. La verdad, casi da pena oír tales bobadas saliendo de algo tan bonito.

—Cierra los ojos, te digo que la impresión de pena desaparece para dejar solo indiferencia —aclaró Marcos—. Se nota que ella se sabe hermosa cuando habla, por la forma en que insulta principalmente, de manera torpe y cruel; le gusta someter y abusar de quienes considera inferiores en belleza o posición social. Y quiere atrapar a mi hermano, ten cuidado.

—¿Por qué he de tener cuidado?

—Porque él siempre lo tuvo contigo, María. ¿No lo recuerdas? ¿Cuántas veces te sacó de un apuro en estos mismos terrenos? ¿Lo dejarías a su suerte? ¿Vas a ser tan cruel de permitir que se vea obligado a oír esa voz cada mañana antes de despertar?

—Él se hará su propia cama, como todos nosotros. Si es tan tonto de no ver lo que hay debajo de esa cara bonita, quizás se la merezca.

—Me temo que detrás de esa cara bonita no hay más que un cerebro vacío, movido por las manos expertas de su padre —añadió el hombre, girando el rostro hacia el señor Martínez, que conversaba en esos instantes con su propia madre—. La chica hará lo que diga papá, y papá quiere el canal y todos sus terrenos y beneficios.

—¿Así que por eso están aquí? —añadió ella, observando al hombre sentado a cinco o seis pasos de distancia.

El señor Martínez, de casi cincuenta años, era grueso y prácticamente calvo. La falta de cabello sobre su cabeza era compensada por unas amplias patillas castañas rematadas con un excelso bigote, que él atusaba a intervalos elevando las puntas hacia arriba.

—Supongo que es más barato pagar con la tontaina que con oro lo que codicia —luego, Marcos atrapó la mano de la muchacha sobre la mesa antes de seguir hablando

—. De todas formas, creo que don Antonio Martínez sobrevalora el valor de su hija y subestima la inteligencia de mi hermano. ¿Me hablarás ahora del conde?

—¡Qué manía con el viejo verde!

—¿Viejo verde?, ¿acaso hay algo que debiera saber?

—¿Acaso eres ahora mi hermano?

—¿Acaso quieres que lo sea?

—No sé qué insinúas. Es difícil adivinar nada de lo que piensas. He oído decir que los ojos son el espejo del alma, pero los tuyos...

—¿Son solo pozos vacíos?

—No, son pasmosamente bellos e inexpresivos cuando hablas.

—¡Ah, María! Es una pena no ver el cambio que dicen que has sufrido. Por desgracia en mi cabeza siempre serás esa muchacha flaca y morena que vi por última vez a los quince años.

—Te aseguro que no estoy flaca.

—¡Oh! No te apures, lo creo... Medio Madrid habla de tu... abundante presencia.

—El conde es delgado, viejo y encorvado —describió, alejando la conversación sobre su propio aspecto—. Y tiene las manos largas y secas como un arenque ahumado.

—¿Quieres que lo rete a duelo? Así dejaríamos de soportar su presencia.

—¿También te ha manoseado a ti?

—¡Oh, por los cielos, calla, estoy comiendo! —una carcajada casi afloró a la garganta del hombre, que se refrenó recordando que estaban rodeados de gente—. El conde codicia solo nuestro proyecto de canal, no nuestros traseros... por fortuna —volvió a cuchichear.

—¿El conde está interesado en el canal?

—Sí, igual que el señor Urquijo, los Martínez... y Pobremanué —susurró el último nombre, agitando el rostro hacia el hombre sentado a la derecha de la muchacha, y que en ese instante parecía extasiado con la mujer gruesa con la que conversaba—. Aunque él realmente lo codicia todo.

—¿Y quién los ha invitado a todos ellos?

—Yo —respondió directamente—. Y mi hermano, claro.

—¿Sabes lo de los intentos de asesinarlo? —afirmó más que preguntó, bajando la voz hasta el mínimo—. ¿Qué pretendes trayendo a esa manada de lobos?, ¿quieres que maten a Carlo?

—Quiero atraparlos mientras lo intentan...

—¿Poniendo a Carlo en peligro?

—Yo vigilo que no pase nada...

—Sí, supongo que no le quitas la vista de encima ni un momento —añadió ella despiadadamente, después, pareció reflexionar lo desacertado de sus palabras—. Lo siento, no pretendía ser cruel.

—No, solo te preocupas por él, y te lo agradezco... Voy a necesitar tus ojos.

—Mis ojos son tuyos... y mis manos.

—¿No hay nada más de tu anatomía para mí?

—¡Come, descarado! Ya ha llegado la carne —dijo ella, sonriendo y tomando la cuchara de las manos del criado que, parado junto a ellos, se disponía a preguntar antes de servir. La muchacha escarbó en la fuente hasta encontrar la más gruesa y esponjosa criadilla de cerdo que había en la bandeja y la colocó en el plato delante de Marcos, cortándosela ella misma en pequeños trozos empapados en salsa—. Es un solomillo que parece realmente tierno —mintió—. ¡Buen provecho!

Tras la cena, los mensales pasaron al salón de juegos, dónde esperaban los regalos que todos ellos habían traído para celebrar el cumpleaños de su anfitriona. Varios chales de fino encaje, tres mantones de manila, un par de peinetas de carey para llevar con una mantilla, una manta de viaje tejida con lana de vicuña y varias ediciones de libros clásicos fueron los regalos más celebrados, junto con un precioso collar de raras perlas negras, este último presente de parte de su hijo menor.

—Señores, soy el último en dar mi regalo. Pero he de deciros que no podemos olvidarnos de la otra mujer que también hoy celebra su nacimiento —habló Carlos, mirando hacia María, que enrojeció visiblemente.

—¿Te has acordado? —logró decir, entre los deseos de felicidad del resto de la concurrencia.

—Por supuesto, creo que era lo único que dijiste aquel día de julio de hace diecisiete años —aclaró él ante las risas de todos los presentes.

—Bueno, en mi defensa diré que cumplía solo ocho años.

—Bien —continuó Carlos, dirigiéndose a su madre y a María. Ambas mujeres habían quedado en el centro de la sala ante la retirada hacia los bordes de todos los invitados—. Aquí está mi regalo para vosotras. Me ha costado convencer al maestro don Luis Esparrín, pero gracias a la antigua amistad que nos une desde que nos conocimos en este mismo cortijo hace muchos años, ha accedido a realizar el encargo.

Entonces, cuatro empleados aparecieron portando la finísima figura, tallada en madera, de la Inmaculada Concepción, y una mesa en la que habían dispuesto una vitrina que contenía un delicado misterio del nacimiento de Cristo; a este último no le faltaban ni los Reyes Magos ni los ángeles ni los pastores ni siquiera la pira de cerdos. A la espectacular entrada le siguió una ovación multitudinaria.

—¡Oh, querido! —casi gritó la marquesa, exageradamente alto y por encima de las exclamaciones de sorpresa que habían dado todos ante los regalos evidentemente valiosos y exclusivos—. ¡Te has acordado de mi Belén! —en dos pasos la mujer se dirigió con presteza hacia la vitrina que lo contenía.

—¡Felicidades, marquesa! Es evidente que su hijo la estima sobremanera para regalar semejante presente. Nunca había visto un trabajo del maestro Esparrín mejor

terminado —comentó la señora Urquijo en voz alta.

—Ni yo. Ni yo —recalaron varias de las presentes, ante el enfado creciente de María, que veía como la mujer le arrebatava el que sospechaba era su propio regalo.

—María, yo... —Carlos se aproximó a ella, tomándola por el codo, consciente de la jugada de su madre y rogándole en silencio que no hiciera ninguna escena.

—La virgen es preciosa, Carlo —agradeció ella, irguiéndose para depositar un beso en su mejilla—. Gracias. Comprendo que el regalo más hermoso sea para tu madre... al fin y al cabo ¡¡NO TODOS LOS DIAS SE CUMPLEN CINCUENTA Y CINCO AÑOS!! —acabó diciendo, en un tono que evidentemente llegó a los oídos de todos los presentes, que al unísono se quedaron mudos contemplando a la atrevida que había osado nombrar el fatídico dígito.

[24] Testículos de cerdo.

[25] Planta herbácea de la familia de las Crucíferas, con tallo ramoso, hojas ásperas, arrugadas, flores amarillas, pequeñas. Es muy común entre los escombros.

## Capítulo 12

### Paseos a media noche y confidencias bajo la ventana

Cádiz, 13 de julio de 1817

Había alguien bajo las escaleras de piedra del edificio principal, en el largo y oscuro cuartillo que aprovechaba el enorme hueco. Y eran más de uno. María estaba segura de ello porque una persona no hablaría sola, a menos que fuera ella misma o Carlos, a quien también había pillado en más de una ocasión contestándose sus propias preguntas.

No, Carlos no era; de eso estaba convencida porque acababa de dejarlo en el salón discutiendo de política con dos de sus invitados más jóvenes. O al menos, dos de los invitados de su madre, porque él casi parecía no acabar de recordar sus nombres cada vez que los muchachos se acercaban a intentar entablar conversación. Tarea titánica, especialmente tratándose de un hombre de tan pocas palabras como el duque y de un par de pisaverdes que acababan de dejar los bajos de la falda de su madre.

Mirando hacia los lados, la mujer se pegó algo más a la pared. Si pudiera acercarse un par de pasos, tal vez oiría con mayor claridad. La puerta, de casi un palmo de ancho, apenas dejaba escapar el sonido desde el interior. Puede que tuviera más éxito si miraba por el hueco de la cerradura.

Sí, esa sería una buena idea, ya que el tamaño de la llave era bastante considerable; aunque para ello iba a tener que agacharse y prepararse para ser pillada en semejante postura. Afortunadamente, aquel recoveco bajo la escalera parecía no tener demasiado tránsito a esa hora de la tarde, en la que casi todo el mundo reposaba la comida recluso en su alcoba. Hasta los criados cumplían con el sano ritual de la siesta, cosa que a ella le venía maravillosamente bien para indagar en sus pesquisas un poco más cada día.

Indagaciones que hasta ahora solo le habían proporcionado más incertidumbre. No había podido eliminar ni a uno solo de los sospechosos que ocupaban los primeros lugares de la lista que habían confeccionado su hermana y ella hacía unos días.

—Esta noche... —creyó oír, procedente del cuarto cerrado— media noche, ven y...

¡Una mujer!, había también una mujer. Sin pensarlo mucho más, se arrodilló para mirar por el agujero, casi del tamaño de una uña, que era la cerradura. No podía perder aquella oportunidad, y la situación del almacén era tal que, o averiguaba quienes estaban en él en ese momento, o luego no tendría ningún lugar seguro para espiar sin ser vista mientras esas personas abandonaban el cuarto.

Tardó unos segundos en acostumbrarse a la falta de claridad. El boquete solo le permitía mirar en un ángulo cerrado, manteniendo casi la mayor parte de la estancia fuera de su campo de visión. La oscuridad, apenas apartada por la luz de una vela, tampoco ayudaba a la hora de reconocer a los protagonistas de la conversación. No obstante, María permaneció observando; algo le decía que aquellos dos tenían algo que ocultar cuando se escondían en un trastero que debía estar repleto de polvo y telarañas.

—Comprende, tengo que hacerlo. Esto que me pides es... —dijeron los pantalones verdes. Lo único que alcanzó a ver de lo que evidentemente era un varón.

—¿Y si te pido que esperes? Y sabes que aquello que... —respondió la falda oscura.

Casi estuvo a punto de descubrir quién era la mujer; por unos instantes, aunque amortiguado por la gruesa puerta, le pareció reconocer el timbre de la voz. Modulaba con un acento que no era andaluz, sí, ese acento era de... Pero, tal como vino, la sensación de haber reconocido a la dueña de la voz se marchó.

—Morir. Hay que acabar con... Eso ni aunque lo pidas. ¿Seguir esperando?

Bien, estaba claro que el pantalón verde parecía insistir en hacer algo ante la reticencia de la falda gris: hacer algo y acabar con aquello, fuera lo que fueran algo y aquello.

¡Porras!, o esos dos empezaban a hablar un poco más alto y despacio o ella iba a acabar abriendo la puerta con su propio peso, ya que solo estaba entornada y debía aguantarla para evitar que se abriera del todo arrastrándola de bruces sobre el suelo. Cosa que ocurriría de un momento a otro, dado su precario estado de equilibrio sobre unas rodillas demasiado castigadas últimamente por su ocupación de espía.

—Ven, lo haremos juntos...

¡Sí, la voz! Esa voz, la recordaba, esa voz era de, de... Sí, la tenía, era la voz de...

¡Nada! Se había vuelto a ir el momento de recuerdo.

—Dime que estás jugando con el gato —las palabras, ensimismada como estaba en la conversación tras la puerta, le llegaron cuando la persona ya estaba parada justo sobre ella, a escasas pulgadas de su cogote.

Lentamente la mujer soltó el pomo de la puerta, levanto una rodilla, después otra, acusando lo forzado de la postura, y se sacudió el polvo del vestido antes de girar completamente, intentando apurar el tiempo en busca de una excusa imposible para justificar su absurdo comportamiento.

—¿El gato? —repitió, ante la falta de algo mejor, girándose para observar el rostro de Carlos a un palmo del suyo propio.

—Sí, el gato. Debes estar jugando con el gato, porque no creo que estuvieras espiando mientras mi mayordomo sacaba unas botellas de la bodega para la cena, ¿verdad? —añadió él, mirando por encima del hombro de la mujer.

—¿Tú mayordomo? —repitió ella, tontamente de nuevo.

—Sí, mi mayordomo, aquí presente —María giró el rostro, para encontrarse con la figura seria de Mariano bajo el arco de la puerta que acababa de soltar, y a solo un par de pasos de ella—. ¿Ha visto al gato, Mariano?, creo que la señorita jugaba con él y se ha debido meter en la bodega cuando usted ha abierto.

—Ahí no hay ningún gato, señor —aseveró el hombre—. De hecho, tampoco hay ninguna otra botella del jerez que pide. Si me lo permite, bajaré a la bodega principal a por ellas.

—¡Vaya, vaya! Y busque al gato allí también, haga el favor. La querida señorita Montes de Ossa le tiene bastante cariño, por lo que parece —añadió el duque, mientras tomaba del brazo a la muchacha para apartarse de la puerta, pegándose a la pared y dejando paso al mayordomo.

Luego, ambos sonrieron de manera forzada al hombre que se marchaba; después, se giraron para enfrentarse cara a cara en cuanto el mayordomo desapareció.

—¿Qué? —inquirió ella ante el alzamiento de cejas del hombre.

—¿Cómo que qué? —volvió a preguntar un cada vez más irritado Carlos.

—¿Qué quieres?

—Saber qué hacías mirando por el ojo de esa cerradura. Porque eso es lo que hacías, ¿verdad?

—Buscar al gato, tal como acabas de afirmar...

—María...

—De acuerdo. Ese hombre oculta algo... —explicó la muchacha, bajando la voz de tal forma que él casi tuvo que agacharse hasta su altura para oírla—. Sé que estaba ahí con alguien... una mujer... y ocultan algo.

—¡Por supuesto que ocultará algo! Seguro que el pobre hombre andaba tratando de enamorar a alguna de mis criadas, cosa que supondrá le debe costar bastante a juzgar por su aspecto.

—No era una criada, su voz era demasiado modulada y educada, y tampoco era andaluza. Creo que todavía debe estar ahí. No puede haberse marchado con nosotros aquí ocupando la única salida, y traman algo dudoso... Mira ahí dentro, seguro que te convences...

—Ni los sueños. No voy a molestar a ninguno de mis empleados, mientras no descuiden sus obligaciones no diré nada; que el pobre hombre se divierta en sus horas

de descanso. De hecho, ahora mismo debería estar durmiendo la siesta en lugar de haciendo un recado para mí; y tú deberías estar haciendo lo mismo. ¡Vámonos de aquí! —añadió, sospechando que lo que había dentro del almacén no era una mujer, y sin querer poner de manifiesto sus propias pesquisas.

María no tuvo más remedio que tragarse sus palabras y seguirlo, a regañadientes, de regreso a la parte noble de la casa.

Los juegos de cartas acabaron aquella noche hacia las once y media. Carlos, molesto por la inusitada cantidad de dinero que había apostado y perdido durante esa velada, salió a estirar las piernas. Enfadado, comprendió que aquella partida había sido algo más que una distracción entre caballeros. Era evidente que algún avisado se había beneficiado del ambiente de camaradería y de la buena fe de los invitados para llevarse una buena tajada. Y lo sentía principalmente por el conde de Ricard, que casi pierde la camisa que llevaba puesta esa noche en su afán de cubrir unas apuestas que a todos se les habían escapado totalmente de las manos sin saber cómo. Por fortuna, consiguió frenar el ímpetu del caballero, que estaba dispuesto a firmar un pagaré ante testigos, poniendo parte de sus propiedades como aval para cubrir deudas y poder seguir jugando.

Reflexionando sobre los acontecimientos, creyó ver algún tipo de maniobra orquestada entre al menos dos personas, de las siete que se sentaban a la mesa, con objeto de embucar y desplumar al inconsciente anciano. Él mismo había perdido una suma que, aunque para sus arcas era una nimiedad, a sus principios de sobriedad y mesura le habían parecido un sacrilegio. Evidentemente, uno de los tramposos debía ser el señor Martínez, pues era el que más beneficiado había salido durante el juego, pero se le escapaba quien podría ser el compinche del hombre. La próxima vez se aseguraría de que Marcos estuviera cerca; si había alguien capaz de estafar y cazar a un fullero, ese era su hermano pequeño.

Paseaba arriba y abajo por el lateral de la casa, perdido en sus pensamientos y contemplando la noche, cuando llegó hasta el pequeño cenador de madera que se ubicaba en el extremo oriental, casi al final de los jardines de rosas, y donde empezaban los madroños y las zarzas. Fueron las voces las que le dieron la clave de que había dos figuras, apenas recordadas por la luz que llegaba desde la casa principal, paradas en el interior del templete. Distinguió la voz de su madre; el otro era un varón alto que le daba la espalda y cuya ropa no logró reconocer en la penumbra que lo rodeaba.

—Susana... —la mujer lo interrumpió, elevando el brazo.

—Ahora no. Ahora no. Cuando termine todo. Cuando lo dejemos atrás, entonces.

—Pero. ¿Estás segura de todo? —el hombre susurraba en voz lo bastante baja como para impedir ser reconocido.

—¡Claro!, sin duda alguna. Espera y tendrás lo que quieres... y yo también lo tendré y la recompensa será un futuro de felicidad conyugal.

Aún intrigado por conocer la identidad del hombre que hablaba con tanta familiaridad con su madre, Carlos se alejó discretamente. Sí, estaba intrigado, pero no le parecía adecuado que lo vieran espiando el encuentro, al parecer amoroso, de su progenitora con algún caballero. Le había costado trabajo reconocer la cálida voz de su madre, acostumbrado a sus gruñidos en los últimos tiempos. «Curioso», pensó. «¿Quién será ese que hace que la voz de la marquesa suene casi como la de la auténtica y dulce Susana que hablaba con mi padrastra?».

María estaba otra vez agachada, en cuclillas y bajo una ventana, y de nuevo espiando. Había corrido tanto y tan disimuladamente como había podido cuando descubrió que el conde de Ricard salía de la sala donde había estado jugando a las cartas. Le tocaba ser espiado, y aunque pensaba que el hombre era demasiado anciano para embarcarse en intentos de asesinato, lo cierto es que había demostrado ser alguien no demasiado consciente de su avanzada edad, ya que parecía estar convencido de que una mujer como ella podía seguir encontrándolo adecuado como marido. No, no lo descartaría tan rápidamente.

—Aquí tiene el documento, conde —oyó decir a la voz que acompañaba al anciano al otro lado de la ventana—. Me ha costado bastante conseguirlo, pero creo que con esto bastará para acabar con ese...

—¡Calle!, ¡Calle, muchacho!, ¿quiere que alguien nos oiga y acabemos los dos entre barrotes? Traiga aquí eso —unos instantes de silencio en los que María supuso que el hombre se entretenía en leer el supuesto documento—. Parece todo en orden. Espero que el resto haya desaparecido completamente y con esto se acabe todo el problema. No me gustaría encontrar ninguna sorpresa en el futuro, ya sabe lo que me juego y se juegan mis herederos. Recibirá todo lo que me pidió en pocos días.

Luego, los pasos que se alejaban le confirmaron a María que los hombres se habían marchado.

Enderezándose, comprendió que tendría que salir a averiguar qué era lo que había recibido el conde, y para ello iba a tener que vigilarlo y buscar el momento ideal para registrar su habitación. Y lo iba a hacer, porque sabía que meterse en problemas le era algo imposible de evitar.

*Cádiz, julio de 1807, Cortijo de Valleflorido (unos años antes)*

Carlos miró con atención cuando su hermano estiró el cuello, buscando infructuosamente entre y por encima de las cabezas de la multitud arremolinada ante ellos, en un intento de localizar a sus primos. Por desgracia, aquel problema de visión iba en aumento y ya apenas distinguía bultos a más de tres varas de distancia. Tomándolo por el hombro lo giró hasta enfrentarlo con el fondo derecho de la repleta sala de baile.

—Es allí, a tu derecha. Van vestidos de verde, todos ellos. Me temo que aún no han comprendido que ese es el color que peor les sienta a sus caras pálidas y a sus cabellos amarillos.

—Ya, ya los he localizado —mintió Marcos.

La música les llegaba desde la terraza. El fuerte calor había decidido a sus tíos, los anfitriones de la fiesta, a situar a los miembros de la orquesta en el exterior en un intento de aprovechar el amplio mirador y despejar el interior del salón.

Valleflorido no estaba pensado para dar fiestas. La planta baja se componía de diversas habitaciones y cuartos no demasiado amplios; solo el salón, que ahora ocupaban, era medianamente adecuado para el evento que celebraban. Al parecer, la duquesa había considerado importante recibir a su esposo de forma tan ruidosa tras casi un año de separación. O eso al menos se rumoreaba.

Tan pronto como se aseguraran de que sus primos no planeaban ninguna jugarreta, él y su hermano podrían tomar alguna copa y disfrutar de un baile con alguna jovencita.

—Ya sabes —le recordó Marcos—. Tienes que avisarme con tiempo si me acerco a una muchacha demasiado fea, confío en ti.

—No te preocupes, tendré tanto cuidado como si fuera yo mismo —le respondió.

De nuevo Carlos se recreó en observar al muchacho alto y elegante en el que se estaba convirtiendo su hermano pequeño. A pesar de no haber cumplido aún los dieciocho, Marcos se perfilaba como un hombre realmente impresionante, y era su principal labor en los últimos tiempos protegerle del acoso que empezaba a sufrir por parte de las muchachas.

¡Cielos!, esa misma mañana había tenido que retirarle las manos de encima a la viuda de Sánchez. Una mujer que, si bien solo tenía veinticinco años, le llevaba al jovencito más de siete. Luego, se arrepintió de haberlo hecho; al fin y al cabo la mujer era un bombón.

—¿Dónde está la deslumbrante viuda de Sánchez? —preguntó Marcos, casi leyéndole los pensamientos.

—No lo sé —Carlos estiró el cuello— creo que aún no ha llegado.

—No te perdonaré que la espantaras. Ya se regodeó a gusto el primo Gustavo explicándome que era una preciosidad —añadió, tomándolo por el codo—. ¿Qué te pasó por la cabeza?, no soy una muchachita que tenga que preservar su honra. ¡Por los cielos, Carlos!, la próxima vez, si el aspecto de una mujer es la mitad del de la viuda, deja que me manosee a gusto.

—¡Ahí van esos! —exclamó Carlos, haciendo que el otro muchacho callara.

—¿Los rubios?

—Sí, y algo traman. ¡Vamos!

Ambos jóvenes se abrieron camino entre la multitud. Carlos observó con cierta envidia como las muchachas giraban el rostro al paso de Marcos, sin poder evitar que

un gesto de desagrado y rigidez acudiera a su rostro.

Por aquel entonces, el conde de Ricard era ya un hombre flaco, encogido y arrugado; tenía aspecto de prestamista famélico a pesar de su fortuna, de su posición y de que vistiera ropas que, aun siendo evidentemente anticuadas, deslumbraban por la calidad de sus tejidos y adornos en forma de botonaduras y encajes. También era un hombre que se había labrado una bien merecida reputación de acosador de jovencitas. Aparte de su patrimonio como aristócrata, se había pasado la vida estableciendo relaciones comerciales y amasando fortuna y poder. Un poder que ejercía despiadadamente, maltratando verbalmente, y en ocasiones con su eterno bastón, a quien consideraba inferior.

Por fortuna, María no tenía nada que temerle. Sabía que su aspecto de muchacha adolescente, delgada en extremo, no era su tipo. No, el viejo verde perseguía a toda mujer, siempre y cuando tuviera atributos de tal.

Apoyado junto a una amiga en la baranda de la escalera del primer piso, María observó con un suspiro su plana pechera. ¿Dónde se suponía que estaban sus apéndices mamarios? ¡Puñetas!, le había parecido lógico cuando sus tetas se habían perdido sus doce, sus trece y hasta sus catorce años. ¡Pero estaba a punto de cumplir los quince! y solo unos levisimos montículos del tamaño de fresas adornaban su escote.

—¡Madre mía, ahí está otra vez ese hombre! —su amiga Catalina, la señorita García, se quejó tras ella mientras observaban desde lo alto de la escalera al anciano que paseaba por el atestado salón de baile.

—Vas a tener que bajar tarde o temprano, Catalina —le recordó María a la muchacha, observando como el anciano conde caminaba de un lado a otro escudriñando.

—Me está buscando a mí, ¿verdad? —afirmó más que preguntó su amiga.

—Me temo que sí —añadió ella con una sonrisa—, seguro que no es a mí.

—¡Oh!, pero si estás preciosa. Ese vestido blanco es una maravilla, ¡mira qué labor de encaje!

—Sí, divino para celebrar la primera comunión, pero yo y la hice hace años.

—¡Venga, alegre esa cara! Ya verás que pronto te saldrá pecho y todos los muchachos irán tras de ti...

—Sí, si hasta añoro que el conde de Ricard ni siquiera me mire cuando paso a su lado, es patético.

—Ten paciencia —le aseguró la muchacha mayor.

María no dijo nada más, se limitó a mirar con envidia las redondas curvas de su amiga. Catalina tenía casi dieciocho y era la muchacha de más éxito de la alta sociedad de Cádiz. Su madre aseguraba queazaría a uno de los hijos del duque, aunque secretamente tenía la aspiración de llevarse el pez más gordo, y no era una mera metáfora. Gustavo había seguido comiendo desde los quince y en ese momento debía pesar más de doce arrobas[26].

—Sí, paciencia, como la que tienes con tu madre. ¿Cuándo le dirás por fin que no te vas a casar con ninguno de los hijos del duque? —preguntó María.

—Lo cierto es que ninguno de ellos me lo ha pedido...

—Aún, pero he visto cómo te miran todos los hombres. Seguro que con un gesto tuyo el heredero caería a tus pies.

—Mientras no se me caiga encima...

—¡Oh!, cierto, no había pensado en la noche de bodas... Mi aya me contó una vez, tras mucho insistir, que el hombre se tendría que poner encima de mí para hacer cosas —añadió María, haciendo hincapié en la última palabra.

—Calla, calla, sudo de pensar solo en tener a esa mole encima —contestó Catalina con un gesto y un estremecimiento de pavor—. Tal vez sea mejor decantarme por el conde... —bromeó la muchacha—. Al menos pesa menos, y seguro que muere pronto dejándome como una viuda joven y rica.

—Visto desde ese punto de vista... —ambas muchachas rieron juntas—. No te apures. Seguro que pronto aparecerá alguien merecedor de una muchacha tan bonita. No le hagas caso a tu madre. ¿No es ella viuda? Pues que se case doña Catalina con el conde.

—Tal vez le proponga tu idea... Y alegre esa cara, que estás preciosa.

—Bueno, voy a mirar el lado positivo —dijo a su amiga casi cantando, aprovechando que el lugar en que se encontraban, en lo alto de la escalera, estaba desierto—, al menos no tendré que esquivar al buey de Gustavo ni al conde... —después, hubo un tenso silencio cuando observó como Carlos y Marcos atravesaban decididos el salón repleto de invitados—. ¡Oh!, ¿a quién quiero engañar? Ni siquiera a un carcamal como ese parece interesarle mi persona —añadió con tristeza, observando al par de elegantes y guapísimos jóvenes que parecían decididos a subir la escalera en su dirección justo en ese instante.

—Deberías olvidarte de él de una vez por todas —señaló Catalina, consciente de dónde estaban sus ojos.

—Y yo debería coserme la boca por ser tan bocazas y contártelo.

—Soy tu amiga, ¿no? Y las amigas se cuentan los secretos. ¡Mira, vienen hacia aquí!

Perfecto. Allí estaba Carlos Ramírez, haciendo que cada muchacha que se encontrara con él girara la cabeza en su dirección con un suspiro, e ignorando con altivez cada una de esas miradas.

—¡Vaya, vaya, mirad a quién tenemos aquí, muchachos!

La cara de Catalina se tornó blanca cuando escucharon la voz de Gustavo a sus espaldas; posiblemente el hombre regresaba de los retretes. Al girarse lentamente comprobaron que, como de costumbre, la escolta vikinga al completo acompañaba al heredero.

—¡Estupendo, estupendo! —añadió uno de los trillizos—. ¿No es esa tu novia, Gustavo?

—Supongo que te refieres a la muchacha bonita y no al palo de escoba, ¿verdad, Sancho?

—No es necesario que seas ofensivo, Gustavo —le recriminó Catalina, ante la mirada de odio que empezó a aflorar en el rostro de María.

—¿Te ofende la verdad, preciosa?

—Me ofende la mala educación.

—Bien muchachos, a partir de ahora nadie se meterá con nuestra vecinita. ¿Vendrás ahora a pasear conmigo? —añadió, dirigiéndose a la muchacha mayor.

—No.

—¿No? Creo que a tu madre no le gustaría enterarse que has rechazado una invitación mía —añadió él con altivez mientras retenía la mano de la muchacha por la muñeca.

—¡Pues pídele a su madre dar el paseo! —casi gritó María, golpeando la mano del hombre para apartarla de su amiga.

—¡Calla, escuchimizada! —chilló airado el hombre.

—¿Vas a dejar que este cirio de Semana Santa[27] te toque? —preguntó con guasa otro de los trillizos. O tal vez fuera el mismo de antes, a María realmente le daba exactamente igual su nombre. Simplemente se lanzó sobre él como una posesa y con el objetivo en mente de sacarle los ojos de su redonda cara. El muchacho casi no tuvo tiempo de ver lo que se le venía encima, apartó el rostro sujetándole los brazos y apenas acertó a esquivar el rodillazo que la muchacha dirigió con saña hacia su ingle.

Cuando los gritos de Catalina se elevaron de tono, hicieron que los otros dos muchachos morenos, que se habían detenido al pie de la escalera para hablar con el conde de Ricard hacía menos de dos minutos, subieran la escalera a zancadas.

—¡Déjala San... Alf... Rami! —Carlos no acabó de pronunciar ningún nombre, cuando comprendió que, además de tener una alta posibilidad de equivocarse, le daba realmente igual saber el nombre del muchacho al que iba a partírle la cara si no dejaba de apretar los brazos de María—. ¡Apártate de ella!

—¡Llévate a esa fiera de nuestro lado! —le interpeló Gustavo— o no respondo de tratarla como si no fuera una señorita —amenazó el heredero.

—Ven aquí si te atreves —provocó María al trillizo, cuando este, obligado por la amenaza en los ojos de Carlos, la soltó—. ¿Recuerdas lo que le ocurrió a tu perrito?

—¡María, calla! —terció Carlos, poniéndose entre ambos—. Y tú, vete de aquí si no queréis que os obliguemos...

—¿Tú y tu hermanito? —preguntó con sorna Sancho. Y esta vez Carlos estaba seguro de que era él porque distinguió claramente la cicatriz que aún le quedaba en la mejilla derecha de un guijarro que le había lanzado María hacía tres años.

—No, yo solo. Mi hermano prefiere no mancharse de sangre de cerdo, pero yo no tengo esos escrúpulos...

—¿A quién has llamado cerdo? —rugió Gustavo mientras se encaraba amenazante con Carlos—. ¡Te voy a...!

—¡Gustavo! —la voz recia y brusca del duque resonó en el amplio descansillo de la escalera, haciendo que todos los jóvenes giraran el rostro hacia el rígido hombre que en ese momento miraba con severidad a sus propios hijos— deja en paz a mis invitados y desaparece de mi vista... ¡Ah, y no te escondas en las cocinas para acabar con la cena tú solo! —agregó, mientras subía los últimos escalones. Luego, tomando el grueso brazo de su hijo mayor entre sus dedos, lo obligó a bajar, mientras que de un gesto hizo desaparecer a sus hermanos en las habitaciones de la planta superior—. Si me disculpan... —se despidió con un movimiento de cabeza.

Por unos segundos, los cuatro muchachos que habían quedado en el descansillo se mantuvieron en silencio mientras observaban como Gustavo era reprendido.

—Ahora dime, ¿qué demonios hacías? —Carlos encaró a María, volviéndose e inclinándose sobre la muchacha cuando la figura de ambos hombres se perdió en el piso inferior. Como de costumbre, comprobó que ella no se amilanaba ante el gesto severo de su rostro.

—Partirle la cara a ese idiota —le espetó en respuesta.

—¿Tú sola? —le preguntó, paseando la mirada con superioridad sobre su delgada persona.

—Bueno... a Catalina tampoco le gusta mancharse de sangre de cerdo —respondió con su mismo argumento—. ¡Y ese imbécil me ha llamado cirio de Semana Santa!

—¿No?, ¿en serio?

—Gracias, no parezco un cirio, ¿verdad? —añadió ella con una voz tan lastimera que a punto estuvo de hacer callar a Carlos. Solo a punto.

—No, María —el hombre volvió a recorrer su blanquísima vestimenta—. Yo diría que más bien pareces una tiza...

—¡Oh, tú...! —en esta ocasión, el rodillazo casi automático que surgió de María sí dio de lleno en el blanco—. ¡Ay cielos, ay cielos, Carlo, yo no quería! —ella rogó perdón un segundo después de su gesto impulsivo, y ante la cara desenchajada de dolor del hombre—. Bueno... quería, pero no tan...

[26] Unidad de masa castellana equivalente a unos 11,5 kg.

[27] Vela larga y blanca que portan los penitentes o nazarenos que acompañan las cofradías.

## Capítulo 13

### Adivina quién

Cádiz, 13 de julio de 1817

Al entrar en el salón donde se habían preparado las mesas para la partida de cartas de aquella noche, Carlos dejó vagar la mirada. Como había temido, su madre se había excedido y había empleado todo su encanto a la hora de convertir la habitación en casi un tugurio francés. No acertaba a comprender de dónde había sacado la mujer la idea de cómo debía ser una sala de juegos, pero la marquesa se había molestado hasta en cerrar las ventanas para conseguir que el humo del tabaco se concentrara en la zona. Por supuesto, cinco minutos después de aparecer por el lugar, Carlos ya había ordenado que las abrieran en la búsqueda de aire limpio y frescor nocturno.

Si bien había varias señoras presentes, en su mayoría eran los hombres los que se habían desplazado al lugar designado para las partidas de cartas y otros juegos, como dados y ajedrez. Le fue fácil distinguir quienes eran los más ávidos jugadores; todos ellos se mostraban algo nerviosos y con los ojos vivaces; el resto, simplemente pretendía pasar una velada distraída. Con interés, dividió en dos grupos a los presentes: por un lado, estaban los curiosos, a quienes descartó de sus pesquisas; y por otro, aquellos hombres que solían ganar y perder con igual alegría grandes sumas de dinero en las mesas de juego. Eran estos últimos el objeto de su interés, ya que la experiencia le había enseñado que aquellos que caían en un vicio o en un defecto solían acabar por acumular un compendio de todos ellos con el paso del tiempo. Estaba seguro de que el asesino que buscaban sería un personaje completo al que le gustaran los riesgos de todo tipo, y las apuestas y las trampas si eran necesarias.

La mirada de Carlos se agudizó y se volvió más penetrante, sacando a relucir el eficiente espía que llevaba dentro. No le llevó mucho tiempo diferenciar a los jugadores de los curiosos. Así que, con habilidad, centró su atención en los primeros, llevándolos hasta una misma mesa de juego.

Finalmente, los señores Martínez y Urquijo, el conde de Ricard, Pobremanué, un antiguo compañero de Marcos de la universidad, don Anselmo, y él mismo, ocuparon su lugar en torno a la mesa ovalada, cubierta por un paño verde que servía de tapete de juego, situada junto a la ventana.

Uno de sus sirvientes les llevó copas de vino y un cuenco con frutos secos que habían sido tostados y salados. Una baraja de cartas españolas apareció en la mesa y el juego comenzó.

El señor Martínez, sentado frente a él, actuó como su primera pareja de juegos. El hombre era en ese momento un dechado de sonrisas porque, según supuso, parecía estar convencido de que él estaba interesado en su hija. Esa idea, totalmente errónea, le llevaba a creer que acabaría consiguiendo formar parte como socio del proyecto del canal, pensamiento que era igual de desacertado. Carlos se temía que la charla continuada que había tenido con la muchacha a lo largo de la cena, en su mayor parte obligado por la insistencia de su madre en entretener a la chica, tenía la mayor parte de la culpa. Hablaría con la marquesa al día siguiente a primera hora, y le quitaría de la cabeza cualquier idea que se le hubiera ocurrido sobre un posible futuro común entre la señorita Martínez y su propia persona.

Girando a su izquierda observó al conde. El anciano sudaba copiosamente, retorció las manos una entre otra y parpadeaba insistentemente. La actitud nerviosa del hombre le hacía pensar que era, de nuevo, un pichón a punto de ser desplumado.

—Don Carlos, abra usted la partida —ofreció don Anselmo, alargándole la baraja de cartas—, reparta su excelencia, si es tan amable.

—¿Cuál es su preferencia para comenzar señores? ¿Tute[28] o mus[29]?

—Les propongo que empecemos con el tute, de dos parejas. Si no les importa, yo actuaré de árbitro ya que somos siete. La pareja formada por don Manuel y el joven Miguel, aquí presente —añadió el capellán, señalando al compañero de Marcos, del que Carlos había vuelto a olvidar el nombre— jugará con la pareja ganadora del primer envite.

—Me alegro —añadió el señor Urquijo, que había sido designado como compañero del conde—. Mi mujer y mis hijos dicen que el tute se me da muy bien —alzó los ojos para mirar a su esposa, situada a la espalda de don Anselmo y sentada junto a la marquesa, que a su vez estaba tras el conde de Ricard. Ambas mujeres observaban el desarrollo de la partida sobre dos recias sillas de respaldo alto. La señora Urquijo asintió en señal de confirmación ante aquel alarde de su marido.

Nada hacía tanto temblar a Carlos como un ávido jugador. Sabía que sería presa fácil para cualquier timador. Aunque, esperaba que esta vez el tahúr se delatara lo suficiente para señalarse sin tener que esperar a que desplumara otra noche más a alguno de sus invitados.

—El tute, pues —dijo, comenzando a repartir.

Más tranquilo, observó como su hermano montaba guardia frente a él, a la espalda de Urquijo. No vería nada, pero notaría hasta el paso de una mosca fuera de lugar por encima del tapete.

Todas las partidas transcurrieron aparentemente de forma adecuada y con absoluta elegancia; nadie habría esperado jamás que caballeros de aspecto tan amable y distinguido recurrieran a ninguna trampa. Pero Carlos intuyó desde el primer momento que, bajo aquel aspecto aristocrático y cordial, algo extraño estaba ocurriendo.

Dos horas más tarde, todos habían perdido en algún momento de la noche, cosa nada inusual aunque alguno estuviera haciendo trampas, ya que la técnica obligaba a ello para que de esa manera el fullero pareciera más inocente. Posteriormente, la suerte cambió radicalmente para la pareja Martínez y Pobremanué; que empezó a ganar las apuestas más elevadas y perder solo las poco interesantes. Finalmente, Carlos, incapaz de descubrir ningún movimiento sospechoso en ninguno de ambos hombres, decidió dar por terminada la noche antes de tener que prestar un par de calzones a alguno de sus ansiosos invitados.

—Bien, señores —dijo, recogiendo la baraja aún sentado—. Veo que las señoras parecen cansadas, y todos nosotros deberíamos ir a la cama. Algunos pretendemos despertar al amanecer para ir a cazar.

—¿Puedo quedarme con la baraja? —preguntó Marcos, extendiendo la mano hacia su hermano, que ya la depositaba sobre la caja de madera que contenía el resto de útiles de juego como dados, vasos, otras barajas inglesas y alguna más española, que no habían sido utilizadas esa noche.

—¿Para qué quiere los naipes caballero? —le preguntó Urquijo con cierto asombro.

—Para jugar al solitario, por supuesto...

—¿Usted? Pero usted... Perdone, pero no creo que usted pueda jugar solo con ninguna baraja de cartas, marqués —añadió el señor Martínez.

—¿Quién sabe? Tal vez con esta en concreto quizás sí lo pueda hacer —habló, acariciando la cara posterior de las cartas que él mismo había extendido bocabajo en la mesa y acabando por extraer el rey de oros—. ¿Ve? Parece que me dan suerte.

—¿Estás seguro? —Carlos caminaba de un extremo a otro de su despacho, mirando de vez en cuando a su hermano, situado tras el escritorio con las cartas esparcidas sobre él.

—O están marcadas o realmente puedo ganarme la vida como adivino. ¿La sota de bastos? —inquirió con sorna, elevando una de las cartas hacia su hermano.

—Sí, la sota de bastos. Has vuelto a acertar, como las otras veinte veces —parado ante Marcos, intentó como siempre cruzar la vista con él, y de nuevo acabó por hacerlo; el hombre siempre terminaba comprendiendo cuando le miraba a los ojos y le devolvía la mirada, y cada vez, la tenue diferencia entre él y una persona con la vista completa era más diáfana—. ¿Cómo han hecho las marcas?

—Son sutiles abultamientos, ven aquí, mira, pasa el dedo por la esquina —Carlos obedeció, alargando la mano hacia el punto que su hermano le indicaba—. ¿Notas el reborde? Me ha costado algo identificar el patrón, pero la realidad es que cuando se conoce es rápido de usar.

—Pero, eso significa que quien da las cartas es quien gana la partida, ya que las señales no permiten conocer las cartas del contrincante si no las has tocado previamente.

—Así es.

—¡Increíble!, ese tramposo, sea quien sea, ha tenido la desfachatez de marcar mi propia baraja...

—Tal vez no lo ha necesitado...

—¿Por qué lo dices, Marcos?

—Creo recordar que tu tío Gustavo tenía fama de fullero. Quizás nuestro tramposo solo se topó accidentalmente con unas cartas ya marcadas y se aprovechó de su buena suerte.

Carlos entró en su alcoba agotado de otro día de ejercer de anfitrión, tras una jornada que además había vuelto a ser infructuosa en el desarrollo de sus pesquisas. Marcos y él, encerrados en su despacho tras la retirada de casi todos sus invitados, repasaron durante más de dos horas todas las indagaciones hechas hasta el momento; y la conclusión seguía siendo la misma: no tenían más datos sobre el asesino que al principio, y el tiempo se les acababa con rapidez. Solo les quedaba una semana en el cortijo antes de que sus invitados empezaran a regresar a sus casas. Además, ahora tenían la labor adicional de descubrir al espabilado que estaba timando a sus invitados.

Al día siguiente habría otra partida de caza, la cuarta, y esta vez tendría que ir y acompañar a sus huéspedes. Sus ocupaciones en el cortijo y su conocida falta de interés en ese tipo de actividades habían justificado, aunque pobremente, sus ausencias. Pero ya no podrían hacerlo por más tiempo, si no quería acabar insultando a los asistentes con su abandono. Por fortuna, solo sería una jornada; en unos días Andrés llegaría y Carlos sabía que él lo sustituiría con gusto en las cacerías. Se desnudó y se metió en la cama. Leyó durante media hora tratando de conciliar el sueño, pero terminó apagando la luz cuando comprendió que le daría el alba sin pegar ni ojo.

Se despertó sobresaltado menos de una hora después. Sabía lo que le había despertado: unos pasos acelerados en el pasillo. En ese mismo momento, otros pasos siguieron a los primeros y en el dormitorio de Marcos, contiguo al suyo, la puerta se abrió con suavidad, aunque no con bastante disimulo para que el ruido escapara de sus finos oídos.

Carlos se incorporó en el lecho y, sin encender ninguna vela, bajó de la cama y se puso unos pantalones y una camisa de forma acelerada antes de salir al pasillo.

Aún podía oír los pasos del segundo individuo alejándose por el largo pasillo. Giró la cabeza para encontrarse el rostro de su hermano asomado a la puerta de su propio dormitorio.

—Es el conde de Ricard —le aseguró el marqués—. Y lo sigue otro hombre. Al último no lo identifiqué, pero creo que es alguien a quien le gusta bañarse. No detecto olor corporal ni un perfume distinguible.

—Iré a averiguarlo.

—¿Voy contigo? —preguntó Marcos.

—No hará falta. Si vamos los dos, nos descubrirá fácilmente. Después te contaré lo que indague.

Sonaron más pasos en el corredor, de nuevo en la dirección en la que había llegado el conde. Eran los apagados pasos de alguien que caminaba calzado con suaves zapatillas. Antes de ser descubiertos, Carlos siguió la dirección que habían tomado el conde y su primer perseguidor; y Marcos se introdujo en su dormitorio manteniendo la puerta levemente abierta, lo suficiente para distinguir el olor del tercer noctámbulo.

María pasó delante de la habitación de Marcos ajena al detalle de que el hombre identificaba claramente su perfume. La muchacha aceleró el paso cuando descubrió que había perdido de vista al conde. Agarrando el bajo de su camisión, lo levantó por encima de las rodillas para poder correr sin ningún impedimento. Necesitaba saber dónde se encontraba don José para evaluar el riesgo que corría si se introducía en su habitación, aprovechando la ausencia del anciano en ese mismo momento; iba a buscar el papel o la carta que le habían entregado en la sala de lectura. Volvía a tener un cabo sin atar; al igual que la desconocida de la falda oscura, la identidad del hombre que hablaba con el conde se le volvía a escapar. Tal vez, si lograba hacerse con el trozo de papel, por lo menos ese misterio quedaría resuelto.

Al fondo, distinguió por fin la figura menuda del anciano entrando en la biblioteca y se maldijo cuando pasó por el amplio espejo del comedor que le recordó que había salido de la habitación cubierta tan solo con una camisa de dormir. Por fortuna, la tela era bastante gruesa; al menos no había cometido el error de vestir su fino camisión de seda en previsión de tener que perseguir al hombre. Tampoco podía seguir vestida de traje y corsé a esas horas de la noche. Si alguien la descubría, siempre podría decir que había bajado en busca de algo de comer o beber a la cocina, o para coger un libro a la biblioteca, en función de la zona de la casa en la que la pillaran. Pero nunca podría justificar permanecer completamente vestida a esas alturas.

De todas formas, la camisola era demasiado larga y no le permitía mucho movimiento. Decididamente, la próxima vez optaría por el camisión fino, aunque se colocara la bata de verano encima de la prenda. Ambos eran lo bastante cortos para permitirle correr si era necesario, si bien el calor de las últimas noches le indicaba que sin lugar a dudas sudaría vistiendo la doble prenda.

Se asomó con discreción a la biblioteca, y vio con alivio al hombre sentado en una de las butacas con algo en la mano. Supuso que se trataría de un libro, aunque el cuerpo del anciano inclinado sobre el objeto a la luz de la débil vela no le permitía verificarlo.

Si quería entrar en la habitación del viejo, ese era un buen momento; al parecer, el conde padecía insomnio y posiblemente había bajado a buscar consuelo y relajación en una buena lectura, o se trataba de un espía que curioseaba los papeles de Carlos.

Agitó la cabeza apartando nuevas ideas y elucubraciones; ya tenía bastante por descubrir sin meterse en nuevas investigaciones. Cualquiera que fuera la razón por la que el conde estaba allí, al menos le daría media hora de respiro. Suficiente para registrar su alcoba. María giró en dirección contraria acelerando el paso todo lo que pudo sin llegar a correr; podría justificar de ser necesario su escasa vestimenta, hasta los paseos nocturnos, pero desde luego no las carreras con la ropa remangada hasta la cintura a las dos de la mañana.

En menos de tres minutos su paso acelerado la llevó sin incidentes hasta la alcoba del conde. Sabía que su criado personal estaba tonteando con la muchacha de las cocinas, a la que ella misma había pagado para tal propósito; no habría intromisión mientras indagaba.

La puerta solo estaba entornada; parecía que el hombre había salido con bastante rapidez. Todavía preguntándose de nuevo a quien pertenecería la segunda sombra que había visto tras el anciano, la muchacha encendió la lámpara de aceite que llevaba en la mano y comenzó el registro.

Mientras abría los cajones superiores de la cómoda, María recordó que casi se había retraído de seguir al conde cuando descubrió que había alguien más tras él. Luego, la sombra había desaparecido antes de encontrar al viejo en la biblioteca, y ella había decidido que era otro invitado o uno de los criados en busca de la cocina o los retretes.

Diez minutos y solo había encontrado ropa sucia, un par de monoculares oxidados, la peluca piojosa y anticuada que el hombre solía llevar en las fiestas que consideraba más elegantes, y una prótesis extraña, fabricada en porcelana, que se asemejaba a dientes humanos y que no había visto en su vida. Sonriendo, comprendió la sensación de falsedad que observaba en los gestos que hacía el anciano mientras hablaba o comía.

En ese momento la sonrisa se le congeló en los labios cuando de forma clara el tirador de la puerta se movió y alguien entró en la habitación. No tenía tiempo material ni de apagar la lámpara que había depositado momentáneamente sobre el tocador de la habitación, así que descartó de inmediato la idea de intentar ocultarse y se enfrentó a la sombra que en ese momento ocupaba el vano de la puerta.

Con un suspiro de alivio, María contempló al hombre que acababa de aparecer ante ella. Disimulando, recolocó el libro que estaba ojeando y caminó hacia la ventana fingiendo observar el exterior; cosa completamente inútil en la absoluta oscuridad de aquella noche sin luna.

María siguió de espaldas junto a la ventana, esperando a que el hombre diera el primer paso. Carlos cerró tras de sí y permaneció observándola aún en la puerta; luego, en un par de zancadas, se aproximó a ella.

—¿Me dirás que estás haciendo en el dormitorio de un hombre? —le increpó, conteniendo el timbre de su voz para no ser oído en el exterior e inclinándose para colocar el rostro a su altura.

María se apartó bruscamente de él y de la ventana, tratando de ganar tiempo, mientras recorría el lugar con la mirada hasta descubrir la ropa amplia del viejo conde sobre la butaca.

—Te buscaba, evidentemente, ¿no es este tu dormitorio? —mintió con descaro.

La maniobra pareció funcionarle cuando los ojos desconcertados de Carlos la recorrieron desde la punta de sus finas zapatillas hasta el comienzo del escote, donde se demoraron de forma evidente.

—¿Has entrado aquí buscando mi dormitorio? —la encaró, insistiendo en el adjetivo posesivo «mi».

—Por supuesto, ¿en qué otra habitación me permitiría hacerlo si no es en la del hombre que me vigila como si fuera mi hermano? Supongo que no tengo nada que perder si entro aquí, ¿verdad?

—Dios sabe que tendrás mucho que perder si vuelves a hacerlo, María —dijo antes de darse cuenta de que no hablaba consigo mismo como de costumbre, sino que aquella gata estaba frente a él—. Y que sepas que esta no es mi habitación, sino la del conde de Ricard. El cual, estoy convencido, se alegraría si conociera tu visita.

—¿Así que el duque habla más de dos frases seguidas?

—Y te va a calentar el trasero... ¡Vamos a salir de este dormitorio antes que don *José Gandulfo decida regresar de su paseo nocturno!*

—¿Cómo sabías que estaba paseando, Carlo? —inquirió ella con una risa contenida—. ¡Dios mío!, ¡tú eras quien lo seguía! De algún modo sospechas también de él, ¿verdad? Yo también lo hice desde el principio —dijo, acercándose y reduciendo el volumen de la voz empujándose hasta su oído—, pero creo que... escucha...

—No sé qué te ronda por esa cabecita, María, y me da miedo imaginarlo siquiera —contestó él, apartándose de su inquietante contacto y observando de nuevo su escueta vestimenta—. A saber qué es lo que te ha hecho salir en ropa interior y en medio de la noche...

—Dijo el duque, descalzo y con la camisa abierta hasta el ombligo.

María hizo una pausa al notar de pronto la desnudez del hombre.

—Bonito pecho peludo, por cierto.

Carlos se estremeció ante la conciencia repentina de su propio aspecto. De un manotazo, intentó unir ambos extremos de su camisa.

—Siempre pones los ojos donde no debes, María.

—Y tú también, aunque luches por no hacerlo...

En ese instante, un rumor de pasos en el corredor les hizo enderezarse sobre sí mismos al unísono mientras sus ojos cruzaban una clara mirada de entendimiento.

Alguien se acercaba. De un solo movimiento, María atrapó la mano de Carlos y lo guió hasta la parte posterior del biombo chino que decoraba la estancia.

—¡Rápido! ¡Muévete hombre! Y el bocazas de mi hermano dice que has sido espía durante la guerra contra Napoleón, ¡qué cuentista!

Cogido por sorpresa ante la insólita situación, a pesar de estar entrenado para ocultarse con increíble rapidez, el hombre no acertó más que a seguir a la muchacha hasta detrás de la elegante mampara de bambú.

Detrás del biombo solo había espacio para una persona erguida, ya que el resto lo ocupaba un sillón orejero, sobre el que el conde había dejado su última muda de ropa interior usada.

—¡Menudo cochino! —masculló María, observando la sucia prenda.

—Deja, ya lo retiro yo —se ofreció Carlos, tomando la tela en una pinza con solo dos dedos y depositándola sobre el suelo al otro lado del sillón—. Si que es algo guarro, huele como...

María se elevó sobre los dedos de los pies para alcanzar de un manotazo la boca de Carlos, que quedó muda al instante. La fuerza del impulso de la muchacha hizo que cayera sentado sobre el sillón, arrastrando en su caída a la chica que quedó inclinada sobre él, justo en el momento en el que la puerta se abrió definitivamente y alguien entraba en la habitación.

Inexplicablemente, ya que la situación parecía bastante comprometida como para tomársela a risa, María se encontró con una inusual sonrisa en la fascinante, pero de ordinario inexpresiva, boca de Carlos. Elevando los ojos de sus labios, se topó con la mirada parda del hombre, comprobando que sus ojos también parecían sonreír a unas pulgadas de los suyos propios; pero no fijos en ellos, sino en el trozo de piel que el amplio camisón dejaba ver en esa postura. Supuso que permitiéndole contemplar con toda claridad el tamaño exacto de su ombligo, y todo lo que quedaba desde allí hasta su cuello.

—¡Carlo! —lo riñó al oído mientras cerraba en un puño la prenda.

—Espléndido y bonito, muy, pero que muy bonito... camisón.

Haciendo gala de una habilidad acrobática, ella logró girarse sobre sí misma hasta quedar sentada de un culazo en el regazo del duque, que soltó un expresivo bufido antes de que los pasos del intruso se adentraran en la habitación.

—Ya puede retirarse. Mariano, ¿no es así? Muchas graciasssh por su ayuda —la voz aguardentosa del anciano arrastraba visiblemente las palabras.

—Buena cogorza tiene don José —susurró la muchacha al oído de Carlos, intentando levantarse para observar, a través de los listones que formaban la mampara, a la pareja que acababa de entrar—. Nunca le había oído dar las gracias, y menos a un mayordomo.

—¡Shh! —la silenció, susurrándole sobre la sien derecha, mientras con el brazo izquierdo le rodeaba la cintura, sentándola de nuevo sobre él y evitando que se asomara al otro lado del biombo—. Te van a ver, calla y escucha.

—Mi primera esposa se llama así, ¿sabe? Mari...

—¿Mariana, conde? —acabó por él el mayordomo, ante la imposibilidad del anciano.

—Esshacto. ¿Cómo lo ha adivinado?

—¡Años de experiencia, mi señor! —dijo con sorna el hombre.

María se giró sobre sí misma para cruzar una mirada de asombro con Carlos ante el aparente y sorprendente sentido del humor que mostraba el empleado.

—Será mejor que se acueste solo con la camisa y las calzas... deje que le ayude con los zapatos... Así, ya verá como dormirá como un bebé y mañana no recordará nada.

—¡Ahhh, mi diosa! La belleza en persona. Venus y Diana en una sola mujer. Distinción, talento, belleza a raudalesssh. Y la he visto, créame, Mariano, hace unos minutos caminando en la oscuridad de esos pasillos, llena de gracia, apenas cubierta con un trozo de lino suave, y con esas enormes tetas moviéndose libres...

María contuvo un resoplido de risa al notar el envaramiento del hombre bajo ella.

—¡Veo que el jerez le vuelve romántico, señor! —continuó embromándolo el mayordomo.

—¡Ah, no me ha visto romántico! Pero mi amor se merece que le cante una oda y le recite una canción...

—Le recitará una oda y le cantará una copla, ¿no, mi señor?

—María, María... —comenzó a cantar el anciano con voz desafinada y entonación alegre— reina de mi corazón, dejad que me arroddille ante vos y os coma todo el mejillón...

—¡Voy a matar a ese viejo verde! —oyó la muchacha, que por momentos se divertía más, mascullar a Carlos junto a su oído—. Mañana sale de esta casa a primera hora, y con la huella de mi pie en su noble y arrugado trasero.

—¡Venga, conde, a la cama o despertará a toda la casa! Hoy se ha pasado con el vino más de lo habitual... Aunque la borrachera de ayer también fue interesante.

María suspiró al comprender que debía tachar a otro sospechoso de su lista. Al parecer, el secreto del conde era su afición a la bebida nocturna y no su interés en acabar con la vida de Carlos.

La voz del mayordomo se mezcló con el cántico cada vez más picante del anciano mientras intentaba convencerlo de meterse en la cama y guardar silencio.

—¡Abre las piernas María y enséñame el chicharrito que tengo aquí un pajarito para picártelo un poquito!

Pasaron unos instantes antes de que el hombre más joven abandonara la estancia, dejando al conde aún tarareando sobre el colchón.

María, intentando mirar entre las juntas del biombo, localizó las piernas del anciano sobre la cama. Iban a tener que permanecer un rato allí, antes de que el hombre cayera dormido lo suficientemente profundo como para atravesar la habitación y llegar a la puerta sin ser descubiertos. Por fortuna, conocía lo duro de oído que era don José Gandulfo.

Cinco minutos después, el anciano seguía recordando cancioncillas de taberna, cada vez más obscenas y mal rimadas. Por enésima vez, María se removió inquieta sobre su asiento. Entonces lo notó.

—¡Dios bendito! ¿Qué es eso? —preguntó, susurrando hacia el hombre junto a ella a la vez que se giraba a enfrentar su rostro.

—Si paras de moverte sobre mí, quizás dejes de notar que está ahí.

—No te entiendo... No he visto que llevaras nada en la mano cuando has entrado... —habló, refiriéndose al objeto extraño que se apretaba contra su trasero.

—¡No te muevas! —casi gritó esta vez junto a su oído, tomándola de la cintura en un intento de evitar que volviera a contonearse en su afán de descubrir qué era eso.

—¡Cielos!, ¿son las joyas? —María por fin entendió mostrando una sonrisa cómplice—. Las joyas de la familia Ramírez de Aristarán! —añadió, imitando las palabras de Aurora.

—Sí, las joyas, veo que sigues recordando bien a pesar de los años. Ahora calla. Vas a despertarlo de nuevo y casi puedo oírlo roncar —Carlos intentó cambiar de tema.

—No sabía que podían ser así —insistió ella, volviendo sobre la cuestión.

—No son así —cortó él, casi rozando con sus labios el borde del oído de la muchacha.

—No parecía tan enorme aquella vez junto al acebuche... —María continuó hablando, intentando olvidar el estremecimiento que había recorrido su cuerpo ante el leve roce de la boca del hombre sobre la piel sensible de su oreja. Algo inusitado si se tenía en cuenta lo que en ese momento permanecía encajado entre sus nalgas—.

¿Entonces es por mí?, ¿te has puesto así por mí?

—Sí —Carlos pensó que la sinceridad era mucho más directa que intentar una conversación educada.

—Pero otras veces he estado cerca y yo no he visto que abultara tanto en tus pantalos...

—¡Calla! —volvió a susurrarle en el oído.

—Es que... —María se giró sobre sí misma para enfrentar su cara, volviendo a producir un estremecimiento en el rostro de Carlos —si se pone así de grande...

¿cómo cabría? ¿Cómo la meterías en mi co...? —añadió, sin atreverse a terminar la frase.

Sus ojos se abrieron todo lo enormes que podían imaginando la escena. Paralizada, observó como el hombre alzaba una mano muy despacio. Carlos movió la cabeza en una tensa negativa, rogándole que dejara las cosas tal como estaban. Ella no pareció notar el peligro en el que se hallaba y su cuerpo respondió de forma involuntaria volviéndose a restregar sobre él.

En un segundo la mirada del hombre cambió, la obligó a acercar la cabeza y la sostuvo por la nuca. Ella se aferró a sus hombros y arqueó el cuerpo hacia el frente mientras los labios de Carlos se acercaban a los suyos. María jadeó, procurando no emitir sonido alguno, separó los labios y desterró de su mente cualquier pensamiento racional.

—¡Cielos, María! —dijo él un suspiro antes de que sus labios acariciaran los de ella. Con suavidad, probando primero el exterior para adentrarse y saborear el interior de su boca, sometiéndola a lentas caricias.

María rechazó de inmediato la alerta en su conciencia que gritaba recordándole sus principios. Consciente de que aquella situación era tan íntima entre una pareja no casada que se podía tachar de totalmente escandalosa. Más aún si tenía en cuenta cómo estaban vestidos, o desvestidos, y la presencia del viejo conde descansando a menos de cuatro pasos. Ni que decir tiene que para nada dejó que su mente se adentrara en pensar detenidamente sobre las calurosas sensaciones que asaltaban las partes más innombrables de su anatomía.

Se tragó sus principios, su conciencia y extendió las manos para hundir los dedos en el cabello suave y lacio del hombre, dándole la bienvenida a cualquier cosa que pasara a partir de ese momento.

La tímida, y posiblemente inexperta exploración de sus dedos, fue al parecer suficiente para conseguir que Carlos comenzara a jadear poniendo en peligro el escondite de ambos. El hombre no pareció reparar en ese hecho. Ignorando el lugar en el que se encontraban, alargó la palma de la mano derecha hasta rozar la suave tela de lino que cubría el pecho de la muchacha. Primero con lentitud, probando y esperando la respuesta de la mujer. Ante el suspiro de satisfacción que oyó como réplica, amplió la caricia, demorándose unos minutos en comprobar con exactitud el tamaño, forma y peso de los pechos más deseados de Madrid.

Con un repentino empujón, María logró sacar a Carlos de su ensoñación devolviéndolo de súbito al lugar exacto en el que se encontraban.

—Yo... yo lo sien...

—Ni se te ocurra decirlo, Carlo —le regañó, casi rozando su cuello con los labios, produciendo un nuevo estremecimiento en el hombre—. No vas a pedirme perdón y no vamos a olvidar lo que ha pasado aquí, ahora tenemos que salir antes de que acabemos despertando al conde y en las bocas de todos los invitados mañana.

Con lentitud, María se separó a regañadientes. Levantada frente a Carlos ajustó su camisón, que sin saber cómo había caído hasta casi sus codos, y se arregló el despeinado cabello.

—Sal, querida. Te seguiré en unos instantes. Malo es que nos descubran juntos, pero en el estado en el que me encuentro cualquier excusa produciría carcajadas.

Agitando la cabeza, para intentar recuperar parte de la cordura que parecía haber escapado de ella de forma irrevocable, María se asomó al otro lado del biombo.

—Voy a salir, Carlo. El conde está profundamente dormido. No tardes.

A medida que abandonaba la habitación, su mente evocaba los instantes anteriores intentando asimilar que había estado ¡besando al duque de Azahara!

Bueno, ¡besando al guapo Carlos Ramírez de Aristarán!

Bueno, besando y algo más.

[28] El tute (del italiano *tutti*: todos, los caballos o reyes) juego de naipes más arraigado en España, seguido muy de cerca por el mus. Tiene varias modalidades y se puede jugar entre dos, tres o cuatro jugadores. El objetivo del juego consiste en sumar tantos. Se emplea la baraja española de cuarenta cartas.

[29] Como el tute, el mus es un juego de naipes de amplio arraigo en España, lo juegan cuatro personas agrupadas en dos parejas, también se usa la baraja española.

## Capítulo 14

### Conejos, perdices y otras piezas

Cádiz, 14 de julio de 1817

A María no le gustaban las cacerías de ningún tipo. El ruido de los perros la ponía nerviosa y la vista de los pobres conejos, perdices y liebres asesinados y colgados de los cinturones de los cazadores le daba arcadas. Pero se había empeñado en ir esa mañana ante el convencimiento de que, si alguien tenía el propósito de asesinar a Carlos, ese era el momento ideal, pues por primera vez desde que había comenzado la cacería él iba a participar activamente en una partida. Además, se había enterado por Marcos de que el muy tonto ni siquiera llevaba su mosquete cargado. No iba a dejarlo a su suerte. Así que ella misma había optado por acarrear un arma, por supuesto perfectamente cargada y preparada para acabar con cualquier peligro que le acechase.

Para nada importaba el hecho de que ella no tuviera ni la más remota idea de cómo se disparaba.

Eran casi las diez de la mañana y, despiertos desde las siete, parecía que aquello llegaría a su fin sin más víctimas que una docena de aves y dos decenas de conejos.

—No tenía noticias de que te gustara la caza, María —comentó Pobremanué, situado a su derecha, mientras ella aceleraba el paso intentando no perder de vista a Carlos.

—Bueno, es curioso cómo cambia una de opinión de la noche a la mañana, ya ves —le contestó, pretendiendo zanjar la cuestión y volviendo a fijar la mirada en el objeto de su vigilancia.

—Aunque te sugiero que coloques ese mosquete en una posición más segura para tus pies y para las zonas sensibles de los que te rodean —le indicó él, señalando el cañón que en esos instantes le apuntaba justo a la ingle.

—¡Oh, lo siento! Pero no te apures, nunca se me ha escapado un disparo sin mi consentimiento —por supuesto, no creyó necesario añadir que tampoco con él.

—Bien, entonces, en consideración a mi salud mental, te voy a pedir que lo coloques en esta posición —el hombre tomó el arma de sus manos, para colocársela colgada a la espalda y dirigida hacia el cielo.

—Si insistes.

—Insisto, querida, insisto.

—Está bien —dijo María, y volvió a mirar buscando a Carlos. De un vistazo, comprobó que el hombre había conseguido alejarse más de quince pasos por el sendero, repleto de quejigos y acebuches, por el que caminaba el grupo de doce personas que había decidido asistir esa mañana a la cacería.

Desde su posición, observó a los señores Martínez y Urquijo, que al parecer eran los más experimentados cazadores, abriendo la marcha. Dos muchachos de unos veintitantos años, que le habían sido presentados como compañeros de universidad de Marcos, caminaban conversando con Carlos, y el conde de Ricard les seguía a pocos pasos.

Giró para observar a los más rezagados, tres señoras y Carmencita, que al igual que ella había permanecido ajena a la caza hasta esa misma mañana. María supuso que la asistencia del duque, y el empujón que recibió de su padre cuando este anunció su presencia, tenían mucho que ver con que la muchacha hubiera cambiado una mañana recogiendo moras en los zarzales próximos al cortijo, por lo que parecía, a juzgar por su rostro compungido y acalorado por la subida, era una auténtica tortura. Sin querer recrearse en la desgracia de la muchacha, María volvió a mirar al frente buscando de nuevo a Carlos.

Estaba observándolo cuando un movimiento súbito, al costado del hombre, atrajo su mirada. María vio que era el cañón de un mosquete; y casi tembló cuando descubrió al torpe y tembloroso conde colocado tras ese arma y apuntando directamente a algo situado tras el duque. El anciano achicaba los ojos buscando su blanco, mientras esquivaba moviéndose de lado a lado el cuerpo alto de Carlos.

—Realmente hay que tener cuidado con las armas —continuó hablando a su lado Pobremanué—. Los accidentes suelen producirse cuando se dejan en manos inexpertas y...

María apenas procesaba las palabras; su mirada estaba congelada en la escena que se desarrollaba delante de ella. En el segundo siguiente, la ligera alarma que venía formándose en su mente estalló en una oleada de miedo y angustia cuando comprendió que el anciano pretendía disparar, aun sin tener una vista clara de la víctima y con el hombre más joven situado en la línea de tiro.

María se frenó y, con ambas manos extendidas sobre su pecho, vio angustiada que el grito de advertencia que emitió quedaba silenciado por el disparo que retumbó en su cabeza en ese momento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Pobremanué, dirigiéndose a ella ante el segundo grito que siguió al disparo, y que entonces no encontró ningún obstáculo para ser escuchado. Siguiendo la mirada de María, el hombre vio el problema inmediatamente—. ¡Dios santo! —jadeó y corrió hacia él.

Aunque no sabía decir cómo, Carlos oyó el grito de la mujer un segundo antes de que sonara el disparo. Solamente tuvo tiempo de moverse hacia un costado antes de que la bala le atravesara el pecho y en su lugar se limitara a arañarle el hombro derecho. Incluso así, no pudo evitar que el impulso le hiciera caer, golpeándose la cadera con una enorme piedra, y gritando un improperio nada aristocrático en su caída.

María oyó su grito y vio la caída. Abandonando el pesado mosquete en el suelo, corrió hacia él. Cuando llegó, el grupo de personas estaba reuniéndose en torno al cuerpo caído. El señor Urquijo, agachado a su lado, permanecía pálido y casi conteniendo la respiración mientras evaluaba la situación.

Ignorando la suciedad del suelo, María se arrodilló junto al hombre tumbado, casi empujando en su apresuramiento, y sin detenerse a comprobar quienes eran, a dos o tres de los cuerpos que se amontonaban entorno a él. Con hombros y brazos se hizo sitio hasta tenerlo totalmente visible. Sus manos temblorosas palparon primero los hombros y el pecho del hombre, continuó bajando en dirección al abdomen y llegó hasta los muslos, asegurándose de que no había sangre más que en el hombro derecho. Luego, volvió hacia su rostro para sujetarle la cabeza entre las manos.

—Deja de manosearme delante de la mitad de mis invitados, María —le susurró Carlos al oído, aprovechando que ella se inclinó a comprobar la parte posterior de su cabello levantándolo por el cuello.

—Nada más lejos de mi intención, excelencia —respondió María con otro murmullo, mientras retiraba de improviso la mano con la que lo sujetaba, haciendo que el cráneo del hombre golpeará la dura tierra.

—¡Ah, bruja!, que soy un hombre herido —masculló él, cerrando los ojos tras la punzada de dolor.

—Ahora sí —añadió ella, apartándose para dejar que otro enfermero ocupara su lugar.

—¿Cómo se siente, señor? —la cara amplia del señor Urquijo sustituyó la imagen de María ante los ojos de un sorprendido Carlos, que la vio alejarse unos pasos. Divertido a pesar del dolor en el hombro, comprobó que ella era consciente de la levedad de su situación, puesto que mantuvo la sonrisa en un rostro que, en esos momentos, se veía sonrosado por el sol recibido durante la mañana.

—Como si me hubieran disparado y pateado la cabeza, caballero. Hágame un favor y quítele al conde cualquier arma.

—Ya lo ha hecho su primo. Dé gracias a que él lograra quitarle el mosquete antes de permitirle volver a cargarlo. No se preocupe. Creo que el viejo aún no se ha dado cuenta del lío que ha armado, sigue preguntando si el conejo logró escapar.

—Bien, ayúdeme a ponerme de pie. Me parece que la caza, al menos por mi parte, ha acabado por esta temporada.

Para cuando volvieron al cortijo, María no pudo evitar seguirlo hasta su despacho. Sabía que el sentido del decoro y su madre, que apareció de la nada dando gritos histéricos, no agradecían su presencia en la habitación mientras era atendido de las heridas. Había suficientes sirvientes y familiares que se ocuparían de él. Pero ella

tenía que seguirlo para asegurarse de que la herida era tan superficial como parecía; y principalmente para esperar la oportunidad propicia de sacudirlo, como si siguiera teniendo trece años, por volver a ponerse en peligro. Aunque, en este caso, casi ponía la mano en el fuego por que había sido un auténtico accidente. Nadie, por muy buen asesino que fuera, habría planeado la ineptitud y chochera del anciano conde con premeditación.

Carlos la observó elevando el gesto de sus cejas, mientras su madre le quitaba la chaqueta, el chaleco y la camisa descubriendo la herida del hombro. Fue en ese preciso instante, cuando la vista de María se cruzó con la de la marquesa, que la muchacha reaccionó finalmente, abandonando la habitación; su rapapolvo tendría que esperar al menos unos instantes. Al salir se topó con Marcos que avanzaba hacia el despacho.

—Y bien, hermanito, ¿qué piensas que ha sido este nuevo acontecimiento? —dijo, sentándose en el sillón frente al lugar donde su madre trataba de limpiar la herida con ayuda de doña Mercedes y un cuenco de agua caliente.

—Por supuesto un inoportuno encontronazo con un conde senil —le contestó Carlos.

—Puede, pero no descarto que el verdadero asesino vuelva a intentarlo, y si un anciano de casi ochenta años puede tomarte por sorpresa —añadió, aprovechando el instante en que su madre salía a la puerta para pedir que le trajeran un ungüento.

—¿Acaso te parece que me haya tomado por sorpresa? Creo que se trata de un mero rasguño como puedes comprobar.

—Pues he oído que solo el aviso de María te libró de un disparo en el pecho.

—Exageraciones, ya me había quitado de su trayectoria cuando ella gritó.

La marquesa regresó y acabó de limpiar la herida, antes de volver a marcharse en busca de una nueva camisa.

—Me estoy planteando el acierto de nuestro plan, Carlos —dijo Marcos, aprovechando de nuevo la ausencia de su madre.

—A estas alturas no vamos a renunciar. Voy a seguir adelante, prefiero que mi asesino salga de las sombras y pueda enfrentarme a él. Lo de hoy es un descuido, pero quizás has provocado que el verdadero asesino se retraiga. Mañana volveré a salir de caza.

—No estoy seguro, Carlos. Quedan pocas ocasiones y tú no vas a volver a salir de caza, no te lo voy a permitir. Aunque mi hombre estaba vigilando, no ha podido hacer nada. Dice que la única opción que tenía hubiera sido tumbar al viejo de un disparo.

—En unos días tendré a Andrés.

—Ni siquiera con Andrés será seguro.

*Cádiz, 20 de julio de 1817*

—Buenos días, señor —doña Mercedes saludó a Carlos con una amplia sonrisa—. ¿Desea su café como de costumbre?

—Gracias, y coloque otra taza para la señorita María. Hoy me acompañará en el exterior —con un gesto de la mano, el hombre indicó a María que lo acompañara a sentarse a la mesa.

Cuando estaba en el cortijo siempre le gustaba desayunar en aquella terraza, especialmente en verano; pero desde que había empezado la cacería el trato con sus invitados le había privado de ese placer. Por esa razón, había intentado bajar esa mañana más temprano que de costumbre, para asegurarse de que lo haría antes que nadie. Al parecer había errado en sus previsiones, ya que se había encontrado a María en las escaleras. Casi sería capaz de afirmar que la muchacha había madrugado con intención de desayunar a solas con él.

Estupendo, solo parecía existir una cosa mejor que un desayuno de verano en la terraza de Valleflorido: un desayuno de verano en la terraza de Valleflorido con la espectacular María al alcance de la mano. Y no sería él quien le hiciera ascos al regalo, mucho menos después de haber casi paladeado los múltiples encantos de su vieja conocida.

María tomó asiento de cara a la puerta que daba al interior del edificio y por la que acababan de entrar, cosa que no le sorprendió; desde que su hermano la dejara en Cádiz, hacía varias semanas, la mujer parecía comportarse con él como un perro guardián. Sonriendo, él dispuso su propia silla a un lado de la mesa para que ambas formaran un ángulo recto. De esa forma, estaría lo más cerca posible de la muchacha, que era lo que su cuerpo le pedía, y tendría el suficiente sesgo para poder vigilar a su vez la otra entrada desde la sala de juegos, que era lo que su mente entrenada le sugería. Aquel tira y afloja con su supuesto asesino le hacía comenzar a sentirse de nuevo como un maldito espía. Aprovechando que la gobernanta se había marchado para traer la comida, se acercó disimuladamente a María.

—Este madrugón es algo poco corriente para ti, ¿no? —murmuró sobre su oído, recreándose en el temblor involuntario que provocó su aliento sobre la sensible piel de la muchacha.

—Alguien tendrá que vigilarte las espaldas, ¿no crees? —María, intentando recuperarse del contacto, tragó saliva.

—¿Tú me guardas las espaldas, querida?

—No te hagas el tonto. Andrés me contó en Aranjuez lo que te estaba ocurriendo, y Marco me lo confirmó. No puedo creer que ambos te convencieran para utilizarte como cebo. Siempre has sido un caballero de brillante armadura, Carlo, pero pensé que ese caballero tenía algo más que chatarra bajo el yelmo. Tiene que haber otras soluciones que no impliquen ponerte en peligro.

—Pues dime cuáles.

María cesó de observar la puerta a su derecha y se giró para mirarlo. En sus labios se dibujaba una leve sonrisa.

—No sé... Aunque seguro que en ninguna aparecerías delante del mosquete de un viejo chocho.

—¡Eso fue un terrible accidente! Nadie me va a volver a coger desprevenido. No te preocupes, y sonríe que pareces enfadada.

—Estoy enfadada, y preocupada. Carlo, si algo te ocurriera, yo no podría...

Alargando el brazo, Carlos tomó la mano que ella tenía sobre la mesa y cerró los dedos en torno a ella. María se sobresaltó un poco; había vuelto a mirar momentáneamente a las espaldas del hombre previniendo un nuevo ataque y el contacto la tomó de improviso, pero no retiró la mano.

—¿Vas a ser esta vez tú mi defensora? —los labios del hombre se curvaron.

—Nadie merece morir por la ambición de otros. Y voy a asegurarme de que no te suceda a ti.

—Eso es muy arrogante, Gitana —dijo Carlos, sonriendo. Aun así, sus dedos se tensaron sobre los de ella—. Y te lo agradezco. De todas formas te pido que no te involucres.

La aparición de doña Mercedes junto a una muchacha, portando ambas sendas bandejas, hizo que Carlos se apresurara a acabar con el contacto. Durante el par de minutos que la mujer tardó en servir el desayuno, ambos permanecieron observándose en silencio.

María se preparó una tostada y un café claro. Pensó que tal vez podría hablar con él y descubrir de sus labios varios detalles que quizás harían que encajaran algunas piezas más de su propio rompecabezas. Tenía sus teorías, y deseaba con todas sus fuerzas compartirlas con el hombre que se sentaba a su lado bebiendo un café mucho más cargado.

—¿Crees que tu primo tendría problemas en matar a alguien? —dijo justo cuando él daba un gran sorbo a la taza.

Carlos tuvo que parpadear y carraspear unos segundos para devolver el flujo de aire a sus pulmones después de que la pregunta de la muchacha lo hubiera dejado atónito y atragantado.

—No lo creo, no. Todos los hombres entre veinte y treinta lo hemos hecho durante la guerra. Pero, si lo que me preguntas es si mi primo Manuel me mataría, la respuesta es también no. No creo que el ducado le valiera tal molestia —añadió.

—Permíteme que discrepe —la muchacha lo miraba, incrédula ante su falta de reacción.

—Discrepa cuanto quieras, de todas formas es la verdad. Esto es la vida real, no un cuento romántico. Cada día trabajo diez horas en las cuentas del ducado, de mí dependen cientos de personas; de mí y de mi capacidad para gestionar unas propiedades que ni siquiera puedo vender si no son rentables. Siempre estoy bajo el punto de mira de todos: señores y obreros. Y el dinero... te aseguro que yo he aportado a este ducado de mis propios bolsillos el doble de lo que dejó mi tío. Ni siquiera estoy seguro de que me agrade que me llamen excelencia o duque. No, María, yo no elegí esto. Me fue impuesto por un braserero de picón mal quemado y un puñado de rubios inútiles. Ahora, querida, deja descansar esa bonita cabeza y aparta tus ojos de mi espalda para mirarme a la cara... o a esa suculenta loncha de jamón ibérico —añadió,

observando como la muchacha devoraba la carne sobre el pan tostado—, que me temo parece más de tu gusto que mi rostro —ella se encogió de hombros, devolviéndole la sonrisa con un alzamiento de cejas—. Está bien, lo comprendo. Cómetela. Y no digas nada, cualquier comparación es odiosa, pero tratándose de jamón de Huelva...

## Capítulo 15

### Criaturas nocturnas

Cádiz, 20 de julio de 1817

María miró hacia la marquesa; sus ojos se cruzaron con los de ella a través del amplio salón. La mujer le sonreía con fingida cortesía, tal como era habitual durante la última semana; pendiente de cualquier mirada indiscreta que pudiera descubrirla ante el resto de sus invitados. Su simulada amabilidad trataba de apartar cualquier duda sobre su deferencia con las muchachas que estaban a su cargo. Bueno, a cargo de su hijo; pero como la mujer más mayor de la familia debía velar por las buenas formas.

María casi volvió a detectar el miedo que la rondaba cuando su hijo mayor se dirigió hacia ella abandonando a su suerte a la señorita Martínez, con la que conversaba desde hacía unos minutos.

Una repentina sensación de pena asaltó a María. ¿Qué había de malo en su persona para que la madre del hombre prefiriese a aquella boba? Sintió ganas de acercarse y enfrentarse a ella; exigir una respuesta, una explicación por la actitud de clara hostilidad de la mujer.

Una mujer que, según había oído, había aceptado por la fuerza y el deseo de sus padres el matrimonio con un hombre veinte años mayor que ella; un marido que al parecer nunca la había valorado. Sin embargo, cuando este falleció y ella se convirtió en una viuda muy rica que podría haber buscado la felicidad por fin, había optado por propia voluntad por repetir la experiencia. Afortunadamente para ella, ya que no le deseaba ningún mal a la mujer, había oído que su segundo matrimonio, con el padre de Marcos, había sido una época en la que la marquesa había reído y disfrutado más que en toda su vida.

¿Habría conocido aquella fría mujer el amor en su segundo marido? ¿Era por eso?, ¿porque había casi rozado el cielo para perderlo prematuramente, por lo que se mostraba fría y dura? Quizás preguntaría a su hijo. O mejor lo dejaría correr, tal vez fuera uno de esos temas que preferiblemente se evitan.

De cualquier forma, María no reprimió el impulso malvado de sonreír a Carlos, consciente de que ella miraba.

—Si aún estás decidido, me gustaría salir a contemplar esa noche sin luna de la que hablamos. De hecho —añadió— me encantaría tomar algo de aire fresco.

Era una petición extraña y atrevida delante de tantos invitados, pero él no protestó.

—Por supuesto. Yo también necesito aire fresco —agregó, ofreciéndole su brazo.

Tras un inofensivo paseo bajo la luna, en compañía de una reticente Aurora que fue obligada por su madre a acompañarlos durante todo el tiempo, la velada transcurrió conversando, jugando a las cartas, o amenizada por el piano a manos de la, había que reconocerlo, virtuosa señorita Martínez.

María tuvo la precaución de no sentarse muy cerca de Carlos, quería pensar, y su proximidad la alteraba demasiado. Durante todo el tiempo su mente retumbaba dando vueltas a su perverso dilema: ¿por qué no encontraba la pista concluyente? No acababa de hallar un sospechoso definitivo y temía que si se retrasaba más, podría ser tarde para atrapar al asesino.

Esa sería la noche decisiva, estaba dispuesta a ello; no sabía si se estaría metiendo en la boca del lobo, pero no esperaría más tiempo para hacer su siguiente movimiento. Su incursión en el dormitorio del conde no le había proporcionado ninguna pista, solo un interludio amoroso con Carlos que la había dejado aún más nerviosa y expectante. No acababa de decidir si era la excitación de la caza de un asesino o la presencia del hombre, por el que había sentido profundos sentimientos casi toda su vida, lo que no la dejaba disfrutar de las jornadas diurnas ni dormir durante la noche, víctima de un pellizco de angustia alojado en su abdomen. Esa noche seguiría al mayordomo a su cita nocturna y averiguaría en qué andaba metido.

¿Debería? ¿No debería? Estaba segura que tenía que hacer algo, pero aún le quedaba la incertidumbre de avisar a alguien para informarle de sus pesquisas. No se fiaba de Anabel; si la informaba de que pretendía volver a salir de noche, se escandalizaría y hasta puede que la encerrase en su dormitorio. La otra opción era Marcos, pero no estaba segura de que fuera una buena idea. Aunque el marqués se mostraba como un hombre perfectamente capaz, era ciego y por nada del mundo desearía ponerlo en peligro; ni ella misma ni Carlos se lo perdonarían jamás si le ocurriese algo al hombre. No, Marcos estaba descartado y, puesto que no podía recurrir a Carlos, tendría que apañarse por ella misma. Y haría lo que estuviera en su mano, quisiera él o no.

María se sorprendió con la vista fija en la figura del duque mientras este conversaba con el señor Urquijo. Su mirada seria parecía interesada en lo que el hombre le relataba, permaneciendo erguido con los brazos cruzados sobre el pecho de la distinguida chaqueta oscura, perfectamente amoldada a las líneas elegantes de su cuerpo... ¡Oh, cielos! Tendría que apartar la vista si no quería acabar mirándolo como una boba delante de toda la concurrencia del salón.

Cuando los invitados finalmente se dispersaron para ir a dormir, María pudo buscar el santuario de su habitación. Se sentía físicamente agotada, pero no mentalmente; su cabeza bullía de inquietud y expectación pendiente de lo que le aguardaba por descubrir esa noche.

Vestida con solo el camisón de seda, se despidió de Anabel y permaneció junto a la cama mirando la puerta. Aguardó hasta que cesaron los ruidos en la habitación contigua, en la que dormía su hermana, y se aseguró que todo el mundo había desaparecido del pasillo.

Con sigilo giró el pomo, poniendo especial cuidado en levantar la puerta sobre sus goznes para evitar que la hoja hiciera ruidos al desplazarse por el suelo empedrado. María solo pretendía asomarse ligeramente, para comprobar que todo el mundo se hubiera retirado a sus aposentos antes de tomar la bata y salir al pasillo, pero los acontecimientos se precipitaron de tal forma que se obligó a actuar con rapidez.

Minutos antes, Mariano se había acercado a las brasas sobre la chimenea del salón; aunque el tiempo era realmente cálido, habían colocado espetos de carne y truchas sobre la chimenea para que los invitados se estuvieran sirviendo toda la noche a su antojo. El hombre comprobó que las llamas estaban extintas; aun así, vertió una jarra de agua sobre los carbones, que emitieron un siseo audible mientras el agua era expulsada en forma de vapor, acabando con cualquier resto de fuego. Conteniendo la impaciencia que le atenazaba, respiró hondo, dándose unos minutos de tregua antes de cerrar los postigos de las ventanas y abandonar la sala.

El hombre caminó erguido escaleras arriba, en su mano derecha portaba un gran candelabro de tres brazos forjado en plata. Le había llevado varios días tomar aquella decisión, pero no iba a dar un paso atrás en su resolución. Sentía que con su acción tal vez traicionaba la confianza del hombre que lo había contratado, sin embargo eran muchos los beneficios que le esperaban si esa noche cumplía con lo que tenía en mente, y por los cielos que no daría un paso atrás.

Apretando entre sus dedos el metal del pesado candelabro, atravesó con paso decidido, aunque silencioso, el pasillo hacia la habitación en la que le aguardaba su destino.

María retrocedió cuando distinguió la silueta espigada del mayordomo. La luz débil del candelabro en el descansillo de la escalera reverberó unos instantes sobre el rostro delgado y casi descarnado del mayordomo, y sobre el metal del objeto que llevaba en las manos. Alarmada por lo que era evidentemente un arma de algún tipo, la mujer reculó para esconderse tras la puerta y observar al empleado sin ser vista. Por fortuna, había tenido la precaución de apagar cualquier luz en su dormitorio que pudiera delatarla cuando abriera la puerta, así que estaba casi segura de que el hombre no había notado su presencia cuando pasó a escasos pasos de ella.

Sin molestarse en tomar nada para cubrir su escaso y casi indecente camisón, la muchacha abandonó su alcoba para seguir al criado a través de los pasillos. Era evidente que se dirigía en dirección a la habitación del duque. Los señores de la casa habían optado por la parte que correspondía a uno de los pabellones de caza, y habían dejado para sus invitados las alcobas más espaciosas del ala antigua del edificio y las más modernas del anexo entre ambas.

El conde de Ricard estaba inquieto. Sus huesos, realmente gastados por el tiempo y el reuma volvían a pasarle factura; gruñó una maldición, comprendiendo que aquella sería otra noche de vela. Renqueante, el hombre caminó hacia detrás del biombo, donde debía estar la bacinilla, en busca de un lugar donde vaciar su vejiga. Alarmado, contempló el hueco donde su criado personal debía haber dejado el indispensable objeto esa misma mañana, tras vaciarlo y limpiarlo. No había nada.

—Condenado muchacho... —murmuró más alto de lo que pretendía— de nuevo ha olvidado traer la escupidera. Supongo que creará que puedo andar en camisón por los pasillos buscando una a media noche... ¡Como si no supiera que me levanto treinta veces para usarla!

A pesar de la cálida noche de agosto, el anciano caminó a saltitos procurando que las plantas de sus pies descalzos tocaran mínimamente las frías losas de suelo, que aún conservaban cierto frescor.

—¡Martín! ¡Martín! —gritó en un susurro, llamando al lacayo que debería estar durmiendo en el vestidor de la alcoba, a pocos pasos de su señor—. Martín —convenciéndose de que el muchacho no estaba, se volvió hacia su dormitorio—. Otra vez escapándose a pelar la pava con esa zagala de las cocinas... Voy a hacer que duerma en las caballerizas durante tres meses.

Resignado a tener que valerse por sí mismo, y maquinando los terribles castigos que infringiría al muchacho, el hombre se aventuró a pasear por la habitación de lado a lado, buscando algún recipiente donde orinar discretamente.

¡Nada!, ni un jarrón ni una maceta ni siquiera una vieja caja de puros... Tendría que salir al pasillo y bajar hasta el primer piso donde estaba el retrete común; o asomarse a la ventana para regar toda la fachada, cosa que realmente le tentaba bastante. Aquellos señoritos de los Ramírez de Aristarán se pondrían blancos si lo vieran mear por la ventana de su magnífica y bien cuidada villa; especialmente la quejosa de la marquesa, que le había insinuado en más de una ocasión que quizás le vendría bien un baño relajante... con litros de perfume afeminado, supuso. ¡Como si bañarse más de una vez al mes fuera algo sano!

—¡Condenado muchacho! —refunfuñó mientras atravesaba la puerta olvidándose de la ventana.

Al fin y al cabo, también cabía la posibilidad de que lo viera en esa postura poco elegante su amada María, y por nada del mundo quería perder el alto concepto que la mujer parecía tener de él.

¡Ah, María! Si tan solo la pudiera conjurar con su pensamiento junto a él... Menos mal que pronto regresaría su hermano de África, porque la espera lo estaba matando de celos y angustia. Por fortuna el señor Montes de Ossa se uniría a la cacería en uno o dos días. Y él podría pedir su mano de manera adecuada, como correspondía a tan aristocrático pretendiente y a tan hermosísima novia. El joven no se negaría, eso estaba totalmente descartado; había visto con buenos ojos las visitas que le había hecho a la muchacha en Cádiz y, por su parte, estaba dispuesto a venderle esa flota naviera que codiciaba, y a muy buen precio. Con el dinero de la venta de los barcos y la cuantiosa dote que le constaba acompañaba a la muchacha, unido al que seguro obtendría del proyecto del canal, cuando por fin consiguiera hacer entrar en razón al duque, empezaría un nuevo comienzo junto a su amada, trayendo a este mundo a un heredero al condado y al menos tres preciosas muñecas morenas como su madre. Si señor, el futuro que le esperaba merecía ser celebrado con un buen trago de jerez.

Después de orinar, claro.

La sombra tras la que andaba María acabó adentrándose tras una puerta, dejando el pasillo casi en completa oscuridad al desaparecer con la luz que portaba y que, hasta ese instante, le había permitido a ella distinguir algo entre la oscuridad.

Recuperándose de la larga carrera, la mujer se apoyó en la pared que delimitaba ambos pasillos. Construido medio siglo más tarde, el pabellón de invitados había sido adosado rústicamente al edificio más antiguo, haciendo que la unión entre ambos formara un recoveco en el pasillo en el que se encontraba.

«María», se reprendió en silencio, «debes acabar con esta costumbre de salir en cueros a corretear por los pasillos. Acabaras por ser la comidilla de todos tus conocidos y abochornando a tus hermanos. Espero que Carlo valore algún día lo que me juego por él...»

Durante más de tres minutos permaneció quieta, oyendo retazos de la conversación que se producía al otro lado de la puerta.

—No... nadie... se lo diré pronto... es mi vida. La herencia... No voy a permitirselo... ya sé que él es el duque...

Sorprendida, comprobó que una de las voces pertenecía claramente a una mujer, posiblemente la misma de la última vez, aunque de nuevo los susurros no le permitieron descubrir su identidad.

Súbitamente, la puerta que vigilaba comenzó a abrirse. En un instante se apartó y pegó la espalda adentrando su cuerpo en el pequeño nicho que formaba el cambio de edificio. María supuso que si el hombre continuaba en esa dirección, la vería con toda seguridad cuando pasara a su lado. Inquieta, miró a izquierda y derecha buscando una salida.

La oportunidad se le brindó cuando la sombra de Mariano frenó su avance hacia ella, giró sobre sus pasos, y volvió a asomarse a la puerta por la que acababa de salir.

—No dudes que mañana lo haré —amenazó, antes de girarse de nuevo y justo después de que María, presa de la desesperación, abriera la puerta más próxima situada a su derecha, rezando para no meterse en un lío aún mayor.

De nuevo, los pasos enérgicos de la sombra se dirigieron hacia ella. Sabía que no tendría mucho más tiempo, así que sin pensarlo se adentró en la estancia entornando la puerta tras ella.

—¡Jesús! —la expresión atropellada salió de sus labios un segundo antes de que el conde de Ricard, con el camisón remangado hasta la cintura, se girase, orinándose sus propios pies desnudos. Afortunadamente, la mirada de la muchacha se obligó a permanecer sobre el charco que empezó a formarse a los pies del anciano y no en la fuente origen del mismo—. ¡Cuánto lo siento, señor!

Atinó a hablar mientras comprendía que se había introducido en un cuarto de la limpieza, y que el conde, a la luz de una débil vela que había depositado sobre una de las repletas estanterías que cubrían las paredes del estrecho cuartucho, orinaba en un cubo de madera lleno de paños y trapos para el polvo; el muy cochino.

—¡Esto... yo...! —dándose cuenta de su postura poco decente, el hombre acertó, ¡gracias a los cielos!, a bajar el camisón, levantando el rostro hacia la mujer asombrada que lo miraba, todavía sosteniendo entre sus dedos el tirador de la puerta.

María giró el rostro hacia el pasillo, desde donde le llegaron de nuevo los pasos del mayordomo, volvió la vista de nuevo al anciano víctima de incontinencia y se decidió.

—¡Al diablo! —acabó de cerrar suavemente la puerta y se encaró con el anciano susurrando mientras alargaba la mano para apagar la reveladora vela con dos de sus dedos— los retretes están en el piso de abajo, don José.

—¿Por qué susurras, muchacha?

—¡Shhh! No querrá que nos descubran en semejante situación, ¿verdad caballero?

María casi tembló ante la risa histérica que reprimieron los labios del hombre que, con rapidez, se aproximó hasta tomarla por la cintura.

—Me has visto salir, ¿verdad, mi amor? —preguntó, presionando su cabeza contra el pecho de la mujer. María lo obligó a retirarse unos centímetros pellizcándolo en el muslo—. ¿Sigues siendo tímida, princesa? Ven aquí, ahora solo estamos tú y yo.

Rezando para que Mariano se hubiera alejado lo suficiente, la mujer empujó al anciano con todas sus fuerzas, haciéndolo trastabillar hasta apoyarse en una de las estanterías. Antes de que él se recuperara, ella logró salir de nuevo por la puerta.

—Lo siento, caballero, pero me temo que esto es un error. No era a usted a quien perseguía...

—No seas tonta, está claro que sí, ven...

Antes de que el anciano pudiera evitarlo, la muchacha cerró la puerta y caminó por el pasillo buscando con desesperación cualquier puerta abierta.

¡Al diablo los buenos modos y al diablo su buen nombre! Se metería en la primera habitación que hubiera sin cerrar y ya se le ocurriría como salir del embrollo si la descubrían. Pero no iba a dejar que ese sobón se le acercara de nuevo estando ambos casi desnudos y él orinado hasta los ojos.

Por fortuna, la tercera puerta que probó cedió con facilidad y pudo ocultarse antes de que el conde volviera al pasillo.

En comparación el oscuro pasaje del que venía, la claridad que atravesaba la ventana completamente abierta, aún en esa noche sin luna, alumbraba ampliamente la habitación. Rápidamente el negro se desvaneció y las botas de la claridad pulcramente ordenadas junto a la cama, además del ruido que hacía alguien y que le llegaba desde detrás del biombo. Asustada, comprobó que, un segundo después de cerrar la puerta, la persona que la acompañaba en la habitación se había percatado de su presencia.

Dejó de oír ruido y contuvo el aliento, esperando a la figura que empezó a moverse desde detrás de la mampara en dirección hacia ella. Poco a poco, los pasos se fueron acercando, y la luz que entraba por la ventana iluminó lentamente la silueta, haciéndola progresivamente visible ante ella.

—¡Oh, cielos!, ¡gracias, gracias, gracias Dios mío! —confesó María, sin poder dominar el quejido de incertidumbre que había estado conteniendo mientras especulaba, y temía descubrir, con quién se encontraría tras el biombo.

Afortunadamente, el magnífico torso desnudo que ahora tenía ante ella pertenecía al simpático, y totalmente ciego, marqués de Monteferro.

—Gracias a ti, preciosa. No te voy a decir que no esté acostumbrado a que las mujeres den gracias a Dios cuando me ven medio desnudo. Pero, cariño, he de confesar que no había oído en toda mi vida tal explosión de alegría y gratitud como la que tú has demostrado —dijo con una picarona sonrisa de complicidad.

—No seas tonto —añadió María— me vienen persiguiendo y esta es la primera habitación que estaba abierta.

—Y sospecho que no estarás del todo vestida...

—Prácticamente en cueros, si te soy sincera.

—¡Condenada cieguera! En ese caso tendré que prestarte una de mis batas —dijo el joven, señalando la silla a su derecha—, aunque si lo prefieres, y en vista de que tenemos medio trabajo hecho, podríamos aprovechar y echar un ratito. ¿A mis brazos? —dijo, abriendo las manos y señalando su propia falta de ropa—. ¿No, verdad? —añadió segundos después, tras el resoplido de risa de la mujer.

—No —contestó ella entre carcajadas —me quedo solo con la bata— aclaró mientras tomaba la prenda y se cubría—, aunque te aseguro que me arrepentiré toda la vida de mis palabras —Fue lo último que dijo después de lanzarle un última mirada de admiración y traspasar la puerta.

La noche había sido más larga de lo esperado. El calor del día aún perduraba en las paredes de las paredes, haciendo que pensar en meterse en una cama fuera alguna especie de tortura refinada que Carlos se empeñaba en eludir. Sentado en el sillón de su despacho, el hombre contempló por unos instantes la noche sin luna y repleta de estrellas que se asomaba desde el amplio ventanal. Tendría que subir, mañana le esperaba otra dura jornada de no hacer nada productivo y de aguantar a sus dos docenas de invitados; además de frustrarse por no tener ni una pista sobre el individuo al que buscaban. Parecía que quien fuera que quería acabar con él, o bien no se encontraba en la propiedad, o se cuidaba mucho de dar un paso en falso.

El ruido, un golpe seco, resonó desde las escaleras. Con gran agilidad las piernas y los sentidos entrenados de Carlos se pusieron en movimiento. El hombre atravesó el recibidor y subió los escalones de dos en dos, aun sin permitir que sus pies, que había descalzado media hora antes, hicieran más ruido que un sordo traqueteo sobre la piedra.

El pasillo estaba oscuro, negro como la brea, sin embargo, al fondo distinguió la figura fantasmagórica de un hombre bajo, caminando con los brazos extendidos, evidentemente tratando de orientarse en la penumbra. En pocos instantes, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y casi distinguieron el desastre a los pies del anciano.

—¿Qué hace aquí a oscuras, conde? Debe salir usted acompañado y con luz suficiente. Se ha tropezado con ese jarrón, pero se podía haber caído por el hueco de las escaleras —riñó Carlos mientras se aproximaba a sostener al tembloroso anciano. «Borracho como un barril», pensó, preparando sus sentidos para el golpe que le produciría el fuerte olor a vino en sus delicadas fosas nasales. «Debe haber saqueado de nuevo mi bodega».

Para su sorpresa, solo el agrio y habitual olor a sucio del hombre le llegó a la nariz cuando se aproximó. Al parecer, había bebido con la cena; sin embargo, seguramente lo había atrapado camino de la vitrina donde guardaban su mejor cosecha. Bueno, entonces el conde se volvería por donde había venido y mañana él se ocuparía de que Mariano cerrara con llave la vitrina. ¡Que se bebiera el vino barato que usaban en la cocina si quería coger una cogorza!

—¡Ah, pero no estaba solo, excelencia! No, no —después de haberlo visto hacerlo miles de veces, a Carlos le fue fácil imaginar la sonrisa lasciva que acompañaba aquel tonillo del anciano, y que la casi oscuridad que los rodeaba no le dejaba entrever—. He estado muy pero que muy bien acompañado...

—¡Ahórrese los detalles, don José! —insistió Carlos, girándolo, mientras lo agarraba por los delgados hombros, en dirección al dormitorio que él conocía tan bien desde hacía un par de noches. Esperando que el anciano no empezara a relatar un encuentro nocturno con alguna criada pechugona y ansiosa de dinero.

—No voy a decir su nombre, por supuesto... Nunca delataría a una muchacha de tan buena familia... ¡Ah, pero mi diosa es tan ardiente, tan...!

—¡Cállese! —gruñó Carlos, antes de introducirlo de un puñado en su dormitorio y sin dejar que acabara la frase, suponiendo que de nuevo fantasearía con María—. ¡Váyase a dormir y vuelva a soñar!, don José, que es lo único que tendrá de esa muchacha.

—Se equivoca, joven —el anciano se irguió, enseñándole por unos segundos sus encías descarnadas—. No crea que no he visto cómo la mira... Pues le informo que ella me pertenece y ha venido a buscarme esta misma noche... ¡Ah!, si no fuera por ese condenado jarrón la hubiera atrapado a tiempo...

—Buenas noches, señor —añadió Carlos, cerrándole la puerta en las narices antes de perder de una vez la paciencia y estrangularlo con sus propias manos.

El duque se giró nuevamente hacia el pasillo desierto y caminó lentamente hasta su propia habitación. Sabía que otra vez iba a medio vestir y descalzo, sin embargo no le apetecía volver a bajar a recoger sus cosas cuando su propia alcoba estaba a pocos pasos.

Al día siguiente haría que el anciano saliera definitivamente del cortijo; y ya podía protestar su madre y quien quisiera. Ese viejo iba a acabar poniendo a María en un compromiso contando tal volumen de mentiras si no hacía nada por remediarlo. Bien estaba que soñara con la muchacha, al fin y al cabo lo hacía todo varón que le pusiera la vista encima. Pero contando esas fantasías podía haber alguien que acabara creyéndolo; ya se sabe aquello de cuenta mil mentiras y alguna parecerá verdad. Vale, pues no iba a consentirlo. La mujer estaba a su cargo y, si el viejo seguía insistiendo, no lo retaría a duelo, pero lo tumbaría de un puñetazo y lo empaquetaría de vuelta a Ricard en su propio carruaje.

Era cierto que hacía unos días la había pillado entrando en su dormitorio, sin embargo, ya le explicó ella que lo buscaba a él mismo. Como un tonto se había enredado, primero ocultándose ambos del conde y luego besándola, y al final no había aclarado para qué lo buscaba vestida tan escasamente y a altas horas de la noche. Más tarde, la cuestión se había olvidado por completo; de hecho, poco era lo que conseguía retener en su cabeza esos días que no fuera el tacto de la piel de la mujer bajo sus dedos.

Pero de ahí a que ese vejstorio asegurara que la muchacha se citaba con él a medianoche iba un mundo.

«Sí lo mandaré de vuel...».

Los pensamientos de Carlos se congelaron en su cabeza cuando, a tres pasos de su puerta, la habitación de Marcos se abrió y una María, aparentemente envuelta solo en uno de los inconfundibles quimonos orientales blancos de su hermano, salió, todavía anudándose la prenda en la cintura.

Sin pensarlo mucho, agarró el brazo de la sorprendida muchacha, que casi no acertó más que a girar la cabeza, y hasta parecer realmente aliviada cuando reconoció su rostro, y arrastrarla hacia su propio dormitorio cerrando la puerta tras ellos.

—¿Buscando de nuevo mi alcoba, María? —preguntó mientras la giraba para apretarla de espaldas contra la puerta que él acababa de cerrar—. ¿Esta vez te has confundido con la del marqués? Vaya, vaya, parece que tienes algunas carencias, voy a tener que darte una lección sobre la nobleza y sus títulos. Veamos, empecemos con el primero. Conde —recitó de memoria mientras agachaba la cabeza hasta enterrar la cara en el cuello palpitante de la mujer, que no acertó a mover ni un dedo en respuesta— situado en jerarquía después del marqués y antes que el vizconde, marqués —la lengua del hombre apareció para deslizarse durante unos segundos por el pulso, ya algo acelerado, que tenía a su alcance— título nobiliario inmediatamente inferior al de duque y superior al de conde —dejando un rastro húmedo sobre la fina piel, ascendió hasta apenas rozar con los suyos los labios de la mujer, en ese momento abiertos de sorpresa y expectación, para continuar hablando a un soplo de distancia de ellos— y duque, título de la nobleza, superior al de marqués y conde, e inferior al de príncipe... Y tú querida, no perteneces ni pertenecerás a ningún conde, ni a ningún marqués. Eres de un duque y seguirás siendo mía —añadió, manteniendo los ojos fijos en ella.

«Estoy despeinada, descalza y casi desnuda», pensó ella sin acertar a mover ni un músculo, devolviéndole la mirada. De pronto, la proximidad de aquel cuerpo alto que se inclinaba sobre ella, haciéndola consciente de su abrumadora diferencia de tamaños, la hizo empequeñecer aún más. Él era inmensamente alto, perfecto, un duque tal como había afirmado, y estar junto a él, recibiendo el calor de su cuerpo, era lo único que necesitaba para sentir que realmente era insignificante.

Perezosamente, el hombre volvió a recortar la escasa distancia que los separaba; pegando su abdomen contra la esponjosa suavidad del pecho de la mujer, mantuvo los brazos estirados sobre la cabeza de ella, apoyados en la madera a sus espaldas, dejándola apreciar su calor corporal, percibir su proximidad física. La muchacha entornó los ojos, recreándose en la desconocida sensación, como un bálsamo, un calmante, un alivio. Ella levantó de nuevo la cara, buscando la mirada familiar y amiga de sus ojos.

Derrotada, cansada de perder el tiempo, de esperar, de dejar que todo se moviera a un ritmo agotadoramente lento, se elevó decidida para alcanzar su boca con los labios; sin molestarse en inventar excusas, en buscar otro momento, otra oportunidad, sin deseos de esperar. Se abrió paso en la carnosa sensualidad de su boca para atravesar lentamente la dureza fría de sus dientes, la tibia blandura de sus labios, el dulce de su lengua; para perderse allí, en la cavidad esponjosa de sus besos. Extendiendo la caricia de sus labios en el lento rodar de los dedos sobre las extremidades del hombre, al que abrazaba ya sin restricciones.

—Sí, soy tuya, Carlo —habló, cuando la necesidad de respirar profundamente la obligó a apartarse de su boca.

—Vuelve a decirlo, María. Di otra vez mi nombre, haces que suene como una caricia con ese acento tuyo.

—Carlo, Carlo, Carlo... —repetió, mientras, con descaro, deslizaba las manos bajo su camisa, rozando solo levemente el vello sobre su pecho.

No quería parecer inexperta, demasiado ansiosa. Pero su deseo parecía ser más fuerte que cualquier control, cualquier norma de comportamiento, cualquier enseñanza

de su padre o hermanos. Lo tenía ahí delante, a su alcance, todo suyo, y se ahogaba en las ganas de él, como el deseo de beber agua tras una larga carrera.

—Carlo —los ojos del hombre bajaron para chocar con los de ella. Aún desacostumbrada a esta intimidad, se sentía algo perturbada, indecisa, y las palabras que aún no había acabado de pronunciar, la confesión de esos sentimientos que la habían asaltado desde hacía años, quedaron atrapados en su boca mientras su mirada la atravesaba hasta colarse bajo la piel.

«¡Cielos, te he echado tanto de menos, te he extrañado cada minuto durante años, meses, noches enteras soñando con esto, te necesito, te quiero tanto!», pensó ella, sin embargo, los fonemas no atravesaron el límite de sus labios.

Él hundió de nuevo la cara en el arco del cuello de la muchacha, que creyó que era casi como una respuesta a las palabras que ella no logró articular. Una respuesta sorprendente en forma de un pequeño mordisco, clavando los dientes sobre su garganta en un leve bocado. Un contacto que llegó rápidamente a todos y cada uno de los rincones de su cuerpo; desde el estómago hasta lo más profundo de su ser, absorbiéndole la esencia de la vida, alcanzando ese lugar donde nadie había estado jamás.

Para Carlo el tiempo casi se detuvo, creándole una extraña sensación de irrealidad. Como si él no fuera el hombre que sostenía en sus brazos a María; sino solo un espectador, un mirón escondido en un rincón de su propio dormitorio. Sorprendido, tardó en reaccionar, en comprender que no había sueño consciente o inconsciente que pudiera parecerse a esa sensación. Había tirado de la muchacha en el pasillo presa de la ira y unos celos violentos. Furioso consigo mismo, con su hermano, ese donjuán incorregible, y con aquella descocada. Pretendía darle una lección y una regañina para luego devolverla a su dormitorio, pero no esperaba esto. Y esto se había descontrolado totalmente.

Él se había descontrolado totalmente.

Y ella no parecía dominar la situación mucho más.

Ahora María le aprisionaba el cuello con fuerza, bajándolo, haciéndole descender, guiándolo hasta su boca, hacia su garganta. Ella era pura emoción, la sensación de ganar el combate más igualado, de penetrar en el secreto mejor guardado; una adicción al riesgo, el placer más peligroso en el envoltorio perfecto. Iba a sucumbir, y lo haría dando gracias al cielo.

Le fue difícil seguir pensando, recordar quién era y qué se esperaba de él, su nombre y su posición. Solo cuando la lengua de María desapareció de nuevo en su boca volvió a sentir que continuaba vivo. Si su trastornada cabeza había dudado en algún momento sobre este instante, sobre cómo debía actuar, hacer o decir, su cuerpo acababa de apartar de un único y duro gancho alto de derechas todas esas inquietudes.

Muy alto y muy duro; recordándole a gritos que era ahí donde quería, donde debía estar, el único lugar donde aspiraba a refugiarse. En ella, en sus brazos blancos, bajo sus manos, arropado por la manta negra de su cabello, en el interior aterciopelado de sus muslos, en la cueva de su corazón, en cada uno de los poros de su piel.

Carlo empezó a reaccionar, un soplo de aire comenzó a recorrer sus paralizados pulmones. La estatua de piedra empezó a deshacerse para dejar aparecer bajo ella los vestigios de un hombre vivo, un ser animado y con capacidad de reacción. Tiró levemente de sus brazos para atraerla hacia él. Completamente. Hasta que toda su pequeña estatura quedó encajada en su cuerpo, sobre su abdomen. Cada centímetro de su piel envuelto en su abrazo.

Con un casi gruñido surgido de su propia garganta, acabó hundiendo los labios sobre su escote, retirando en un brusco movimiento la bata que la cubría.

—¡Quítate esto! Y no vuelvas a ponerte nada que no sea mío, ¿me oyes? Solo tu ropa y la mía, María —a pesar de sus intentos de recuperar la cordura, el saber estar, los modales de caballero, las palabras le salieron atropelladas, el acento casi amenazador, mientras arrojaba la prenda a unos pasos a sus espaldas y la hacía mirarlo directamente a los ojos—. ¿Entiendes lo que te digo?

No recibió como respuesta más que los ojos de ella, inmensos, abiertos de par en par. De un solo gesto, tanteó sobre la única prenda que seguía cubriéndola, el fino y casi transparente camisón que vestía. Quería llegar con ella a la cama, pero no le quedaba suficiente paciencia.

—Cama —acertó a decir en un gemido.

No estaba seguro de si lo había dicho realmente en alto, pero cuando ella se giró en dirección al inmenso mueble que presidía la estancia, él aprovechó para agarrarla desde atrás, deslizándose su mano para atraparla por la cintura, atrayéndola hacia sí. Con manos firmes, desplazó la tela del camisón mostrando el blanco cuello y la curva de su hombro derecho. Su respuesta fue inmediata, dejando caer la cabeza a un lado para ofrecerle la garganta. Él no esperó, aprovechó para hundir la cara en su piel, controlándose para no apretar mientras volvía a probar, a morder suavemente, concentrándose en aspirar el increíble olor que emanaba de ella.

Sin pensar en nada más, deslizó la mano para tirar gradualmente de la prenda hacia abajo, llevándola hasta la cintura. La tela cedió, desprendiéndose de algunos botones en el camino, desnudándola ante él. Su mayor altura le permitió contemplar el agitado subir y bajar de su pecho, mientras continuaba devorando su cuello.

Fuera de sí solo deseaba morder, besar, lamer ese cuerpo expuesto ante sus ojos. Aprenderla y arrastrarla hasta la pasión, arrancarle cada gemido, cada grito de placer existente en su garganta.

Le faltaba sangre, oxígeno, y su impaciencia era tan grande que rozaba el dolor de forma exquisita. Aún sin apartarse de ella, la arrastró hacia el centro de la habitación. En una maniobra rápida, retiró la ropa que la cubría para dejarla totalmente desnuda.

—Cama —era él, estaba seguro en ese momento. El sonido, la palabra había salido de su propia boca, aunque no era consciente más que de haberla pensado.

En un inesperado paso de baile, hizo que sus cuerpos girasen sobre un eje invisible, haciendo que ambos cayeran sobre el colchón. Ella elevó ambas manos apoyando los dedos índices en el centro de la garganta del hombre, iniciando una caricia suave hacia ambos lados, pasando por el pecho, desprendiendo los cierres de la camisa que aún le quedaban y echando la tela hacia los hombros. Finalmente hizo pasar la prenda sobre su cabeza tirándola hacia un lado, mientras se seguían tocando, besando, acabando con todos esos años que lo había deseado en silencio.

Envalentonada, introdujo sus delicadas manos entre ambos, deslizándose suavemente los dedos sobre el vientre desnudo del hombre; tanteando músculo a músculo, arrastrando los pantalones casi sin desabrocharlos, dibujando caminos sobre el mapa de su piel, senderos directos hacia el cielo.

Carlos sospechaba que su control no duraría mucho más. Se enderezó para apartar los pantalones de sus tobillos. Volvió para abrazar la cintura de la mujer con las palmas abiertas. Acercándola hacia él pulgada a pulgada hasta que no quedó aire entre sus cuerpos. Hasta apoyar su cara sobre su corazón.

Cuando creyó que no aguantaría más, tiró de ella para colocarse entre sus muslos y, cerrando los ojos, trató de reprimir un gemido, mordiéndose el labio inferior antes de empezar a empujar.

Despacio, poco a poco, todo lo que su impaciencia le permitió. Deteniéndose bruscamente al notar la fina barrera que le impedía el paso. Ella lo miró agitando la cabeza en señal de asentimiento, el permiso definitivo antes de que sus caderas adquirieran un ritmo frenético, casi haciéndolo sentir un animal.

Durante unos minutos, María pareció convertirse en energía pura, estirando el cuerpo contra el suyo propio, piel sobre piel, devolviendo cada invite con la misma fuerza, profiriendo un gemido extenso y agudo que resonó en el silencio de la habitación como el maullido de un gato, rompiendo el aire denso de la estancia.

Carlos notó como los músculos del abdomen se le contraían al mismo tiempo, erizando todos y cada uno de los vellos que lo cubrían. Se inflamó, se hinchó y estalló, notó sus temblores. Sacudida tras sacudida ella le respondió arqueando la espalda contra el colchón, buscando el mínimo apoyo de sus manos sobre la superficie. Desnudo y fuera de control. Por primera vez en años sin ningún control sobre sus palabras, sus gritos, sus emociones.

De alguna manera, el sueño le venció agarrado al tibio cuerpo que descansaba a su lado como un apéndice natural de su propio yo.

## Capítulo 16

### De amores y otros pecados

Cádiz, 21 de julio de 1817

Aunque el alba apenas había despuntado, Carlos despertó. Estaba acompañado, comprobó, observando los bellos ojos oscuros que le devolvían la sonrisa.

—Ven aquí —le dijo, tomándola por la cintura y colocándola tumbada sobre su pecho desnudo—. Siempre acabas sorprendiéndome, Gitana.

—¿Te he sorprendido? —la muchacha frotó la cara sobre el vello del torso del hombre mientras hablaba—. Pensé que te parecería torpe e inexperta...

—No pensé que fueras experta, cielo, pero ¿virgen?

—¡Por supuesto! —casi chilló ella en un gesto ofendido, mientras se enderezaba sobre los codos para observar su cara—. ¿Qué creías? Evidentemente he guardado mi virginidad para el hombre que será mi esposo...

—¡Ah! —el rostro de Carlos mudó rápidamente a un color mucho más lechoso, mientras su nuez de adán bajaba y subía ostensiblemente—. Bueno, por supuesto, haré lo correcto... yo... tu hermano es mi amigo y yo... conozco mi deber...

—¡Ay, Dios! ¡Ay Dios! —la muchacha se levantó como un resorte, agarrando la sábanas en un puñado e intentando mantener una postura digna, mientras bajaba de la cama—. ¡Cielos!, qué tonta he sido... qué tonta...

—María, ven aquí, vamos a hablar... —la mano derecha de Carlos se adelantó, intentando atrapar el vuelo de la sábana que se alejaba. Ante la inútil maniobra, el hombre acabó por enderezarse, sosoplando y reposando la espalda sobre los barrotes metálicos del dosel—. No nos pongamos nerviosos. Al fin y al cabo algún día tendría que casarme, tú eres hermosa e inteligente. Tu familia es...

—¡Perfecto! De nuevo el paladín del mundo al rescate —mientras hablaba, María caminaba nerviosa de un lado para otro—. ¡Oh, sí!, el duque debe casarse y procrear. ¿Qué más da el nombre de la yegua de cría?, ¿por qué no puede valer la chica de los pechos grandes? Al fin y al cabo, puede soportarse que sea una descocada devoradora de hombres...

—Yo no he dicho que tú seas...

—¡Pero lo pensabas!

—Tú no has hecho mucho por cambiar esa opinión. Tienes media docena de hombres oliéndote cada vez que te veo, andas medio desnuda por los pasillos y sales del dormitorio de mi hermano vistiendo su bata y poco más...

—Y por lo visto me he tenido que revolcar con todos ellos, ¿no?

—Bueno, veo que no habías llegado hasta el final con ninguno... eso, eso... eso es bueno, ¿no?

—¡Claro! Y me hace un poquito menos descartable como duquesa, ¿no es así? —cansada de la conversación, María cogió de un manotazo el camisón que descansaba sobre la butaca.

—María, te estás poniendo nerviosa. Ya verás como yo lo arreglo...

—¡No! —de un solo gesto, la muchacha se metió la prenda por la cabeza.

—¿No qué?

—No voy a ser tu próxima obra de caridad —con la punta de los dedos logró unir el camisón abrochando los pocos botones que no habían desaparecido. La fila más alta quedó floja, obligándola a sujetarlo por el canesú—. Te conozco, y no voy a permitir que te sacrifiques cargando el resto de tu vida con una mujer a la que no amas, que no valoras y que te hará sentir vergüenza.

—Yo te... te valoro.

—¿Igual que a tu mejor perro de caza? —casi chilló, mientras con una mano sujetaba su pelo en una cola, a la vez que trataba de evitar que el camisón volviera a caer hasta la cintura acabando con el poco orgullo que le pudiera quedar.

—Tranquilízate, hablaré con tu hermano en cuanto llegue...

—No se te ocurra decirle una palabra —le amenazó estirando el brazo y olvidando la prenda que, finalmente, cayó hasta la cintura dejándole el pecho y el abdomen desnudo.

—No seas tonta. ¡Podrías estar embarazada! —Carlos trató de pensar mientras su cuerpo, totalmente ajeno a sus pensamientos racionales, reaccionaba de nuevo ante la vista de la mujer semidesnuda ante él.

—No habrás sido capaz de poner un niño ahí, ¿verdad?

—Bueno, es lo que suele suceder en estos casos...

—¿Y era válido hacerlo cuando pensabas que no era virgen? —le increpó ella.

—Ese tipo de mujeres saben lo que tienen que hacer para evitarlo... —añadió él, retirando con dificultad los ojos de los magníficos atributos femeninos.

—Pues entonces, vuelve a pensar como anoche y hazte a la idea de que soy ese tipo de mujer. ¡Me voy de aquí!

En dos pasos, se sujetó el pelo en un moño anudándolo sobre sí mismo, se recolocó el camisón y salió por la puerta manteniendo la postura más digna que su escaso vestuario le permitía.

—¡Te dejas la bata! —le recordó él en un intento de decir la última palabra.

—¡Dásela a la próxima! —le espetó María, volviendo a anularle esa falsa sensación de momentánea victoria.

Ante el asombro de Carlos, que esperaba encogido sobre sí mismo el portazo que seguiría, la puerta se cerró de forma inusualmente suave.

Avergonzada y casi sin importarle quien la viera en semejante estado, caminando casi desnuda por el pasillo antes del alba, María sollozó camino de su dormitorio.

«¡Tonta!, ¡ilusa! ¿Qué te habías creído? ¡Oh cielos! ¡Qué vergüenza!», se repetía una y otra vez.

Parada frente a la puerta de su cuarto, se enderezó sobre sí misma meditando un instante: no se vendría abajo, no lloraría más y no lamentaría ni por un instante cada minuto de esa noche. Tragando saliva trató de contener las lágrimas y abrió la puerta.

El gesto de fortaleza fue del todo inútil cuando su mirada se dirigió hacia la colcha de color rojo brillante que cubría el colchón y descubrió las notas de papel esparcidas sobre la cama. La mayoría eran sus apuntes y sus pesquisas, pero encima habían quedado sus últimas anotaciones. Pronto recordó cómo estúpidamente aquella misma tarde había escrito su propio nombre delante del título de duquesa de Azahara y señora de Carlos Ramírez de Aristarán en varias hojas adornadas de flores y corazones. ¿Se podría ser más tonta?

Esta vez sí dio un portazo antes de adentrarse con grandes sollozos en dirección al colchón.

—¡No permitiré que me trates como una obligación! —respondió acalorada María. A duras penas contuvo el deseo de retorcerse en el sillón donde se sentaba, situado frente al escritorio del despacho, y se esforzó en mantenerle la mirada al hombre sentado al otro lado de la mesa.

Él reprimió un bufido, pues antes de comenzar a hablar sabía que aquella iba a ser una conversación difícil. Había aprovechado que la mayoría de sus invitados y familiares estaban durmiendo la siesta para enviar a doña Mercedes a llamar a la muchacha.

—No eres una obligación, María. Te estoy pidiendo que seas mi esposa.

—No.

Si el destello de furia que detectaba en sus ojos negros era un indicio de algo, no le extrañaba que se mostrara tan encabezada. Aunque había pensado durante las horas de la mañana en los acontecimientos de la noche anterior, no acababa de recordar en qué momento preciso la dulce María, que se había derretido en sus brazos, se había convertido en esta arpia rencorosa. ¡Por todos los cielos, le estaba proponiendo convertirla en su duquesa, no en su querida!

—Voy a mantener mi ofrecimiento y voy a hablar con tu hermano, tal como te anuncié ayer. Vas a ser mi esposa. Ya he tomado esa decisión y nuestro encuentro de anoche no nos deja otra opción. Tú eres más joven y no conoces el mundo como yo, deja que decida lo que más te conviene, y espero que acates mi decisión en todo. ¿Queda claro?

—¿Y tú sabes que lo que más me conviene es aceptar tu generosa oferta? —replicó muy ofendida—. Además de algo torpe proponiendo matrimonio, demuestras una arrogancia pasmosa.

—¿Y cómo demonios piensas que debería haberte pedido matrimonio? —prosiguió—. ¿Arrodillado frente a ti y jurándote mi amor eterno? —concluyó, elevando una ceja en un gesto burlesco.

—Quizás hubiera sido un buen comienzo...

—¿Antes o después de follarte como a una furcia?

María se levantó de su asiento como un resorte, mirando a Carlos a los ojos. De forma inmediata, él fue consciente de que de nuevo ella lo había sacado de sus casillas de manera deplorable. Si había algo que no debería haber dicho, era precisamente eso. El problema era que, aunque arrepentido en el mismo instante de decir esa frase, le fue humanamente imposible retirarla.

—María, yo... lo siento. No sé qué me ha ocurrido, no he querido decir eso... Me has sacado de mis casillas. Yo no... —trató de explicarse, haciendo el gesto de acercarse hacia ella.

—No te preocupes —el brazo extendido de María, unido al rictus de su boca, evitó que diera un solo paso más en su dirección—, sé que no lo has querido decir. Siempre has sido demasiado caballero para decir todo lo que piensas; sin embargo, es evidente que pensarlo lo piensas —a juzgar por el modo en que los delicados dedos de María aferraban la falda con la mano libre, parecía que estuviese reprimiendo el impulso de agredirlo físicamente—. Gracias por su amable ofrecimiento, duque. Pero lo aprecio realmente y no le haría cargar con una furcia que hace salir de sus casillas a un hombre tan pausado. Si me disculpa —se dirigió hacia la puerta, pero justo antes de abrirla, se giró por última vez—. Para que quede claro, permíteme que te diga que no tengo intenciones de casarme por razones tan absurdas como la supuesta posibilidad de la existencia de un niño o la pérdida de algo que no me parece importante y he dado con gusto. No lo haré ni contigo ni con nadie —le informó—. Nunca ha estado en mi cabeza la idea de casarme por cumplir con la sociedad. Y desde luego, no obligaría a nadie a cargar conmigo. Si alguna vez encuentro a alguien que me aprecie por lo que soy y yo ame, ten por seguro que no tendrá que pedir mi mano arrodillado frente a mí.

Carlos, aún enfadado consigo mismo por su indiscutible pérdida de modales, palideció ante el evidente rapapolvo que estaba recibiendo. Los ojos de María brillaban como piedras preciosas, no supo si conteniendo el llanto por el daño que él evidentemente le había producido con su desafortunada frase.

—María, si esto se sabe no será fácil para ti.

—Confío en tu honestidad como caballero. Si tú no dices nada, y yo tampoco, solo un posible marido sabría lo que ha sucedido entre nosotros.

—Me da igual lo que digas. Pienso hablar con tu hermano, tal vez él haga que cambies de opinión.

—No se trata de un capricho, Carlo, y con tu actitud solo producirás dolor y malestar entre nosotros tres.

—No tengo paciencia para juegos y mi conciencia no me permite ignorar lo que ha ocurrido. Haré lo que me dicta mi razón y esperaré a que aceptes mi proposición cuando te lo vuelva a pedir después de hablar con él.

—Si vas a usar el mismo encanto que en esta ocasión, ahórranos el bochorno mutuo.

—¡Cielos, María!, ya te he pedido perdón por lo que te he dicho...

—Y yo te lo he dado. No esperes que además lo olvide, ya que me temo que tú no lo haces ni lo harás. Supongo que no puedes evitar sentir que te has metido en una trampa, pero creo que estoy en mi derecho de ser consciente de cuál es la causa y la realidad de tu ofrecimiento. ¿Lo entiendes?

—Te equivocas, no es así como siento y como te veo, María, y tú lo deberías saber. Eres alguien importante para mí, tú y toda tu familia. Te respeto, aunque es evidente que no lo he demostrado, y sería afortunado de ser tu marido. ¿No te has visto en un espejo?, cualquier hombre sería afortunado de tenerte como esposa.

—Te agradezco tus palabras, pero no quiero un hombre afortunado, quiero un hombre... —luego, agitó la cabeza antes de abrir la puerta sin terminar la frase.

—¿Un hombre qué?, ¿más joven?, ¿más rico?, ¿más divertido?, ¿más atractivo?

—Más enamorado —contestó ella en un susurro inaudible que ni siquiera llegó a oír ella misma antes de cerrar la puerta tras de sí—. Solo algo enamorado.

*Cádiz, 22 de julio de 1817*

Eran las once de la noche, y desde la terraza que bajaba hasta el jardín de rosas, Carlos pudo oír el repicar de cada una de las campanadas del antiguo carrillón francés del salón. Junto a él, la figura elegante y hermosa de la señorita Martínez era un regalo para la vista, resplandeciente en su bello vestido color verde agua que dejaba al aire los hombros y una buena cantidad del generoso pecho. Hacía mucho calor y la mujer lo había mirado unos minutos antes con evidente interés.

Aquella misión de entretener a la muchacha podría parecer merecedora de envidia, y lo cierto es que hubiera sido fácil si solo se le hubiera encargado mirarla, pero no, se suponía que tenía que esforzarse y, como buen anfitrión, entretenerla hablando de forma atenta y amena. Carlos pensaba esforzarse y cumplir, al menos durante la media hora de cortesía que le había rogado la marquesa.

Lo había intentado, sabía el cielo que lo había hecho. De sus labios no habían cesado de salir frases educadas, en una tentativa de iniciar una conversación mínimamente inteligible, ya que inteligente era imposible a juzgar por la respuesta recibida por parte de su interlocutora.

—Hoy es domingo —dijo el hombre, por acabar con el silencio continuado de más de tres minutos.

—Mañana, lunes —añadió la muchacha, sin dejar de fijar la vista en el pasamanos de la terraza, al parecer poseedor de un atractivo elevado a juzgar por la cantidad de tiempo que llevaba acaparando la atención de la señorita Martínez.

No era la primera vez que Carlos había hecho esa tonta observación sobre el día de la semana; de hecho, había variantes con el mes, la estación del año e incluso las sucesiones de las comidas. Cualquier secuencia lógica era aceptable para el limitado entendimiento de la muchacha, y aseguraba que al menos respondiera enumerando el siguiente elemento de la serie sin demasiado esfuerzo. Las conversaciones con ella, desde que su madre los presentó hacía unos meses, se inclinaban siempre a la repetición.

—Así es —admitió él—. Y lo que es más interesante, pasado mañana martes —añadió con cierta guasa.

—¿Entonces, le gustan a usted los martes, excelencia?

—Debo confesar que prefiero los lunes, miércoles y viernes. Los martes son demasiado largos para mi gusto —Carlos esperó la respuesta de la muchacha en forma de sonrisa, ante el burdo chiste que acababa de hacer.

—¡Ahh! Lo cierto es que no había notado que eran más largos. Siempre había pensado que todos los días duraban igual, nadie me había advertido de que eso no era así.

—Santa Rita<sup>[30]</sup> —dijo el hombre, girando la cara hacia otro lado para evitar que ella le oyera— protégela —añadió entre dientes.

Una leve ráfaga de aire sopló desde su derecha. Carlos se entretuvo hurgando en el bolsillo de su chaleco hasta extraer su reloj y echar una subrepticia mirada a la hora: las once y cinco. ¡Tan solo habían transcurrido cinco minutos!

Al notar que ella parecía haber advertido su furtiva mirada, se apresuró a reanudar la conversación.

—Bueno... esto... creo que los científicos aún no lo han demostrado —dijo, volviendo a sacar el reloj ahora de forma más evidente—. Fíjese, por ejemplo, en las manillas del reloj. ¿Ha notado que unas veces parecen ir más lentas que otras?

—Así es, ¿también se ha dado cuenta su excelencia? —convino ella—. Por ejemplo, cuando voy a la ópera se detienen si cantan en alemán y corren cuando lo hacen en castellano...

—¿Le gusta la ópera? —interrogó él, creyendo poder sacar al menos un par de frases más de ese tema.

—No, realmente. Pero mi padre insiste en que debo ir a todos los estrenos. Él dice que es elegante entender de ópera. ¿Sabe lo que más me impresionó del último estreno que vi?

—¿Las voces?

—No, lo cierto es que me fijé poco; puse algo de atención en la música porque toco el piano, pero nunca algo tan elaborado como *La italiana en Argel*<sup>[31]</sup>.

—¿La vio usted en Sevilla?

—No, en esos días habíamos viajado a Madrid. Coincidimos con el estreno, y mi padre insistió.

—¿Estuvieron ustedes en el estreno de *La Italiana en Argel*?

—Sí, pero fui con mi tío Anselmo.

—¿El capellán? —preguntó él, para apurar el filón de la conversación un poco más.

—Sí, ese tío.

—Y, dígame, ¿qué le impresionó más?

—Al final de todo, recuerdo que el hijo de la primera cantante salió al escenario con un ramo de flores...

—Un detalle —comentó él.

—Pero, escuche lo más increíble: ¡se dirigió a ella en italiano!

—Creo recordar que la soprano era italiana...

—¡Sí, pero el niño no tendría más de seis años!

—¿Y...?

—¡Habla italiano perfectamente! Increíble, ¿no cree? —preguntó la muchacha con aspecto realmente impresionado.

—Sin duda alguna, debo decirle que esto es lo más increíble que he oído nunca...

—¿Verdad? Así lo pensé yo. Debo confesar que llevo casi diez años estudiando italiano y apenas pude entender lo que el muchacho le dijo. Es un idioma realmente difícil y me está costando mucho, sin embargo, lo preferí al francés. Ese sí que no se parece en nada.

—¿A qué no se parece, señorita?

—Pues a como se dicen las cosas, claro... fíjese —comenzó la mujer, envalentonándose por momentos— que llaman *maison* a una casa. Al menos los italianos lo dicen bien.

—¿Y bien es...?

—Casa, por supuesto, una casa es una casa, ¿no?

—Ciertamente.

—Eso digo yo. ¿A qué viene cambiar los nombres a las cosas que ya tienen uno?

—Esto... bien —comenzó de nuevo, conteniendo una carcajada—, así las personas inteligentes pueden presumir de conocer dos idiomas...

—Pero ha debido ser una tortura para ese pequeño ser obligado a aprender italiano a una edad tan tierna.

—Una tortura sin lugar a dudas —añadió Carlos, mordiéndose el carrillo derecho para evitar sonreír a la mujer que tenía ante él. Luego, desvió la vista hacia el bosque de pinos y acebuches que se internaba en la parte alta de la sierra que los rodeaba, conteniendo la carcajada que amenazaba en su garganta.

Respirando hondo, Carlos se concentró en contar las estrellas que eran visibles entre las dos laderas de las montañas que se abrían ante sus ojos; era eso o volver a pensar en la conversación que había acabado de protagonizar, lo que lo llevaría a una situación muy embarazosa.

—En fin... una bonita noche —habló de nuevo cuando llegó a la estrella número treinta y siete, consciente de que estaba a punto de producirse otro incómodo silencio—, parece que mañana tendremos un día soleado.

—Sí —dijo ella y añadió distraída—: mañana es el día de San Daniel y San Lorenzo. Creo que su...

Desde sus espaldas les llegaron los característicos pasos, acompasados al golpeteo del bastón, del marqués de Monteferro. Carlos y Carmen se giraron para descubrir que el hombre iba acompañado de María, ambos agarrados de la mano.

María había dormido muy poco desde que salió de la habitación de Carlos aquella misma madrugada y suponía que esa falta de sueño y la hora de llanto posterior, que no había podido evitar, se le reflejaban en la cara. Por esa razón había preferido no relacionarse demasiado con nadie durante el día, alegando un malestar estomacal. Entonces él la había citado en su despacho y habían tenido la conversación más desagradable que recordaba en toda su vida. Luego, había vuelto a su encierro, pero no había tenido más opción que obligarse a ir a cenar ante la posibilidad de que Carlos sospechara que ella le había dado demasiada importancia a lo ocurrido entre ellos.

Bien, no iba a permitir que se regodeara de su propia torpeza; sí, era cierto, estaba destrozada anímicamente, sin embargo, no iba a dejar que nadie lo notara, y menos aún ese tonto pomposo.

La cena, sentada estratégicamente, no sabía si por deseo del duque o de su madre, en el extremo opuesto a Carlos, había sido una tortura, viendo como la señorita Martínez coqueteaba descaradamente con él.

Pues que tuviera cuidado su excelencia. Con la facilidad que había demostrado para bajarse los pantalones, no le quedaba ninguna duda de que se beneficiaría a la señorita a la menor oportunidad y, evidentemente, en esa ocasión no tendría la suerte de librarse sin pasar por la iglesia como lo había hecho con ella misma.

Caminando de la mano de Marcos casi dio un respingo cuando comprobó que el lugar, en el que ella creía que iban a estar solos y tranquilos, ya estaba ocupado precisamente por la pareja en cuestión.

—Creo que deberíamos buscar otro lugar, Marco —le dijo, elevándose sobre las puntas de sus zapatos para intentar alcanzar, al menos, los hombros del hombre que la acompañaba, ya que le era imposible llegar a su oído—. Este ya tiene su pareja de tortolitos.

—¿Eso somos nosotros, querida?, ¿una pareja de tortolitos?

—No, pero quiero estar tranquila, sentada con alguien que no me pedirá una conversación inteligente ni forzada ni pretenderá besarme sin mi consentimiento.

—No alcanzo a entenderte. ¿Que no pretenderé besarte o que cuando lo haga tendré tu consentimiento?

—Gracias —soltó ella con una carcajada—. Tienes la habilidad de hacerme reír, aunque las tripas se me retuerzan de rabia.

—Así que, por lo que deduzco de tus palabras, la pareja de tortolitos son Carlos y la señorita Martínez, ¿me equivoco?

—Pocas veces lo haces, Marco.

—Ella no es nadie para Carlos, María —Marcos frenó el paso, haciendo que ambos enfrentaran sus rostros—. Siempre has sido una luchadora. ¿Vas a darte por vencida por alguien tan insignificante?

—Está claro que no la ves, si no, no dirías que es insignificante.

—Carlos también opina así.

—Pues que se ande con cuidado o tendrá a la insignificante para el resto de su vida —respondió ella.

—Calla, vamos a acercarnos. Creo sin temor a equivocarme que daremos una alegría a mi tontísimo hermano.

Ambos se giraron, de nuevo cogidos de la mano, para aproximarse hasta la baranda donde Carlos y Carmen habían dejado de conversar para observarlos atentamente. Carlos se irguió agarrándose a la barandilla tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos mientras observaba a la pareja que se acercaba. Ciego o no, mataría a su

hermano si lo volvía a ver tan cerca de María. Por fortuna, ambos se soltaron cuando estaban a unos pasos de distancia.

—Bonita luna, ¿no creen? —dijo con sorna el marqués.

—No entiendo cómo puedes saberlo —comentó Carlos con un deje de crueldad que a él mismo lo sorprendió.

—Siempre es hermosa al lado de una mujer como la que me acompaña, Carlos, aun cuando estuviera cubierta de nubes de tormenta.

—Sin duda, he de darte la razón.

—Así pues, y por lo que he oído de la señorita Martínez, tú deberías considerar también que hoy tenemos una luna maravillosa.

—Soy un caballero, Marcos. Para mí la compañía de cualquier mujer es un placer.

—Bien, yo creo que mi padre me estará buscando —la señorita Carmencita empezó a despedirse, incómoda al no entender muy bien la tensión que hasta ella era capaz de ver entre ambos hombres, y molesta por la presencia de la hermosísima mujer morena que acompañaba al marqués y que su padre le había advertido que sería su mayor rival en la lucha por las atenciones del duque.

La muchacha había pensado y ensayado de antemano con su padre las frases con las que se despediría del duque en el romántico escenario de la terraza, y las había reservado para el último momento. Era un discurso bello y pulido que le había llevado dos días memorizar. Pero no había contado con la presencia de dos espectadores, y menos aún esos en concreto: el maravilloso marqués, que siempre le sonreía y escuchaba dijera lo que dijera sin corregirla, al contrario de lo que hacían el resto de los hombres, y ante el cual hubiera dado un brazo por parecer inteligente e interesante; y la odiosa señorita Montes de Ossa, que la miraba como si le diera pena su persona. Algo absurdo, pues aunque había que reconocer que era muy bonita, ella no tenía nada que envidiarle a la andaluza.

—Me voy —fue lo único que acertó a salir de sus labios en el último momento. Y menos mal que lo acompañó con una graciosa reverencia hacia su excelencia.

El duque, algo asombrado por su repentina escapada, contestó en tono parecido.

La muchacha desapareció con inusitada rapidez por el extremo de la terraza.

—¡Por fin! —murmuró Carlos.

—Me temo que ella llevaba la misma cara de alivio cuando ha huido de tu compañía —añadió Marcos.

—¡Qué sabrás tú la cara que llevaba! —murmuró Carlos.

—Bien, hermano, ya que tú has tenido tu rato de tranquilidad con la bonita muchacha, te pediría que me concedieras a mí el mío con la mía —añadió, señalando con el gesto de su cara a la, en ese momento, sería María.

—Por supuesto. Buenas noches, María —Carlos se despidió de ambos con un gesto de cabeza, dirigiéndose hacia el interior con durísimas y ruidosas zancadas.

—¿Tiene algo para mí, inspector? —preguntó Marcos, acomodándose nuevamente contra los cojines de piel de vaca de su cama.

El otro hombre había subido tras él en cuanto los ruidos cesaron en los pasillos, y acababa de atravesar la puerta; de nuevo se asombró de la capacidad del marqués para reconocer a cada persona, aun sin ni siquiera oírlos decir una palabra.

—Claro, ¿no creerá que lo he seguido hasta su dormitorio con alguna otra intención perversa? —añadió con sorna el hombre.

Marcos no pudo evitar la sonrisa que acudió a sus labios. Los últimos días había conocido al hombre que se escondía detrás del serio inspector.

—Espero que no tenga ese tipo de intenciones. Quizás parezca un ciego indefenso, sin embargo, le advierto que, ante ciertos peligros, puedo actuar de forma letal.

—No se apure, señor. Aunque no voy a negar su aspecto atractivo, me temo que no es del tipo que prefiero.

—¡A Dios gracias! —mientras sonreía, el marqués se acomodó sobre la colcha elevando ambas piernas, aún calzadas con botas—. ¿Y bien?, si no es una noche de pasión lo que viene a ofrecerme, supongo que es información.

—Ya hace tres días que le informé sobre el señor Urquijo. ¿Cuánto tiempo más van a quedarse ahí, esperando su próximo movimiento?

—Supongo que hasta que me ofrezca pruebas más concluyentes que unos cuantos chismorreos de criados y un intercambio de confidencias en una habitación en penumbra. Me resulta un poco complicado presentar sus argumentos frente a mi hermano.

—¿Qué más prueba quiere? —el inspector hizo un movimiento con los hombros, sin recordar que el hombre que tenía delante no lo vería—. Pues está advertido. No me pida explicaciones si las cosas se le van de las manos. Solo tengo tres hombres a mi servicio, y, como sabe, solo yo puedo moverme casi libre por el interior del edificio.

—Son suficientes.

—No lo fueron durante la cacería, le recuerdo, señor.

—¿Va a cobrarme por los consejos de abuelita, caballero?

—Por supuesto, estoy a su servicio, así que cobro por todo.

—En ese caso, cuénteme de nuevo lo que oyó exactamente sobre su sospechoso número uno —Marcos se limitó a clavarle los ojos que él sabía inútiles, pero de tal forma que el hombre tuvo que detenerse unos instantes y tomar aire antes de comenzar a hablar de nuevo.

—Ya sabe que se encontró con el primo de su hermano, no una, sino dos veces.

—Llevamos encerrados en este cortijo muchos días, cualquiera de nosotros puede parecer sospechoso en un momento dado, y cualquiera de nosotros puede acabar haciendo una extraña amistad con alguien a quien, en principio, no le une ningún lazo.

—Cierto, pero ya le he contado lo que hablaron.

—Me ha contado parte de lo que logró oír y lo que usted supone que significaba —le recordó el marqués.

—Disculpe, señor, pero creí entender que también me pagaba para ello.

—Y lo hago, lo cual no quiere decir que deba estar de acuerdo con sus conclusiones —Marcos trató de sonreír. No pretendía cuestionar al hombre, simplemente le parecía que sus impresiones, aunque aparentemente acertadas, carecían de algo; aunque no fuera capaz de definir qué era ese algo.

—Bien, pues recordándole mis conclusiones... creí oírles hablar de su hermano y de la posibilidad de heredar el ducado por parte de don Manuel Ramírez de Arístarán, ya que el actual duque era «propenso a los accidentes» y «poco interesado en casarse a corto plazo», lo que «podría redundar en un nuevo duque».

—Cosa que es cierta, palabra por palabra. El señor Urquijo no hablaba de nada novedoso o desconocido; todo el mundo sabe quién es el heredero de mi hermano y todos han oído hablar de la mala fortuna que ronda al duque en los últimos tiempos. No voy a sospechar de nadie por elucubrarse sobre lo evidente.

—Pero el hombre le hizo prometer a don Manuel que estudiaría su inclusión en el proyecto si algo le ocurría a su hermano y el control pasaba a él. Además, está el tema de los pagarés.

—Que el Rey le debe dinero a los Urquijo no es una novedad. Lo han hecho todos los reyes del último siglo. No me extraña la existencia de esos pagarés, sin embargo, no voy a creer que los Urquijo hayan comprometido todos sus fondos con un personaje como Fernando[32]; no, son demasiado inteligentes y avaros para cometer tamaña tontería. Si me hablara de préstamos a Napoleón, podría pensarlo, sin embargo, nadie le prestaría más que lo socialmente correcto a nuestro Rey en el convencimiento de que no recibiría un real[33] de vuelta. No, créame cuando le digo que los Urquijo siguen siendo tan asquerosamente ricos como hace cien años.

*Cádiz, 23 de julio de 1817*

Esa noche tendría lugar una cena un poco menos formal seguida de un baile amenizado por un grupo de música popular. Como desde hacía dos semanas, el calor era abrumador, húmedo y agobiante, por lo que, nada más ocultarse el sol, todas las ventanas y puertas se abrieron para permitir que algo del frescor que traía la noche penetrara en el interior del edificio.

Se despejó el salón principal de muebles y se encendió cada una de las pequeñas velas de las grandes lámparas que colgaban del techo. Los miembros del grupo de

música comenzaron a animar el ambiente con sonidos rítmicos y alegres mientras los invitados iban apareciendo poco a poco por el lugar.

María bajó de las primeras, el nerviosismo y la angustia, que a pesar de sus esfuerzos seguían atrapados en su abdomen, no le permitían quedarse quieta ni un segundo en el mismo lugar; y ya llevaba casi toda la tarde dando paseos inútiles de un lado a otro de su dormitorio. Así que decidió que bajando podría distraerse, al menos hablando con los otros invitados.

Mientras caminaba hacia la mesa donde se encontraban las bebidas, situada en el extremo más alejado de la sala, localizó a Carlos conversando con su hermana Aurora; al parecer él también había sido de los primeros en presentarse por el lugar. Por fortuna se encontraba en el extremo opuesto de la habitación, junto a la puerta de entrada que acababa de cruzar ella misma, aunque en un ángulo en que era difícil verlo si no se giraba el rostro al entrar. El traje que vestía era elegante, no obstante no alcanzaba la categoría del que llevaría en un evento más oficial. De cualquier forma, él mismo o su sirviente, se había esmerado como de costumbre en anudar perfectamente el blanquísimo pañuelo de cuello, haciendo que presentara el mismo aspecto serio y espectacular de siempre.

Parada, apoyando la cadera sobre la mesa de las bebidas, María se entretuvo observando al hombre en el convencimiento de que él, o no la había visto aún, o pretendía ignorarla después de los últimos acontecimientos que habían compartido. De acuerdo, fuera cual fuera el motivo, ella no apartaría la vista; si le producía vergüenza o desazón mantenerle la mirada, que se fastidiara.

Poco a poco el grupo de Carlos y Aurora fue aumentando de número. Varios hombres y mujeres se habían ido deteniendo a su alrededor conforme atravesaban la puerta de entrada a la enorme habitación. María gruñó visiblemente cuando reconoció a la hermosa rubia de cuerpo escultural junto a él. Ella le hizo inclinarse con el gesto, y le susurró algo que hizo aflorar una pequeña sonrisa a los labios del hombre. La muchacha de la boa se había librado por los pelos de sus celos en el teatro de Cádiz, pero estaba claro que iba a matar a la boba de Carmencita Martínez antes de abandonar el cortijo.

Carlos continuó unos minutos conversando, o al menos asintiendo a lo que hablaban a su alrededor. Lentamente, giró el rostro hacia donde ella se encontraba y la observó en la distancia con serenidad. Sin ningún pudor, y de forma totalmente inapropiada para un hombre tan comedido, recorrió a la mujer con la mirada desde el cabello hasta los pies envueltos en las suaves chinelas de seda celeste que formaban conjunto con su sencillo vestido de noche. María le mantuvo la mirada cuando, de regreso en su recorrido, los ojos de ambos se encontraron. Asombrada, María distinguió la sonrisa del hombre, claramente sensual; un gesto que la hizo vibrar a pesar de encontrarse en el extremo opuesto de la habitación.

—¿Por qué te has ido tan pronto, María? Pensé que me avisarías para bajar juntas —murmuró Anabel junto a ella, haciendo que la muchacha se agitara sorprendida por su inesperada cercanía—. ¿Qué haces aquí sola? Todos están en el otro extremo del salón, con los anfitriones.

—Tenía sed —María le respondió con una sonrisa—. Hace un calor infernal.

—Pues mirando así al duque vas a hacer que te suba la temperatura, y a él también, me temo...

—No lo miraba.

—No, te lo comías con los ojos —le aseguró Anabel cuando ella se giró a enfrentar su rostro—. Y me temo que os debe haber visto media sala, entre ellos la señora marquesa, que parece no quitarte la vista de encima.

—Bobadas, tenía la mirada perdida, mientras pensaba, y me he cruzado con la suya, pero no he devorado a nadie...

—Eso espero.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿Qué bebes?, tiene buen aspecto.

Evitando seguir la conversación, María se giró para servirle a su hermana un vaso de limonada. De nuevo vueltas hacia la sala, ambas se entretuvieron unos minutos repasando a los asistentes.

—Ahí está el conde... otra vez con esa peluca anticuada.

—Y pijoza, te prometo que he visto cositas negras caminando sobre ella —aseguró María.

—¿Cositas negras?

—Sí, con al menos seis patas cada una...

—¡Cielos, qué asco!, no voy a volver a bailar con él, me pondría a rascarme todo el resto de la noche solo con pensarlo...

—Ah, eso sí que no... —dijo María—. Vamos a repartirnos sus atenciones, al fin y al cabo Andrés también es tu hermano.

Anabel le respondió con una mueca en réplica y la tomó del codo para comenzar a andar por el salón.

—Pero recuerda que tú eres la mayor, querida, y te sugiero... —la voz de Anabel se silenció cuando observó al hombre parado ante ellas.

—Buenas noches, señoritas Montes de Ossa —Carlos saludó a ambas con un gesto de cabeza—. Como habéis comprobado, la marquesa ha contratado a un grupo de música. Estaría encantado si ambas me reservarais al menos una pieza esta noche —aunque habló en dirección a la hermana más pequeña, su mirada acabó sobre los ojos de la mayor.

—La noche acaba de empezar, Carlo, has sido rápido en pedir tu turno... —le recordó Anabel—. Estaré encantada de bailar contigo, y supongo que mi hermana también.

—Muy bien, vendré a pedir mis bailes, no os vayáis demasiado lejos ninguna de las dos —en ese instante, los primeros compases de un pasodoble comenzaron a surgir—. Bueno, parece que podré cobrarme inmediatamente el primero, ¿quién abrirá el baile conmigo?

—Te pido que me disculpes —dijo María, intentando controlar el nerviosismo que de súbito la asaltó—. Debo reunirme con... el marqués... me pidió el primer baile antes... —y con esa mentira flagrante, se alejó lo más rápido que pudo.

—¿Bailamos, excelencia? —Anabel sonrió con cierta vergüenza al hombre parado ante ella, tratando de disculpar la rudeza de su hermana.

—Por supuesto —Carlos tomó una visible bocanada de aire, antes de ofrecer los brazos a la muchacha y dirigirse ambos hacia el centro de la improvisada pista, donde varias parejas habían empezado la danza.

—¿Hay algo que deba saber, Carlo? —preguntó la muchacha, mientras daban el primer paso lateral.

—¿Aparte de los pasos del pasodoble? No ¿Por qué?

—Nunca había visto a María huir de ninguna confrontación... Solo me preguntaba si me había perdido algo.

—Yo tampoco la he visto huir nunca...

—¿Entonces? —inquirió la muchacha.

—Deja que se relaje un poco. No quiero forzar nada, pero te aseguro que si necesito ayuda, esperaré contar con la tuya.

—¿Y enfrentarme a María?

—Ya, comprendo que es una petición absurda...

—No, nada de eso. No sé si hablamos de lo mismo, aunque conociéndote solo podrías hablar de lo que pienso —añadió la muchacha— pero cuentas con mi total apoyo y ayuda. Ella es magnífica, sin embargo, tiene miedo de acercarse a alguien demasiado...

—Sí, realmente María es una fuerza de la naturaleza...

—Así es, ella nunca hace nada a medias. Cuando odia o cuando ama lo hace con toda sus consecuencias y con todo su ser. ¿Sabes? Una vez ella puso todo su corazón y su alma en alguien que la defraudó totalmente...

—¡Menudo idiota!

—No sabes cuánto... Te lo advierto, voy ayudarte Carlo, pero si alguien vuelve a hacerle daño, quizás sea yo quien me convierta en una fuerza de la naturaleza.

—Lo sé, no será necesario.

Anabel no insistió en la conversación, conocía la fama de silencioso del hombre y suponía que aquella noche ellos dos ya habían hablado casi lo mismo que en los últimos diez años. Así que dejó que la hiciera girar en la danza con su acostumbrada elegancia, anotando en su mente la necesidad de torturar a María si era necesario en la búsqueda de respuestas.

Aunque María había logrado eludir al conde Ricard en lo que iba de noche, pensó que sus minutos de tranquilidad estaban contados. El hombre había corrido prácticamente hacia ella en cinco ocasiones tras el último compás de una pieza, para solicitar su turno de baile. Hasta ese momento, ella había logrado escabullirse asaltando, prácticamente, al primer caballero que pasaba por su lado. Sabía que era una actitud poco femenina obligar a un caballero a bailar con ella, pero temía realmente los avances del anciano después de su último encuentro nocturno. Por desgracia, los últimos pasos de la pieza actual estaban sonando, y el conde se había situado estratégicamente a su espalda aguardando su turno. María sintió ganas de entornar los ojos mientras hacía una reverencia al señor Urquijo, que en ese momento la saludaba en medio de la pista para abandonar su compañía tras el baile. La posibilidad de huida era inexistente, sin embargo, no pudo reprimir el instinto de mirar a derecha e izquierda buscando alguna salida.

—¿Querida? —don José Gandulfo se adelantó con aire afectado para reunirse con ella, disfrutando claramente de su papel de caballero aristocrático. Hasta sacó de su levita un engalanado pañuelo, ribeteado de encajes, para sacudirlo al aire, mientras hacía una inclinación demasiado baja en medio de una nube nauseabunda de perfume barato, que para nada cubría el rancio olor corporal que siempre lo acompañaba.

—Caballero —acertó a decir María, sofocando las arcadas por el olor y la vista de la estafalaria peluca.

—Vengo a preguntarle si es posible que me conceda esta pieza, mi señora.

—Un placer, caballero —mintió María. El pañuelo volvió a flotar frente a ella, así como la sonrisa del anciano, que de nuevo la devoró descaradamente con los ojos, mientras la agarraba con excesiva fuerza para un hombre tan anciano y aparentemente débil.

—Llevo toda la noche esperando este momento —murmuró él, más cerca de lo deseable por la muchacha—. Creo que se trata de una prueba que me ha impuesto usted, para comprobar si realmente soy mi fiel... ¡Oh, que coincidencia fortunada, un pasodoble!

—¡Afortunada ciertamente! —repitió ella, maldiciendo para sí misma como no recordaba haber hecho en los últimos diez años. Aquella era con diferencia la pieza más larga que podían tocar, sin hablar de lo cerca que tendría que estar del hombre.

Tras varios minutos de tortura, que a ella le parecieron horas, y tras oír tres absurdas y mal rimadas poesías a sus ojos, labios y cabello respectivamente, por fin, tras una eternidad la música se detuvo.

—Me temo que nuestro momento ha acabado. He de repartir mis bailes por el resto de las invitadas, pero volveré para reclamarle uno más, cuando cumpla mi deber de caballero con las damas presentes, querida mía.

—Y yo lo esperaré con ansia, señor —mintió de nuevo y por segunda vez.

—¿Es este mi turno? —oyó sobre su nuca después de ver que el conde la dejaba para torturar a su próxima víctima.

Antes de girarse María respiró hondo, trató de serenar el pulso y tragó el nudo que de pronto se le formó en la garganta. Ya debería estar acostumbrada a la respuesta de su cuerpo en cuanto oía la voz del hombre, sin embargo, sus músculos seguían tensándose. María volvió a inspirar antes de volverse.

—Creo... creo que quizás no deberíamos...

—¿No deberíamos? —repitió Carlos—. ¿Acaso temes que te vuelva a pisar los mismos dedos que el conde?

—Te equivocas —contestó ella, recuperando el pulso y obsequiándolo con una sonrisa—. Llevo meses soportándolo y ya he aprendido a esquivar sus pisotones; no sé si podré hacer lo mismo contigo.

—¿Te arriesgarás?

—No estoy segura de que...

—¡Cobarde!

—¿Yo?, tal vez seas tú quien sufra los pisotones.

—Entonces seré quien se arriesgue —añadió él, ofreciéndole ambos brazos.

María, que otra vez se reprendía por disfrutar de tenerlo cerca, le dirigió otra sonrisa. Sintiendo como una tonta de nuevo, no pudo evitar que su corazón comenzara a golpearle el pecho con un ímpetu exagerado. Abochornada, desvió la mirada hacia el tórax del hombre; no podía dejar que viera lo que su rostro podía revelar.

—¿Estás bien, María?

La muchacha no apartó la vista del blanco pañuelo que el hombre lucía anudado sobre el cuello.

—Sí... pensaba en el conde —mintió, por tercera vez en pocos minutos.

—¿En el conde? —susurró él sobre su pelo—. Ahora mírame, y dime que ese carcamal no te ha dicho nada impropio.

María alzó la vista y el rostro. Reprimió el placer que le producía contemplar los ojos pardos del hombre, cuyas oscuras cejas se arqueaban con interrogación. Sin apartar la mirada, Carlos seguía ejecutando con precisión los tiempos del baile. Tal y como María sabía, él era un buen bailarín que, al igual que toda tarea que hacía en la vida, ejecutaba cada paso con precisión, sin permitir errores, obligándola a seguirle el ritmo con la mano que había anclado con firmeza en la base de su espalda.

—¿Y bien?, ¿tengo que matar definitivamente al conde?

—¡Oh, calla!, deja que disfrute del baile.

María sintió que aquello que hacían sus cuerpos volvía a ser hermoso. Era demasiado natural, perfecto de nuevo; y aunque no había aparentemente nada erótico en aquella danza, sus cuerpos se movían de nuevo en armonía, como si hubieran bailado juntos cientos de veces antes. Sencillo, natural y hermoso, así que permitió que los minutos pasaran en silencio. María se sentía tan a gusto que casi dejó escapar una risa.

—¿A qué se debe esa sonrisa en tu rostro?, ¿a mi baile o a tus pensamientos sobre el conde?

—Al conde, por supuesto.

—Ya me lo temía. Ese don José es un rompecorazones que deja huella por donde pasa —añadió él con sorna—. ¿Qué te decía al oído mientras te miraba el escote?

—¿Me ha mirado el escote? —dijo ella, fingiendo sorpresa.

—Casi se ha caído dentro. ¿Y bien?

—No te lo vas a creer, pero me ha pedido que el próximo día no lleve zapatos de tacón. Supongo que pretende tener mejor panorámica de la que goza ahora. Y me ha preguntado si todo era de verdad.

—Lo cierto es que yo también me lo preguntaba hasta hace unos días.

—Supongo que tus preguntas quedaron suficientemente contestadas —con un gesto travieso, María dirigió la conversación hacia temas menos íntimos—. Carlo, creo que debemos hablar de tus accidentes.

—No hay por qué preocuparse. Marcos, Andrés y yo lo tenemos controlado. Pronto descubriremos si hay alguien tras ellos.

—Insisto en que no me gusta esa idea de servirte como cebo. Marco me contó que habíais invitado a los principales sospechosos. Si se os va de las manos... Ya sabes lo que estuvo a punto de pasar en la montería.

—Ya hablaré con el bocazas de mi hermano. Y te dije que lo de la cacería fue un accidente, y una imprudencia por supuesto. Es evidente que sus familiares deberían vigilar más de cerca al conde.

—Nunca le he visto con ninguno de ellos. Ya sé que no tiene hijos, pero ¿tampoco sobrinos? —preguntó María, recordando que además de un pesado, siempre había considerado a don José un ser triste y solitario, al que nunca oía hablar de parientes o amigos, solo de caballos.

—No se habla con ellos. Son cuatro, hijos de sus dos difuntos hermanos. Sin embargo, no se tratan. Las malas lenguas dicen que el hombre no se fía y no permite que se le acerquen, además, al parecer los ha desheredado de cualquier herencia que no vaya aparejada al título de conde, que, por supuesto, irá a parar al mayor de ellos.

—Pobre hombre —añadió ella con gesto compungido.

—Deja de preocuparte por todo el mundo. Bailemos —Carlos sacudió la cabeza con un gesto que claramente zanjaba la conversación.

Para consternación de María, el baile terminó antes de que ella pudiera protestar. Carlos la acompañó hasta un lateral. Con cierta confusión, la muchacha se dio cuenta de que aún sujetaba la mano del hombre, reteniéndola más tiempo de lo razonable entre las suyas. En respuesta, Carlos, alargó el brazo libre hasta rodearle la cintura y sus dedos se extendieron sobre su cadera, en un gesto claro de mantenerla junto a él. Tensándose de pronto, el hombre miró a su alrededor, dándose cuenta del lugar

concurrido en el que se encontraban. Algo que ella había empezado a olvidar por completo.

—Ya hablaremos luego, María —dijo él, antes de separarse para dirigirse hacia la otra punta de la habitación.

Mientras Carlos caminaba de un lado a otro del despacho, Marcos, sentado en uno de los sillones orejeros que custodiaban la mesa de lectura junto a la ventana, se limitaba a hacer girar entre sus dedos el largo bastón, apoyado sobre la punta de los dedos de su pie derecho. La amplia ventana, situada a la espalda del marqués, permanecía abierta desde que ellos habían entrado en la habitación y, en cada uno de sus paseos, Carlos dejaba que su vista se perdiera sobre el horizonte. Con un gruñido que le fue imposible reprimir, se sentó pesadamente en la silla tras su austero escritorio de madera negra. Ese era uno de los pocos muebles que había añadido a la casa desde que era suya.

—¿Qué es lo que te molesta? —preguntó Marcos, dejando su bastón apoyado sobre el brazo del sillón en que se encontraba.

—¿Te he comentado que anoche no pude dormir?

—¿El hombre impasible? —preguntó con asombro su hermano—. Vaya sorpresa, creía que nada haría temblar esa mano firme...

—No seas tonto, no me lo impidió el miedo. Estuve pensando toda la noche. Solo hay alguien que lo ganaría todo con mi muerte: el ducado, el negocio del canal, las haciendas. ¿Cómo puede ser todo tan evidente?

—Puede que estemos negándonos la verdad y que finalmente tengamos al asesino ante nosotros, simple y llanamente.

Carlos guardó silencio durante un momento, asimilando aquello.

—No.

—¿No puede ser tan sencillo?

—Ese no es el tema. Pobremanué... todo apunta a él: estaba en los alrededores en cada accidente, tiene problemas financieros, no creo que me tenga en mucha consideración desde que éramos niños y, sin embargo...

—Digamos que él se topa con el accidente perfecto: un loco y senil conde que apunta a su único y principal obstáculo para acceder a todo. ¿Y qué hace el hombre?: se juega la vida para arrebatarse el mosquete.

—De acuerdo, primera posibilidad: Pobremanué es un asesino. Entonces todo se aclararía y solo tendríamos que dedicarnos a tenerlo vigilado. ¿Sigue tu hombre pendiente del conde? —indagó Carlos.

—Ya no, al parecer estas noches el anciano solo ha bajado a beber para regresar a su cuarto ebrio y caer como un tronco sobre la cama. Ahora se ha centrado en Martínez. ¿Y cuál es la segunda posibilidad?

—Pobremanué no es un asesino. Como tú mismo has dicho, dejé pasar la oportunidad perfecta.

—Eso lo hace entonces una víctima; el asesino pretende hacernos creer que es él para desviar nuestra atención —razonó Marcos, volviendo a tomar el bastón entre sus manos. Sabía que aquel movimiento acompasado le ayudaría a concentrarse.

—De acuerdo, por lo tanto volvemos a tener media docena de sospechosos.

—Pero solo Pobremanué estaba en todos los escenarios.

—He pensado que nadie sabía que yo volvería a la hacienda cuando tuve el accidente del caballo. De hecho, yo no debía estar allí.

Marcos parpadeó.

—Eso es cierto. Se suponía que debías estar en Cádiz hasta esa misma noche.

—Y tampoco estaba previsto que abandonara el Palacio de Marte en Aranjuez la noche de Reyes; dije durante el desayuno que asistiría a la cena delante de todos los invitados de los condes de Monteverde.

—A menos que alguien te estuviera siguiendo en cada ocasión...

—¿Y avisar con tiempo a un asesino o preparar un accidente? No, fueron acciones que realicé sin premeditación, y no creo que nadie las hubiera predicho con antelación. Además, ya sabes cómo monto a caballo, pocos hombres me habrían mantenido el ritmo durante las horas que tardé en llegar a cada uno de los lugares.

—¿Crees que hay más de un asesino? —esta vez, fue Marcos quien, poniéndose en pie, recorrió la larga habitación—. Eso aclararía que no encontráramos a ningún otro de los sospechosos en todos los escenarios.

—Sí, eso estoy pensando. Me temo que hay dos personas maniobrando para acabar conmigo, y ahora debemos buscar a ambos socios.

—¿Quizás el mismo tándem que intenta estafar a los invitados con tus propias cartas?

—Muy probable... En ambos casos han demostrado coordinarse perfectamente.

—En ese caso, busquemos a ese par de tramposos y tal vez hallemos a nuestros asesinos —acabó Marcos.

[30] Santa patrona de los casos difíciles y desesperados.

[31] La italiana en Argel (*L'italiana in Algeri*) es una ópera en dos actos con música de Gioachino Rossini.

[32] Fernando VII, Rey de España.

[33] El real español era una moneda de plata de 3,35 gramos que empezó a circular en Castilla en el siglo XIV y fue la base del sistema monetario español hasta mediados del siglo XIX.

## Capítulo 17

### Hay que mirar bien

Cádiz, 24 de julio de 1817

María contempló las recias puertas dobles que daban a la biblioteca y se preguntó si no estaría perdiendo el tiempo de nuevo. Carlos había intentado dos veces hablar seriamente con ella, y esta sería la tercera. Sabía que ya no tenía más excusas para posponer la charla y temía lo que de nuevo oiría: el deber, la honra, la lealtad a su amigo y su obligación como duque de engendrar al menos un hijo varón. Bobadas.

Amor, pasión, incluso amistad hacia ella serían argumentos válidos para tentarla a escuchar siquiera su nueva propuesta; pero ni por asomo habían pasado esos conceptos por la boca del hombre. Decidió que cuanto antes acabara con aquel trámite, antes podría salir al campo, ir al río y entretenerse lanzando piedras sobre su superficie; cosa que había descubierto tenía el poder de calmarle relativamente los nervios si no podía, como realmente deseaba durante los últimos tiempos, golpear a alguien. Se adentró en la habitación sin llamar, vistiendo su máscara más elegante y dura de altiva dama española.

Los ojos pardos de Carlos se cruzaron con los de ella nada más entrar en la habitación. El hombre levantó la vista, para luego erguir todo el cuerpo y abandonar la amplia mesa central de la sala de lectura en dirección a ella.

—Me pediste que viniera —dijo ella, antes de que él acabara de rodear la mesa—, pero si estás ocupado, puedo volver más tarde —añadió, señalando el cúmulo de papeles sobre los que él parecía haber estado trabajando.

Por unos momentos la muchacha se fijó insolentemente en los ojos del hombre. Extraño que nunca lo hubiera hecho de ese modo; siempre lo había mirado, cierto, pero nunca con tal descaro apreciativo, al menos durante los últimos doce años.

Bueno, para qué disimular, él ya sabía que ella no era más que otra tonta enamorada del imponente duque.

No se había dado cuenta de que cruzaron con los ojos tan fascinantes, no por su color, sino más bien por la inteligencia que rezumaban, observándolo, viéndolo y evaluándolo todo. Debería replantearse la afirmación de Andrés de que él había sido un espía durante la guerra de Independencia.

Sin amedrentarse, y ante el habitual silencio del hombre, continuó con el examen observando en conjunto su cara; un rostro que le volvió a parecer rotundamente atractivo. Tenía unas mejillas levemente marcadas, un mentón firme, y unos labios estrechos que permanecían fruncidos soportando su escrutinio, nariz afilada y recta, pómulos angulosos, y unas cejas oscuras, gruesas y expresivas. El pelo, de un tono azabache, lo llevaba algo largo, lacio y peinado hacia los lados, con algunos mechones que le caían sobre la frente. De hecho, con un gesto instintivo, tal vez obligado por la fuerza de la mirada de la mujer, se colocó tras la oreja uno más largo que le caía sobre la mejilla derecha.

—Gracias por venir, María. Ya sabes lo que quiero hablar contigo. Andrés vendrá...

Antes de poder terminar la frase, la muchacha caminó erguida hacia él, adelantando su mano derecha en un gesto con el que claramente le pedía silencio.

—¡No voy a volver a hablar del tema! Ay —ante la mirada atónita del hombre, y el asombro patente en el rostro de la muchacha, el tobillo derecho de María se dobló mientras intentaba dirigirse hacia él pretendiendo rebosar gracia, elegancia, señorío y orgullo.

En dos pasos torpes, desaliñados, toscos y vulgares, acabó enterrando la boca en el pañuelo almidonado de Carlos y el puño cerrado que acababa de adelantar entre sus piernas.

—¡Ay! —coreó Carlos a modo de eco de la mujer, a la vez que trataba de sujetarla con uno de sus brazos, evitando que cayera al suelo, mientras con el otro apartaba el puño que se le había acomodado tan dolorosamente en sus partes nobles—. Deja que te siente en esa butaca —casi siseó, conteniendo el grito de angustia que de verdad quería dar.

—Lo siento, yo... He debido tropezar con esa arruga en la alfombra... —ella señaló un diminuto frunce en la elegante moqueta. Mientras, Carlos la sujetaba por la cintura con las pocas fuerzas que le quedaban, y ella alzaba el dolorido pie y contenía el aliento, dando saltos para alcanzar la butaca a su derecha—. ¿Te he hecho daño?

—Querida, esa es la pregunta más tonta que he oído en la vida —comentó él con voz ronca—, pero supongo que en unos minutos perderé las ganas de aullar que ahora me hacen hablar con esta voz... Aunque, me temo que esto empieza a parecer rutinario cuando estás cerca.

Antes de marcharse a Europa durante la guerra de Independencia, Pobremanué había tomado la costumbre de pasear cada mañana durante una media hora, fumando la única pipa de tabaco que se permitía a lo largo del día. No le gustaba especialmente fumar, y solo se daba ese capricho, más que por el sabor del tabaco, por la sensación de tranquilidad que le producía tenerla entre sus dedos y exhalar el humo de rato en rato mientras caminaba.

Esa mañana ya estaba de vuelta de su paseo diario y bajaba por el camino que llegaba desde el monte de alcornoques, que crecía cercano hasta el lateral de la casa principal de Valleflorado.

Observando la enclada fachada, por unos instantes conjeturó que aquella podría haber llegado a ser su casa. Cosa que no fue tan difícil de imaginar, ya que su madre se encargaba de tanto en tanto de recordarle lo que había perdido por la «pereza» de su padre. Ahora, además, echaba de menos la finca que él mismo tenía en Jerez, una ciudad a solo unas horas a caballo de allí. Por desgracia, durante la guerra había tenido que deshacerse de ella y algunas otras haciendas. En fin, esperaba que pronto su suerte cambiara definitivamente a mejor y consiguiera al menos parte de lo que había ido a buscar a aquella cacería.

Fue en esos instantes cuando levantó la cabeza del suelo y la giró tropezándose con la enorme ventana de la biblioteca, y las dos figuras que ocupaban el centro de la misma. Aun sin pensar que aquello era básicamente espiar a su primo y a la señorita Montes de Ossa, el hombre se quedó petrificado ante lo que veía.

La muchacha estaba sentada en una de las butacas con la falda descaradamente elevada muy por encima de las rodillas, mientras su primo, arrodillado frente a ella, con una mano le tomaba un pie y con la otra él se... él se... ¡él se frotaba la entrepierna!

Abochornado, y aún incapaz de apartar la vista, trató de oír lo que decían, si es que acaso hablaban, claro. En pocos instantes comprendió que el sonido no llegaba a través de los vidrios cerrados de las ventanas. Inquieto, dio un par de pasos adelantándose hacia la ventana, para volver a retroceder, desechando en un gesto nervioso los rescoldos de la pipa, y observó la ventana del cuarto de al lado. Vagamente recordó que era el despacho de Carlos. Rápidamente, su mente se puso a tratar de atar cabos; luego, vio lo que realmente buscaba y actuó; después, corrió hacia el interior del edificio.

Carlos, todavía tratando de acomodar su dolorido órgano, había apoyado una rodilla en el suelo y estaba intentando no perder su caballerosidad y ayudar a la muchacha, desatándole la cinta que le aseguraba el zapato. Después de quitárselo, le tanteó el tobillo buscando alguna hinchazón. No, decididamente ella había recibido el menor de los daños.

Le colocó la palma de la mano bajo la planta protegida por la media y le sujetó el talón con la otra mano, mientras ella elevaba la falda mostrándole una buena cantidad de pierna.

—Necesito que lo subas un poco —le pidió él, intentando fijar su mirada en el pie de la muchacha, y olvidándose del dolor entre las piernas que aún le hacía contener la respiración.

María, algo asombrada por su actitud, aunque emocionada por las ganas de jugueteo que al parecer mostraba el hombre, subió otro palmo la falda.

—¿Puedes subir algo más, María?

De nuevo obedeció, llevando el baje de la falda hasta casi las caderas, soltando una risilla nerviosa.

—Un poco más, así no puedo ver...

—¿Qué demonios quieres ver a estas horas y en medio de la biblioteca? —preguntó ella, llamando la atención del hombre sobre sus muslos, descubiertos hasta las ingles y vestidos tan solo con las medias y la ropa interior.

—Gracias, querida. Te agradezco la vista, pero te estaba pidiendo que elevaras el pie un poco, para ver mejor el tobillo, no que subieras la falda.

—Bien, creo que sobreviviré, no hace falta que sigas mirando, sea lo que sea que estuvieras mirando —dijo con voz chillona mientras volvía a cubrirse hasta los tobillos con gesto molesto.

En ese instante en que, gracias a los cielos, su falda alcanzaba el punto más bajo, la puerta se abrió dejando ver los rostros asombrados de Mariano y Pobremanué, y de un extrañado Marcos que solo atinó a preguntar.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué os habéis llamado de repente, primo? ¿Acaso me estoy perdiendo algo escabroso?

Cambiando la postura, que de pronto le pareció absolutamente reveladora de una romántica petición de mano, Carlos se elevó despegando la rodilla que tenía hincada en el suelo y carraspeó hacia los hombres que acababan de llegar.

—Bien, la señorita se ha doblado el tobillo y... y o solo trataba de examinarlo —aclaró.

—No hacía falta que dieras detalles, nadie se iba a creer que alguien tan seco y soso hiciera algo tan romántico —apuntó ella con cierto resquemor.

—Bueno lo cierto es que yo sí tenía previsto...

—Tienes que ir con Mariano y entrar en el despacho, Carlos —cortó Marcos—. Manuel ha visto a alguien trasteando en él, y es evidente que no eres tú. Yo me quedaré con María.

Sin esperar mucha más explicación, y seguido por Pobremanué y Mariano, Carlos se dirigió hacia su despacho, abandonando a una sorprendida María que renegó por no poder seguir el paso de los hombres e indagar ella también.

El empleado le abrió la puerta con su llave antes de que él acertara a extraer la suya propia del bolsillo de la chaqueta. Esa habitación, junto con la valiosa bodega, eran las únicas estancias que permanecían cerradas e inaccesibles para los invitados durante la cacería.

Entraron los tres hombres, y Carlos miró interrogativamente a su primo.

—¿Dónde dices que viste la sombra, Manuel?

—Sobre el escritorio principal. De hecho, creo que es casi la única zona visible desde el exterior —añadió, señalando la amplia ventana que daba a los jardines, y que en ese momento permanecía con ambos postigos entreabiertos.

—¿Han tocado algo, señor? —preguntó el mayordomo, adelantándose hacia el centro de la estancia.

—No puedo decirlo, como ve todo parece perfectamente ordenado... —explicó Carlos—. En cualquier caso no hay nada interesante en este lugar. Mis papeles más importantes no están en esta casa como comprenderán, no suelo estar aquí mucho tiempo. Me sorprende que alguien quiera algo de aquí, de hecho, podría dejar la puerta sin cerrar sin ninguna preocupación, no hay nada de valor o interesante para nadie. Haga el favor de avisar a mi hermano, Mariano.

—¿Tu hermano? —preguntó extrañado Pobremanué—. Tu hermano puede ser de poca ayuda, me temo.

—Te sorprenderías, Manuel. Si alguien puede ver algo raro en esta habitación con la suficiente claridad, ese es Marcos. Vaya a buscarlo —insistió en dirección al mayordomo. En cuanto Mariano salió, Carlos se giró de nuevo a su primo—. Manuel... aún no he tenido la oportunidad de agradecerte lo que hiciste por mí en la cacería...

—¿Te referes a evitar que ese chiflado nos volara la cabeza a cualquiera de nosotros? —preguntó el hombre con cierta sorna—. No hay de qué, realmente estaba salvando mi pellejo y el de la bonita señorita Montes de Ossa. Tu rescate fue solo un... efecto colateral —añadió con un gesto de la mano.

—Gracias de cualquier forma.

—Estoy seguro de que conociéndote tú hubieras hecho lo mismo, hasta para salvar al gato de tu madre.

—Bueno, al de mi hermano tal vez, pero a esa fiera de «la otra Susana»... ¿Cómo está tu mano? Oí que el conde fue duro de reducir y te doblaste la muñeca.

—No es nada, aunque supongo que la mantendré vendada un par de semanas, hasta que baje la hinchazón —dijo el hombre, levantando el puño de la camisa para mostrar el trozo de algodón que ataba su muñeca.

Mientras esperaban al empleado, Carlos se dirigió hacia la ventana. Lo primero que le llamó la atención fueron los cristales abiertos. Él nunca dejaba así esa habitación, siempre tenía papeles sueltos sobre la mesa y cualquier leve brisa haría que estos volaran por todo el lugar.

—Siempre está cerrada —dijo, señalando la ventana.

—¿Algún criado?

—Nadie entra si no estoy yo o el mayordomo. No me gusta que trasteen en mis cosas. Aunque para cualquiera pueda parecer que hay desorden, yo sé exactamente dónde he puesto cada documento.

—De cualquier manera, no parece que nadie haya entrado o salido por aquí —señaló su primo—. Seguramente la ventana estaba abierta con esa intención, para hacernos creer que era la vía de entrada y salida; pero si hubiese sido así, no creo que ese montón de delicadas margaritas de ahí abajo lo hubiese soportado.

Carlos se acercó para observar lo que Pobremanué comentaba. Ciertamente, bajo la ventana había un cúmulo de flores que no permitían el acceso al alfeizar de la ventana sin pisotearlas cruelmente; la lozanía de los plántones sugería que nadie se había acercado en muchos pasos a la redonda.

—¿Qué piensas, Carlos? —sin percatarse de ello, el hombre se había perdido en sus propios pensamientos, olvidando la presencia de Pobremanué—. ¿Tiene esto algo que ver con tus extraños accidentes de los últimos tiempos?

—¿Extraños? —repitió el duque.

—No me tomes por tonto, Carlos —añadió el otro hombre, alejándose de la ventana para sentarse en uno de los butacones, cruzando una pierna sobre otra y ajustándose los botones de la levita sobre el pecho— sé que nunca hemos sido verdaderos amigos, que tenemos nuestras diferencias de pequeños, y que tú y tu hermano me seguís llamando Pobremanué. Pero en realidad no soy tan idiota como los rubios me hacían parecer; ni tan vengativo o malvado como vosotros continuáis pensando. No he matado a nadie en mi vida. Incluso durante la guerra procuré solo herir a mis enemigos, y desde luego ni siquiera la posibilidad de llegar a ser un duque haría que algo así pasara por mi cabeza. De todas formas, comprendo que pueda parecer el sospechoso principal. Y te diré algo antes de que uno de tus sabuesos acabe por informarte, yo estaba...

—Estabas en los alrededores en cada uno de los accidentes de mi hermano —añadió Marcos desde la puerta.

—Marcos —Carlos se acercó a él, para hacerlo entrar antes de volver a cerrar la puerta— parece que mi primo está confesando.

—Ya veo —añadió—. Trato de comprender por qué lo hace en este momento, ¿tal vez porque sabe que ya lo he averiguado por mí mismo?

—Pensad lo que queráis, pero creo que el asesino precisamente busca distraeros centrandó vuestra atención en mi persona.

—¿Seguro, Manuel? —Marcos se acercó, hasta apoyarse sobre el enorme escritorio mientras hablaba girado hacia Pobremanué—. Hay varios testigos que te vieron en las escaleras del Teatro de los Caños[34] tras la ópera, muy cerca de Carlos, y justo antes de que «tropezara».

—Una obra importante y un estreno maravilloso, medio Madrid estaba allí.

—¿Y el accidente del caballo? —siguió Marcos—. Uno de los mozos de la cuadra cree haberte visto acercándote a la casa, sin embargo, luego, no te presentaste ante Carlos. ¿Qué hacías allí, entonces?

—Fui a visitar a alguien, pero no al duque. Y siento deciros que no voy a dar el nombre de esa persona.

—¿Y la noche de Reyes?, ¿también estabas casualmente en la plaza de la Villa?

—Lamento defraudarte, pero la noche de Reyes yo no estaba en Madrid.

—Eso no es lo que dice nuestro hombre —le aclaró Carlos.

—Tu hombre se equivoca.

—Yo vi al individuo que me apuñaló, Manuel, y aunque llevaba el rostro cubierto tenía tu aspecto.

—¿Moreno, joven, delgado? Media España tiene mi aspecto.

—Aún no te estamos acusando de nada, primo —le aclaró Marcos.

—Aún no me voy a defender de nada, caballeros —Pobremanué se levantó del sillón, estirando los bajos de su levita mientras caminaba hacia la puerta—. Siento en el alma que penséis así de mí. Un saludo, señores —terminó por decir, abandonando la sala.

—¿Qué opinas? —preguntó Marcos en el momento en que la puerta volvió a cerrarse tras el hombre.

—Nunca he pensado que fuera él —explicó—. Entonces, deberíamos creer que también acabó con los rubios; si así lo hubiera deseado, lo habría hecho hace muchos años. Pese al recuerdo que podamos tener de nuestra infancia, siempre he creído que era un hombre que no vacilaría ante nada. Sí, los habría matado a todos ellos si así lo hubiera decidido, pero lo hubiera hecho con sus propias manos, uno a uno, y no brindándoles una muerte tan dulce.

—¡Vaya!, ¿así que Pobremanué ha acabado por ganar tu admiración?

—Y la tuya, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí. Sentiría profundamente que nos equivocáramos y resultara ser él finalmente la persona que buscamos.

—¿Qué me dices de esta habitación? —preguntó Carlos, cambiando de tema.

—La puerta tenía la llave echada, ¿cierto? —un ligero «ajá» fue la concisa respuesta de Carlos—, pero la ventana está abierta, ¿estaba así cuando entrasteis?

—Sí, pero no han pasado por ahí; las flores del parterre bajo ella no han sido pisoteadas.

—¿Y no es posible acceder por ella sin pisarlas?

—No lo creo, hay más de tres varas de distancia hasta una zona de tierra. Enviaré a Mariano a comprobar que no hay huellas de pisadas en los alrededores ni en el parterre.

—¿Qué hay en esta habitación que pueda interesar a alguien?

—Nada que yo recuerde —aseguró Carlos, apartándose de la ventana para mirar los papeles sobre el escritorio.

—He hablado con mi hombre y tenemos noticias del accidente de Retama. Al parecer uno de los mozos ha descubierto un arañazo cicatrizado bajo la silla de montar, y cree que alguien pudo poner algo punzante para hacer que el caballo te hiciera caer.

—Pobre animal. ¿Le quedará alguna secuela?

—¡Eres increíble, Carlos!, pensando en ese caballo antes que en ti mismo.

—Te recuerdo que tú pierdes la vida por ese bicho negro que te acompaña.

—No compares a Sultán con un caballo...

—Por supuesto, Retama nunca me ha bufado o arañado.

—¡Hijo de las mil putas! —el impropio atronó en todo el caserío, a la vez que el golpe producido por las recias puertas de entrada al abrirse de improviso, empujadas por los robustos brazos del marqués—. ¡Cabrón afeminado! —continuó insultando mientras avanzaba golpeando las paredes con el bastón sin ninguna consideración.

—¿Qué le ha ocurrido, señor? —preguntó Huan, con bastante preocupación, descendiendo los escalones de dos en dos desde el piso superior—. ¿Le han herido? —agregó, esquivando un mandoble del bastón en el último momento mientras seguía a su señor en dirección al despacho de su hermano.

—¿Quién carajo ha dejado esa escalera en medio del camino lateral, Carlos? —preguntó a voz en grito, apenas abrió la puerta.

—Estoy junto a la ventana, Marcos, no tras el escritorio —le informó el duque, aún sorprendido por la evidente falta de compostura y la ira que rezumaba su hermano—. ¿Qué ha ocurrido? —añadió mientras con el gesto indicaba a Huan, parado en el vano de la puerta detrás de Marcos, que saliera y cerrara. Se temía que el impasible marqués había perdido las formas y no deseaba que todos sus invitados fueran testigos de ese hecho.

—¿Que qué ha pasado? Que algún imbécil ha dejado tirada una escalera de cuatro varas en medio del camino lateral...

—Ya fuiste informado de que estaban encalando esa fachada y de dónde colocarían los útiles...

—No estaban allí. Alguien la ha movido de lugar y yo... yo he tropezado y caído como un inútil.

—¿Te has hecho daño? —a pesar de que lo deseaba, Carlos no se aproximó al hombre para comprobar que no se había lesionado. Sabía que eso le haría enfurecer mucho más—. No parece herido.

—¿Salvo en el orgullo? No, no hay herida visible, tal vez algún hematoma que aparecerá en unos días...

—En ese caso, cálmate y dime dónde estaba esa escalera y qué hacías para tropezarte con ella.

—Estaba paseando antes de vestirme para la cena. He ido a comprobar la ventana de este despacho.

—¿Y has descubierto algo?

—¿Salvo que tus obreros son unos inútiles? No, nada. Y tú, ¿has visto si te falta algo aquí?

—No, nada que yo recuerde. Pero me ha ocurrido algo curioso —Carlos se apartó de la ventana, procurando hacer el suficiente ruido para que su hermano localizara con facilidad su posición antes de colocarse junto al escritorio. No quería desorientarlo aún más—. Ha estado aquí el capellán, me ha rogado, por la antigua amistad que le une a nuestra madre y que tenía con mi difunto padre, que acepte a su hermano como socio en el canal.

—¿Su hermano? —inquirió Marcos.

—El señor Martínez.

—Cierto, siempre olvido ese parentesco. ¿Y qué tiene eso de especial? Yo también he pedido favores en tu nombre.

—Supongo que soy demasiado suspicaz, sin embargo, su petición me ha sonado a orden más que a ruego... Como si tuviera una carta en la manga en caso de que me opusiera.

—Interesante —añadió Marcos, caminando para sentarse en uno de los sillones frente a la ventana y con un aspecto mucho más calmado, aunque Carlos comprobó que cojeaba visiblemente—. Dime exactamente lo que ha dicho.

[34] Teatro de los Caños del Peral, fue un Teatro de Madrid, situado en lo que hoy es la Plaza de Isabel II, construido a principios del siglo XVIII, y demolido en 1817 para dejar su lugar al actual Teatro Real.

## Capítulo 18

### El perro del hortelano

María bajó muy tarde a cenar. Esperaba que no hubiera nadie allí, o que al menos todos estuvieran a punto de retirarse para charlar, fumar, jugar o beber alguna copa de licor dulce en otro lugar. Así no tendría que verlo y hablar con él. Sabía que esa mañana su desafortunado, y poco airoso, tropezón, y el intruso del despacho, habían aplazado la conversación que Carlos tenía en mente.

En general había sido un día bastante horroroso, mucho más agotador de lo que había esperado. Los juegos malabares para introducirse en el despacho, después de que los hombres se marcharan, y las mentiras que había inventado para sacarle la llave a Mariano, la habían dejado mental y físicamente exhausta. Y todo para nada. No había ningún papel o pista servible en toda la habitación, y eso que había estado rebuscando más de media hora.

Así que bajó, dispuesta a tomar un cuenco de gazpacho fresco y alguna fruta, y volver a su dormitorio para hablar con Anabel de sus últimas pesquisas.

—Veo que tu tobillo está mejor.

María abrió los ojos y se maldijo cuando comprobó que no solo no iba a cenar sola, sino que al parecer lo haría con el hombre que precisamente deseaba evitar a toda costa.

—¡No me lo puedo creer! —musitó en un murmullo bajo que, a pesar de todo, llegó a oídos del hombre.

—Y veo que te alegra verme, querida —Carlos estaba sentado a la cabecera de la mesa, que en esos momentos solo disponía de dos cubiertos, curiosamente situados uno junto al otro pese a la inmensidad del mueble—. Me he retrasado en el baño intentando que cierta parte de mi anatomía recuperase algo de su aspecto normal, y todos parecen haber terminado ya. Te agradezco que hayas esperado para acompañarme.

—No te lo crees ni tú —replicó ella con aspereza.

—Una suerte. Como ya te dije esta mañana, esperaba que pudiéramos tener una conversación.

—No —atajó ella en seco.

—¿No?

—Sí.

—¿Sí o no? —la sonrisa crecía por momentos en el rostro de Carlos.

—Sí, la respuesta a tú pregunta es no.

—¿Te he hecho alguna pregunta?

—¿Quieres acabar con la sopera en la cabeza? —respondió María, que por momentos perdía los nervios, señalando el recipiente que contenía el gazpacho.

—¿Yo te he preguntado por la sopera?

Estaba claro que él había decidido divertirse a su costa, así que la mujer se concentró en ignorarlo, bajó el rostro y comenzó a interesarse por los magníficos cubiertos de plata y sus no menos magníficas incrustaciones de nácar.

—María... esta mañana... justo antes de que besaras mi pañuelo...

Esforzándose en no perder los nervios, ella continuó con la vista baja, aunque si seguía hablando, iba a acabar con aquella fuente en la cabeza, sin duda alguna.

—En fin, yo pretendía recordarte que Andrés llegará en un par de días y debemos dejarnos de tonterías románticas de mujeres y poner fecha a nuestra...

—No.

—Sé que lo nuestro no sería lo que se dice un matrimonio por amor; pero te tengo cariño y me consta que me aprecias. Además, hemos demostrado ser compatibles en otros aspectos...

—No sigas, Carlo...

—Ya me he enterado lo de ese hombre que te hizo daño...

—¿Qué hombre? ¿De qué hablas? —María abandonó la contemplación de los cubiertos para enfrentar el rostro del hombre.

—Tu hermana me contó sobre tu amor por alguien que no te correspondió...

—Esa cotilla. Ya hablaré con ella... —la rabia que la corroía hizo que la voz le sonara excesivamente aguda.

—Que ese imbécil no te hiciera caso no debe hacer que te encierres en una concha. Ahora comprendo por qué has rechazado tantas proposiciones de matrimonio, querida. Pero créeme que no todos los hombres son tan idiotas como...

—No, tan idiotas no, este en concreto es idiota al cuadrado. ¡Me voy! —amenazó, depositando la servilleta, que había colocado previamente sobre su regazo, en la mesa.

—Bien, supongo que no te puedo prometer amor ni todas esas bobadas que os gustan a las muchachas, pero sí respeto y por supuesto mi título y...

La mujer se levantó de improviso, haciendo que la silla a su espalda cayera al suelo con un estruendo. Antes de razonar lo que hacía, su cuerpo se aproximó al hombre y simplemente actuó. Sin pararse a pensar lo que acababa de hacer, María salió por la puerta ante la mirada atónita de Carlos, que no atinó a retirar el valioso recipiente de dónde ella lo había colocado. Afortunadamente o no, la mayoría del líquido había sido consumida en la cena y solo quedaban el par de tazas de ambos.

María tuvo que frenarse en la puerta para no darse de bruces con un alertado Marcos, que marchaba con rapidez hacia el lugar de donde procedía el ruido.

—¿María, eres tú? ¿Qué ha pasado? —preguntó, tomándola por el codo.

—¿Pasar? Nada especialmente importante. Ah, debe ser que se me ha caído la silla al levantarme y... creo que el duque ha sido elevado de categoría y acaba de ser coronado Rey de los tontos —añadió, apartándose para perderse por el final del pasillo en dirección hacia la escalera.

Marcos caminó unos pasos, guiado por el olor de la comida derramada.

—¿Estás ahí, Carlos? —solo el sonido de una callada carcajada llegó a sus oídos —¿Quieres contarme que ha sucedido?

—¡Gracias a Dios no puedes verlo! —dijo entre risas, todavía retirando la pieza de delicada loza de su cabello—. Esa gata salvaje me ha tirado el gazpacho por la cabeza y ha dejado el recipiente ahí —dijo con una sonora carcajada.

—¿Dejado dónde?

—Sobre mi cabeza. ¡Me ha dejado la sopera de gorro!

—¿Y lo tenías merecido? —habló el hombre más joven, conteniendo la sonrisa ante la imagen representada en su mente.

—Supongo.

—¿Supones?

—Sí, creo que lo merecía.

—¿Sabes que eres un imbécil y que te va a costar recuperarla?

—Lo sé.

—Puede que yo sea ciego, Carlos, pero me temo que eres tú el que no ve lo que tiene delante.

—¿Mi hermano pequeño me da lecciones de cómo tratar a una mujer? —Carlos se levantó, retirándose la chaqueta echada a perder.

—No, solo te aviso —ambos hombres se mantuvieron erguidos uno frente al otro—. Y entiendo que sabes que ella es un tesoro, y que yo voy a luchar por quedármela.

—Comprendo —asintió un sorprendido Carlos, al que de pronto se le encogió el corazón en un puño. Si había alguien capaz de atrapar en sus redes, y con solo una

palabra, a la mujer que deseaba, ese era el hombre parado ante él—. Y supongo que tú entiendes que yo te mataré si consigues hacerlo.

—Ya veremos —añadió Marcos, girándose hacia la salida.

—¡Espera! Voy a llamar a alguien para que limpie esta chaqueta y a lavarme, y luego buscaré una baraja de cartas nueva que no haya marcado ninguno de mis tramposos invitados. Ya perdí bastante dinero ayer con esos fulleros. Necesito que toques las cartas para que me asegures que no están trucadas.

El hombre suspiró y la acercó a su pecho. Deseaba con todas sus fuerzas seguir allí, en aquel rincón escondido de la enorme casa, junto a ella. Hablando o haciendo el amor, le era indiferente, solo estar con ella hasta que llegara de nuevo el día. Saciarse y volver a empezar, recuperar cada uno de los segundos de su vida que habían transcurrido sin saber de ella, sin conocerla.

Iban a salir juntos de aquel lugar, pasara lo que pasara y a pesar de sus reticencias. Sabía que de nuevo ella pondría objeciones, mucho más cuando descubriera que él realmente no era quien ella pensaba. Había que decirle la verdad, pero aún esperaría un poco para ello; y no porque temiera su reacción. Pensaba que estaría de acuerdo con toda su actuación en aquella farsa, sin embargo, debería esperar a tener un poco más atada su jugada.

Luego, cuando todo pasase, se marcharían y ella olvidaría lo que había sido su vida hasta ese momento. No iba a dejarla; sorpresivamente aquella mujer se había convertido en un tesoro demasiado preciado para él.

Ella se agitó, acurrucándose un poco más sobre la cama y entre sus brazos desnudos. El contacto de su cabello suelto le hizo cosquillas sobre el vientre, haciéndole recordar los momentos pasados hacía unos minutos, cuando se habían entregado con tanta pasión.

—Te quiero —dijo él sobre su cabeza en un susurro, notando cómo ella contenía el aliento.

Se sentía emocionado, feliz, como si hubiera vuelto a tener veinte años; en la vida había creído que encontraría a alguien que lo amara de verdad, que lo completara tan plenamente como lo hacía ella.

—Yo... —suavemente la hizo callar.

—Está bien, no digas nada. Solo quiero que sepas que estoy decidido e iré hasta el final. Voy a esperar a que decidas hablar con ellos, pero te irás conmigo sea cual sea su respuesta. ¿Me entiendes?

Ella casi pareció ir a responder, pero entonces los pasos llegaron a través del largo pasillo que llevaba a las habitaciones del servicio. Pasos enérgicos, y pertenecientes a más de una persona, aunque el repiquetear del bastón era inconfundible para cualquiera que lo hubiera oído antes.

Era el marqués sin lugar a dudas. Un hombre que no vería quien era la mujer que lo acompañaba, pero que indudablemente sabría lo que acababa de suceder en aquella habitación.

Ambos se enderezaron en la cama; él, con el torso desnudo; ella, intentando cubrir su cuerpo con la leve sábana de verano. Sus oídos captaron entonces el acento inconfundible de una voz de hombre. Ella se quedó totalmente inmóvil.

—Oh, santo cielo... ¡Carlos!

—Diablos. ¡Vamos, levámonos! —le ordenó en un susurro mientras él mismo colocaba ambos pies en el suelo, junto la cama. En un único movimiento, se puso el pantalón y se giró a recoger la camisa, justo en el momento en el que se movía el pomo de la puerta.

Ella lo miró, sus ojos abiertos; el cuerpo paralizado, aún sujetando entre sus brazos la sábana; el cabello revuelto sobre los delgados huesos de sus hombros y brazos.

La puerta del dormitorio se abrió de improviso, dejando paso a la pareja de hermanos.

—¿Mariano? Perdona que le moleste tan tarde, pero le necesito en... —Carlos se frenó nada más entrar, con los ojos y la boca abierta en lo que solo podría describirse como un gesto de absoluta sorpresa—. ¿Aurora?

—Dime que la escena que estás viendo no es lo que pinta mi imaginación —añadió Marcos, parado junto al duque en la misma entrada de la habitación del mayordomo.

—Te aseguro que es mucho más —aclaró Carlos—. No quieras saber lo que yo estoy contemplando.

—No quiero que tomes represalias contra Mariano, él... —mientras hablaba, Aurora estiró el brazo y atrapó la mano del hombre, haciendo que se sentara junto a ella, de nuevo sobre la deshecha cama—. No es ningún...

—¡Hola, Aurora! He de decirte que te sienta muy bien el pelo suelto. Mariano, haga el favor de bajar. Necesito buscar dados y cartas nuevas para la velada de mañana noche. Señores... —dijo la voz del duque, recuperando su tono habitual, calmado y plano.

Agarrando el brazo de su hermano, salió de la estancia cerrando la puerta a sus espaldas con inusitada delicadeza, y caminaron en silencio por el larguísimo pasillo por el que habían entrado. De forma totalmente excepcional desde que eran un par de niños, Carlos y Marcos mantuvieron sus brazos unidos, a la vez que bajaban la escalera de servicio hasta llegar a la puerta del despacho.

—¿No vas a decir nada? —interrogó Marcos, medio minuto después mientras entraban en la estancia y cerraban la puerta tras ellos—. Definitivamente te has quedado mudo, ¿eh?

—¡Oh, Dios, oh, Dios! —empezó a murmurar Carlos, caminando de un lado a otro de la amplia habitación y retorciendo las manos al frente—. ¡Aurora, era Aurora!

—¿Qué vas a hacer?

—Emborracharme hasta arrastrarme a una cama, por supuesto.

—Tenías que haberlo retado a duelo... —dijo entre sonrisas Marcos.

—¿Al mayordomo?

—Bueno, al fin y al cabo es tu hermana... soltera... y tú eres el cabeza de familia... responsable... un duque...

—También es tu hermana, señor marqués.

—Medio hermana. Tú tienes el paquete completo.

—Visto así... Lo cierto es que no sé si matarlo, despedirlo o darle las gracias. Nunca la había visto tan guapa... ¡Aurora, era Aurora!

## Capítulo 19

### El cazador cazado

*Cádiz, 25 de julio de 1817*

El recodo del embalse mantenía oculta aquella zona. El ruido de la diminuta cascada a su derecha vibraba en el silencio, roto solo por el cantar intermitente de algún grillo solitario. Había pájaros, muchos pájaros, aprovechando que aún no había llegado el fuerte calor que acompañaba el despuntar total del día; en pocos minutos volverían a refugiarse del sol. El murmullo de las conversaciones de los criados, únicos habitantes del cortijo levantados a aquellas horas de la casi madrugada, había quedado muy atrás. Estaba completamente sola, y se aprovecharía de esa soledad para darse un refrescante baño y volver a nadar, después de casi diez años, en las mismas aguas.

Lentamente, María se desprendió de las capas exteriores de ropa, quedándose solo con la camisa y los pololos de fino algodón. Agitó la cabeza, acabando de soltarse el largo cabello rizado mientras daba un paso en dirección hacia el agua. Aquel rincón de la hacienda parecía tan desconocido y apartado de todo como lo recordaba, hundido entre las piedras que formaban la montaña a su alrededor y protegido por un ejército de arbustos de madroños, robustos quejigos y elegantes álamos blancos. Notó el agua apenas fría en comparación con el sofocante aire caliente del día que nacía; supuso que en menos de tres horas habría perdido el poco frescor que le llegaba por la caída de aguas procedente de la alta sierra a su derecha. El río se estancaba de tal forma en aquella zona, que apenas se notaba la corriente. La muchacha caminó hacia el centro, conociendo de antemano que tendría que dar muchos pasos antes de que el agua la cubriera lo suficiente para dar algunas brazadas. Unos instantes después se sumergió, para volver a salir a la superficie y cansarse nadando durante casi veinte minutos.

Nadó mientras el sol salía para bañarla con su luz. Agotada, se dejó flotar con los ojos cerrados hacia el cielo. Esos momentos eran normalmente relajantes, sin embargo en esa ocasión sentía una especie de vacío interior, una ansiedad que apenas podía tolerar. Necesitaba calmar sus inquietudes, como si el agua que la rodeaba fuera a apartar todos sus problemas.

De nuevo, pensó en el hombre que no la dejaba dormir desde hacía varias noches, desde hacía años. Podía evocar sus manos, la sensación de la boca sobre ella y un sentimiento bajo la piel que no conseguía apartar de su mente. Volvió a sumergirse para apartar de la cabeza todo pensamiento. Nadó, nadó y buceó hasta agotarse. Emergió salpicando, muy próxima a la orilla, y respiró profundamente antes de salir del agua.

Su mirada se dirigió a la ribera, donde encontró un buen lugar donde tumbarse boca arriba, bajo el sol, hasta secarse. Pronto el calorcillo sobre su piel la hizo concentrarse en las hojas que la leve brisa hacía danzar sobre su cabeza y, lentamente, el sueño la absorbió por completo.

*Cádiz, Julio de 1808, Cortijo de Valleflorido (unos años antes)*

Llevaban dos días pasando los meses de verano en las Madroñeras, cuando María se despertó al oír unos golpes en la ventana de la diminuta terraza que daba al exterior. Aquella habitación estaba en la planta baja, y cualquiera podía alcanzar a tocar los cristales desde el camino que seguía la pared del edificio. De un salto, se irguió para comprobar quién la llamaba. Sorprendida, observó el rostro de Carlos, parado en sendero que rodeaba la casa, al otro lado de los postigos y a unos palmos escasos por debajo de la balconada. Súbitamente ilusionada, saltó de la cama y corrió a abrirle la contraventana de madera y cristal. De nuevo, demostrando que no solía pensar mucho lo que hacía antes de actuar, agarró el cuello de la camisa del hombre en un puño y lo acercó hasta ella, plantándole un sonoro beso en los labios.

—¡Carlo! —exclamó, entusiasmada y sin inmutarse visiblemente ante el claro gesto de sorpresa, y diría que hasta de casi repulsa, que siguió a su espontánea acción, mientras el hombre daba un par de pasos indecisos alejándose de ella—. ¿Qué haces aquí? —tras él, comprobó que el cielo estaba todavía oscuro y que solo leves retazos del alba sobresalían tras las montañas—. ¿Qué hora es?

El callado muchacho tardó unos segundos en reaccionar, permitiéndole observarlo con detenimiento a pesar de la escasez de luz; aunque bien peinado, iba vestido solo con camisa holgada y unos estrechos pantalones de montar, que a aquella hora parecían casi negros. Él pareció seguir asombrado de que hubiese sido precisamente la cara de la muchacha la que relucía tras la ventana.

—Las cinco y media. No pasa nada malo. ¿Te importaría decirme qué haces en este dormitorio? ¿No es el de invi...? Bueno, realmente yo creía que este era el dormitorio de Andrés...

—¿Adónde vais antes del alba? —dijo ella, asomándose por el pretil de la ventana hasta casi sacar medio cuerpo, comprobando que no había nadie más allá fuera.

—Esto... a nadar —explicó él.

—¿A nadar?, ¿de noche? ¡Qué gran idea! Me alegra que hayáis contado conmigo.

—Perdona, pero yo no había contado con... —aunque no terminó la frase, no hizo mucha falta.

La conciencia de la realidad volvió a María.

Claro que no había ido a buscarla o a hablar con ella expresamente, menuda tonta era. Su amiga Catalina había llegado esa misma tarde para pasar toda la semana y ella le había cedido su dormitorio, porque era el mejor de todo el cortijo y el único en el que se podía ubicar una bañera con relativa facilidad. Por esa razón era ella, y no la preciosa Catalina, la que ocupaba la alcoba de invitados. Reconponiéndose, volvió a hablarle tratando de ignorar los hechos.

—Él duerme bastante lejos de aquí, al otro lado del edificio. No parece que tengas mucho sentido de la orientación. Puedo enseñarte cual es. Si me dejas que me ponga algo, te acompañaré —aquella última frase le recordó que apenas estaba vestida con una camisola.

—Bueno, vale, de acuerdo. ¿Cinco minutos?

María cerró las puertas de vidrio y se vistió a toda velocidad con ropa interior y un fino traje de verano. Cuando bajó las escaleras y salió al exterior, Carlos ya estaba al comienzo del sendero que conducía a Valleflorido, esperándola impaciente, con una pequeña bolsa de tela sobre el hombro derecho. Ambos recorrieron el perímetro de la vivienda en silencio hacia el ala más cercana al río, hasta que la muchacha se detuvo bajo la tercera ventana de aquel lateral.

Sin pensárselo mucho, María se agachó bajo ella y comenzó a arrojar piedras sobre los vidrios. Cuando el tercer canto rebotó con estruendo sobre la pared lateral, los perros comenzaron a ladrar.

—No eres precisamente muy delicada, ¿eh? —le recriminó Carlos—. Deja, ya lo hago yo, vas a despertar a todo el mundo.

La sombra que surgió sobre sus cabezas evitó que Carlos continuara hablando.

—¿Qué demonios hacéis ahí abajo? —la pareja levantó al unísono el rostro para encontrar la cara seria y adormilada de Andrés—. ¡Carlo! Creía que habías previsto un romántico paseo con la señori...

—Contigo, claro, y con tu hermana... para nadar, ¿no lo recuerdas? —acabó Carlos, antes de que su amigo hablara más de la cuenta.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media —contestaron al unísono ambos.

—Veo que cada vez estáis más compenetrados. ¡Vayamos a nadar entonces! —añadió con cierto resquemor, mirando a Carlos, que le devolvió el gesto con un engomamiento de hombros.

Cinco minutos más tarde, Andrés se reunió con ellos, y Carlos volvió a encontrarse con el gesto interrogativo de su amigo, esta vez a solo dos palmos de distancia.

—Al parecer confundí su ventana con la de... —le aclaró, señalando con un gesto de la barbilla a la muchacha.

—No lo creas —comentó María con resentimiento, ya que había empezado a intuir cuál era realmente el destino de Carlos. A María, a pesar de que reconocía que no tenía nada que hacer frente a la lozana belleza de Catalina, los celos comenzaron a roerle las tripas. Estaba claro para ella que el joven había tratado de hablar con su invitada a altas horas de la noche, lo que le hacía temer que las intenciones eran muy específicas y muy poco decentes—. De hecho, él me ha besado nada más aparecer al otro lado de la ventana.

—¿Besado? ¿Carlos? ¿A ti?

—¿Yo?, yo no te he... —el muchacho calló ante el gesto de María, que lo retaba a negar la realidad.

—¿Cómo ha sucedido eso? —preguntó Andrés con rostro serio, dirigiéndose a Carlos y deteniéndose ante él para tomarlo por el codo.

—He de fumar que realmente no fue fácil —admitió la muchacha con sorna mientras los dejaba parados en medio del camino acibillándose con la mirada—. Llegué a pensar que con los tres criados que me ayudaron a agarrarlo no sería suficiente...

Sin más remedio que soltar sendas risotadas, ambos muchachos la siguieron y caminaron por el sendero que llevaba hasta Valleflorido y, más allá, a su lugar secreto del río. Ellos cruzaron una mirada de sorpresa cuando comprendieron que María sabía a la perfección el camino.

—¿Desde cuándo conoces el lugar?

—Desde la primera vez que os espí bañándoos hace seis años... Siempre os acompaño cuando lo hacéis, aunque procuro quedarme por encima de la cascada para que no me veáis.

—Pero, pero... siempre nos bañamos casi desnudos... —aclaró un sorprendido Andrés con voz entrecortada.

—Lo sé, yo también, por eso procuro que vosotros no me veáis...

El grupo, guiado por la delgada María, llegó hasta el final del camino tras veinte minutos. Algunos pasos más allá, el sendero se perdía a ojos no expertos, que evidentemente no eran los de la muchacha. Ella no titubeó ni un segundo y, una vez allí, tomó el recodo oculto que ascendía colina arriba.

El camino era rocoso y algo difícil. Sin embargo, María no dio señal alguna de resentirse por la abrupta subida, manteniendo un paso ágil delante de los dos jóvenes. Había otro sendero mucho más plano y asequible que ella también conocía. Pero, que la matasen si dejaba ver que el camino más corto y directo, que ellos solían usar normalmente, se le hacía demasiado duro, o al menos ellos fueran capaces de suponerlo. Concentrada en no tropezar debido a la escasa luz del amanecer, no habló durante todo el trayecto. Aunque, en el silencio, fue capaz de oír los cuchicheos enfadados que se dirigían ambos amigos, mientras caminaban tras ella. Era evidente que Andrés estaba reprendiendo a Carlos por su torpeza y por verse arrancado de la cama a hora tan temprana.

—Te recuerdo que la idea fue tuya, Andrés —oyó decir al chico más alto.

—Pero tú no le hiciste ascos... Llevas dos años diciendo que es la muchacha más bonita de Cádiz, y te doy la oportunidad de hablar con ella a solas...

—No sé, quizás sea lo mejor... Es bonita, no lo niego, sin embargo, quizás esté haciendo lo que tú deseas, sin pensar en lo que a mí me interesa. No me gustaría verme en una situación comprometida con una muchacha casadera... No tengo intención de casarme en mucho tiempo.

—Pues no vas a tener ninguna situación comprometida con ella, Catalina es una monja, te lo aseguro. Estoy convencido de que te hubiera arrojado el contenido de la bacina nada más asomar la cara por la ventana...

—¿Acaso fue eso lo que te ocurrió a ti el año pasado y por eso estabas tan empeñado en que yo repitiera la experiencia?

—Bueno, esto... gracias a tu incompetencia no lo sabremos, ¿no?

—¡¡Cabrón!! —gritó Carlos un segundo antes de lanzarse sobre él para golpearle el estómago.

María se giró con las palmas en las caderas para ver la bochornosa escena.

—Mientras termináis de jugar y decidís quien será el caballero que arrebate finalmente el corazón a la doncella, yo tomaré un refrescante baño. Avisadme cuando queráis que os cure las heridas... O mejor os las laméis uno al otro mientras yo nado.

Dicho aquello, la muchacha los volvió a dejar asombrados por su descaro.

Cinco horas más tarde, tras el copioso desayuno que habían tomado procedente de la misteriosa bolsa de tela que acarrea Carlos, la muchacha descansaba tomando los rayos del sol de la mañana. Acababa de salir del agua y estaba tumbada sobre la roca, situada a más de cuatro metros de altura, que los muchachos siempre habían utilizado como trampolín para zambullirse en la parte más profunda de la poza.

Había sentido algo de vergüenza en un primer momento, cuando salió del agua y la mirada de Carlos se posó sobre su persona, cubierta por la escasa tela humedecida de su ropa interior. En ese instante, sintió un retazo de leve orgullo femenino ante la mirada del hombre. Orgullo que fue inmediatamente anulado de un golpe por las palabras de Andrés.

—Realmente deberías comer algo más, Flaca. Vas a ser una solterona si sigues pareciendo una rata de alcantarilla famélica cuando sales del agua...

Desde ese momento, y ante la carcajada que no pudo reprimir Carlos tras las palabras de su amigo, María decidió que, ya que no tenía nada para mostrar, le importaba un bledo que él viera lo que había bajo su ropa.

Seguía recreando esos momentos, cuando algo muy grande le ocultó el sol.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —la voz severa y gruñona de Gustavo le llegó justo por encima de su cabeza.

—Si te apartaras de donde estás, seguiría tomando el sol como hasta hace unos segundos —contestó la siempre poco diplomática María.

—Este es un lugar privado... Privado significa de mi propiedad y de mis hermanos.

—¡Gustavo! —llamó Andrés desde la parte baja de la represa—. Te recuerdo que la linde con Las Madroñeras está en medio del río...

Carlos y él se habían levantado rápidamente en cuanto vieron aparecer al grupo de hermanos al completo. En este caso, hasta el más pequeño los acompañaba, tan gordo y tan rubio como sus tres parientes gemelos, aunque algo menos obeso que el heredero.

—Pero la roca pertenece a este lado del río, y esto es Valleflorido. Ella no puede estar aquí.

—Pues tienes un problema —dijo María, levantándose rápidamente e irguiéndose ante él mientras procuraba separar la húmeda ropa de su piel. Fue un gesto instintivo cuando comprobó que, a diferencia de lo que ocurría con Carlos, a ese buey parecía gustarle lo que veía.

—El problema lo tienes tú, bonita... Aunque puedo dejarte usar la piedra si pagas una pequeña prenda por ello. ¿Qué tal un besito de esa boquita sonrosada?

—¿Besar sapos?, no, gracias, es demasiado temprano —a pesar de sus palabras, María estaba sintiendo miedo por primera vez ante aquel hombre. Nunca la había mirado de esa forma, y esa forma era muy pero que muy peligrosa, y muy pero que muy desagradable.

Carlos gruñó. De nuevo debía arriesgarse y sabía que tras los golpes que probablemente recibiría, nadie le dirigiría una palabra de agradecimiento. Allí estaba ella, de nuevo agujoneando el ego de su poco paciente primo, y sabía hacerlo condenadamente bien; tenía una lengua afilada como la hoja de una navaja. Conocía perfectamente cuál sería su actitud en cuanto la alcanzara; precisamente la misma que había tenido durante los últimos años. María no parecía ser consciente de la tentación que representaba parada en ropa interior húmeda. De todas las mujeres que conocía, podría afirmar que era sin duda la más inteligente. Sin embargo, allí estaba, desafiando a aquel toro a punto de embestir.

—¡Deja a la muchacha, Gustavo! —gritó Carlos algo preocupado, comenzando a ascender hasta la roca apartando a sus rubios primos en el camino.

—En ese caso, si no pagas, no puedes estar aquí, muchacha... —continuó diciendo Gustavo, ignorando los gritos de advertencia de Carlos, que corría hacia él.

—Pues saltaré entonces, e iré hacia la parte del agua que me pertenece... Y no acerques tu cuerpo fofo por allí o...

—Tampoco puedes saltar... —insistió Gustavo, cada vez más próximo a la joven.

—¿No? —volvió a retarlo ella, preparando sus rodillas para el salto.

—No. No vas a saltar desde mi piedra, María. Esta es mi casa, mi finca y mi río —dijo, colocándose delante de ella e impidiéndole ver la caída de cuatro metros tras él.

—La tierra es tuya, tal vez, o de tu padre según he oído, pero el agua no; viene de algún lugar más allá de tu propiedad, y voy a bañarme en ella —puesta en jarras, María miró desafiante al robusto muchacho rubio.

—A ver, niñata, te digo que no, y no es no. ¿Qué parte te es difícil entender?—casi chilló el heredero, enfadándose progresivamente.

—¿La O? ¡Ohhhh! —le gritó a su vez la muchachita, ante el murmullo de asombro del resto de los presentes, mientras, de un empujón, enviaba al hombre al fondo de la poza de forma poco delicada, y tomaba su puesto en la amplia roca de salto—. Nunca he entendido como alguien tan gordo cae a la misma velocidad que un pequeño guijarro —añadió, contemplando el volumen de agua que se elevó desde el fondo, tras el golpe de barriga del recio muchacho sobre la superficie del remanso.

—¡Vamos, María! —la mano de Carlos tiró de ella hacia atrás mientras hablaba—. ¡Vámonos antes de que ese barril de grasa flote hasta la orilla!

—¡Voy a partirte los dos brazos, Carlos! Y a esa puta novia tuya le voy a enseñar lo que es un hombre de verdad...

Con los ecos de los gritos de Gustavo en sus oídos, los tres muchachos escaparon de la contienda en la que las fuerzas les eran claramente desfavorables.

*Cádiz, 25 de julio de 1817*

A Carlos la cabeza le daba vueltas, aun así continuó su camino por el estrecho sendero de guijarros. Sabía que aquel lugar al que se dirigía era el único en el que se sentiría solo, exclusivamente con sus pensamientos, sus dudas y su tremenda borrachera.

Porque estaba muy borracho. No lo suficiente como para no poder andar o desorientarse, pero tanto que casi empezaba a no recordar la causa que le había llevado a beber desmesuradamente toda la noche... Y debía ser una buena causa, porque él jamás se emborrachaba, y menos aún con tantos invitados a su cargo. Por esa razón era tan importante llegar al lugar que tenía previsto cuanto antes, para que nadie pusiera la vista en su persona.

Se sabía con las ropas descolgadas; las ropas que le quedaban, porque en algún lugar debieron quedar su chaqueta, su chaleco y el pañuelo de cuello. Tampoco llevaba sombrero, algo inusual cuando se salía de una casa y menos con ese sol pegando de pleno; y las mangas de la camisa se le habían subido hasta más allá de los codos. Y lo debían haber hecho solas, porque él no recordaba haberlas separado de sus puños abrochados con los caros gemelos de oro. Y eso no era habitual, no solía dejar que sus antebrazos se mostraran tan descaradamente si no era en la intimidad de su casa o cuando trabajaba en el campo a solas con sus braceros.

Por cierto, ¿dónde estaban los gemelos?

Parándose, se irguió sobre sí mismo, intentando mantener la verticalidad, y trató de recordar un pasado más allá de los últimos tres minutos.

Nada.

La vista le regresó desde el desenfocado final del camino hasta sus botas, pasó por sus arrugados pantalones y subió hasta la cintura, y por unos segundos se contempló el abdomen. Con sorpresa vio que sí llevaba chaleco, pero estaba abierto. Bien, un misterio resuelto, no había perdido la prenda. Pero la camisa también estaba desabrochada hasta casi el ombligo, dejando ver el vello oscuro que lo cubría. Volvió a caminar.

¿Quién se había entretenido en abrir todos esos diminutos cierres? Otra vez se detuvo en medio del camino, intentando recordar cómo había llegado a aquel estado; pero solo las eróticas imágenes de hacía tres noches volvían a su mente. ¿Había estado con María de nuevo? La inmediata respuesta de su cuerpo a la imagen que apareció en su cabeza le respondió la pregunta.

No, definitivamente no. Sus partes nobles no tenían aspecto de haber estado con nadie, más bien en aquel momento lo necesitaban con imperiosa necesidad. Entonces, ¿por qué tenía ese aspecto desharrapado?

Había estado bebiendo. Eso era. Olió su pechera comprobando la afirmación, así como la falta de pulso que le debía haber provocado casi bañarse en brandy en su último trago, a juzgar por el olor a alcohol que desprendía. Antes de retomar el camino, se enderezó sobre sí mismo procurando mantenerse derecho y simular un mínimo de compostura mientras lo hacía. Volvió a detenerse para meditar de nuevo; no entendía muy bien cuál era la razón que le impedía hacer dos acciones tan simples al unísono: caminar y pensar. Tenía un problema: cuando caminaba necesitaba concentrar toda su atención en dar un paso tras otro y no distraerse. Así que se detuvo y trató de conectar alguna idea lógica.

¿Qué era lo que había visto? Sujetándose con ambas manos la cabeza, pretendió evitar que el mundo siguiera moviéndose a su alrededor y se obligó a recordar.

¡Aurora! Había sido Aurora. ¿Dónde la había visto? ¡Cielos, Aurora y el mayordomo! En una cama, desnudos, y tan rodeados de sexo que casi se podía cortar.

También estaba el pequeño problema de María, pero realmente para pensar en ella iba a tener que esperar a tener la cabeza despejada; no podía hacerlo en el estado en que se encontraba. Esa muchacha estaba empezando a volverlo loco, muy loco, y eso era algo a lo que él no estaba acostumbrado. Su vida era tranquila, al menos su mente; porque a pesar de todos los problemas que debía soportar y sobrellevar, ya fueran relacionados con el ducado, con su familia y hasta con su madre, ninguno le robaba un instante de sueño ni lo había hecho nunca. Ni siquiera durante la guerra, en la que sobre sus espaldas recayeron muchos asuntos importantes y parte del futuro del país, tuvo problemas de concentración. Ni la posible presencia de un asesino a sus espaldas había logrado perturbar al impávido Carlos Ramírez de Aristrarán. Nada.

Hasta que María reapareció en su vida para poner su mundo patas arriba, igual que diecisiete años atrás. Agitó la cabeza con energía, tanto que el cabello, que a aquellas alturas casi no conservaba nada del fijador que usualmente lo mantenía peinado, acabó tomando su forma natural, totalmente lacio y caído sobre el rostro. Volvía a pensar en ella y ni siquiera su pelo obedecía sus órdenes y acababa siendo un caos. Dejó de pensar y se concentró en andar hasta llegar a su destino.

Respiró aliviado cuando la profusión de álamos blancos le indicó que estaba muy próximo. El paisaje había cambiado poco en los últimos años. Reconoció que posiblemente aquel lugar era lo mejor que había heredado con el ducado, y según recordaba la primera imagen que llegó a su mente después de que el notario saliera de su casa tras darle la noticia de la muerte de sus familiares. Sí, aquella paz, aquel silencio y aquel rincón en la sierra de Cádiz posiblemente merecían los dolores de cabeza que le habían llegado con la dichosa herencia.

Ah, la sensación de estar solo en esa inmensa naturaleza, apartado de problemas, únicamente con el sonido de sus propias reflexiones y el acompasado ruido del correr del agua; lejos de la civilización y de cualquier otro ser huma...

Carlos detuvo sus reflexiones y agudizó la vista.

Allí había algo, o alguien. Creyó poder distinguir un bulto blanco entre la maleza. Sorprendido y molesto ante la posibilidad de ver invadido su lugar secreto, se acercó hasta que distinguió el cuerpo debajo de los helechos.

Haciendo una mueca se sentó, dejando únicamente un par de pasos de distancia, observando de cerca lo que pensó debía ser una alucinación. Suspirando, se masajeó entre los ojos cerrados y sobre el puente de la nariz tratando de despejar su mente, intentando alejar la visión; pero cuando volvió a dirigir la mirada, ella seguía allí, apenas cubierta con una ropa interior húmeda que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, revelando cada una de sus demoledoras curvas.

Parecía muy relajada. Las imágenes de la apasionada noche que habían compartido acudieron con claridad a su cabeza. La observó, mientras el suave movimiento de su pecho le confirmaba que dormía profundamente. Cuando estaba despierta la encontraba arrolladoramente hermosa, pero dormida le retiraba el aire de los pulmones. Sin controlar su propio cuerpo más de lo que lo haría con media docena de toros bravos, alargó la mano y se inclinó sobre ella.

María soñaba, aunque ella aún no lo sabía. Estaba en algún lugar muy profundo de su propia persona, tal vez recordando ese día de hacía un par de lustros. El día en que había nadado en ese mismo agua con aquellos muchachos; con los jóvenes que desaparecieron años atrás para convertirse en los hombres de hoy. El calor del sol llegaba a ella filtrado por el techo de hojas que la cobijaban. Notó cómo un suave soplo de aire rozaba su rostro, continuó inmóvil, dejando que el tiempo pasara.

La brisa dejó de existir para dejar sitio a los dedos, unas yemas que acariciaron su mejilla hasta bajar al comienzo del cuello. Dedos que pasaron a ser una palma completa que se deslizaba hasta su clavícula y el comienzo de sus pechos. Sin poder reprimirlo, un gemido de satisfacción se escapó de su garganta.

Estirándose sobre el suelo, arqueó la espalda en busca de un acercamiento mayor. Antes de que un segundo gemido saliera de su boca, unos labios bajaron para cubrir los suyos y, de cierta forma, el resto del cuerpo también lo hizo, comenzando una danza erótica que hizo que su cuerpo se curvara en busca del contacto completo. Respondiendo a cada caricia, cada beso y cada movimiento de cadera que recibía con lánguida lentitud.

Ninguno pareció notar que los segundos pasaban; tampoco contaron los minutos mientras se abrazaban y acariciaban; como no oyeron ni notaron los pasos que se acercaban hasta detenerse a menos de dos varas de distancia.

—¡Ejem! Bien, esto... —carraspeó una voz tras ellos— evidentemente no voy a negar que te pedí que dejaras que algún incauto la pescara; pero no te dije

específicamente que la pescaras tú mismo... Aunque ella, en estos momentos, ciertamente es un pez bastante resbaladizo —añadió Andrés, manteniendo el tono bajo y observando la escasa y húmeda ropa de su hermana mientras se retiraba la levita de los hombros con la intención de cubrirla.

—¡No puedo creer que en el mismo día me encuentre dos veces en idéntica situación! —gruñó Carlos, enderezándose con dificultad de su mullido colchón, para sentarse de cara a la concurrencia y enfrentar la mirada hacia Andrés.

A pesar de que aún le envolvía levemente los sentidos el velo de la embriaguez, pudo distinguir el semblante de media docena de personas cargadas con cañas y aparejos de pesca a unos metros de distancia, entre las que destacaba el rostro, irónicamente sonriente, de su hermano. Más cerca de ellos estaba Andrés, que en esos instantes seguía intentando ayudar a ponerse la chaqueta a una pasmada María; también estaban allí, aunque parados a varios pasos de distancia el señor Urquijo, don Anselmo y un muy asombrado e indignado conde de Ricard.

—He de señalar, hermano, que según me cuentan la situación no me parece realmente idéntica —puntualizó Marcos—. De hecho, no hará falta que te diga que estás ciertamente en la situación opuesta. Amén de que aquello ocurrió anoche, por lo que, aunque tú no hayas dormido, el tiempo ha pasado y no sería correcto decir que te haya ocurrido en el mismo día.

—Bien, señores —habló Andrés en alto—, como pueden ver, la sorpresa que mi amigo y yo les teníamos reservada para mi regreso se ha desvelado... Es evidente que cuando dos personas se aman de esta forma, y se ven obligados a retrasar el anuncio de su boda por la tardanza de un torpe hermano, pueden darse estos inconvenientes... —tomando a María del brazo, le impidió soltar algún impropio susurrándole al oído—. Calla y sígueme la corriente si no quieres que el querido duque y yo acabemos disparándonos al amanecer...

—¡Ahhh, estos jóvenes llenos de energía! —bromeó un sonriente don Anselmo—. Supongo que tendrán que adelantar la ceremonia de matrimonio. Aunque, por supuesto, ni una palabra de lo que hemos visto aquí saldrá de nuestros labios, pero ¡quién sabe quién los habrá podido llegar a ver... esto... retozando entre las flores!

—Por supuesto, por supuesto. Ni una palabra saldrá de nuestros labios sellados. Pero cualquiera que venga del pueblo... —apuntó el señor Urquijo.

—En ese caso, y ya que cuentan con bastantes invitados, le sugiero que celebren la boda cuanto antes y yo, claro, por supuesto me ofrezco para officiar la ceremonia —añadió el capellán, al parecer excesivamente emocionado por las circunstancias—. He visto la hermosa capilla que hay en la colina del cortijo. ¿Qué lugar podría ser más romántico e idílico para tan afortunado enlace?

—Me parece que será mejor que volvamos a la casa. Creo que he perdido el interés por la pesca. Además, anoche llegué tan tarde que no he podido saludar a la marquesa y... Bueno, Carlo, ya sabes que tenemos un asuntillo pendiente del que hablar... —con esas palabras de Andrés, todos los hombres se encaminaron hacia la casa, dejando que María acabara de vestirse con cierta intimidad.

## Capítulo 20

### Prendientes

—¿Y bien? —Andrés soltó la pregunta apenas una fracción de segundo después de que Carlos cerrara la puerta de la biblioteca—. Sabes que esos cotillas andan por la casa buscando ser el primero en dar la noticia y en comentar lo que acaban de ver. ¿Cómo habéis sido tan descuidados?

—Yo, yo... ¡Maldita sea, Andrés!

—Ya veo lo que te ha hecho perder la compostura, o más bien lo huelo. Deberías tomar un baño y una olla de café. Aunque, supongo que al menos serás capaz de decir tres frases seguidas para darme una explicación antes de subir. No te negaré que llevo años temiendo y deseando que pasara esto.

—No es lo que parecía... —la ceja derecha de Andrés se arqueó, en un gesto de incredulidad ante sus palabras—. Bien, sí es lo que parecía, pero por supuesto le he pedido que se casara conmigo y estaba esperando a que llegaras, para informarte de mis intenciones...

—¿Y no has aguantado la espera? —la mano de Andrés volvió a detener la contestación de Carlos—. No te apures, reconozco que he entrado en pánico cuando he reconocido su cabeza de rizos negros debajo de un hombre en semejante... postura indiscreta. Pero, casi he respirado con alivio al saber que no tendría que matar a nadie esta mañana cuando he visto que eras tú. Sé que nunca abusarías de mi confianza ni de la de mi hermana de esa forma.

—Yo, yo... ¡Claro que no! No tengas cuidado. Por supuesto que nos casaremos. Y creo que será mejor hacerlo antes de que acabe la cacería y la noticia se expanda por media España.

—¿Aceptarás la propuesta de don Anselmo?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo la otra opción significa publicar amonestaciones y darles tiempo a mi madre y hermanas para preparar un acto excesivo y ridículo dentro de varios meses.

—Y por lo que he visto esta mañana, no pareces dispuesto a esperar a la noche de bodas para consumir el matrimonio.

—¿Andrés! Es tu hermana. Yo...

—¿Me equivoco entonces? —Andrés mantuvo la mirada de Carlos unos segundos antes de que este negara con la cabeza—. Ya me había parecido. Así que si no se puede esperar, me arriesgaré a que sufras otro de estos accidentes y cargues a mi hermana con un bastardo ducal. ¿Tienes algo de ese magnífico jerez que hacen aquí? Creo que me gustaría beber —registrando en la vitrina del licor, el hombre abrió varias botellas de vidrio azul y olió el contenido hasta dar con la que buscaba—. ¿Te apetece una copa?

—No, gracias, hoy he bebido suficiente por una buena temporada.

—No te digo que no, nunca te había visto tan borracho como cuando te has levantado de... de encima de mi hermana. Aunque, a juzgar por tu mala cara de ahora, la borrachera te ha abandonado para dejarte una buena resaca. Para serte sincero, me alegro un poquito. No me ha gustado nada cómo has llevado este asunto...

—No me desmenuces más, Andrés. Sabes cómo es ella.

—Y tú, tal vez tan bien como yo, por eso me sorprende que hayas caído como un idiota bajo sus garras.

—No te voy a permitir que la insultes y la pongas nerviosa como cuando éramos niños, Andrés. Ella se merece que la trates bien. Es toda una señora y en este caso la culpa ha sido mía, y de mi poco aguante con la bebida...

—¿Y las otras veces?, ¿de quién ha sido la culpa?

—No sé de qué hablas.

—¿Me estás diciendo que esta era la primera vez que os... que tú y mi hermana hacíais... bueno... eso?

—Realmente...

El sonido del pomo de la puerta detuvo la respuesta de Carlos. Afortunadamente para él. Ambos hombres se levantaron al unisono para recibir a la persona que llegaba.

Cuando María entró en la amplia biblioteca, confirmó el temor de Carlos; estaba muy, pero que muy enfadada, y sospechaba que él era el motivo de ese enojo, o al menos su incapacidad para mantener las manos lejos de ella.

Iba correctamente vestida con una falda negra y una blusa blanca abotonada hasta la barbilla; nada que ver con la exuberante ninfa que yacía bajo él junto al río. Las ondas de sus oscuros cabellos parecían hechas a molde, sin un solo pelo rebelde, y sus modales, tranquilos e imperturbables, iban a tono con sus cabellos. Por momentos comprendió que era perentorio convencerla de ese matrimonio. No iba a dejar que nadie, salvo él, se llevara una mujer como aquella.

Se sentó frente a su hermano y él en una postura rígida y casi enfadada.

—María —empezó Andrés—, no hace falta que te informe de tu situación, ¿verdad?

—No, soy consciente de mi situación.

—Y ahora, Flaca, ¿tienes que comunicarme alguna buena noticia en relación a tu futuro?

—Lamento no poder comunicarte ninguna noticia, ni buena ni mala. Mi futuro es el mismo que cuando nos despedimos.

—¡María! —gritó el hombre, levantándose del asiento como un resorte—. Ni se te ocurra volver a rechazar una proposición de matrimonio, y menos la de él —recalcó, señalando al hombre sentado junto a él y que parecía que por momentos perdía el color del rostro—. Te casarás con Carlo, y lo haréis en cuanto a la señora marquesa se le pase el soponcio.

—¿Ya se ha enterado mi madre? —inquirió en un susurro Carlos.

—No, pero lo hará pronto, y te aseguro que el vahído vendrá después.

—No voy a casarme y menos con él.

—Pues no parecías hacerle ascos en el río —añadió Andrés, conteniendo el enfado creciente.

—Eso no tiene nada que ver.

—Eso tiene todo que ver. ¿Qué pasa si te has quedado preñada?

—¿En el río?, pero si llevábamos la ropa puesta —casi rio la muchacha.

—Tú llevabas poca ropa puesta, y te informo, por si aún no te has enterado, que no hace falta ponerse en cueros para concebir un niño.

—Para tu información, te aseguro que en el río no ocurrió nada que pueda acarrear ningún niño.

—En el río, en el río... —repitió el hombre notando que su amigo tragaba saliva confirmándole sus sospechas—. ¿Y puedes asegurarme que no ha ocurrido nada en otro lugar que no pueda acarrear la llegada de mi amado sobrino?

—No me voy a casar —María se levantó, evitando responder la pregunta.

—María, tengo que saber a lo que nos enfrentamos —Andrés se le acercó, tomándola por los hombros y girándola hacia su rostro—. Siempre has estado loca por él... y, aunque nunca lo he acabado de entender, supongo que es un hombre muy atractivo. ¿Por qué no quieres casarte?

—No tengo que darte explicaciones, y menos delante de su excelencia. Tengo mis razones y punto. Olvídate de ninguna boda. Nos iremos en cuanto prepare mi equipaje...

—Nada de eso, he venido a una cacería de una semana y voy a disfrutarla. Si crees que vas a sufrir censura y críticas, te aguantas o le pones el remedio que se te ofrece.

—Lo que tú digas —añadió ella, justo antes de salir por la puerta, esta vez sí, dando el mayor portazo de su vida.

—No digas que no te lo advertí —volvió a recordarle Andrés a su amigo, que seguía blanco como la pared encalada del cortijo.

*Cádiz, 26 de julio de 1817*

Carlos caminaba de nuevo por el borde del río embalsado, y como desde hacía años ese paseo lo relajaba, especialmente a esa hora de la tarde en la que el calor sofocante del día parecía remitir. Le rodeaba una tenue neblina de aspecto fosfórico que emanaba desde las piedras recalentadas por el sol. En la quietud sintió, más que oyó, los pasos que sabía avanzaban sobre la orilla lodosa a sus espaldas. Se giró, para distinguir una sombra recortada a través de la oscuridad que progresaba sobre la montaña. Una sombra que desapareció tan pronto como él la enfrentó, ocultándose entre los alcornoques jóvenes que rodeaban la margen del remanso.

Armándose de paciencia, se sentó sobre una de las rocas que formaban un pequeño salto de agua; se sentó y guardó silencio mientras repasaba sus conocimientos militares en busca de una salida al enfrentamiento que parecía iba a tener.

Alguien lo estaba siguiendo, y ese alguien no deseaba ser visto con antelación. Y, por lo que había deducido, era una persona entrenada. Carlos sospechaba que llevaba varios minutos tras él, pero solo el hecho fortuito de haber girado la cabeza hacia un pájaro, que voló a sus espaldas, le había permitido vislumbrarlo. Luego, forzó el oído a filtrar el sordo murmullo de sus pasos entre la cacofonía del bosque. Ahora ya no tenía dudas, había visto claramente su sombra.

Se mantuvo inmóvil, fingiendo observar el atardecer entre las montañas, dejando a su perseguidor dar el primer paso. Solo después de unos pocos minutos, al ver que el desconocido no hacía ningún movimiento, se levantó y se acercó a la orilla. Su propia imagen, reflejada sobre la superficie del agua, le guiñó. Una imagen que iba desapareciendo suavemente en la creciente oscuridad, a través de un agua cada vez más negra y quieta.

Pensó que tal vez debía haber sido más cuidadoso, o al menos avisar de sus intenciones a su hermano antes de salir del cortijo. No iba armado, y aquel lugar, alejado, silencioso y cada vez más oscuro, podía convertirse en una trampa mortal. Mortal para él, o para su perseguidor.

No era un hombre violento. Sin embargo, tres años de guerra lo habían convertido en un soldado, dispuesto a matar a quien se cruzara en su camino. Poco después, Carlos decidió que no esperaría un minuto más la conclusión de aquel encuentro. Miró a su alrededor, situando al enemigo y el camino de regreso al cortijo, y comprendió que no le apetecía matar a nadie aquella noche, al menos si podía evitarlo. Hacía dos años de la última vez, y el rostro del muchacho francés, que trabajaba para el coronel gabacho, aún lo acosaba en sueños.

Pero aquello había sido un lance durante una guerra, y esto solo sería un encuentro con un delincuente. Se agachó con disimulo y tomó un guijarro en el puño. Notó que de nuevo oía los pasos, casi pudo sentirlo en la corriente de aire, y eso lo perturbó. Significaba que su origen debía de estar muy cerca. Una vez más, renegó del maldito ducado de Azahara.

Tuvo ante sí las mismas dos alternativas que tiene cualquier animal: luchar o huir. Carlos prefirió echar a correr.

Pero su movimiento llegó tarde. Se giró en redondo y allí estaba, justo a un par de pasos de distancia.

El recuerdo llegó a él de improviso: la misma cara demacrada que había visto aquella noche de Reyes en Madrid; ese rostro, la cara de un asesino. Pero ahora recordaba que no fue quien lo atacó. No, el hombre ante él era quien lo ayudó a defenderse de su agresor, el cochero del coche de alquiler.

—¿Excelencia? —inquirió frente a él la relajada voz del mayordomo.

—¡¡Cielos, Mariano!! —sobresaltado, Carlos apenas había podido sostenerse sobre sus talones para evitar caer, de manera poco elegante, de espaldas sobre el agua.

—¿Le he asustado, señor?

—¿Tengo aspecto de estar asustado? —preguntó a su vez Carlos, sujetando el latir de su corazón y esforzándose en recobrar de nuevo su control—. Pero le aconsejo que no se presente de esa forma a ninguno de mis invitados, especialmente a las señoras más ancianas...

—Quería hablar con usted, señor. He visto que salía solo y he preferido asegurarme de que nadie nos oyera.

—Usted... usted estaba aquella noche en la plaza de los carros...

—Sí, pensé que me reconocería el primer día.

—El asesino me golpeó con algo antes de intentar apuñalarme, casi no recuerdo más que imágenes borrosas...

—Yo deseaba hablar con usted sobre la señorita Aurora. Yo...

—Si quiere pedirme permiso para cortejarla, creo que viene con algo de retraso. ¿No le parece? —la cara apenada del hombre casi comenzó a producirle lástima—, aunque, he de confesar que no soy nadie para recriminarle, como supongo ya sabrá usted y todo el cortijo.

—Le aseguro que era mi intención, pero ella no sabía qué diría usted, ya que cree que soy solo un mayordomo.

—¿Cree?

—Bueno, yo...

Los pasos a sus espaldas hicieron volver a ambos hombres. Marcos caminaba apoyando la palma derecha sobre el hombro de Huan mientras se aproximaban.

—Me parece que le voy a liberar de la promesa de silencio que me hizo, caballero —habló el marqués—, es hora de que mis hermanos conozcan la verdad; en especial le pediría que hablase con Aurora y la tranquilizase. De todas formas, he de confesarle que, al menos por mi parte, no pondría ningún inconveniente a su unión; aunque su trabajo fuera el de mayordomo o marinero o agricultor. Hace tiempo que no oía reír de esa forma a mi hermana y le estaré eternamente agradecido por ello. Otra cosa es lo que dirá la marquesa, me temo...

—¿Me estoy perdiendo algo, Marcos? —preguntó un desorientado Carlos.

—Sí, creo que don Mariano y yo tenemos algo que confesarte...

—¿No te estarás acostando tú también con él? —exclamó sorprendido Carlos.

—No, por los cielos. ¿Por qué todos bromeáis con eso? Me he vuelto ciego, pero yo no... Bueno, como te decía...

*Cádiz, 29 de julio de 1817*

Durante varias mañanas consecutivas, Carlos fue a pescar y a contar huevos de pájaro, acompañado siempre por Andrés. Pasaban el rato en silencio, la mayoría de las veces, o hablando de política o de la situación internacional. Pero no volvieron a mencionar a María, en el convencimiento de que las cosas volverían a su cauce de forma natural; tal vez no durante los días que restaban de cacería, pero, quizás cuando los invitados se marcharan y él pudiera dedicar todo su tiempo a convencerla, las cosas cambiarían. Las cartas habían sido echadas definitivamente en el momento en que fueron descubiertos en el río y sabía que él era el principal culpable de aquella situación. Cuando los rumores llegaran a Cádiz y Madrid, la despellejarían viva si él no estaba ahí para defenderla.

Sus invitados parecían más divertidos y contentos si cabe que los días previos. Jugaban al billar y a las cartas y, en cada ocasión, Carlos soportó con estoicismo cualquier alusión al desliz del río, sin aclarar o dar pistas sobre cuándo sería la esperada ceremonia. Participó en casi todas las actividades, aunque se excusó del resto alegando que se retiraba a dormir la siesta. Sin embargo, realmente las cosas que le rondaban la cabeza no le dejaban dormir a gusto ni siquiera durante la noche. También pasó tiempo encerrado en su despacho, tratando de unir los cabos que rodeaban la trama en la que parecía estar metido de cabeza; cabos cada vez más numerosos y difíciles de atar. Andrés, Marcos y él casi habían llegado a la conclusión de que cada vez había más sospechosos y las conclusiones se hacían más imposibles de justificar.

Nunca le había gustado estar rodeado de tanta gente. Se sentía inseguro y torpe en un grupo tan grande y mucho menos siendo como era el centro de atención. Así que disfrutaba a solas todo el tiempo posible, que finalmente fue bien poco. Contaba los días, incluso las horas, que le restaban para poder marcharse de esa casa; con humor sardónico pensó que, aunque había cambiado el aspecto del cortijo, en él siempre acababa con la sensación de estar cumpliendo una condena penitenciaria, estuvieran o

no sus difuntos primos.

Pero le hacía temblar especialmente el evento que había preparado la marquesa como parte del fin de fiesta. Se desarrollaría tres días antes de que se marcharan todos los invitados. Así se aprovechaba el día en que se celebraba la fiesta de la patrona del pueblo de Azahara, la Virgen del río, para invitar, aunque en un recinto separado y aparte de la casa principal, a los sirvientes y sus familiares a un almuerzo en honor a la Virgen.

Más tarde, el gran acontecimiento y colofón de la cacería sería un gran baile la misma noche de la patrona; por supuesto, se trataría de un baile de carácter rural. Se habían mandado invitaciones adicionales a varios vecinos importantes de Azahara, entre los que figuraban el médico, el boticario y el maestro de escuela, en un total de casi cuarenta personas.

Para Carlos los bailes no eran más que una molestia que había que soportar en ciertas ocasiones, como la presente. Ya que no podía encerrarse en su dormitorio y entretenerse en la lectura de algún libro interesante o meter la cabeza bajo la almohada, como realmente le apetecía. Resignado, esa tarde se vistió con su acostumbrada sobriedad y permitió que el barbero le rasurara la cara.

Bajó al salón más grande del cortijo media hora antes de que los primeros invitados comenzaran a aparecer por el lugar. Quería asegurarse de que los últimos detalles quedaban terminados. La habitación había sido acondicionada de nuevo como sala de baile, retirando todos los muebles hacia las paredes laterales.

La marquesa había contratado a un grupo flamenco y una pequeña orquesta que amenizaría la velada alternando los bailes clásicos, como el pasodoble y el novísimo vals, con los bailes regionales mucho más alegres.

A la hora acordada, ni un minuto antes, doña Susana descendió elegantemente las escaleras del cortijo, desbordando elegancia y belleza ante todos sus invitados; recordando a los presentes que, pese a los rumores, en ese momento no había más señora que ella en esa familia.

La marquesa se había encargado de seleccionar las parejas de baile de sus hijos. A Carlos le había reservado la pieza inicial, que era un pasodoble, con la señorita Carmencita, por supuesto, y la segunda con la señora de Urquijo. Por fortuna, parecía que el resto de las invitadas se repartirían entre su primo y su hermano a partes iguales; y él esperaba poder retirarse tranquilamente a la sala de juegos en cuanto acabara con los compromisos iniciales.

Carlos se aproximó a su hermano, tan atractivo como siempre, que conversaba con el señor Martínez. Mientras se acercaba, notó al hombre del amplio bigote algo incómodo, por no decir absolutamente perturbado, por lo que le decía su hermano.

—Creo que se equivoca, marqués —dijo el hombre mayor, con el rostro visiblemente enrojecido—. Me temo que finalmente tendrán que abrir la mano en este asunto, y tal vez entonces yo haya perdido el interés.

—¿Se encuentra bien, caballero? —terció Carlos, ante el evidente enfado del hombre—. ¿Quién perderá el interés y sobre qué?

—Pues yo, por supuesto, excelencia, y mi hija también —Carlos creyó percibir un deje de amenaza en las palabras del hombre—. Después del escándalo que ha llegado a mis oídos, no estoy seguro de seguir adelante con esa boda...

—¿Disculpe? —Carlos apenas acabó de pronunciar la frase, sin terminar de creer lo que oía.

—Ya ves, hermanito, el caballero se está planteando el tema de la boda.

—Bueno, yo no tengo nada más que decir. Solo que piensen sus próximos movimientos o usted se quedará sin el premio —añadió el señor Martínez, alejándose de ambos.

—¿Has oído eso? —interrogó Carlos.

—Sí, cada palabra. Me parece que deberías preguntar a la marquesa sobre lo que acabamos de oír; no sé por qué, me huele que sus manos han manejado este asunto.

—¿Y qué supones que es el premio?

—Exactamente lo mismo que supones tú: la *ceñodita ceceo* y *me mediendo las edes*.

—Ya, la pregunta es: ¿quién se supone que sería el afortunado novio? —aclaró Carlos, elevando las cejas.

—Oh, lo siento, pero yo no he armado ningún escándalo los últimos días, ergo, el novio es el duque.

—¡Y un cuerno!

—Dicen que es una preciosidad...

—Ni aunque fuera la mismísima Helena de Troya compensaría soportarla el resto de la vida.

Girándose hacia la sala de baile, Carlos cerró el tema, todavía retumbando en sus oídos la risotada sardónica de Marcos. Observó que todas las damas iban ataviadas con sus mejores galas y joyas.

—Le he insistido a la marquesa en que bailo como un pato mareado —le dijo Marcos, recobrando la voz—, pero se mostró muy obstinada al decirme que tenía que asistir y bailar con una lista de señoras. Bien, me esforzaré en pisar todos los pies que pueda; así se dará cuenta de lo torpe que puede llegar a ser un ciego.

—¿También pisarás a la bonita Anabel? —le preguntó Carlos.

—Oh, no, huele demasiado bien. Ni por supuesto a mi querida María...

—No tientes a la suerte, Marcos —le advirtió su hermano.

—No voy a tentar a ninguna suerte, solo a la señorita Montes de Ossa; y a te dije que intentaría quedármela y lo haré. Si tú no la valoras lo suficiente, lo haré yo.

—Yo la valoro, ella es la que no accede a casarse.

—¿Y te has arrodillado, arrastrado y humillado delante de ella?

—No, ni lo haré —respondió con aire ofendido el duque.

—Estupendo, y me alegro, porque así será para mí sin tener que molestarme en hincar siquiera la rodilla en el suelo.

—¡Imbécil! —le increpó Carlos al oído, alejándose de su lado.

—¡Inútil! —respondió Marcos, antes de que se separaran lo suficiente.

Carlos caminó con paso enérgico rumiando los insultos que no había acabado de dirigir a su hermano, pero que aún retumbaban en su cabeza; si lo veía a dos pasos de ella, le partiría su linda cara de un puñetazo.

Ella estaba al otro lado del salón, conversando con dos señoras y un hombre. Reconoció al capellán y a la señora Urquijo, y supuso que la otra era la señorita Anabel; aunque le daba la espalda, los bonitos rizados castaños eran inconfundibles.

María llevaba un vestido de noche color celeste con un amplio escote, como era habitual en ella, y un pequeño fruncido en el borde de las pequeñas mangas. Su lustroso cabello estaba recogido en la nuca con una graciosa cascada de rizos a cada lado del rostro. Iba bastante sencilla; salvo su hermana, que vestía de forma similar como correspondía a una fiesta campestre, las demás invitadas parecían ridículamente engalanadas a su lado.

—¿Con quién bailarás el primer pasodoble, María? —preguntó su hermana, separándola del grupo.

—Con Pobremanué —le confesó ella al oído, mirando hacia el hombre que conversaba con un par de invitados procedentes del pueblo.

—Pues lo veo muy, pero que muy guapo esta noche.

—Sí, ¿verdad?, ya me había fijado... Lástima que aquella boñiga de vaca en su cara acuda a mí cada vez que lo miro...

—Ah, pero yo no tengo esos desagradables recuerdos...

—¿Ya has abandonado tu interés por el marqués?

—Nada de eso, solo soy realista... Eres consciente de que él apenas sabe que existo —dijo con un suspiro—. Siempre me eclipsas ante los hombres que ven tu exuberante belleza, María...

—No digas tonterías, tu cara es mucho más bonita.

—Ah, pero por desgracia los hombres miran por encima del cuello pocas veces...

—A ti no te falta nada bajo el cuello, Anabel.

—Pero tampoco me sobra... No te preocupes, no te tengo envidia. Desde que te convertiste en una mujer quise ser como tú, sin embargo, soy consciente de que quizás no hubiera soportado las atenciones de todos esos hombres con el humor y el ingenio que tú lo sabes hacer...

—Tú también eres ingeniosa.

—Sí, pero fíjate, el marqués no ve tu belleza y sin embargo te adora, María, lo que demuestra que eres una mujer excepcional y no solo por tu apariencia.

—Exageras, él me quiere como a una hermana.

—Hazme caso, Marco no te quiere como a una hermana... y yo no puedo luchar contra alguien de tu inteligencia e ingenio. Una lástima, porque el marqués es alguien por quien gustosa daría mis ojos.

—¡Tonta! Ya verás cómo te equivocas y él se da...

—María, creo que tocan nuestra pieza —la voz de Pobremanué detuvo sus palabras.

—¡Claro, Manuel! Estoy deseando ponerte a prueba en la pista de baile.

—Y yo trataré de no defraudarte, querida.

Carlos observaba la escena recriminándose por hacerlo y sin poderlo evitar. Se percató de que Pobremanué, cuya elegante figura estaba embutida en un no menos refinado traje gris oscuro, acompañaba a María hacia el centro de la pista. En ese mismo momento, él llevaba entre sus brazos a la señorita Martínez. Por fortuna, la muchacha no parecía especialmente locuaz esa noche y había mantenido la boquita cerrada hasta el momento.

En un momento dado, la mano elegante de su primo se demoró en la base de la espalda de María. Demasiado en la base para su gusto. Él contempló la escena, apretando con fuerza la cintura de la señorita Martínez, que gruñó una protesta baja y sacudió las caderas para librarse del contacto.

—Perdone, he debido tropezar —se disculpó tontamente.

—Ya —fue la escueta respuesta de la muchacha.

La mano de Pobremanué se demoró, incluso, cuando María pareció intentar cambiar de posición sus propios brazos. La vio sonreírle y asentir con la cabeza a algo que él le susurraba al oído.

—¡Demonios! —maldijo un instante después de dar un traspíe, haciendo que la señorita Martínez trastabillara a su vez.

—Duque, tenga cuidado dónde pone los pies, o acabaremos tumbados en medio del salón.

—Disculpe de nuevo... Hace mucho que no bailo.

—Pues no me pida hacerlo.

—Siento comunicarle que ha sido por insistencia de mi madre.

—Ya me parecía... —dijo ella, devolviéndole la mirada más helada que recordaba.

Desde ese momento se esforzó en no mirar a ningún lado, salvo a sus propios pies; y mucho menos cometió el error de volver a cruzar la vista con su enojada compañera de baile.

Pobremanué demostró ser un bailarín excepcional, casi la hacía volar sobre la pequeña pista de baile. María trató de que sus ojos no buscaran a Carlos y a la bonita muchacha que bailaba con él, procurando concentrar su atención en el hombre que la sujetaba en sus brazos. Un hombre que por momentos le resultaba más atractivo; igual hasta lograría apartar de su cabeza aquellas desagradables imágenes de su infancia.

—Estás deslumbrante, María —oyó que le susurraba.

—Eres realmente amable, Manuel, y he de confesar que estaba pensando casi lo mismo de ti.

—¡Vaya!, me halagas, y me haces un hombre muy feliz porque... —la muchacha notó como el hombre la sujetaba con algo más de intensidad y mucho más cerca de su cuerpo—. Yo, María, debo revelar que llevo pensando en ti varios meses...

—¡Pero si solo hace una semana que nos hemos vuelto a ver!

—Bien, he de confesar que te he visto en un par de ocasiones en Madrid. No estaba seguro de que me recordaras... Al fin y al cabo, tú eras bastante más pequeña que yo, pero, María, me impresionaste gratamente.

—¡Claro que me acordaba!, deberías haberme saludado, tonto —María empezó a ver un brillo conocido en los ojos del hombre, y trató con disimulo de aumentar el espacio entre ambos. No quería ser brusca, pero tampoco deseaba hacerle pensar algo equivocado.

—Bueno, en ese caso he sido aún más tonto de lo que dices, porque he perdido un tiempo precioso y he dejado que, al parecer, se me adelanten.

—No te entiendo.

—Según parece habrá un anuncio de boda muy pronto...

—Pues te han informado mal. No habrá ningún anuncio ni por supuesto ninguna boda.

De nuevo la mujer perdió el habla cuando el hombre, vestido con una sonrisa aún más deslumbrante en su atractivo rostro, avanzó otra vez para acercarla a su cuerpo de una forma casi escandalosa. En unos momentos comprendió que la había llevado sin darse cuenta hasta la salida de la terraza, donde apenas dos parejas más bailaban ensimismados en sus propias conversaciones y arrumacos.

—¡Por favor, Manuel! ¿Qué crees que haces? —aunque lo intentó, no pudo separarse demasiado.

—Quiero preguntarte algo, María. ¿Me harías el honor de considerar una propuesta de matrimonio de mi parte? —la sorpresa casi hizo enmudecer a María.

Casi.

—No sé qué te ha hecho pensar que algo así sería posible, Manuel —la mujer hizo que ambos se separaran y se detuvieran en medio de la terraza, enfrentando sus miradas—. Por supuesto me halaga tu propuesta, y te agradezco que me consideres digna de ser tu esposa, pero hace muy poco que hemos vuelto a encontrarnos. No te conozco, Manuel y, aunque no estoy buscando esposo, si lo hiciera, preferiría casarme con alguien a quien conociera a fondo y, por supuesto, amara en profundidad.

—¿Y crees imposible sentir algo así por mí?—ella casi sintió pena cuando oyó su pregunta.

—No, por supuesto. Simplemente no siento nada por ti, porque como ya te he dicho no te conozco y no hemos pasado suficiente tiempo juntos desde que éramos unos niños y, corrígeme si me equivoco, creo recordar que en aquel entonces nuestra estima mutua era más bien escasa.

—Supongo que tu aspiración está por encima de mis posibilidades —María no pudo evitar que su mano formara un arco en el aire hasta acabar abierta sobre la mejilla del hombre—. Vale —dijo él, recuperándose del doloroso golpe— creo que lo merecía. De cualquier forma, mi petición es sincera, y no me importa lo que anden diciendo por ahí de ti y mi primo. Estaré ahí si necesitas mi ayuda y mi apellido.

—Lo siento, no sé por qué he hecho eso, Manuel. Te agradezco tu ofrecimiento, aunque sinceramente no creo que sea necesario y me temo que has sido víctima de un impulso.

—Supongo que tienes razón, y he sufrido un desafortunado impulso. Mi perdones, señorita Montes de Ossa.

Sin decir nada más, el hombre se alejó, dejándola con la sensación de ser una auténtica desalmada.

Veinte minutos después, María se relajaba tomando el fresco sentada en uno de los bancos del templete exterior. No necesitó girarse para identificar claramente los pasos de quien avanzaba hacia ella hasta situarse en el asiento contiguo.

—Cásate conmigo —el brazo del hombre, sentado a su derecha, se adelantó con una seguridad impensable para alguien invidente, atrapando sin titubear la mano que ella había dejado reposar sobre su regazo. Sorprendida por la rápida maniobra, María apenas alcanzó a oír la súbita declaración—. Casémonos, María.

—No —aunque era consciente de la inutilidad del gesto, la muchacha agitó la cabeza acompañando la negación—. No sería buena idea.

—¿No te casarías con un ciego?

—No me casaría con alguien más guapo que yo...

Marcos soltó su mano, profiriendo una enorme carcajada de diversión.

—Eres magnífica, pequeña. ¿Me rechazas por guapo? —la amplia sonrisa deslumbró de nuevo a la mujer mientras volvía a retener su mano—. Aunque es la primera vez que pido la mano de alguien, estoy convencido que ese será el mejor motivo que puedan darme.

—Pues para mí es uno de los más adecuados —afirmó, colocando su segunda palma sobre la mano que apretaba sus dedos—. Ya sé que no ves, así que no te puedo preguntar si acaso no te has mirado en un espejo.

—No, me temo que esa frase manida no va conmigo.

—Eres el sueño de toda mujer, Marco...

—No creo que...

—Shhh, escucha —apretó sus dedos entre los del hombre, observando los bellos ojos ámbar que se clavaban en ella, abiertos y vivos, aunque completamente ciegos—, eres un marqués joven, rico, educado, inteligente y cariñoso. ¿Ciego? ¿No puedes ver? ¿Qué más me daría a mí si yo sí puedo hacerlo? La desgraciada sería yo si me casara con un hombre como tú y no pudiera verte cada día de mi vida... Espera, no te precipites dando tu valiosa persona a alguien que no te merece. Hay alguien ahí, esperándote, alguien que vale más que yo...

—Tú eres una joya, María. Y aunque no puedo ver, oigo lo que otros comentan de ti, y, al parecer, me estoy perdiendo mucho; al menos, podría tocar...

—¡Tonto! —riñó ella, golpeándole levemente el pecho—. Yo acabaría volviéndote loco; y yo, yo moriría de amor por ti si me permitiera abrirte el corazón, porque, aunque sé que me aprecias, no estoy segura de que lograra convencerte de amarme ni la mitad de lo que yo sería capaz si me dejara llevar. ¿No ves que eres perfecto? No, yo necesito a alguien más terrenal, alguien que me adore y soporte cada una de mis peculiaridades, necesito a alguien...

—Alguien como mi hermano. Lo comprendo —lentamente, Marcos liberó su mano del agarre de la mujer—. Me parece que te equivocas, hace años que no me veo, quizás por eso mismo no alcance a comprender qué te hace pensar que pueda ser ni mínimamente perfecto. Ten por seguro que si me casara contigo, tú serías el centro de toda mi vida, mis ojos y mi corazón, María, y conozco pocas personas a las que les daría tal poder sin concesiones.

—Gracias —en un gesto instintivo, ella se acercó para abrazar el amable y querido torso del hombre—. ¡Oh, cielos!, hasta tienes el pecho tan duro como una piedra. ¿Y dices que no eres perfecto? —ampliando sus brazos, el hombre hizo que se recolocara sobre su torso—. Además, sabes lo que se dice por ahí que ocurrió en el río. ¿Lo has pensado? ¿Qué pasaría si llevara al hijo de tu hermano?, ¿lo aceptarás como el heredero de tu título?

—Como bien dices, ese niño imaginario sería el hijo de mi hermano; bueno, hay grandes de España que no tienen ese tipo de progenitor. ¡Un señor duque! Y, al fin y al cabo, todo quedaría en familia.

Por fortuna, parecía que la orquesta se disponía a tocar la última piezaailable antes de que el grupo flamenco acabara amenizando la fiesta con su algarabía. María, con los pies algo doloridos por las casi dos horas de baile, se disponía a regresar al lado de su hermana cuando los primeros compases de un vals comenzaron a sonar. Se trataba de un baile novedoso que estaba haciendo furor en toda Europa y que ella había aprendido a bailar con su hermana con ayuda de un libro en francés. Pensó que igual tenía suerte y alguien la invitaba a bailar.

En ese momento, sintió que alguien colocaba una mano sobre su brazo y al mirar hacia atrás se encontró con los ojos pardos de Carlos.

—María —le oyó decir —me gustaría que bailaras conmigo.

—No sabía que conocieras el vals.

—Bueno, mi madre se empeñó en aprenderlo ella misma, y necesitaba pareja para practicar...

—En ese caso, será mejor que tú me guíes, porque yo lo he aprendido por mí misma en un libro en francés y, como sabes, solo hablo español y baluceo latín.

Él tiró suavemente de ella y la sacó a la pista. En ese instante, varias parejas más se atrevieron con la novedosa danza. Carlos unió una de sus manos a la de ella y colocó la otra en la base de su espalda. Ella alcanzó a colocar su mano libre en el hombro de él y respiró profundamente. La distancia que los separaba era justo la descrita en su libro, sin embargo, a pesar de todos los momentos que habían pasado juntos, notó que el corazón se le aceleraba.

—Temía que me evitaras a toda costa —comentó él, pegado a su oído.

—¿Por qué crees que haría tal cosa?

—¿Sigues enfadada por lo del río?

—En ese caso debería estarlo también conmigo... Me temo que yo te respondí en igual medida.

—Me alegro de que no me odies, María... yo... —empezó él.

—Shhh, calla, déjame disfrutar del baile. Ya hablaremos luego.

—Promete que saldrás conmigo al jardín y dejarás que te diga algo.

—Prometido —concedió ella.

—Gracias, Gitana —añadió él, acercándola a su cuerpo un grado más de lo considerado decente.

Caminaban en silencio entre los arbustos de madroños y zarzamoras que rodeaban el sendero de grava hacia el río. Ninguno habló cuando salieron cogidos del brazo, pero, en silencio, ambos tomaron aquella dirección. Consciente de la belleza del entorno, la marquesa había mandado colocar antorchas a intervalos de cinco o seis varas alternativas a ambos lados del camino. Enfilaron el sendero más delimitado y dejaron atrás las paredes blancas del cortijo. Ambos sabían que acabarían sentados junto al remanso del río, en el mismo lugar donde fueron pillados hacía unos días; por fortuna, la noche contaba con una enorme luna que les alumbró cuando la última antorcha quedó muy detrás.

Ese silencio entre ambos dejó de ser incómodo. Muy en contra de su naturaleza, María no deseaba que ninguna palabra o frase de cortesía manchara aquel momento, solo aspiraba a olvidarse de todo y de todos y a disfrutar de la noche. Giró el rostro para observar el perfil serio y atractivo del hombre que la acompañaba y, de nuevo, un pellizco de anhelo se alojó en su abdomen.

Finalmente, llegaron al claro junto al río y la caída de agua de la pequeña cascada rompió el silencio que los rodeaba.

—Ya ves, María, volvemos a este mismo lugar una y otra vez —habló por fin él.

—No me extraña, es precioso.

—Llevo meses preguntándome por qué. ¿Por qué este lugar cuando poseo tantos otros sitios maravillosos? —Carlos se detuvo unos instantes y ella creyó que volvería a ser el hombre silencioso—. Ya te dije el otro día que había comprendido que, en parte, adoraba este lugar porque en todos los recuerdos sobre él estabas tú. No te mentí, María, simplemente me quedé demasiado corto —agregó él—. ¿Crees que es posible estar solo rodeado de cientos de sirvientes y parientes?

Carlos se apartó de ella y se alejó hasta que sus zapatos tocaron la orilla del agua. Ella lo observó tragando saliva.

—Aquí puedo recordar lo que soy, lo que era antes de verme anulado como hombre para ser solo un duque —siguió—. Sin embargo, no me había dado cuenta de ello hasta la semana pasada, hasta el momento en que tú completaste el marco del recuerdo que perduraba en mi cabeza.

—¿Y qué es lo que eres cuando estás aquí? —preguntó ella.

—Un muchacho, un adolescente lleno de inseguridades, un chico al que una gitana hacía rabiar y meter en problemas; solo Carlos Ramírez de Arístarán, un hombre que no recuerda haberse sentido más vivo en todos sus años que en los momentos compartidos al lado de esa chiquilla. María, siempre has sido tú, solo he visto brillar el sol cuando te he tenido cerca, yo...

—La noche es preciosa, Carlo, este lugar es precioso. Hoy ya he recibido dos peticiones de mano y no quiero rechazar una tercera. No quiero que me preguntes de nuevo algo que no sé cómo voy a responder, aún me duelen muchas cosas y creo que tú necesitas darte cuenta de otras muchas.

—¿Qué más quieres que te diga para convencerte?

—Si me lo preguntas, es que aún no has comprendido nada.

—Pero...

## Capítulo 21

### Visitas nocturnas

—Como has visto, los vecinos que he invitado del pueblo no pertenecían a la nobleza —le explicó la marquesa después del baile, y una vez se encontraban ambos sentados en el despacho de Carlos, casi a las tres de la madrugada—, pero creo que es lo mejor. Después del escándalo que ha montado esa muchacha no opino que sea bueno que nuestros iguales se relacionen con semejante...

—Te advierto de que te estás sobrepasando, madre —la corrigió Carlos.

—Bien, piensa lo que quieras. Afortunadamente ella misma es consciente de su incapacidad como duquesa y ha decidido rechazar tu loca proposición. Me ha costado mucho explicarle al señor Martínez que su hija no tiene que preocuparse por...

—¿Qué has hecho qué? —Carlos se levantó del sillón, en el que se había sentado con la intención de soportar estoicamente, y alejado del cuello de su madre, cuanto viniera. Pensó que los insultos hacia su persona comenzarían en cuanto fuera informada, por alguno de sus invitados de bocas selladas, del asunto del río. Le extrañaba que ella hubiera tardado varios días en sacar el asunto a colación—. No vuelvas a insultar a María.

—No la he insultado, en realidad he decidido ignorarla. No es digna de que le dirija la palabra y no me rebajaré a ello. Si quieres tenerla aquí hasta acabar la cacería, comprenderé que lo haces por tu amistad con sus hermanos, pero si pretendes seguir con esa fulana después de esto, prefiero que la ocultes de mi vista y de la de mis amigos...

—¡Óyeme! —Carlos, tal vez por primera vez en su vida, se acercó a la mujer con intención real de ser violento con ella; por fortuna recuperó la cordura justo cuando sus manos le rozaban el cuello—. Me voy a casar con María, ¿me oyes? Va a ser la duquesa de Azahara, y tú la vas a tratar como tal —lentamente posó las amplias manos en los huesos delicados del hombro de la mujer—. Te quiero madre, y soporto cada una de tus peculiaridades, pero no voy a dejar que insultes a mi esposa. No quiero oírte decir nada ofensivo contra ella. Diles de mi parte a tus amigos que me casaré con esa mujer cuando tenga la dicha de que ella me acepte; y que en ese momento, seré el hombre más afortunado del mundo, porque voy a llevarme a la mujer más hermosa, inteligente y buena que he conocido en mi vida. ¿Has entendido?

—Definitivamente el cerebro te ha bajado a la entrepierna, hijo —gruñó la ofendida dama—. Eres lo bastante mayor y no puedo hacer nada por impedir este desastre, pero no pienses que me morderé la lengua ni un instante...

—No, supongo que no lo harás ante el riesgo de envenenarte tú misma...

—¡Oh! ¡Cómo puedes decir eso de tu propia madre!

—No te hagas la asombrada. Ya nos conocemos bastante bien, Susana. Tengo la espalda repleta de cicatrices de tus uñas. No voy a ceder en este punto y tú vas a actuar como te pida.

—Ni lo sueñes.

—Entonces le pediré a Marcos que te reciba en su casa...

—¡Ni te lo imagines siquiera! No voy a permitir que te quedes solo con ella. No creas que te vas a librar de mi presencia.

—Como quieras, no voy a echarte de mi casa, pero ya sabes lo que espero de ti.

—Y tú sabes perfectamente lo que recibirás.

Apoyada sobre la pared exterior del despacho de Carlos, la muchacha había detenido su camino cuando empezó a darse cuenta de que hablaban de ella. María había llegado a la conclusión de que si escuchaba detrás de las puertas, posiblemente un día oíría algo que no le gustaría nada en absoluto, o, con suerte, descubriría algo que llevaba años esperando. Aún con la rabia de saber que él no había sido capaz de decírselo a ella misma, o que tal vez no era más que una ilusión y había hablado de esa manera para fastidiar a su madre, la muchacha no pudo contener el brote de ilusión que llenó su pecho por unos instantes. Después, reflexionó, tal como hacía siempre, llegando a la conclusión de que si él sentía eso verdaderamente, si además era capaz de decírselo en persona y añadir que la quería, entonces, solo entonces, se casaría con él.

En un rápido movimiento, María se perdió en el recodo del pasillo cuando oyó los pasos enérgicos y ciertamente enfadados de la marquesa, saliendo del despacho.

*Cádiz, Cortijo de Valleflorido, 1 de agosto de 1817*

—¿Buscas algo, primo? —en la oscuridad de la biblioteca, la sonrisa de Carlos se amplió.

—¿Has perdido algo, Manuel? —con inusitada jovialidad, Marcos cerró la puerta tras él y, aprovechándose de la ventaja que la casi completa oscuridad le daba, avanzó hacia Pobremanué, que había quedado mortalmente sorprendido, parado junto al armario donde se guardaban los juegos de mesa. El hombre todavía mantenía la mano adelantada hacia la puerta acristalada.

—Si eres tan amable, Marcos, te agradecería que encendieras una lámpara. Estoy seguro que tú eres el más indicado para, al menos, encontrar lo necesario en esta penumbra —mientras hablaba, Carlos permaneció sentado en el sillón en el que había estado las últimas dos horas, aguardando la llegada de su presa. Esa misma mañana habían lanzado el anzuelo durante el desayuno: por la tarde le enviarían nuevas barajas para sustituir las usadas durante esos días, muy manoseadas y difíciles de barajar a esas alturas, y al día siguiente tendrían una nueva partida de cartas.

Dejando su bastón apoyado sobre la pared, Marcos se volvió sin vacilación hacia la mesa central para cumplir la petición de su hermano. En pocos segundos, la débil luz de una lucerna de aceite iluminó la estancia y el rostro de Pobremanué.

Sorprendentemente, el alivio brillaba en los ojos del hombre mientras recobraba la compostura y retiraba la mano hasta enterrarla en el bolsillo de su levita.

—Perfecto, habéis llegado justo a tiempo —dijo, con el rostro girado hacia el hombre que permanecía sentado junto a la ventana.

—Es evidente que hemos llegado a tiempo —apuntó Marcos desde su espalda—. Ya te dije, Carlos, que el tahúr no podría permitir que le arruinásemos el negocio retirando las cartas marcadas. Es mucho lo que ha sacado estos días de esos pardillos. ¿No es cierto, Manuel?

—¿Así que vosotros también lo sabíais? —preguntó Pobremanué.

—¡Pues claro que lo sabíamos!, desde el primer día. ¿Te has creído que somos lerdos? —con gesto ofendido, Marcos le indicó el sillón—. Siéntate, Manuel.

—¿Y por qué has dejado que ocurra durante tanto tiempo? —ignorando al otro hombre, Pobremanué se dirigió a Carlos.

—Porque hemos esperado a tener pruebas y a pillar al fullero con las manos en la masa...

—Pues habéis sido bien lentos... El pobre conde casi pierde hasta los dientes postizos.

—No creo que esa prótesis diera mucho dinero por su venta. Por cierto, Manuel, ¿cómo andan tus finanzas? Oí que tuviste que vender tus propiedades de Jerez.

—Sí, y lo lamentaré toda la vida. Aquellos viñedos me han dado los mejores vinos de la comarca —mientras hablaba, Pobremanué se dispuso a obedecer las indicaciones de su primo y sentarse en el sillón frente a él—, pero, en fin, el negocio que me ofrecieron merecía el sacrificio. La guerra disminuyó la venta y yo he perdido mucho durante ella. Por fortuna —el hombre se detuvo justo antes de acabar de sentarse, y durante unos segundos caviló mirando alternativamente a ambos hombres; hasta que se volvió a erguir cuando la realidad atravesó su mente—. ¿En serio? ¿Otra vez? ¡No me lo puedo creer! —por unos segundos, Pobremanué se movió inquieto, caminando de un lado a otro de la estancia mientras agitaba negativamente la cabeza—. Esto es increíble... —murmuró casi para sí mismo—, realmente increíble y muy poco halagador de tu parte, primo —dijo finalmente cuando se detuvo frente a Carlos—, muy, pero que muy poco halagador —acabó con una

carcajada.

—Pues yo no le veo la gracia por ningún lado —Carlos miró ofendido a su primo, que por momentos parecía más divertido.

—Pues la tiene, créeme.

Desorientado, Carlos intentó inútilmente cruzar la mirada con su hermano, que parecía en esos momentos tan descolocado como él. Negación, mentiras, hasta una petición de perdón o clemencia hubieran sido esperables tras poner, literalmente, las cartas boca arriba frente al hombre que los había tenido en vilo durante los últimos días, pero no la risa descontrolada que asolaba el pecho de Pobremanué.

—No os apuréis, mañana mismo me iré —afirmó Pobremanué—. No voy a dejar que me insultéis de nuevo ni obligaros a cargar con mi presencia, evidentemente poco apreciada, pero antes os contaré algo.

María esperaba que los últimos dos días, antes de que la cacería llegara a su fin, fueran tranquilos; solo le restaba soportar cuarenta y ocho horas más y saldría de allí para no volver la vista atrás. Aunque temía que, de nuevo, le costaría algunos años volver a creerse que se había olvidado del hombre. No había vuelta atrás, era evidente que Carlos se había resignado por fin y la dejaría ir.

El muy imbécil. ¡Sin ni siquiera presentar batalla!

Tal vez podría volver atrás en su decisión y aceptar su proposición...

No, eso estaba absolutamente descartado. Ya había llegado a la conclusión de que su orgullo valía demasiado como para someterlo a tal matrimonio desigual. No tendría al hombre que quería, pero tampoco sería una desgraciada el resto de su vida sabiendo que él se había casado con ella sin ningún interés y tan solo por salvar el nombre de su familia y su amistad con su hermano. No, ni hablar. Aunque iba a ser difícil convencer a Andrés de su decisión.

De pronto se sentía serena, en paz consigo misma. La decisión estaba tomada y no habría vuelta atrás; no se casaría en los próximos años, al menos hasta que el escándalo se disolviera algo en el recuerdo y ella volviera a olvidar a Carlos. Lo cierto era que la última vez le había costado más de tres años y, a juzgar por los resultados, no lo había logrado por completo. No importaba, ella era fuerte y lo haría de nuevo. Y, esta vez, para siempre.

Así que esa tarde, dos días antes de irse, bajó a merendar presagiando que tal vez fuera una de las últimas veces que vería la cara del hombre, y de su señora madre, en mucho tiempo, y obligándose a creer que sería capaz de soportar el trago final.

Estaba equivocada. Muy, muy, muy equivocada.

Casi todo el mundo se había reunido en la sala principal y todos, sin excepción, se giraron hacia ella en cuanto atravesó la puerta. Tragando saliva, irguió el orgulloso cuello; sabía que pronto la mayoría de aquellos cotillas difundirían pocas verdades y muchas mentiras sobre su persona a lo largo de toda España y ella se obligaría a capear con valentía el temporal.

—Bien —anunció Carlos en ese mismo momento—. Ya que está aquí la última invitada, quiero anunciarles algo —esperó hasta que los murmullos en la habitación cesaron y las miradas de todos se dirigieron a su persona, con una tos seca se aclaró la garganta antes de continuar—. Bueno, como les decía, puesto que mi buen amigo Andrés se ha perdido parte de los eventos de estos últimos días, es mi intención y la de mi familia extender la cacería durante diez días más. Por supuesto, estaríamos encantados de que permanecieran con nosotros todos y cada uno de ustedes durante ese periodo.

—¿Diez días más? —casi cacareó María sin poder evitarlo, buscando la mirada de su hermano con desesperación—. ¿Vamos a quedarnos diez días más, Andrés?

—María, querida, como has oído decir a nuestro anfitrión, alarga el evento todo ese tiempo en mi honor. Poco agradecido sería si no me quedara a disfrutar de tan espléndido presente —le respondió su hermano, que permanecía de pie junto a Marcos y Pobremanué, muy cerca de la amplia ventana con vistas a la sierra.

—¡Fantástico! —anunció la señora Urquijo, sentada en uno de los tres largos sillones centrales—. Precisamente le decía a mi marido que me había parecido poco tiempo —añadió, buscando el asentimiento del hombre sentado a su izquierda.

—Muy bien, joven —habló el conde de Ricard, saliendo de improviso de detrás de la puerta y mirando fijamente a María—. Yo también me quedaré. Hay algunos asuntos que querría tratar con el señor Montes de Ossa y prefiero no esperar a que él vuelva a Cádiz —María deseó haber empujado esa puerta, como había hecho meses atrás en su propia casa.

—¡Oh, estupendo! Creo que mi hijo también tiene tratos que arreglar con el señor Martínez —añadió la marquesa, agarrada del brazo de Carmencita mientras le enfrentaba la mirada a María—. Al fin y al cabo, nunca es tarde si la dicha es buena.

En ese preciso instante, María se encontró atrapada entre el deseo que la asaltaba hasta hacia unos minutos de huir del cortijo para comenzar a olvidar cuanto antes, y el inmediato impulso de borrar la confiada sonrisa del rostro de doña Susana. Por descontento que ganó el orgullo.

—De acuerdo, Andrés, en ese caso, me quedaré encantada. De todas formas, ya se sabe que la cox de la yegua no hace malo al potro —mientras hablaba, María alzó una de sus negras cejas hacia la marquesa—. Veo que, como a mí, a usted le gustan los refranes populares. ¿No es cierto, marquesa?

—Efectivamente, pocas veces encuentra una frases tan ciertas en según qué ocasiones. No obstante, señorita Montes de Ossa, prefiero aquel que dice: cada uno en su casa y Dios en la de todos —la comisura derecha de la boca de Susana se elevó por unos instantes.

—Bonita alusión. Como todos sus invitados pueden comprobar, cada uno lleva la lengua donde le duele la muela —apuntó la muchacha, en clara referencia al deseo de la marquesa de librarse de su presencia cuanto antes.

—No sé a qué se refiere, señorita. En mi casa siempre se ha dicho: haz bien y no mires a quien.

—Y en la mía que: el que se pica ajos come —respondió en tono cantarín María.

—Está claro que, por desgracia, ciertas criaturas crecen sin madre ni guía, aunque siempre digo que es posible aprender con un poco de esfuerzo lo que no nos enseñaron nuestros padres. Ya se sabe que allá donde fueres, haz lo que vieres —comentó la marquesa, ignorando a María para mirar y hablar exclusivamente con la señorita Carmencita.

Acompañándola hasta el sofá que presidía la sala, acabaron por sentarse ambas frente a la mesa central, en la que uno de los criados había depositado las tazas y platos para servir el café y la merienda. La muchacha, aún sin entender una palabra de lo que hablaban ambas mujeres, se contentaba con mantener la sonrisa bobalicona que la caracterizaba.

—Totalmente de acuerdo con usted, marquesa —añadió María, ante el asombro del resto del personal de la sala, que esperaba una retirada de la confrontación por su parte, dejando a la marquesa con la última palabra. Poco a poco fueron cesando cada una de las conversaciones, para centrarse en la guerra de refranes que parecía haberse desatado entre ambas mujeres—. Por supuesto, siempre se ha dicho que si entre burros te ves, rebuzna alguna vez.

—¿Y no cree usted, señorita Martínez, que oír, ver y callar recias cosas son de obrar? —aunque la frase iba evidentemente dirigida a María, la mujer miraba a la sorprendida muchacha rubia sentada junto a ella, que continuaba sin saber muy bien de qué iba toda aquella conversación y qué se suponía se esperaba de ella.

—Yo, yo, señora... —atinó a farfullar ante el silencio sepulcral que azotó la sala tras las palabras de la marquesa. Solo Carmencita no se percató de que el resto de las miradas giraban expectantes hacia María.

—La marquesa quiere decirle que callad y callaremos, que todos por qué callar tenemos —pretendió aclarar María.

—No, me temo que más bien quise decir que asno callado, por sabio es tomado.

—También debería recordar su excelencia que no ofende quien quiere, sino quien puede —comentó María, manteniéndole la mirada mientras caminaba hacia uno de los sillones que rodeaban la chimenea, justo el colocado frente a la marquesa.

La mujer mayor dejó escapar un largo suspiro entre los labios fruncidos.

—Perfecto, señorita Martínez, como le decía, me alegrará tenerla durante unos días más. Da gusto conversar con una muchacha discreta, callada y sencilla como usted —inclinándose sobre la mesita ante ella, la mujer comenzó a servir el café que doña Mercedes acababa de llevar en una bandeja—. Y recuerde, señorita: para que en todas partes quepas, no hables de lo que no sepas.

—Está claro que el refranero español es rico y sabio, basta pensar en el dicho del viejo, el consejo —en dos pasos, María se plantó frente a ambas mujeres, inclinándose para servir una taza de café—. ¿Con leche, Carlo? —preguntó, sonriendo descaradamente al duque, que había observado toda la escena reclinado sobre el

vuelo de la chimenea.

—Una gota, querida —contestó él con una sonrisa compartida por todos los presentes, que parecían divertirse por momentos con la inusual conversación.

—Bien, hijo, veo que debo recordarte también a ti algún sabio consejo —apuntó la marquesa, molesta por el apelativo, evidentemente excesivamente cariñoso e íntimo, que el hombre le había regalado a la muchacha frente a todos sus invitados—. No te quemes la boca por comer prontito la sopa.

—No creo que el duque se arriesgue a quemarse... con el café, señora y, por cierto, ¿ha oído su excelencia aquel que dice: pasar de largo conviene en lo que no te va ni te viene?

—No, no lo había oído. Pero sí ese otro que habla de cómo hay que actuar para evitar males mayores, es algo que suelo comentar a mis empleadas más jóvenes y coquetas: cantarillo que va mucho a la fuente o deja el asa o la frente.

—Le concedo que es un bonito consejo, aunque a veces las malas lenguas hacen de las mentiras verdades. Ya sabe aquello de no creas sino lo que veas y aún de lo que veas, la mitad creas —respondió María mientras se alejaba después de entregar la taza recién servida a Carlos, para volver a su asiento junto a la chimenea.

—¡Oh, querida! Sin embargo yo soy de las que opinan que cuando el río suena agua lleva.

—De acuerdo, madre, creo que por hoy hemos acabado el repaso del refranero —apuntó por fin Carlos—. ¿O quieres que sea yo mismo quien te recuerde aquello de siéntate en tu lugar y no te harán levantar?

—Por supuesto, hablemos de otras cosas interesantes —la marquesa se levantó, alisándose las faldas mientras lo hacía—, pero no olvides, hijo, que no se queje de engaño, quien por la muestra compró el paño.

—Toma el café, madre, y descansa la voz, que al amigo y al caballo, ni apretarlo, ni apurarlo —comentó Carlos, a punto de perder la paciencia, mientras se acercaba hacia donde María permanecía sentada. Cuando llegó, se colocó a su espalda, en lo que para todos quedó patente era señal clara de por quién tomaba partido en aquella guerra dialéctica.

—Entonces, hijo, callaré, pero déjame que te diga que quien dice la verdad, ni peca ni miente, que un clavo saca otro clavo y que en mala mujer mucho mal puede haber.

—¡Oiga, señora! —María se irguió sobre sí misma, algo cansada de los insultos ya directos de la mujer. La mano, que rápidamente cayó sobre su hombro, sujetándola con delicadeza, la hizo permanecer sentada.

—Corazón apasionado, no quiere ser aconsejado —dijo Carlos, mientras daba la vuelta para colocarse frente a ella y lentamente agacharse hasta colocar la rodilla derecha sobre el suelo—. Querida... —continuó él tomándole ambas manos entre las suyas para juntarlas sobre su pecho— si he de elegir una frase, debería decir que sin duda he escogido a una mujer de la cual puedo decir: hubiera podido escogerla más bella, pero no mejor —mientras hablaba, tan alto que todos los presentes podían oírlo con claridad, no separó sus ojos de los de ella—. No sé si hay alguien deseando acabar conmigo, pero si lo logra, no me dejaré en peor estado del que me encuentro en estos últimos días, porque no entiendo una muerte más cruel que estar sin la persona a la que más amo en este mundo, sin ti, ni un minuto más. ¿Me harás el inmenso honor de ser mi esposa?

El silencio casi se pudo cortar durante los instantes que a todos les parecieron eternos que María tardó en hablar.

—Bien sabe la rosa, en qué mano posa... —añadió María, mirándolo a los ojos y olvidándose por unos instantes de que estaban rodeados de personas—. Sí, por supuesto que me casaré contigo, Carlo —añadió, coincidiendo con el suspiro general soltado por casi todos los presentes, y que había sido retenido a la espera de la contestación a la sorprendente petición de mano.

Varias felicitaciones y expresiones de alegría siguieron a la declaración, mientras la pareja era rodeada por los presentes.

—Los amantes de Teruel, tonta ella y tonto él —acabó diciendo la marquesa, justo antes de enfilarse la puerta y salir con un sonoro portazo.

Estaba tendida en la cama con los ojos cerrados, tratando de dormir, pero solo pensaba. La noche había sido lo que se dice extraña; aunque, para ser sincera, debía reconocer que la guerra dialéctica con la marquesa casi había valido la pena. Por desgracia, parecía que la contienda había quedado en tablas tras las andanadas de refranes lanzadas desde uno y otro bando. La mujer debía estar rezumando veneno en esos momentos. María era consciente de que, aunque no hubiera tenido lugar la sorprendente y emocionante declaración de Carlos, prácticamente la habría impulsado a aceptar la proposición de matrimonio del hombre la simple posibilidad de fastidiar a la señora Susana.

Extendió a tientas la mano y tiró de la campanilla para llamar a alguna criada. Necesitaba un vaso de leche caliente para poder dormir, y no le apetecía volver a deambular por los pasillos; ya lo había hecho en demasiadas ocasiones los últimos días, y en ninguna de ellas la cosa había terminado demasiado bien. O al menos no de una forma saludable para su tranquilidad mental.

Lo intentó una y otra vez, pero nadie acudió. Sin acabar de creerse que ya no hubiera nadie despierto en las cocinas, en parte por el trabajo que debían haber dejado tal número de invitados, continuó insistiendo.

Casi sintió alivio cuando escuchó pasos apresurados por el corredor y el sonido de unos puños golpeando la puerta.

—¡Pase! —dijo en alto, a la vez que se levantaba para volver a encender la vela que había dejado sobre la mesilla auxiliar.

Se colocó la bata sobre el camisón y se acercó a la puerta, pensando que quizás había cerrado el pestillo y el sirviente no podía pasar. Se asombró cuando iluminó la madera y comprobó que estaba abierta y que no había nadie, ni en el interior ni en el exterior.

Sorprendida, volvió a cerrar, esta vez asegurándose de correr el cerrojo, y regresó hacia la cama, tras lo cual apagó la luz.

Minutos después el intruso seguía refugiado en las sombras de la habitación, en el hueco que dejaba el enorme armario de madera de pino. Lejos de cualquier fuente de luz que entrara por la ventana, permanecía agazapado, aguardando a que la mujer terminara durmiéndose. Pronto acabaría la espera.

Se estiró un poco, sin acabar de perder la postura agachada, para comprobar que su objetivo seguía allí, a tres varas de distancia, iluminada por la tenue luz que entraba por la ventana, abierta para refrescar la habitación en una noche tan cálida. La mujer descansaba cubierta tan solo con un fino camisón y una ligera sábana de verano. Giró la cabeza a izquierda y derecha, intentando ubicarse en la estancia, asegurándose de que ningún tropiezo con un mueble movido de sitio delatará su presencia cuando por fin caminara hacia ella. Con un gesto lento, comenzó a enderezarse acercándose a la cama.

En la oscuridad de la noche, el sonido de sus pies, calzados solo con finas medias, apenas era audible.

La mujer se agitó en la cama. Imperceptiblemente, sus globos oculares describieron círculos bajo los párpados cerrados, solo un segundo antes de que se abrieran por completo y la mirada de terror surgiera en su rostro al contemplar la sombra que se cernía sobre ella.

El intruso reculó hacia el rincón tan rápido como pudo, sin embargo, no intentó evitar que la muchacha saliera de la cama y trasteara agarrotada de pánico durante unos instantes con el cerrojo, para acabar abandonando la habitación a toda velocidad.

Tendría que salir de allí con rapidez y aguardar otra oportunidad más propicia.

María entró apresurada en la habitación de Carlos. El hombre apenas tuvo tiempo de incorporarse en la cama, cuando se encontró con la muchacha en sus brazos.

—No digas nada —le ordenó ella, mientras enterraba la cara en su hombro y lo abrazaba por la cintura—. Deja que duerma aquí y me casaré contigo mañana mismo si es lo que quieres.

Carlos, asombrado, se sintió de pronto en tal estado de excitación que apenas fue capaz de articular palabra. Se limitó a abrazarla con fuerza y recrearse de nuevo en el calor que emanaba de su cuerpo.

—Necesito saber lo que ocurre —acertó a decir por fin, tras un par de minutos de silencio.

—Alguien va a por mí, Carlo.

—¿Estás segura de eso, María?

—¡Claro que estoy segura! ¡Qué pregunta! Sé lo que digo, no estoy tonta —contestó ella con enfado—. Ha entrado alguien en mi dormitorio, yo estaba en la cama y,

aunque me empezaba a quedar dormida, aún seguía consciente de mi alrededor. No he podido ni gritar del susto, solo salir lo más rápido que he podido.

—Entonces debo ir a ver.

—¡Ni se te ocurra dejarme sola! —casi chilló ella, aferrándose aún más a su abrazo—. Y yo no pienso volver allí en mi vida.

—De cualquier forma no creo que se haya quedado esperando que vengan a buscarlo. ¿Lo viste bien?

—No, solo su sombra. Estaba inclinado sobre mí, a menos de dos palmos... Creí que moriría en ese mismo instante. No puedo describirte lo que he sentido en esos momentos, aún me tiemblan las piernas, Carlo. Y sabes que yo no tiemblo fácilmente.

—¿Por qué entonces lo has hecho esta vez? Sé que no es una reacción normal en ti. ¿Darle una patada? ¿Golpearle con el libro que tienes en la mesilla? ¿Arañarle la cara y sacarle los ojos? ¿Pero correr como un conejo asustado? Esa no es mi Gitana.

—Creo que tal vez alguien piensa que sé algo, que he descubierto algo... Yo... Yo debo confesarte algo. He estado... estos días...

—Siguiendo a mis invitados —acabó él por ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Siento decirte, querida, que eres una espía pésima.

—¡Oh, vaya!, podías haberme advertido de que lo sabías.

—¿Y perderme la diversión? ¡Ah, no me pellizques ahí! Duele... —dijo él, retirando la mano de la mujer de su abdomen.

—Lo haré más abajo si no dejas de reírte de mí. Yo pensaba que estabas en peligro y solo quería encontrar al asesino...

—Gracias, Gitana, pero ya tengo a varios hombres haciendo eso. Y me temo que lo único que has conseguido con tus juegos es pasearte por medio cortijo en paños menores y que el asesino se fije en ti misma.

—¿Sabes? Acabo de recordar algo que me ha parecido extraño.

—Continúa, te aseguro que no me reiré de ti; esto puede ser más serio de lo que piensas.

—No sé si es importante, es solo un mero detalle. Al volver a mi habitación esta noche, me di cuenta de que la siguiente a la mía, la del final...

—¿La de tu hermana Anabel?

—No, esa está antes de la mía en el sentido en que caminaba. Me refiero a la siguiente viniendo de las escaleras...

—No recuerdo quien duerme ahí, continúa.

—Vale, pues no tenía la puerta completamente cerrada. Y alguien que estaba dentro miraba de una manera subrepticia por la rendija. Luego, cerró la puerta rápidamente cuando se percató de que yo lo había visto. Sé que no tiene nada de particular, pero me pareció algo extraño. Quiero decir que es completamente normal abrir una puerta y asomar la cabeza para ver algo, sin embargo, fue el modo furtivo en que lo hacía lo que me llamó la atención.

—¡Y tanto! Ahora que lo pienso ahí duerme el capellán, don Anselmo. ¿Qué interés podría tener en ti?

—A no ser que vigilara para que no me metiera en tu cama... —bromeó ella, pegándose aún más al cuerpo caliente tumbado a su lado.

—Es natural —dijo él, no muy convencido e intentando concentrarse en alguna conversación que le rondaba en la cabeza y no acababa de recordar.

—Ya te advertí de que era un detalle insignificante.

Ella se apartó unos palmos con la intención de abandonar la cama. Carlos la atrapó por la cintura, haciendo que cayera sobre él.

—Ni lo sueñes, María, has prometido casarte conmigo mañana si te dejaba dormir en mi cama.

—¡Era una broma! —insistió la mujer mientras trataba inútilmente de incorporarse, agarrada como estaba por el cepo de sus grandes manos—. Iré a la habitación de Anabel...

—Bueno, entonces tendré que prometerte que no te dejaré dormir en mi cama... pero que no saldrás de aquí en toda la noche.

En un único movimiento la atrapó volviéndose y dejándola tumbada bajo él, antes de empezar a besarla sin darle tiempo a protestar.

—Esto no está bien, mi hermano duerme dos puertas más allá y tu madre...

—Calla, María —dijo justo antes de volver a besarla y moverse serpenteando sobre ella, provocando que la muchacha acabara por obedecerlo, olvidándose de cada una de sus decisiones e intenciones previas de comportarse decentemente y mantenerse alejada de él hasta después de la boda.

## Capítulo 22

### Una boda y un desmayo

*Cádiz, Cortijo de Valleflorido, 7 de agosto de 1817*

María se estaba divirtiendo esa tarde, aunque aún se había negado a pararse y meditar lo que la esperaba en apenas dos días. No sabía muy bien cómo, los astros parecían haberse confabulado y ella había acabado aceptando casarse en la capilla del cortijo, situada en una colina muy próxima a la hacienda principal, el siguiente domingo. O sea, tan solo dos días después.

Durante el día todo el grupo había salido a caminar por el campo, y en la tarde habían tomado una merienda campestre provista de exquisitos dulces típicos de la zona. En algunos momentos fue capaz de convencerse de que todo saldría a pedir de boca y que la marquesa acabaría por resignarse a su presencia como futura duquesa, enterrando cualquier disputa para siempre. Sin embargo, un pellizco de angustia y temor seguía remordiéndole el estómago, sin importarle lo amigable, o más bien indiferente, que pareciera la mujer a su presencia.

María fue de las últimas en bajar aquella noche a la cena. Empezó a plantearse cambiar sus hábitos, ya que cuando aparecía por el salón, en el que se reunían antes de sentarse a la mesa, tenía la impresión de que todos la observaban repasándola de arriba abajo. No es que fuera una tardona habitual; de hecho, el problema era encontrar un vestido que no le hiciera parecer una longaniza embutida. En cuanto entró, sus ojos se cruzaron con los de Carlos, que pareció apreciar y aprobar el chal que había colocado sobre sus hombros para cubrir su habitual excesivo escote. Ella sabía que el hombre no lo hacía por puritanismo, más bien pretendía que por algún tiempo su madre no tuviera más razones para denigrarla.

María vio que Marcos y Pobremanué conversaban junto a la ventana abierta, y después se percató de que la marquesa se acercaba a ellos con una jarra de bebida.

—Tened, esta noche parece que el calor aprieta más de lo habitual —escuchó decir a la mujer, mientras les tendía el brazo ofreciéndose a llenarles las copas.

María estaba a unos pasos de ellos, cuando se detuvo y alzó la vista para mirar a su derecha, sorprendida por la mano que la retenía desde el codo. Girándose, se encontró con la cara demacrada del conde de Ricard.

—Señorita, he de hablar con usted esta misma noche a más tardar.

—¿Qué desea hablar con mi prometida? —oyó decir a su espalda. Antes de girarse, supo con absoluta certeza que Carlos se hallaba a escasas pulgadas, y luego sintió la mano del hombre recolocándole el chal que el tirón del anciano había desplazado de sus hombros—. Supongo que no tendrá inconveniente en que yo asista a esa conversación; de hecho, le advierto que solo permitiré que hable con ella si su hermano o yo mismo estamos presentes.

—Tenga por seguro que mi intención es del todo decorosa con la señorita, excelencia. Pero le insisto en que debo hablar con ella a solas —afirmó el hombre.

—Ya conozco sus intenciones, caballero y...

—Si don José quiere hablar con la muchacha, debería permitirlo —María apenas pudo ver a la mujer que hablaba, ya que el cuerpo de Carlos, situado tras ella y a escasa distancia, le impedía casi el movimiento, pero distinguió claramente la voz de la marquesa—. ¿O es que te da tan poca confianza la virtud de tu novia que hasta temes lo que pueda hacer un anciano?

—¡Señora! —María trató de apartar de un manotazo el cuerpo recio que le impedía ver a la mujer. El movimiento fue del todo inútil, por lo que tuvo que rodearlo para encontrarse cara a cara con su futura suegra—. Ya estoy harta de sus insinuas... ¡oh!

La diatriba que estaba a punto de soltar se le quedó retenida en la garganta ante el frío que le asaltó el pecho, cuando el contenido al completo de la jarra de ponche helado que la mujer agarraba entre sus manos cayó sobre el canesú del vestido de la muchacha.

—¡Oh, vaya! Qué torpeza la mía —oyó decir a la mujer, que descaradamente escurrió las últimas gotas, que aún no habían salido del recipiente, sobre la sorprendida muchacha—. Me debo haber asustado, no esperaba que estuvieras escondida detrás de mi hijo... Será mejor que vuelvas y te pongas algo decente —terminó por decir, señalando la tela que empezaba a pegársele al cuerpo de forma escandalosa.

Para cuando María llegó a su habitación estaba realmente enfadada y hastiada de contener el deseo de ahogar a la mujer. Había estado tan ansiosa por marcharse del salón, que prácticamente subió los escalones de dos en dos, algo que, unido al desastre de su atuendo, era muy, pero que muy poco femenino. Y, por desgracia, le daba la razón a su futura suegra.

¡Cielos, suegra! Le daba dentera solo de pensarlo y, a juzgar por lo joven y sana que parecía la señora Susana, intuía que sus próximos treinta o cuarenta años de vida iban a ser una auténtica tortura. Desafortunadamente para la marquesa, ella se ocuparía de que el placer fuera compartido.

María contempló su precioso traje arruinado. No es que fuera su mejor vestido, pero gracias a su simpática hermana y su partidismo a la hora de prepararle la maleta, era de los pocos que no la hacían parecer una colegiala demasiado entrada en carnes.

Hasta sus oídos llegaron los pasos apresurados de alguien que subía la escalera tras su estela.

—¡Cielos! ¿Qué te ha pasado?

—La marquesa —gruñó ella, sin apartar los ojos del espejo que le devolvía su triste y manchada apariencia.

—¿Otra vez de pelea? Deberías mantener la boca cerrada, al menos por un tiempo —esa frase bastó para hacerla girar en redondo y fulminar a su hermana.

—¿A qué te refieres? Sabes que esa bruja me persigue desde que me vio por primera vez. Y te prometo que esta vez he evitado hasta mirarla; de hecho quizás, si lo hubiera estado haciendo, tal vez hubiera esquivado parte de la sorpresa que me tenía preparada.

—Esa bruja es la madre del hombre que quieres, porque lo quieres, ¿verdad? No hemos hablado de ello, María, pero cualquiera puede ver cómo lo miras y, aunque no lo has hecho en los últimos años, aún recuerdo que solo hablabas de él y de lo maravilloso que era durante lustros enteros.

María tosió. Pero no dijo nada.

—¿María? —de nuevo, el silencio respondió a la muchacha mientras contemplaba a su hermana, que parecía realmente interesada en la forma que estaba adquiriendo la mancha de su vestido—. De acuerdo, si no quieres hablar... He sido prudente y no te he querido influir, pero he estado aquí los últimos días y sé todo lo que ha pasado, o casi todo. Si decides decir que no, estaré a tu lado. No seré yo quien te obligue a casar con alguien a quien no amas —Anabel dio media vuelta con intención de marcharse.

—Oh, no te vayas Anabel —habló por fin María—. Lo siento muchísimo, claro que quiero hablar, pero ¿sabes? Lo pasé muy mal la primera vez, me costó muchísimo olvidarlo.

—¿Y lo lograste?

—¿Olvidarlo? Es evidente que no.

—Entonces deberías sentirte feliz porque te vas a casar con el hombre que has amado toda la vida, María.

—Creo que lo estoy, pero su madre...

—Su madre es la penitencia que debes cumplir por llevarte a un hombre tan maravilloso como Carlos —luego, la muchacha se acercó a tomar sus manos—. Lo sabía, sabía que mentías cuando decías que no sentías nada por él, María. ¿Por qué crees que no he intentado nada para quedármelo yo misma?

—Bueno, pensé que no te gustaba...

—¿El duque? Debería estar muerta para no gustarme, y no por su título o su riqueza. Créeme, hasta me parecía fantástico que fuera mucho mayor que yo. Seguro que tiene una experiencia impagable para según qué cosas...

—Eh, muchacha, que hablas de mi futuro esposo, así que aparta la vista de él y de sus habilidades.  
—Bien, cámbiate y vuelve a enfrentarte a la marquesa —añadió, besándole la mejilla—. Te veo abajo.

—¿Lo ha pensado mejor, duque? Me alegro, señor, ya verá que es lo mejor para todos —don Anselmo entró con una sonrisa en el despacho y caminó directo hacia el escritorio tras el que el duque esperaba sentado—. Por desgracia para mi hermano, no todos sus deseos se verán cumplidos... Aunque, he de confesar que en el fondo me alegro, sé que mi sobrina no estaba muy contenta con el enlace, creo que usted le produce demasiado miedo. Ella es una buena muchacha, pero necesitará un hombre más entregado a ella, que la adore incondicionalmente y que admire y adule cada paso que dé en la vida y, por supuesto, que lo haga sin cuestionar si lo hace en la dirección que debe, y a me entiende.

—Totalmente de acuerdo. Debo añadir que lamento que mi madre les diera a usted, su hermano y su sobrina una idea equivocada de mis intenciones; la señorita Martínez merece todos mis respetos, pero siento decirle que nunca he pensado en ella como una posible esposa.

—Eso ya no será necesario, ¿verdad?

—Por supuesto, y tengo prometida y muy pronto esposa.

—Y socios para el canal —apuntó con jovialidad el hombre más anciano—. Me alegra que me haya hecho llamar para hablar de ello.

—Sí, para hablar de ello y para volver a repetirle que no deseo más socios de los que tengo en este momento: mi hermano y mi futuro cuñado.

—¡Qué dice, caballero! —enojado, el capellán detuvo el gesto de sentarse en la silla frente al escritorio—. Pensé que este asunto ya estaba liquidado.

—Totalmente liquidado: no deseo más socios.

—Pero, pero, usted me ha llamado... Su mayordomo ha insistido en que quería hablar conmigo en cuanto acabara la cena. Yo he pensado que...

—Simplemente cumplo con lo que prometí: pensarlo unos días y darle mi decisión definitiva, y esta es que no deseo más socios.

—¡Pues está cometiendo un grave error! Un error del que se arrepentirá —amenazó claramente el hombre, agitando el dedo índice de su mano derecha mientras apuntaba al pecho del duque.

—¿Intenta usted decirme o sugerirme algo?

—Bien, ya que pregunta, le diré que sí. Sé cosas. Conozco cosas que le conciernen y que no me gustaría estar obligado a relatar...

—No voy a permitirle, ni a usted ni a nadie, que me amenace, a mí o a cualquier miembro de mi familia. Sé que ha estado vigilando a mi prometida. Si pretende...

—¿A su prometida? No es de ella de la que debe preocuparse. Y no la vigilo.

—¿Acaso me negará que se asoma al pasillo cada vez que ella abre la puerta de su dormitorio?

—Yo nunca he vigilado a nadie, su prometida es la que ha estado persiguiéndome sin cesar durante dos días la semana pasada. Bajo esta sotana soy un hombre, ¿cómo quiere que responda si una mujer como esa no aparta la vista de mi persona durante cuarenta y ocho horas seguidas para después ignorarme como si fuera una cucaracha?

—Le pido disculpas por esa pequeña indiscreción. Ya hablaré con ella sobre ese asunto y sus manías detectivescas...

—De cualquier forma, permítame que le dé un consejo: vigílela, la he visto caminar por los pasillos en paños menores. No se extrañe que le eche una mirada cada vez que la oigo abrir la puerta a altas horas de la noche; esa mujer le traerá problemas, excelencia... Pero eso no es ninguna noticia, no pretendería amenazarle con revelar algo que es del dominio público. ¿Que el duque de Azahara se casa con una muchacha muy poco... convencional? ¡Eso lo sabrá todo Cádiz en una semana!

—En ese caso, si no es mi prometida. ¿Qué sabe de mi familia?

—¿Tal vez... que tienen un jugador empedernido y un tahúr en ella?

Carlos juraría que el cabello de la nuca se le rizó en ese mismo instante ante la sonrisa sardónica que relajó las facciones de don Anselmo. Luego fue su propio rostro el que se relajó en un amplio gesto de burla mientras recordaba las palabras de su primo Manuel.

—Claro, claro, pero eso es algo que ya conozco y que me temo tenemos en común. Porque, no hará falta que le recuerde que, si bien esa persona de la que hablamos es al parecer bien conocida en los antros de apuestas por su asiduidad y por jugarse hasta las horquillas de sus criadas, además de haber sido descubierto haciendo trampas en más de una ocasión, también lo es que su querido hermano es el compañero inseparable de correrías. ¿O acaso creía que no estaba al tanto de la historia?

—Bien, bueno...

—Siento comunicarle que tengo cosas que hacer... —Carlos se levantó, obligando al hombre a salir de la habitación—. Nos veremos en la cena, don Anselmo, y olvide lo que me ha insinuado si no quiere que yo recuerde lo que le he dicho abiertamente.

*Cádiz, Cortijo de Valleflorido, 9 de agosto de 1817*

Esa mañana, mientras María, aún en camisa de dormir, rebuscaba en su armario, la marquesa atravesó la puerta de su dormitorio. La mujer mayor había visto bajar a su hermana y había pensado que ese era el momento ideal para consumir su venganza, sin testigos a la vista.

—¿Buscas algo, María?

—¡Oh, cielos! —la muchacha se giró de improviso, agarrándose con ambas manos el cuello—. ¿Acaso quiere matarme de un susto?

—Quiero matarte y punto —añadió la mujer de forma seca, cerrando la puerta tras ella y adentrándose en la habitación.

María abrió los ojos como platos cuando descubrió que la mujer agarraba un enorme candelabro entre sus manos.

—No se atreva a acercarse o gritaré como una poseída —amenazó una sorprendida y, por qué negarlo, asustada María.

—¡Ah, no, no temas!, no he venido a asesinarte con mis propias manos. Prefiero usar métodos más discretos y dolorosos que golpearle con un viejo candelabro —añadió, señalando el objeto que agarraba con su mano derecha—. Lo llevaba a la cocina para que lo limpiaran cuando he visto a tu hermana bajar. Quiero hablar contigo a solas.

—No sabe lo que se lo agradezco, nunca he soportado la sangre ni las vísceras; especialmente mi sangre y mis vísceras.

María la miró con expresión insegura y la invitó a tomar asiento en una silla mientras ella lo hacía en el borde de la cama tras volver a cerrar el armario. Con sutileza, colocó a la mujer en la parte más alejada de la puerta, cerca de la cual se situó ella misma. Si tenía que correr y gritar para salvar su vida, lo haría sin ningún problema. A veces correr era de cobardes, sin embargo en la mayoría de los casos no hacerlo era de idiotas.

—Vaya, no recordaba esta alcoba, es una habitación preciosa —dijo doña Susana, tras echar un vistazo y acabando con la paciencia de María, que no deseaba ninguna charla amigable con aquella mujer cargada con ese enorme arma en potencia—. Debe de ser uno de los dormitorios más grandes y elegantes del cortijo. Aunque por supuesto el mío es el mejor.

—No se preocupe en darme detalles, supongo que ya lo comprobaré por mi misma la próxima vez que Carlo y yo vengamos al cortijo —añadió María, regodeándose en como a la mujer le escoció el recordatorio de que la siguiente vez que estuviera en el cortijo ella sería la duquesa y señora, y por tanto ocuparía la mejor habitación.

La marquesa no entró en la lucha y dejó el tema ahí. Irguiéndose en la silla, la miró con seriedad aunque sin poder reprimir una sonrisa ladeada. Lo que le dio a María la confirmación de que tenía algo en la recámara y que muy pronto se enteraría de qué era.

—Vengo de las cocinas. Doña Mercedes me ha contado algo lamentable que ha ocurrido esta mañana —dijo—. Al parecer, una de las muchachas descubrió a Susana, mi gata, acurrucada en tu armario, sobre todos tus vestidos... Ya sabes que los gatos mudan el pelo en esta época —María empezó a temer por su ropa, acababa de descubrir hacía unos minutos que sus vestidos no estaban en el mueble—. En fin, la chica creyó que estaban algo manchados y llenos de pelo de gato y decidió lavarlos para que los tuvieras secos para el viaje de regreso a Cádiz. No quiero que tomes represalias con la muchacha, aunque ha demostrado ser algo torpe me consta que es una muchacha buena y obediente...

—Sí, supongo que obediente sí que lo es. ¿Qué ha ocurrido con mis vestidos? —añadió María, deseando acabar de una vez con esa conversación inútil y para no dejarle más tiempo para regodearse.

—Los ha hervido en agua...

—¿Hervidos? ¡Pero si eran de seda o de lino!

—Y de una calidad excelente, lo reconozco. Una verdadera pena...

—No creo que haya sido un error, a nadie se le ocurre...

—¿Quieres que la despida? Por supuesto que haré que esa torpe pague cada moneda que te hayan costado...

—No, no hace falta —cortó derrotada María, sabiendo que si no aceptaba las afirmaciones de la marquesa, la pobre muchacha, fuera quien fuera, acabaría pagando los vestidos que estaba segura había arruinado la propia doña Susana.

—Bien, lo sabía. Ya le dije a la muchacha que eras una persona amable y que no dejarías que la castigasen —la mujer se levantó, alejándose hacia la puerta—. Bueno, me alegro de que te lo hayas tomado con esa tranquilidad, querida... Hasta mañana.

La marquesa salió de la habitación dando un portazo, y luego, sonriendo para sí misma, recorrió el pasillo hasta su cuarto. Para rematar la hazaña, pensó que el día de la boda podría plantarse a la puerta de la habitación de María quince minutos antes de la ceremonia vestida con sus mejores galas. Así, el contraste con aquella descarada mal vestida sería mayor. Si no se equivocaba, al primer vistazo de la desaharrada novia, su hijo escaparía de allí subido en el primer coche o caballo que encontrara.

Mientras la marquesa cerraba la puerta, María se quedó mirando el único vestido sin arruinar que le quedaba, y que precisamente en ese momento reflejaba los restos de la jarra de ponche que su futura suegra le lanzara, de forma involuntaria, la noche anterior.

¡Y un cuerno involuntaria! La mujer había planeado toda la jugada con fría precisión y se había encargado de no dejarle ni una prenda decente digna de ser lucida ni siquiera en una boda de pueblo.

Infructuosamente intentó adecentarlo el vestido, pero la mancha no desapareció; al contrario, solo consiguió extenderla por toda la pechera, arrugar la tela y desprender alguna de las perlititas que adornaban el escote.

Bien, pues le gustara o no a la marquesa se iba a casar; y mucho se temía que, o aparecía un hada mágica, o lo haría con el mejor de sus camisones de seda, porque no le iba a dar el gusto a esa arpía de presentarse manchada. Era el día de su boda, y por Dios que se iba a casar con algo limpio.

Esa señora, esa bruja, no la quería como nuera y, en aquel mismo instante, habría apostado que se estaba regodeando de lo lindo a su costa. De acuerdo, a ver quién se abochornaba más cuando apareciera en ropa interior frente a sus invitados.

Apartó sobre la cama el vestido manchado y buscó el mejor de sus camisones. Se encogió de hombros evaluándolo y sacó los zapatos más bonitos que tenía, antes de probarse ambos. Se estaba observando en el espejo, mientras se hacía un simulacro de recogido en el pelo, cuando volvieron a aporrear la puerta.

—Pase —Habló sin dejar de contemplar su imagen.

—¿Aún no te has decidido por uno de los vestidos? Creo que el gris claro es el más adecuado para una novia... —Anabel se detuvo ante la cara de circunstancias de María—. ¿Qué ocurre?

—Creo que eso debería explicarlo en profundidad la marquesa, sin embargo, te puedo hacer un resumen: mañana me casaré con el mejor de mis camisones.

—¿Estás loca, María?

—No, simplemente no tengo nada salvo esto —añadió, señalando la ropa que vestía.

—¿Y tus trajes?

—Al parecer la gata de su señoría los llenó de pelos mientras dormía en ellos, y alguna criada despistada los arruinó al hervirlos en agua...

—¿Todos ellos?

—Excepto el que llevaba anoche... Podría haber servido si la señora no hubiera tropezado «accidentalmente» vertiéndome toda la jarra de ponche. En fin, ya ves que no tengo nada más.

—Puedes ponerte uno mío...

—¿Y llevarlo abierto una cuarta a la espalda?

—De acuerdo, quizás no sea buena idea —dijo la muchacha, contemplando con envidia la silueta de su hermana—. No, creo que no, pero debe haber alguien de tu talla en el cortijo...

—¿La señorita Martínez, quizás?

—Bien, mejor la descartamos, además es unas pulgadas más pequeña...

—Creo que tengo una solución —la voz de doña Mercedes les llegó desde la puerta, que aún permanecía abierta desde que entró Anabel—. Siento haber oído la conversación, señoritas, pero venía a ver si se podía hacer algo por ese vestido y las he oído accidentalmente.

—¿Cree que alguna de las muchachas tendrá algo decente que prestarme?

—¿Para la boda de una duquesa? Lo dudo, señorita, pero hay algo mejor...

Carlos bebió de un trago la mayor parte del licor ámbar que aún quedaba en su ancha copa de brandy. Con un movimiento de la mano, rechazó el gesto de Mariano de servirle de nuevo. Su mano no debía vacilar mientras atrapaban a la pareja que los había tenido en tensión durante las últimas dos semanas. Quizás la noche previa a su boda no fuera el momento ideal para poner las cosas claras, pero no deseaba que ningún cabo, de los que pudiera atar con antelación, quedara suelto, o no podría disfrutar con plenitud el momento.

Marcos, aprovechando el frescor nocturno de pie junto a la ventana, sí aceptó una segunda copa. Pobremanué estuvo a punto de recordarle que necesitarían toda su concentración en pocos minutos, pero en beneficio de la armonía y camaradería que parecían haber surgido entre ellos en los últimos días, prefirió callar. Al fin y al cabo, el hombre estaba indirectamente implicado y mucho menos involucrado que él mismo en los sucesos que les depararía la noche. Así que se limitó a hacer girar su propia bebida entre los dedos sin molestarse en dar ni un sorbo. Él no creía poder controlar sus nervios de manera tan serena a como lo hacían aquellos dos hermanos.

—Bien —Carlos se levantó, depositando con delicadeza la copa sobre el escritorio—. Hora del jaque mate. Acaba tu bebida, Marcos, y vayamos a terminar con esto. Ni dejar que ocurra de nuevo ni volver el rostro como si no fuéramos conscientes de ello nos haría ningún bien. Vayamos a por la reina, que es bien conocido siempre es la que causa mayor destrucción en los peones enemigos, y saquémosla del tablero.

El salón de juegos estaba preparado. Cuando salieron, Marcos se acercó a Mariano para hablarle en voz baja al oído. Sonreía cuando regresó a donde ellos lo esperaban, junto a la puerta doble que daba paso a la estancia.

—¿Cuánto dinero tienes encima? —preguntó a Carlos, mientras entraban.

—¿Cuánto me va a costar tu magnífico plan, hermanito?

—Si tus arcas no están boyantes, yo cubriré tus apuestas.

—Tengo un poco más de mil. Tendrá que ser suficiente —entonces, se dirigió a su primo, que caminaba a su lado—. Ya sabes, Manuel, no hables demasiado, ponte frente a mí; y si llegas a ver que hacen alguna jugada extraña, no ofrezcas indicios que revelen que lo sabes.

No habló más y, en cambio, tomó el codo de Marcos y lo condujo a la mesa de juegos situada al fondo. Allí pidió una silla a uno de los criados e indicó a su hermano que se sentara. Luego, él mismo y Pobremanué tomaron asiento en los huecos que quedaban libres entre los jugadores.

La mesa ya estaba ocupada por los asiduos: el señor Martínez, el conde de Ricard, don Anselmo, el señor Urquijo y el joven Miguel. La mayoría con cigarros en los dedos y las copas a medio apurar apoyadas en el tapete verde. Todos sin excepción lo saludaron con la cabeza y Carlos pudo comprobar a primera vista los diferentes estados de embriaguez en los que se encontraban cada uno de ellos.

—Gracias por esperarnos, señores. Hemos tenido una reunión familiar previa, mis parientes se han empeñado en intentar convencerme de conservar mi soltería... Aunque me temo que mi novia no estaría muy de acuerdo con sus argumentos y yo, créanme, prefiero mantenerla a ella contenta, por las razones obvias que todos

piensan —una carcajada general respondió a la broma, poco frecuente, del duque, el cual sorprendió a todos con su inusitada jovialidad—. ¿Podemos empezar la partida? Pero les advierto que tengan cuidado, hoy me siento un hombre especialmente afortunado.

—En ese caso, y ya que volvemos a ser impares, si me lo permiten, volveré a actuar solo como observador —anunció el capellán, tomando entre sus manos la copa de licor y moviendo su silla unos palmos hacia atrás—. Supongo que podemos mantener las parejas tal como se han sentado, ¿no les parece? Creo que en ese caso usted, don Carlos, jugará con su primo; el conde con el señor Martínez, y don Miguel y el señor Urquijo lo harán como tercera pareja —el capellán miró a sus espaldas para contemplar que la marquesa y la señora Urquijo se unían a ellos—. Ahí vienen nuestras incondicionales espectadoras, ambas me han rogado que aguardásemos su llegada antes de comenzar la partida.

Mariano y otro de los jóvenes criados, que andaba sirviendo cuencos de frutos secos, acercaron un par de sillas para ambas mujeres, situándolas detrás de las que ocupaban don Miguel y el conde, y frente al señor Martínez y Pobremanué.

Durante más de media hora el juego se desarrolló de manera regular. Carlos sabía que debía dejar templar los nervios de todos los presentes, hacerles sentir una sensación clara de cotidianeidad que condujera al tahr a sentirse, de nuevo, cómodo con la situación. Carlos se sabía un mero aficionado a los naipes; había jugado como diversión y nunca lo había tomado demasiado en serio ni había sido dado a las apuestas. Siempre había preferido el ajedrez, juego en el que era capaz de utilizar su mente instruida en la estrategia. Las cartas tenían demasiado componente caótico y de azar para él; si no podía controlar todas las variables, no se sentía a gusto, y cuando no se sentía a gusto no se arriesgaba.

En cambio, Pobremanué, sentado en el asiento frente a él, parecía totalmente concentrado en el juego, y era evidente que lo manejaba con extrema pericia; aunque su rostro fuera una máscara que nadie habría podido atravesar sin no hubiera conocido, como él en esos instantes, lo que se cocía en su interior.

La conversación que tuvieron con él unos días atrás les había abierto los ojos muy agradablemente a él y a su hermano. Por desgracia, había quedado sobre la mesa el problema que pronto sacarían a la luz, al menos delante de la propia familia.

Carlos, observando a su primo, comprendió que había muchas cosas de la vida de Manuel que él ignoraba, y se encontró con un sentimiento de culpa ante su falta de consideración para con el hombre.

Parecía que Pobremanué tenía ciertas dificultades con la mano herida cuando le tocaba el turno de barajar y dar cartas. Carlos siempre lo había admirado cuando repartía, pues sus dedos habían evidenciado una destreza inusual durante las primeras partidas antes de que se lastimara, protegiéndolo a él mismo del conde, durante la cacería; y fue esa evidente destreza la que lo había señalado como el más probable tramposo. Además, casualmente era uno de los que, con algunas pérdidas mínimas, acababa ganando las apuestas más jugosas. Pobremanué, sin embargo, no parecía tener problemas, subsanaba la lesión sosteniendo las cartas con la mano herida y realizaba con la otra la mayoría de los movimientos necesarios en el juego. De cualquier forma, fue evidente para todos los presentes que la postura forzada que estaba obligada a mantener para sujetar las cartas le producía rigidez en los músculos del brazo. Varias veces se vio obligado a pasar las cartas a la mano izquierda y masajear la derecha, haciéndola rodar sobre su muslo bajo la mesa. Cuando Carlos vio el gesto de su primo por quinta vez, dejó de un golpe las cartas sobre el tablero y habló en voz alta.

—Siento comunicarles, señores, que tenemos un tramposo entre nosotros.

—¡Carlos, hijo! ¿Cómo puedes acusar a nuestros invitados de esa forma? —la airada marquesa se levantó de su asiento para enfrentarse a su hijo.

—Usted tiene una carta en su manga —Carlos ignoró deliberadamente a su madre y se dirigió al señor Martínez, sentado junto a Pobremanué. En ese momento, el hombre había acumulado junto a él la mayor parte del dinero del juego. Mientras hablaba, el rostro de Carlos era el serio e inexpresivo del duque que todos conocían, nada que ver con el alegre hombre que se había sentado en la mesa.

—¡Me insulta! Yo no tengo ninguna carta escondida —el hombre casi se había levantado del asiento si Pobremanué no hubiera detenido su gesto tomando su hombro.

—Bien, sacuda su manga entonces —fue la escueta respuesta de Carlos.

Un tenso silencio siguió al reto lanzado por el duque. Todos los que rodeaban la mesa permanecieron en silencio observando la escena. La acusación era grave, un insulto al que un caballero se debería negar a responder por el simple hecho de ser en sí mismo planteado. Si lo hubiera acusado cualquier otro, el señor Martínez se habría limitado a golpearlo con el puño y a contestar que era la única respuesta posible. Pero aquel era un duque, juez de paz de la provincia y la mayor autoridad de la zona después del Rey.

—Yo no he notado nada, su excelencia —el señor Urquijo trató de mediar en la tensa contienda.

—Les juro a todos que yo sí. He visto a alguien coger una carta, y afirmo que él es un tramposo —Carlos mantuvo el gesto duro mientras hablaba—. Y nunca juro en falso. Demuéstrenos que me equivoco, ponga su brazo en la mesa y sacúdalo.

—Yo lo haría si fuera usted, caballero —Marcos habló desde su posición, algo más atrasada en la mesa—. Mi hermano es de ideas fijas. Si como dice no tiene nada escondido, no lo perjudicará hacer lo que se le pide.

Varias voces estuvieron de acuerdo con sus palabras.

—El mero hecho de aceptar que se diga eso de mí es un insulto. Tener que defenderme de esa acusación sería deshonesto, una ofensa. ¡Usted me ofende! —el hombre, deshaciéndose del agarre de Pobremanué se puso bruscamente de pie—. No pienso responder a algo tan absurdo...

Pobremanué se apartó de su silla de un solo gesto, se colocó detrás del hombre y aferró su mano derecha retorciéndola en el camino hacia atrás y manteniéndolo inmóvil. Con rapidez, elevó el brazo izquierdo del hombre para que todos lo vieran y, tomándolo por el codo, le hizo sacudir el brazo sobre el tapete.

El rey de oros cayó lentamente sobre el montón de dinero que había reunido frente a él.

—¡Eso no es mío! —el grito de asombro absoluto del hombre casi llegó a convencer a los presentes de su sinceridad—. ¡Por los cielos, les juro que yo no he cogido ninguna carta!

—¡Antonio! ¿Cómo has podido ser tan descuidado? —el enfado que asomó a las palabras de la marquesa hizo que todos se volvieran sorprendidos hacia ella.

—¡Créeme, Susana! Tú sabes que yo no actúo de esa forma. No nos es necesario, nosotros no...

—¡Calla, tonto! No hables más de lo que debes... —la marquesa tomó rápidamente las riendas de la situación, recobrándose de su lapsus momentáneo—. Creo que será mejor que nos retiremos y hablemos todos en un lugar más privado, ¿no crees, Carlos?

—Creo que mi madre ha comprendido por fin la situación y ha hablado con sensatez. Si nos perdonan, tratemos el asunto únicamente con los implicados —Carlos indicó la salida al señor Martínez, que continuaba incrédulo mirando como si fuera una serpiente venenosa la carta que había surgido de su propia manga.

—¡Nunca hubiera pensado que mis propios hijos se prestarían a semejante engaño! —las palabras de la marquesa atronaron en la habitación en cuanto Marcos cerró la puerta tras sí, después de haber dejado pasar a la mujer seguida de Carlos y un sorprendido señor Martínez que aún se dejaba guiar por Pobremanué.

—¿Mentiras y engaños para atrapar a unos tramposos, madre? —Marcos habló desde la entrada—. Yo no veo el problema.

—Que tú pienses así no me extraña, siempre has sido mi hijo menos dócil; pero, tú Carlos, mintiendo, jurando una falsedad delante de tanta gente...

—Si te paras a pensar unos instantes, te darás cuenta que no he jurado nada falso...

—¿Y tú? —Susana se dirigió a Pobremanué, que en esos instantes permanecía a un metro del señor Martínez; este último, sentado como si todos los años que tenía le hubieran sobrevenido de pronto—. Tú me has traicionado. Nunca...

—También te equivocas, madre —Carlos caminó hasta situarse junto a su primo, al que colocó la mano en el hombro—. Él se ha negado a romper la palabra de silencio que te dio cuando te descubrió empeñando tus joyas para cubrir tus deudas de juego...

—¿Cómo te has enterado...? —su primo se giró para enfrentarlo—. ¿Quién te ha contado eso? ¿Cuánto sabes?

—Lo suficiente, Manuel, y te agradezco que cubrieras la deshonra de mi madre con tu propia fortuna. Ya hablaremos de lo que te debe mi familia, en más de un sentido.

—No me debéis nada. Ella es mi tía, no podía dejar que el escándalo de sus deudas de juegos y sus trampas descubiertas saliera a la luz. Pensaba hablar con vosotros, pero ella me hizo jurar que no lo haría. Soy muchas cosas de las que pensáis, sin embargo nunca he roto una promesa. ¿Quién os lo ha contado?

—Don Anselmo...

—¡Esa rata traidora! —el grito de la marquesa interrumpió brevemente las palabras de su hijo mayor, que la reprendió con un gesto mientras Marcos rompía a reír a carcajadas.

—¡Marcos! Creo que esto es serio...

—Para ti todo es serio, Carlos, pero tiene cierta gracia cada vez que ella deja el título y pasa a ser la verdadera Susana. Debo confesar que me gusta mucho más como madre que la estirada aristócrata sin defectos.

—Don Anselmo no ha tenido empacho en contarnos todo. Cierto es que ya habíamos intuido algo durante estas semanas, pues no era comprensible que Martínez siguiera ganando dinero cuando él no daba las cartas. ¿Por qué dejar las barajas marcadas entonces? Has sido inteligente, madre, conocías la existencia de esas barajas, y supongo que mi padre y el tío Gustavo eran tan aficionados al juego y las trampas como tú misma. Sabías que Marcos lo descubriría en cuanto alguna de ellas cayera en sus manos y como tontos seguiríamos una pista totalmente errónea. No necesitáis marcar las cartas cuando tú te colocas detrás del pardillo y te limitas a decirle a él cuales son —acabó Carlos, señalando a Martínez—. ¿No es cierto?

—Bueno, no es tan sencillo como lo pintas, es fundamental ser discreto y pasar desapercibida...

—Algo que a ti en concreto te debe costar inmensamente, querida madre —apuntó Marcos.

—Bien, confieso que he seguido las indicaciones de su madre... Pero les juro por lo más sagrado que yo no cogí ese naípe... yo...

—¡Ah, por los cielos! Calla de una vez Antonio, no seas zopenco. ¿No has visto que te han engañado?

—¿Engañado? Pero la carta estaba en mi manga...

—Puesta allí por mi habilidoso sobrino un segundo antes de que cayera de ella. ¿No es cierto, Manuel?

El hombre se limitó a arquear las cejas con una sonrisa.

—¿Qué harán con nosotros? Mi hija...

—No se apure, caballero. Por fortuna para usted, no voy a entregar a mi madre a la justicia, social o policial, saldremos de aquí y diremos que todo ha sido una actuación, un sainete en honor a nuestros invitados.

—Pero nadie creará una palabra —susurró en un quejido el hombre.

—Por supuesto, pero ninguno de ellos se atreverá a decirlo en mi cara. Al fin y al cabo soy un duque, llevo veinte días dándoles de comer a todos y mañana es mi boda.

—¿En qué piensas María? —mientras hablaba, Anabel acabó de recolocar la última y hermosa peineta de plata labrada sobre el lustroso cabello negro de María. Las habilidosas manos de la muchacha y los bonitos prendedores de pelo habían conseguido un espectacular recogido en un puñado de primorosos bucles.

El día anterior había pasado como en un sueño. Anabel y la gobernanta estuvieron ocupadas en ultimar los detalles del desayuno y posterior almuerzo que tendría lugar tras la ceremonia, y en los arreglos del vestido que luciría María; por supuesto ocultas ambas de los ojos sagaces de la marquesa. Y ella misma se limitó a evitar a su futura suegra ante el temor de que intentara quemarle el cabello o planeara alguna otra jugarreta sucia. Por fortuna, la mujer pareció olvidarse de ella momentáneamente, aunque a María aquella actitud le producía más miedo si cabe que un enfrentamiento directo.

María apartó la vista de la superficie pulida del espejo de la peñadora frente a la que se sentaba. Voluntariamente evitó cruzar la vista con la del reflejo de su hermana, girándose hacia la gobernanta que trasteaba con el precioso vestido de novia que la mujer acababa de traer, y del cual estaba aún retocando algunas zonas del bajo. La discreta anciana se levantó para apartarse de las muchachas y continuar su labor cerca de la ventana de la alcoba de María, en la que las tres se encontraban desde que ella se despertara hacía dos horas para bañarse y empezar a peinarse. Desde donde la mujer se encontraba ahora, no las podría oír si las jóvenes deseaban hablar en susurros.

—Supongo que pienso en mí —contestó por fin María, acabando con el tenso silencio que siguió a la pregunta de Anabel— Y en todo lo que parece que está a punto de cambiar mi vida —desde la silla en que se sentaba mientras Anabel le arreglaba el pelo, María intentaba, sin demasiado éxito, demostrar despreocupación.

—Mírame, María. Ha llegado el día con el que has estado soñando desde hace años —Anabel, con un par de dedos apoyados sobre su barbilla, la hizo elevar el rostro, obligándola a mirarla a los ojos—. Así, mírame y dime si eres feliz. Te vuelvo a repetir que ni Andrés ni yo te obligaríamos a nada.

—Los sé —dijo ella—. Y tú sabes que a mí nadie me obligaría a hacer nada que no quisiera —añadió María con ironía—. No hablo porque esté preocupada, solo porque pienso, porque aún trato de asimilarlo y porque no acabo de creer que todo esto sea cierto...

—Entonces, ¿eres feliz? ¿Es esto lo que deseas?

—Total y absolutamente. Y sí, soy la idiota más feliz del mundo, tanto que no acierto a expresarlo con palabras. ¿Crees que es posible? ¿Que no volveré a despertar y descubrir que es todo un sueño?

—No, querida, esta vez no vas a despertar de tu sueño y, cuando bajes, te encontrarás una capilla repleta de invitados y a tu hombre aguardando junto al altar a la novia más bonita de todo Cádiz, pero...

—¿Pero? —María se volvió sobre la silla para enfrentar a la otra muchacha directamente.

—Pero me temo que no todo serán felicidades y parabienes —añadió, tensando el rostro—. Tendrás tu sueño y tu pesadilla a partes iguales.

—¿Pesadilla?

—Dime que tu suegra no lo es —aclaró con una carcajada.

Aún recuperándose de la punzada de terror momentáneo que la había asaltado y de las ganas de empujar a su hermana, María se volvió para abrazarla.

—Bien —anunció doña Mercedes—, esto está listo —la mujer desplegó el traje frente a los rostros sorprendidos de las muchachas—. ¿Lo probamos sobre la flamante novia?

Casi una hora más tarde, María, vestida y levemente maquillada, comenzaba a descender las escaleras del cortijo.

«Soy una novia», se dijo. «Llevo un vestido de novia y voy a casarme».

Iba a casarse con Carlos, su Carlo, y cuando bajó el primer escalón el corazón comenzó a galopar en su pecho.

Carlos entró en la salita del cortijo y se encontró con su madre, que sonreía de forma sospechosa. La mujer estaba más hermosa que de costumbre, ataviada con un precioso vestido de pedrería negra digno de la marquesa que era.

Susana se giró hacia su hijo, el impresionante duque de Azahara, mientras este entraba en la estancia, que pareció empequeñecer con su presencia. Era alto, poderoso y muy masculino, y a pesar de ser su propio hijo ella era capaz de verlo. Siempre amable y atento, se inclinó ante ella antes de depositar un tierno beso sobre su mejilla y deseárselo los buenos días.

—Estás radiante, mamá —añadió, aún con ambas manos sobre los hombros de la marquesa—. Y me alegra ver que sonríes. ¿Puedo esperar que hayas decidido cambiar de actitud hacia esta boda y mi futura esposa?

—Tú sí que estás impresionante, hijo —dijo la mujer, todavía manteniendo la sonrisa que se le escapaba por las comisuras y evitando contestar a ninguna pregunta

— Un duque digno de una princesa. Lástima que hayas encontrado a...

—¡Madre! —gruñó Marcos desde la puerta, antes que lo hiciera el propio Carlos—. ¡Déjalo ya!

—¡Mi niño! —la mujer se apartó de Carlos para saludar a su hijo menor— menos mal que aún puedo esperar una buena elección de tu parte.

—¡Hueles divina! —añadió el hombre con una sonrisa de resignación.

—Gracias, querido. Bien, creo que se nos hace tarde, deberíamos llegar antes que la novia a la capilla, ¿no creéis? —la mujer saludó a ambos hombres con una nueva sonrisa y salió de la estancia.

—¿Es cosa mía o Susana está especialmente contenta esta mañana?

—No, ya lo he notado y, ¿sabes, Marcos?, tengo miedo.

—¿El gran duque miedo?

—Terror.

—Haces bien, hermano. Y no sabes lo que te envidio, porque creo que te vas a llevar a la única mujer que conozco capaz de presentarle cara a Susana.

—Dame la enhorabuena cuando acabe el día.

—Siento decirte que tienes toda la razón —añadió Marcos con una sonrisa—. ¿Nos vamos a la capilla? Creo que todos los invitados están ya allí y pronto bajará la novia. No querrás verla antes de entrar en la iglesia, ¿verdad?

—¿Y tentar a la mala suerte? Ni por un segundo.

Susana Rivas estaba exultante. Casi pasaban las once y cuarto y la novia no daba señales de vida. Bien por ella, al fin se había percatado de que no era nadie y de que nadie la quería en aquella familia. Bueno, tal vez alguno de sus miembros le tenía algo de afecto, pero pronto se les pasaría a todos. Estaba convencida que no era más que un capricho para Carlos. Si quería una mujer bonita, que se fijara en alguien como Carmencita; con ella no habría ninguna disputa en su hogar, todo sería un remanso de paz y ella misma seguiría siendo la dueña y señora de todo, como siempre había sido y como era lo mejor para toda la familia. Además, su hijo dormiría caliente durante la noche sin tener que buscar en ningún lugar extraño o peligroso para su salud. La señorita Martínez era perfecta, tan simple como un caracol y lo bastante sana como para procrear nuevos miembros para la familia tan eficientemente como la muchacha Montes de Ossa, pero sin ninguno de sus inconvenientes.

Para ser sincera consigo misma, había estado nerviosa hasta hacía unos minutos, pues temía que la muchacha se plantara en la iglesia con manchas y todo; aquella descarada parecía capaz de eso y de mucho más, pero ya no. Si iba a dar un espectáculo, no podía hacerlo por partida doble llegando con retraso a la ceremonia. No, no aparecería manchada, era muy orgullosa y todos además sabrían reconocer la victoria de su suegra en aquella partida.

La marquesa miró a su derecha, y por unos momentos casi sintió pena por su hijo. El hombre parecía realmente nervioso y preocupado por la tardanza de la muchacha. En cualquier caso, todo se arreglaría en unos minutos y ella se ocuparía de consolar al muchacho.

—Carlos, hijo... —comenzó a decir.

Sentada en el elegantísimo carruaje con el emblema ducal grabado en la puerta lateral que la transportaba a la capilla, María asía el ramo de bonitas rosas de té más fuerte de lo necesario. De hecho, era consciente de que si no empezaba a aflojar el agarre pronto, quebraría el duro tallo. Por fortuna, su hermana y doña Mercedes se habían asegurado de que no quedaran espinas, porque en caso contrario en ese momento las tendría clavadas en las palmas.

—¿Estás bien, Flaca? —la voz suave de Andrés, sentado en el asiento de enfrente, la volvió a la realidad. Ella atinó a sonreír mientras observaba al hombre. Desde luego, la visión de su hermano haría olvidar cualquier preocupación que la asaltara un segundo antes.

—Vuelve a explicarme de dónde has sacado esa chistera [\[35\]](#) colorada y esos zapatos —interrogó María, de nuevo paseando la vista sobre el hombre y, de nuevo, asombrándose de lo que veía.

—Me han costado muy caros, ya te he dicho que es la última moda de Francia...

—¿Y cuándo has estado en Francia últimamente?

—Bueno, ya sabes que acabo de regresar de África, pero allí hay una comunidad de...

—Estafadores por lo que veo —añadió, volviendo a asombrarse de la indumentaria de su ya de ordinario excéntrico hermano. Lo cierto es que tenía que admitir que en esa ocasión se había excedido. Si bien el hombre vestía un elegante traje gris oscuro, que no habría merecido una segunda mirada si no hubiera sido porque se le ajustaba como un guante, de tal forma que la mujer estaba segura de que habían tenido que cosérselo puesto. Lo que sí llamaba poderosamente la atención de cualquier observador era que lo acompañaba sin ningún pudor con aquel par de complementos, rojos como tomates maduros—. No creí que diría esto después de ver el modelo que luciste en Navidades, Andrés, pero sinceramente te has superado a ti mismo.

—Paparruchas, no estás acostumbrada a viajar y no eres capaz de imaginar lo que la gente viste en Europa.

—¿Chistera de más de un pie de altura y zapatos rojos de tacón a juego?

—Bueno, es una simple cuña o alza de un par de pulgadas, y no creo que los zapatos de tacón sean tan raros...

—No, de hecho yo tengo algunos y Anabel también. Si hubiera sabido que eran de tu gusto, te los hubiera prestado con placer.

—Eres muy graciosa, Flaca, estos no son zapatos de mujer.

—Afortunadamente para las mujeres, creo que mis dos pies cabrían en uno solo de ellos.

—¡Calla y sonríe, estamos casi llegando! —añadió él con una risa—. Por cierto, estás preciosa. ¿Acaso planeabas cazar a alguien en la fiesta y por eso habías traído un traje de novia?

—No, por supuesto, ya sabes que lo último que hubiera planeado era casarme... El vestido me lo ha dejado doña Mercedes, fue el vestido de novia de la antigua duquesa de Azahara.

—¡Claro, doña Carina! Una mujer espectacular... Oí que se casó de nuevo con un barón bávaro y, evidentemente, un vestido digno de una duquesa, querida —acabó tomándole la mano—. Vas a provocar más de un desmayo... ¡Mira! ya estamos llegando —añadió el hombre, tomándola de la mano para ayudarla a bajar del carro descubierta en el que viajaban.

El duque de Azahara se retorció los dedos, unidos a la espalda, maldiciéndose internamente por el aspecto alterado que debía mostrar. No sabía bien dónde colocar las manos para que no fuera visible ese nerviosismo ante los más de cincuenta invitados que abarrotaban el lugar y parecían no perderse detalle de su persona. Hacía cinco minutos que permanecía girado hacia la entrada de la capilla. La iglesia, con capacidad para al menos sesenta personas, había sido construida a mediados del siglo XVI y estaba diseñada en forma de cruz por dos naves cruzadas. La más pequeña soportaba dos pequeñas capillas auxiliares pertenecientes a las vírgenes de la Luz y la Palabra, ambas encontradas, según la leyenda local, en lo que ahora constituían los cimientos de la nave principal. Los primeros señores de Azahara habían construido el cortijo original adosado a la vieja capilla. Pero esas dependencias habían sido abandonadas años atrás y la ermita fue alejándose con el tiempo de las dependencias principales. Hasta la llegada de Carlos, el lugar había estado abandonado durante casi cincuenta años. Gracias a haber permanecido cerrado, la mayoría de los frescos que adornaban sus paredes se habían conservado en buen estado, y con algunos cuidados y retoques encargados por el actual duque volvían a deslumbrar con su esplendor.

Carlos llevaba los diez últimos minutos contemplando los frescos, y en ese momento creía que casi los había atesorado para siempre en su memoria pincelada a pincelada, así que de nuevo la vista se le perdió hacia la entrada principal del templo.

¿Qué puñetas le pasaba a María? ¿Por qué tardaba tanto? No podría aguantar cinco minutos más allí plantado sin dar alguna explicación si no quería hacer de nuevo el mayor de los ridículos. Cosa que, estaba seguro, sucedería si la muchacha no se presentaba después de la bochornosa petición de mano que había protagonizado en un acto desesperado por demostrarle a la mujer lo importante que era para él. No le preocupaba esa actuación, lo había hecho con todo el corazón y consciente de que se hubiera desnudado y bailado frente a todos si hubiera sido preciso para convencerla de sus sentimientos, pero realmente sería una losa adicional a la desesperación que lo mataría si la mujer finalmente cambiaba de opinión y decidía no aparecer.

No, ni siquiera se plantearía tal posibilidad. María sería suya aunque tuviera que emborracharla y amordazarla para que se casara con él.

—Carlos, hijo... —el hombre volvió el rostro hacia su madre, haciéndole un gesto de asentimiento para que continuara hablándole.

Antes de que la marquesa pudiera volver a conversar ocurrió algo extraño: un pensamiento casi terrorífico y absolutamente inesperado debió cruzar por la mente de la mujer, que abrió los ojos desmesuradamente en dirección a la entrada de la capilla, situada a las espaldas de Carlos.

El gesto de la marquesa fue coreado por expresiones de asombro generalizadas en la sala. El murmullo hizo que Carlos girara con brusquedad el rostro para contemplar a la pareja que avanzaba por el pasillo central.

María, del brazo de su siempre elegante aunque llamativo hermano, caminaba lentamente hacia su encuentro.

Al mirar a la mujer, resplandeciente en el vestido crema de encaje y pedrería, el hombre a punto estuvo de atragantarse con su propia saliva.

Ya estaban allí. Procurando que el pulso no le temblara demasiado, María agarró, quizás con excesiva dureza, el antebrazo de su hermano.

—Tranquila, Flaca, o vas a acabar dejándome esos preciosos guantes de encaje grabados sobre la piel.

—Eres un endeble, Andrés; apenas he apretado. Creo que el problema es esa chaqueta tan estrecha que te has puesto. Y hablas de mis vestidos entallados...

—Calla y mira hacia delante, no sea que tropieces y acabemos besando los pies de don Anselmo —bromeó el hombre, achicando los ojos víctima de la súbita oscuridad a la que se vieron sometidos tras avanzar desde la claridad del exterior—. Ahí tienes a tu futuro esposo y hasta yo te reconozco que es un tipo realmente atractivo...

—¿Vas a volver a decirme que lo viste primero?

—No soy celoso, querida, y realmente creo que no serás rival cuando le proponga ir de pesca. Sé cómo atraerlo hacia mí.

—Ya veremos —sonriendo hacia el frente, la muchacha fue capaz de distinguir las pupilas del hombre alto que la esperaba en el altar—. Creo que te va a ser difícil apagarlo en mucho tiempo. Ahora será mío y no lo dejaré escapar tan fácilmente.

—¿Están ustedes listos? —preguntó don Anselmo cuando Andrés la colocó junto al novio.

María y Carlos, como si estuvieran solos, cruzaron sus miradas un breve instante.

—Preciosa —susurró él, casi sin que las palabras salieran de su boca.

—Gracias, un detalle de tu tía Carina, según tengo entendido —aclaró ella, señalando el impresionante vestido de encaje sevillano que vestía—. Fue su vestido de novia y al perecer lo dejó en el cortijo. Me temo que tu tía era una mujer tan... rotunda como yo.

—Una diosa como tú, según la recuerdo. Nunca entendí cómo mi tío no la adoraba. Aun a su edad, sigue siendo una belleza y una mujer realmente agradable.

El capellán carraspeó levemente, llamando su atención mientras se disculpaba por la interrupción con una sonrisa. Iba vestido con sotana y apretaba el misal contra el pecho. Nada parecía quedar del insolente hombre con el que Carlos había discutido hacía unos días. Parecía que los secretos mutuos compartidos eran un contrato de tregua lo suficientemente poderoso.

—¿Comenzamos, excelentísimo señor? ¿Señora?

—Por supuesto —dijeron casi al unisono los futuros esposos.

Y, de repente, se estaban casando. La ceremonia nupcial había comenzado.

—En este día —empezó don Anselmo— henos aquí congregados en presencia del Santísimo —habló con tono solemne el hombre— para... ¿Marquesa?

—¡Ay, virgen purísima! —el agudo grito distrajo por unos instantes a Carlos de oír al capellán—. Creo que... me encuentro mal —la marquesa apenas acabó de hablar mientras sujetaba el codo de la chaqueta de su hijo mayor.

Carlos casi no tuvo tiempo de soltar la mano de María para girarse sobre sus pies y asir el cuerpo inanimado de su madre, que empezó a escurrirse entre sus brazos evitando, por muy poco, que golpeará el suelo.

—¿Qué diantres...? ¿Madre? —con cierta dificultad, evitó que la mujer acabara despatarrada en una postura poco elegante, y pudo recostarla sobre el exquisito reclinatorio de madera y terciopelo rojo, situado frente al capellán, entre ellos y el altar—. ¿Qué te ocurre, madre? —preguntó, preocupándose por momentos.

—Yo... —balbuceaba la mujer— no me encuentro bien, creo que... —luego, pareció caer en la inconsciencia más absoluta.

Carlos, acucillado junto a su madre, levantó la vista para encontrarse con su hermano y con su primo, que habían acudido con rapidez, y con varios de los invitados que estaban sentados más próximos al altar. Un gesto de resignada incomodidad atravesó el rostro del duque mientras volvía la vista a su madre.

—¡Desátale un poco el corsé! —aseveró a su espalda una siempre práctica y bastante enfadada María mientras observaba lo que, estaba segura, era una maniobra desesperada de la marquesa para detener la ceremonia—. ¡Y usted, continúe con lo que estaba diciendo! —le ordenó a don Anselmo.

—No puedo continuar con la celebración encontrándose la marquesa en ese estado —dijo el serio y fiel capellán.

—¿Cómo? —María suspiró mirando al cielo y se inclinó sobre el hombro de Marcos para observar a la mujer. Por un pequeño instante, le pareció vislumbrar un leve encogimiento en la comisura de los labios de la marquesa tras las palabras del capellán. De acuerdo, estaba claro que esa mañana también habría guerra—. ¡Anabel, trae las sales de amonio!

—No tenemos —le aseguró Carlos, que aún sujetaba a su madre sobre su regazo, enfrentando los ojos de su novia—. Ella odia el olor y ha prohibido que las tengamos en la casa —añadió, pidiéndole perdón con la mirada.

—¡Vaya, que mala suerte! —renegó María.

—Bueno, señores —habló de nuevo don Anselmo— es evidente que la ceremonia se pospondrá por ahora hasta que venga el médico de Azahara y la señora se recupere.

Enfadada, María se irguió, para en dos pasos acercarse a su hermano y arrebatarle de un tirón el enorme y escandaloso sombrero que el hombre, aun sin darse demasiada cuenta, giraba con nerviosismo entre los dedos.

—¡Déjame este artefacto!

—María, siento mucho esto. Pero supongo que se podrá organizar todo para dentro de unos días, aunque sea en el pueblo o en la propia Cádiz —Andrés caminó acompañando a María en lo que suponía era un paseo nervioso por la nave de la capilla—, así te podrás desposar en la catedral, como siempre has querido. ¿Adónde vas con mi sombrero?

—¡A despertar a alguien! —con un gesto enérgico, la muchacha se acercó a la pila bautismal y sumergió el sombrero, tomando un buen puñado de agua en su interior.

—¡Cielos no, no se te ocurra! —el pálido rostro de Andrés mudó a un blanco inmaculado mientras con la boca abierta observaba a la muchacha caminar en dirección al grupo arrodillado ante la señora marquesa.

—¿Qué haces, Ma...? —Carlos apenas tuvo tiempo de apartar levemente el torso cuando la mujer, de un solo movimiento, arrojó todo el contenido del sombrero sobre el rostro de la marquesa que gritó y se apartó irguiéndose sobre sus antebrazos a una velocidad inusitada para su edad.

Un coro de asombro acompañó el movimiento brusco de doña Susana.

—¡Qué diablos! —maldijo con el gruñido de una verdulera la elegante mujer—. Zorra rencorosa.

—¡Ya está! ¿Has visto, querido? Tu madre tiene razón. ¿Para qué necesitamos sales teniendo agua bendita? Nada como eso para producir el milagro de una recuperación instantánea —entonces, dirigiéndose a don Anselmo ordenó—: ya puede continuar, la marquesa no se perderá ni una palabra de la celebración.

—Y yo os declaro marido y mujer, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Antes de lo que María esperaba, don Anselmo hizo solemnemente el signo de la cruz con la mano derecha y todo acabó.

O empezó por fin.

—Precioso vestido —dijo Carlos, mientras la ayudaba desabrochando el primero de los diminutos botones que adornaban toda la espalda, en una hilera de más de cincuenta.

—Me lo ha conseguido doña Mercedes. Fue el traje de bodas de tu tía Carina. Está visto que ella también era una mujer... de formas bien definidas —aclaró ella, observando su curvilíneo cuerpo en el espejo.

—Sí, recuerdo que era una auténtica belleza. Demasiado rubia para mi gusto, pero perfecta como mujer... igual que tú... Umm —mordiéndose el labio inferior, Carlos se concentró en su tarea de desabrochar los cierres—. Evidentemente, una deliciosa tortura para el ansioso novio colocar tal cantidad de trabas para llegar a la anhelada novia... —las ágiles manos de Carlos acabaron por abrir el último botón, luego, subieron hasta sus hombros para volver a bajar arrastrando el vestido y descansar sobre las caderas de su mujer, cubiertas tan solo por una fina camisola—. Me alegra que seas como ella. Los médicos dijeron que una mujer así era una bendición cuando debe

trae al mundo unos trillizos...

—Bueno, realmente fue un parto excepcional el de tu tía...

—No tan excepcional, no creas, al menos en la familia Ramírez de Aristarán. Como sabes, mi padre también nació en un parto triple, y su padre... Incluso dicen que mi bisabuela tuvo cuatro, pero uno de ellos nació demasiado pequeño, el pobre no sobrevivió a la primera semana. Y recuerdo que mi tía Gertrudis tuvo dos partos de gemelos antes de que desgraciadamente muriera en otro de trillizos...

Carlos calló de improviso cuando observó el rostro serio, y casi blanco, de la mujer que lo miraba desde el espejo.

—¿Te encuentras bien, querida?

—¡Aparta tus manos de mí! —dijo ella mientras se giraba para enfrentarlo de cara—. ¿Cuántos partos múltiples dices que ha habido en tu familia?

—Es difícil evaluarlo, pero que yo conozca, vivos están, veamos, mis primas de Manzanares, esas son cuatro por dos, ocho gemelas, bueno dos, dos, dos y dos, ya sabes; las trillizas de Puerto Real, y los trillizos de Almendralejo; los cinco gemelos...

—¿Cinco? —jadeó ella.

—Sí, pero solo sobreviven tres; los otros cinco gemelos, estos también diez pero dos a dos de Burgos y... ¿Adónde vas, María? —se interrumpió el hombre, cuando comprobó que la muchacha se apartaba de él y tomando una bata, se disponía a salir del dormitorio.

—¡A dormir con mi hermana! No voy a dejar que me toques de nuevo con esa semilla maldita que llevas... —la carcajada del hombre la hizo detener el gesto, justo antes de abrir la puerta—. Me estabas tomando el pelo, ¿verdad?

—Sí, querida... es que has puesto una cara cuando has oído la palabra «trillizos»... De cualquier forma ya sabes que tengo antecedentes familiares, aunque no tan importantes, a Dios gracias. Pero con estas caderitas —añadió mientras la sujetaba para volver a retirarle la bata— no vamos a tener problemas de espacio... ni de abastecimiento de leche —acabó, observándola apreciativamente.

—¡Calla tonto! Me gustabas más cuando no hablabas.

[35] Coloquialmente sombrero de copa.

## Capítulo 23

### María descubre al asesino

Un día antes de dar por finalizada la larguísima cacería los invitados, en su totalidad, fueron convocados en el gran salón por orden de la joven duquesa. Los criados colocaron varios sillones, butacas y sillas formando una u alrededor de la sala, recorriendo lo que hasta hace unos días había sido el improvisado salón de baile.

Uno a uno, y en algunos casos por parejas, los huéspedes fueron llegando al salón y tomando asiento por indicación de Mariano. Las expresiones de todos ellos variaban entre el fastidio y la expectación por lo que sus anfitriones les tenían preparado. Ciertamente, aquella cacería estaba resultando un cúmulo de sorpresas una tras otra.

—No sé qué estás tramando, María, pero sufro de pánico con solo pensarlo —le aseguró Carlos al oído, con un tono entre la risa y el espanto por lo desconocido.

—Debes estar tranquilo. Ya verás cómo todo acaba saliendo bien. Si entre ellos hay un asesino, lo sabremos dentro de unos minutos.

—¡Ay, cielos!, será mejor que olvides cualquier idea que te ronde por la cabeza. ¿Qué demonios estás pensando hacer?

—Ve a tu asiento y déjame a mí.

—¿Tengo alguna otra opción?

—Ninguna, por supuesto. Ahora siéntate y déjame hablar.

—Ya sabía que me arrepentiría de este matrimonio cada día de mi vida, pero pensé que era solo una frase hecha y habría algún momento de tranquilidad que lo compensara...

—Bueno, te recuerdo que por las noches, y algunas tardes y mañanas, no te quejas tanto de este matrimonio —le recordó ella, apretándole descaradamente con la palma de la mano el frente del pantalón, y aprovechando que estaban en un rincón de espaldas a sus invitados—. Ya te compensaré después cualquier inconveniente.

—Te tomo la palabra, querida —muy a su pesar, Carlos se apartó con una sonrisa en la cara para tomar asiento en un extremo. La vida iba a ser muy movida y para nada aburrida con aquella mujer.

El mayordomo se acercó a María mientras los invitados acababan de acomodarse.

—¿Me permite usted que me quede, señora? —le preguntó el hombre.

—De hecho, estaba a punto de pedirle que lo hiciera. Tome asiento como uno más, hágame el favor —con un gesto de asentimiento y un curioso rictus que casi le llegó a parecer una sonrisa, el hombre se apartó de ella en dirección a una de las sillas colocadas junto a la pared.

Girada hacia sus ahora espectadores, María se aclaró la garganta.

—Señores, les agradezco su atención. Estamos aquí porque es mi intención aclarar los intentos de atentar contra la vida del duque de Azahara, mi marido. Después de realizar múltiples indagaciones y de que todos ustedes, perdónenme por el atrevimiento, pero la vida del hombre que amo estaba en juego, fueran observados con detenimiento, he llegado a una serie de conclusiones que les voy a detallar. Hay varias posibles soluciones para las preguntas que nos haremos. Las expondré ante todos, y preguntaré a los aquí presentes cuáles creen que es la verdadera —María observó el gesto serio de su marido, que se limitó a asentir con la cabeza, dándole su consentimiento explícito para continuar—. A todos ustedes les han llegado, de uno u otro modo, los rumores acerca de la racha de mala suerte que ha acompañado al poseedor del ducado durante los tres últimos años; empezando con la muerte del anterior duque y sus cinco hijos. Con respecto a esta cuestión en concreto, he de admitir que las autoridades descartaron desde el primer momento el crimen, y se inclinaron por un fatal y desgraciado accidente. Pero, volviendo a los hechos que me conciernen directamente, les pondré en antecedentes. El actual duque ha tenido una serie de infortunados accidentes, que en un primer momento fueron achacados al descuido, pero que finalmente despertaron las sospechas en el propio duque y en todos los que le rodeábamos. Que sepamos, han sido cuatro intentos de asesinato: el primero en las escaleras del Teatro de los Caños, en Madrid, durante el estreno de la ópera *La italiana en Argel*; el segundo, la extraña caída del caballo en su finca de la capital; en tercer lugar, su asalto el día de Reyes; y, por último, el accidente durante la cacería.

María dejó de hablar, intentando observar las reacciones de sus invitados.

—Como no se les escapará —continuó—, muchos de ustedes han sido especialmente invitados a esta cacería por varias razones —comenzó a contar con los dedos mientras se paseaba entre los invitados fijando la vista en alguno ellos, solo por unos instantes— porque de uno u otro modo tienen intereses con el duque, con el propósito de observarlos, y en el convencimiento de que el asesino puede encontrarse ahora entre nosotros.

Leves suspiros y protestas corrieron por la sala. La mayoría de las cabezas se giraron sobre sus cuellos, observándose unos a otros con cierta desconfianza.

—Unos por la promesa de una herencia o un ducado y otros por el deseo de formar parte de uno de los proyectos más ambiciosos de los últimos años, como es el canal en Guadalajara. Estarán de acuerdo conmigo en que la muerte de mi marido dejaría mi corazón y el de sus hermanos, madre y amigos desgarrado, y a muchos de ustedes con los bolsillos repletos.

—¡Señora! No puede convocarnos aquí y acusarnos... —comenzó a protestar el señor Martínez.

—Disculpe caballero si le ofende la verdad, pero aún no he acusado a nadie —María esperó a que los murmullos y protestas se silenciasen antes de continuar—. Bien, comencemos por el accidente de la ópera...

—¡Ya era hora, señora! No tenemos todo el tiempo del mundo para escuchar las conjeturas de una dama aburrida que nos insulta con sus sospechas —comenzó a decir don Anselmo.

—Y a usted no le gusta malgastar el tiempo, ¿verdad, señor cura? Es usted partidario de un método más directo. Sé que es hermano del señor Martínez y que ambos estaban interesados en el canal, y además, les oí decir que fue a la ópera el día en que el duque cayó por las escaleras.

—¡Eh! bien, la complaceré a usted, señora. Ya que habla de métodos directos. Empezaré por explicarle que yo no fui a la ópera a asesinar a nadie, tan solo a acompañar a mi sobrina —recalcó el ofendido capellán.

—Y casualmente se encontraba a un palmo del duque cuando...

—¡Soy un hombre de Dios! La caída de su excelencia me tomó de espaldas o yo mismo hubiera intentado evitarla...

—No niega entonces que era la persona más cercana a don Carlos cuando este perdió el equilibrio.

—Usted lo ha dicho, doña María, cuando don Carlos perdió el equilibrio cayendo por él mismo...

—Siento discrepar, don Anselmo, yo no perdí el equilibrio —la voz profunda de Carlos cortó de cuajo la diatriba del sacerdote— aunque solo lo comuniqué a las autoridades para no alarmar a mi familia, estoy seguro de que alguien me empujó, y con cierta saña, añadiría, justo en el instante en que quedé con una pierna en alto al caer el primer escalón.

—Bien, en ese caso busque a quién atentó contra usted, porque le aseguro que no fui yo. En ese instante le daba la espalda mientras mi sobrina y yo saludábamos a...

—Creo que debo confesar algo —dijo de repente la señorita Carmencita Martínez, interrumpiendo a su tío.

—¿Carmen? —la pregunta salió del asombrado padre de la muchacha, sentado a su derecha—. No sé qué intentas decir, pero será mejor que calles la boquita. Ya hablaremos fuera...

—No, papá, no puedo dejar que acusen al tío —las miradas de todos los presentes se dirigieron de nuevo hacia la muchacha—. Yo lo empujé por las escaleras. Yo soy la asesina.

—¿Qué? —Carlos se levantó del asiento como un resorte ante la sorpresiva confesión—. Pero, ¿por qué diablos...?

—Mi padre me hizo prometer que iría a su palco a saludarle en el entreacto; estaba a punto de llamar para entrar cuando oí que usted le comentaba a su hermano que yo era hermosa como una flor, pero tonta como un pedazo de madera. No me importaba lo que usted pensara de mí —volvió a girarse hacia su progenitor con gesto

compungido—. Lo siento, papá, sé que querías que lo cazara, y de veras lo he intentado por ti, pero él no me aprecia lo más mínimo y no creo que lo haga jamás. Además, le conté eso tan horrible de mí a su hermano, haciendo que perdiera también cualquier oportunidad con el marqués... Cuando lo vi en lo alto de las escaleras no pude evitar empujarlo, aunque me arrepentí de inmediato cuando comprendí que se hacía daño de verdad...

—¡Ay, Dios, ay, Dios! ¿En serio me empujaste tú? —preguntó Carlos que se había situado frente a ella.

—¿En serio dijiste algo tan desagradable delante de la muchacha? —lo reconvino María, parada junto a él—. Yo te hubiera partido la cabeza directamente.

—Lo sé, cariño, lo sé —arrodillándose frente a Carmencita, el duque siguió hablando—. Supongo que debo pedirle disculpas, señorita, y tal vez mereciera la caída...

Aunque me ha causado muchas molestias intentar relacionar ese accidente con los otros...

—¿Me hará detener y ajusticiar? —sollozó ella.

—No, por supuesto, pero en lo sucesivo le rogaría que controlase sus impulsos o puede provocar otros accidentes.

—Bueno, hablando de otros accidentes —María volvió a dirigirse a todos los presentes—, no todos fueron tan inocentes como este... Él fue quien colocó algo punzante bajo la silla del caballo de Carlos —reveló María, señalando a Pobremanué.

—¿Yo? —apenas atinó a decir el hombre mientras se levantaba de su asiento.

—Sí, tú; mi marido dice que estuviste en la casa ese mismo día y que no fuiste a verlo a él.

—¿Otra vez con la misma historia, Carlos? Ya os dije a ti y a tu hermano que yo no tenía nada que ver con el accidente del caballo, yo...

—Lo siento primo, pero parece que a ella la tendrás que convencer con otro argumento —añadió Carlos, sin intentar meterse en la demostración de su esposa mientras abandonaba a la señorita Martínez para volver a su silla.

—¿Veis? —dijo María, dirigiéndose a Carlos y Marcos, que se habían sentado uno junto a otro—. Ya os dije que no nos diría qué hacía allí porque no tiene nada que decir.

—Yo fui a visitar a alguien, pero eso no os incumbe, no voy a decir...

—Vino a verme a mí.

—¿A ti? —dijeron al unísono ambos hermanos, mirando con horror alternativamente a Pobremanué y a su madre.

—¡Oh, no! —la mujer reía dándose cuenta de lo que había parecido su confesión—. No hay nada ilícito en ello. ¿Qué pensáis? Si es casi mi hijo... Ya todos sabéis, gracias a nuestra querida duquesa, que he cumplido los cincuenta y cinco, ¿qué queréis que haga con un muchacho así? —señaló hacia el hombre, que empezaba a ponerse rojo por momentos—. No, el muy idiota estaba también colado por María; está visto que no hay un solo hombre con dos dedos de cerebro a mi alrededor.

—¿Era él con quien hablabas en el templete? ¿Y qué hacía contigo en Madrid?

—Bueno, a ninguno se os escapa que ella no era santo de mi devoción, y traté de buscarle alguien en quien posar la vista para alejarlo de mi hijo. Manuel y yo coincidimos unas semanas antes en el museo y pasamos un día agradable. Él me habló de ella, de que la había estado observando de lejos en Madrid y de lo que sentía por la muchacha, pero no se atrevía a acercarse después de haber oído que había rechazado a medio Madrid. Le confesé mi intención de ayudarlo a conseguirla, tenía una deuda pendiente con él y creí que tal vez a ella le interesara. Al fin y al cabo, es un hombre muy guapo y atento, y bueno, parece que mi idea no salió demasiado bien.

—¿Y el hombre que viste en el despacho?, ¿qué me dices de él, Manuel? —inquirió Carlos, dirigiéndose al hombre—. ¿Acaso eras tú?

—¿Y te iba a avisar de que yo mismo había entrado en tu santuario? No hombre no, solo intenté darte algo que pensar, una distracción para que le quitaras las manos... la vista de encima en esos momentos; por desgracia parece que te mantuvo lejos muy poco tiempo. De hecho, creo que yo mismo la mandé directa a tu dormitorio, sin pretenderlo, pocos días más tarde.

—¿Tú me diste ese susto de muerte, Manuel? —Carlos se levantó ante el avance de María y tuvo que sujetar la mano de su esposa ante el temor por la integridad de Pobremanué.

—Bueno, lo siento mucho, querida. Solo pretendía hablar de nuevo contigo después de que me rechazaras en el baile. Incluso llamé a la puerta, pero mientras esperaba vi que estaba abierta y decidí entrar; luego todo se precipitó, pero ya ves, al final va a resultar que ciertamente tengo mala suerte, porque él fue quien acabó contigo en la cama...

—¿Me seguiste?

—No fue necesario, solo tuve que comprobar su sonrisa de felicidad a la mañana siguiente.

Sin saber qué decir en su defensa, María volvió a sentarse, dejando que Marcos cubriera con sus palabras el vacío de silencio que siguió a la revelación de la evidente indiscreción que habían protagonizado los señores duques cuando no eran una respetable pareja casada.

—¿Y quién entró en el despacho? —interrogó el marqués.

—Nadie. ¿Recordáis esa escalera larguísima tras los parterres? Solo tuve que empujar con el extremo las puertas para que se abrieran, y que pareciera que alguien había entrado y yo podía haberlo visto a través de la ventana.

—Al fin, algo que me traía de cabeza se ha aclarado. Ya hablaremos de dónde dejaste abandonada esa larguísima escalera después de usarla, Manuel —aseguró Marcos, aún dolorido en el orgullo por su aparatosa caída—. Creo que ahora tienes que hablar del día de la cacería, María.

—¡Ah, claro!, gracias, Marco... El día de la cacería, bien, ¿don José? —interrogó la joven, dirigiéndose al conde de Ricard, que se movió inquieto en su butaca—. ¿Tiene usted alguna justificación o coartada para aquel disparo que rozó el hombro de mi marido?

—No, ninguna. ¡Yo soy el asesino! —afirmó, levantándose del asiento con exagerada teatralidad—. Lo cierto es que si no hubiera fallado, ahora serías la condesa de Ricard y yo el jodido afortunado, en lugar de este entrometido.

—¿Qué? —gritaron al unísono María y Carlos.

—¿Está confesando, conde? —Añadió Marcos.

—Pues claro, imbécil. Ese lechuguino no se conformó con excluirme del negocio del canal, sino que encima osó robarme la novia...

—¿Qué novia ni qué porras...? —añadió María, volviendo a levantarse de su posición.

—Tú querida, ibas a casarte conmigo en cuanto tu hermano volviera.

—Usted delira, caballero —añadió más serena María—. Ni muerta me casaría con usted.

—¡Dígaselo, don Andrés, dígaselo! —insistió el anciano, dirigiéndose al señor Montes de Ossa.

—¿Andrés? —lo interrogó su hermana.

—A mí no me preguntes, él solito se ha hecho el lío. En mi vida se me ha pasado por la cabeza insinuarte, siquiera, semejante disparate...

—Pero le iba a vender la naviera y yo había resuelto el tema de los papeles... —casi gritó el anciano, apartándose del asiento y caminando nervioso de un lado a otro dentro del semicírculo que formaban los presentes.

—¿Qué papeles, don José?

—Eso, Andrés, que explique qué es lo que le entregaron en la biblioteca —apuntó María.

—Bueno, eso ya no importa... quizás es mejor que lo sepan todos y comprendan el daño que me ha hecho ese individuo —la voz del anciano casi destilaba pena, señalando a Carlos—. Ya no podré casarme hasta que él muera y la deje viuda, y parece condenadamente sano.

—¿Qué papeles eran esos, don José? —insistió María, dispuesta a que el anciano no perdiera más la chaveta antes de aclarar todo aquel embrollo.

—Pues qué va a ser, el registro de mi primera boda, por supuesto. Él me lo consiguió y yo lo quemé.

Todos miraron hacia el capellán que señalaba el dedo acusador del conde.

—Bueno, bueno, no me miren así, como pueden comprobar no había nada de qué preocuparse.

—¿Se podría explicar, caballero? —insistió Mariano, que apenas había intervenido en toda la noche y que se había adelantado a la cuestión que todos se planteaban.

—De acuerdo, el señor conde es aún un hombre casado. Su esposa está encerrada en un sanatorio y sufre de demencia, aunque me temo que él no tardará en ir a hacerle compañía... El hombre soñaba con casarse con la señorita Montes de..., perdón, con la duquesa, y me pidió que hiciera desaparecer el registro de su primera boda con una muchacha de mi parroquia hace sesenta años; al parecer fue una locura de juventud y de aquella unión no hubo hijos, luego, la mujer cayó enferma de

fiebres y perdió la cabeza.

—¿Y qué le dio a usted a cambio? —volvió a preguntar Mariano.

—Esto, nada, una simple donación a mi parroquia, y saben que las cosas en los últimos tiempos no...

—Eso es chantaje, caballero —aclaró Marcos.

—¡Y bigamia, caramba! —indicó Carlos.

—No, no, nada de eso, pero ¡mírenla! ¿Quién se iba a creer que ella le iba a decir que sí a semejante espantajo? —habló don Anselmo, señalando a la hermosa duquesa

—. Jamás se casaría con la muchacha, y yo conseguía para mi parroquia parte de lo que de otra forma iba a acabar en los bolsillos de algún timador de cartas.

—La pregunta ahora sería: ¿quién colocó el pincho en la silla de Retama? —preguntó Carlos, entusiasmado por momentos por cómo se estaba desenredando aquella madeja.

—Yo soy el asesino —dijo una voz a sus espaldas—. Yo puse el pincho.

—¿Mamá? —dijeron de nuevo al unísono Carlos y Marcos.

—Bueno, la asesina, aunque no pretendía más que evitar que el animal te dejara montarlo, no pensé que te haría caer de esa forma.

—¿Y por qué, por todos los cielos, hiciste una cosa así?

—Lo cierto es que deseaba ir contigo a Madrid y, si ibas en el caballo, no me acompañarías en el carruaje y no podría convencerte de venir en verano a Cádiz.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber lo peligroso que son los... —de repente Carlos paró sus palabras, no quería ni pensar en la absurda idea que había pasado por su cabeza cuando estuvo a punto de hablar del accidente que había acabado con la vida de su propio padre. No, era imposible y no ahondaría más en el tema. No, señor, lo dejaría olvidado en el rincón más apartado de su cabeza.

—¡Ah, pero nos falta explicar el más claro de los ataques a su excelencia! —recordó María—. El asalto y la puñalada de la noche de Reyes...

—Eso, me temo, es lo que te quería decir hace unos momentos, Carlos —comenzó Marcos.

—No me digas, por todos los santos, que tuviste algo que ver con eso... —casi susurró el duque, mirando a su hermano.

—¡No, por Dios! —rio el hombre—. No voy a confesar que yo también soy un asesino, tal vez un poco torpe, pero no un asesino. Me acaban de informar de que aquella noche hubo tres asaltos más en la plaza de la Villa, todos ellos perpetrados por un borracho armado con un punzón en busca de dinero fácil, procedente de los caballeros que caminaban solos a altas horas de la noche... El fulano ha confesado que atacó a un hombre con el brazo en cabestrillo, que coincide con tu descripción. Me temo que en este caso el asesino, o el imprudente, fuiste tú, por hacer semejante tontería a sabiendas incluso de que había la posibilidad de que alguien atentara contra tu vida.

—¿De verdad ibas solo por esa parte de la ciudad? —lo increpó una enfadada María.

—Bueno... —como de costumbre, no hubo nada más detrás de los puntos suspensivos de Carlos.

—Ya hablaremos después de ese comportamiento infantil, Carlo —luego, la muchacha se levantó de nuevo para acabar sentenciando—. Entonces, él es el asesino —María señaló a un sorprendido, aunque divertido, Mariano—. No hay nadie más, añadió.

—Creo que te vuelves a confundir, querida —le advirtió Carlos.

—No, eso o está asociado con el asesino. Lo he visto viéndose a escondidas con alguien, él...

—Espera, eso creo que puedo explicártelo, pero mejor lo haremos cuando estemos solos —añadió su marido, cruzando la vista con Aurora, que por instantes parecía más nerviosa.

—No, no puedo dejar que se escape sin un castigo.

—Pero es que, te recuerdo, querida, ya hemos aclarado todos los accidentes que he sufrido. El señor no tiene nada que explicar.

—Nada de eso, oculta algo, ¿es que no lo veis? Yo. ¿Y los rubios? Eso. ¿Quién los mató? —insistió la muchacha.

—Me temo que solo fue un accidente —aclaró Mariano—. Una torpeza de cinco inútiles y un padre que, al parecer, era tan inútil como ellos. ¿A quién se le ocurre encender una estufa de picón y dejarla toda la noche? ¡Dios santo, si hasta era verano!

—¿Y quién dice eso? —se le encaró María.

—María, te presento al inspector Rodríguez. Lo contraté hace unos meses para encontrar al hombre que estaba atentando contra mi hermano —dijo Marcos.

—¿Inspector? Pues aún no lo he visto detener a nadie...

—Tiene razón, señora, pero eso va a cambiar en unos instantes —en dos zancadas, el hombre se plantó frente al conde—. Don José, haga el favor de acompañarme. Queda detenido por el intento de asesinato del duque de Azahara.

—Yo, yo, ¿está loco joven? No tiene pruebas... —el airado anciano se movió con inusitada rapidez, apartando de un empujón al sorprendido policía.

—Me temo que ha confesado el hecho delante de todas estas personas —el inspector intentó volver a aprisionar el brazo del hombre, esta vez con algo menos de delicadeza.

—¡Ni lo sueñe que iré a la cárcel mientras él se beneficia a mi mujer! —en pocos instantes, el caos se produjo en la sala cuando el anciano extrajo una anticuada pistola del bolsillo de su levita y apuntó al duque.

Mariano golpeó la mano del anciano, pero este, incomprensiblemente, siguió sujetando la pistola, que se disparó en ese momento. Un instante antes, el cuerpo de Pobremanué cayó sobre el anciano, haciendo que ambos rodasen y que el proyectil acabara enterrado en la madera del enorme espejo de la pared de enfrente.

—¡Quieto, don José! —insistió Pobremanué, mientras reducía al anciano que, revolviéndose sobre sí mismo, golpeó la entrepierna del hombre.

Fue finalmente el extremo afilado del bastón de Marcos, sobre la garganta del anciano, lo que le hizo detenerse y dejarse reducir por el inspector.

—¡Cielos! —dijo Carlos, conteniendo un estremecimiento de dolor ante la vista del golpe que había recibido su primo en una zona tan sensible de su persona—. ¿Da siempre la misma sensación horrible visto desde fuera? —preguntó a su esposa.

—Te aseguro que tu rostro es mucho menos expresivo, querido. De todas formas, me alegro de que por una vez no hayas sido tú, aún tengo intención de usar esa parte de tu anatomía por muchos años, aunque, veo que continúan siendo las joyas de la familia Ramírez de Aristrarán las que siguen siendo puestas a prueba una y otra vez.

## Epílogo

*Madrid, Navidad de 1817*

—¡Qué belleza! ¡Qué elegancia! —murmuró la condesa de Monteverde admirando el Belén que ocupaba toda la mesa central del salón de invierno en la casa de los duques de Azahara.

Las figuras habían sido primorosamente colocadas sobre un paño de lana verde, cubierto de tierra y musgo, simulando el suelo. Una cueva, fabricada con varios trozos de corcho de alcornoque, en la que la marquesa había trabajado la última semana, cobijaba el misterio.

—Ya os lo dije —añadió orgullosa la marquesa de Monteferro—, las manos y la finura del maestro Esparrín se ven en cada una de las piezas, en cada detalle. Me han asegurado que los vestidos están tejidos en hilos de oro y plata; incluso alguno de los broches de la virgen es una piedra preciosa —mientras hablaba, señalaba cada una de las piezas que nombraba.

—Una maravilla. ¡Oh, fijaos en los ángeles! Aunque solo llevan esas pequeñas estolas, el tejido es casi transparente. ¡Y esos rostros sonrosados! —intervino la señora de Montalvo, el alcalde de Cádiz.

—Cada pieza le ha llevado al escultor un mes de trabajo, según le aseguraron a mi hijo, el duque —dijo, señalando al hombre que las acompañaba, y al que las mujeres miraron con envidia—. Un hijo maravilloso, mi querido Carlos. El mejor regalo para la mujer más querida de su vida —señaló en voz excesivamente alta, consciente de la presencia de María junto a la puerta de la estancia.

—Madre... —la regañó Carlos, tirándole de la manga y susurrándole al oído— deja de pinchar a mi esposa.

—Todo un mes —continuó la mujer, ignorando el apuro del hombre y volviendo a mirar con superioridad a sus amigas, que seguían observando, con la boca abierta, el carísimo y fino regalo—, pero lo que me dijo que le llevó especial cuidado fue el niño Jesús. ¡Más de dos meses! Todo para darle ese aspecto lozano de recién nacido, con esos rizos dorados que casi parecen rea...

—¡Oh, cielos!

—¡Santo Jesús!

—¡Qué sacrilegio! —recitaron cada una de las tres amigas que la acompañaban, ante la cara asombrada de la marquesa que, lentamente, volvió el rostro para enfocar lo que había producido el asombro de tan distinguidas señoras.

—¡Dios de los cielos!

Carlos dirigió a su vez la vista desde el rostro mortalmente pálido de su madre, hasta el centro del Belén, donde pastores, reyes y ángeles se postraban, rodeando y adorando el primoroso pesebre tallado en caoba y ricamente engalanado en el que, en el lugar del niño Jesús, reposaba la figura perfectamente esculpida, rosada y rechoncha de uno de los cerditos de la pira que acompañaba al nacimiento.

El asombrado Carlos giró para comprobar que el vuelo de la falda de su esposa desaparecía por la puerta y apenas acertó a estirar los brazos antes de que su madre acabara tumbada sobre sus pies.

—¡Miguel! —llamó al mayordomo—. Traiga las sales que compró la duquesa... y dígame de mi parte que quiero hablar con ella.

—¿Dónde has puesto al niño, María? —la interrogó Carlos, cuando por fin logró encontrarla en la biblioteca, tras varias vueltas por el primer piso. Le había costado cinco minutos reanimar a su madre y dejarla tumbada en la otomana, rodeada de sus indignadas y escandalizadas amigas.

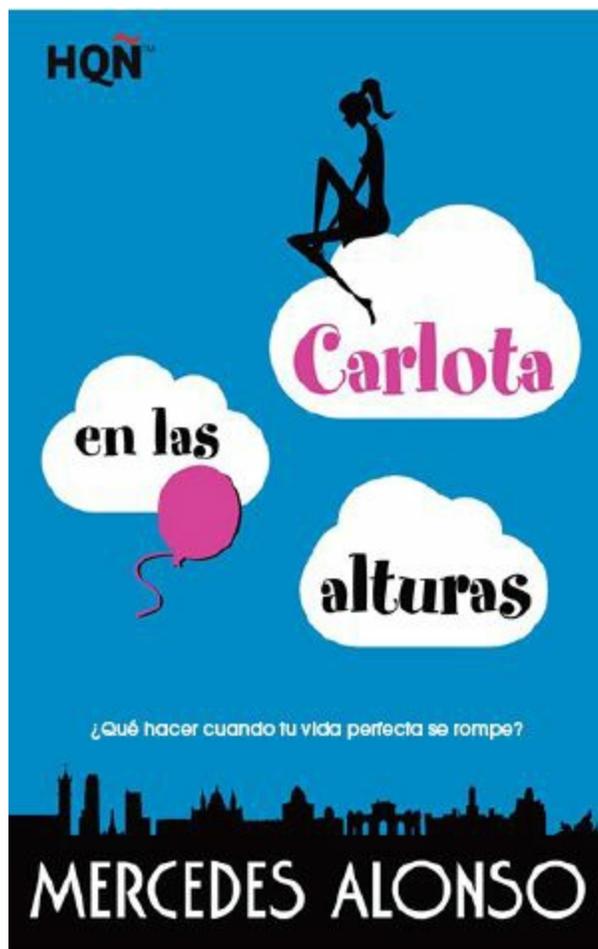
—El niño sigue en el mismo sitio en que tú lo pusiste, mi amor —le contestó ella, girándose desde la ventana en la que simulaba contemplar el exterior y señalando su abultado vientre—. Y espero que esté ahí, al menos, los próximos meses...

—No me refiero a ese niño, y los sabes. ¿Dónde has puesto al niño Jesús del Belén?

—¡Ah, ese niño! Pregunta a tu madre. Al fin y al cabo, el Belén es de ella... —respondió la duquesa con aire aristocrático, girando sobre sus talones y apartándose, con un caminar excesivamente erguido y elegante para una mujer tan voluminosa.

—¡María!

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)